

Mayra Montero

LA MITAD DE LA NOCHE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Un pájaro helado

Lo que el viento se llevó

Los viejos cuervos en su pecho

Fulgurante como la de un santo

Un pelotari muerto

El oscuro lomo de una bestia

El aura del antiguo follaje

Dios deja de existir

Que el cielo la juzgue

El rayo verde

Algo venido de otra vida

Noticias de la ciudad sitiada

La Costa de los Locos

Acaba de pasar un demonio

Torso con camisa amarilla

Preciosos martirios

El cañonazo de las nueve

«Este horror es mi sitio»

Uno de ellos se le pareció a su abuelo

«Bebé Rocamadour, bebé...»

Los hijos del *incestus*

Luna creciente

Violetas de Parma

Teniente Caracol de Tierra

No te guardo rencor

Una violinista vasca

Por el amor del padre

Nota de la autora

Créditos

Sinopsis

Un domingo de agosto de 1926, cuando Magdalena Laparra ha vuelto de Cuba para pasar las vacaciones con su familia, coge a sus dos hijos, uno de cada mano, y se mete al mar en la playa de Biarritz con la intención de ahogarse. La niña de siete años, Elsa, advierte algo extraño en la actitud de su madre y consigue escapar tras un forcejeo. El niño pequeño en cambio, de solo dos años, muere ahogado y Magdalena es internada en un psiquiátrico por el resto de su vida.

Dieciocho años después, Elsa, la niña superviviente al ahogamiento, que ahora tiene 25 años, y acaba de separarse tras saber que su marido ha tenido un hijo con otra mujer, vuelve a España a casa de su abuela en busca del oscuro relato familiar. Para Elsa, ese viaje no solo supondrá el descubrimiento de un origen traumático, sino que se verá inmersa en un turbulento triángulo amoroso con un oficial del ejército alemán, que ha venido a controlar la frontera franco-española, y un pescador local que ejerce de contrabandista y forma parte de una célula de la resistencia contra la invasión de los nazis.

MAYRA MONTERO
LA MITAD DE LA NOCHE

TUSQUETS
EDITORES

*'Twas noontide of summer,
And mid-time of night...*

Era el centro del verano
y la mitad de la noche...

EDGAR ALLAN POE, «Evening Star»

Un pájaro helado

Llegó en noviembre porque no quería volver a ver el mar de agosto.

Cualquier cosa menos la pintura luminosa que era el océano cuando a su madre la sacaron del agua. Lo recordaba extrañamente quieto, el mar como una bestia amodorrada y plácida, indiferente a todo. Esa imagen se le quedó grabada, tal como se le quedó grabado el gesto de su abuela, la absurda prisa con que le frotaba el cuerpo, jadeando como si ella también hubiese sido víctima de una persecución, besándola sin decir palabra.

A su madre la trajeron a la fuerza dos empleados del hotel que trabajaban en la playa y que lograron alcanzarla y arrastrarla a la orilla. A su hermano lo habían sacado poco antes, pero ni su abuela ni ella intentaron acercarse porque en pocos segundos los curiosos se agolparon a su alrededor, gente que tomaba el sol y otros que salieron de las casetas, incluso un médico que vino desde el casino y ya no pudo hacer nada por salvarlo. En algún momento, alguien pasó gritando que el niño se había ahogado, pero su abuela la tranquilizó diciéndole que no, que su hermano estaría bien, y la llevó al hotel.

Raulito tenía dos años y no aplaudió como otras veces cuando su madre los invitó a meterse en el agua. Elsa tampoco mostró mucho entusiasmo, quizá porque algo presentía. La abuela Mercedes se quedó haciendo ganchillo bajo la sombrilla, y el abuelo Octavio siguió leyendo el periódico junto a sus viejos conocidos, en una de aquellas elegantes casetas de listas blancas y amarillas, ancladas en el arenal. La mañana era igual de límpida que otras mañanas del mes de agosto en Biarritz, todo tuvo que ser tan apacible que nadie reparó en la mirada salvaje que se le había puesto a la madre de los niños, la hija mayor de una de las familias habituales del verano, recién llegada de Cuba luego de años de ausencia. Más elástica y morena y fuerte, más voluptuosa que nunca Magdalena Laparra.

—Vamos al agua, *txikis*, ¿no me habían dicho que querían mojarse?

Fue una voz que no se parecía a la de ella, salida del estómago o de las cavernas de su corazón, pues apenas despegó los labios. Ambos hermanos oyeron claramente aquel «Vamos al agua», pero intuyeron que algo no andaba bien. Magdalena se puso de pie, cogió al pequeño en brazos y a la niña la tomó de la mano. Caminó en línea recta con los dos, ni muy despacio ni muy rápido, solo apretó el paso cuando sintió que sus pies se mojaban. Entró deprisa y ya no se detuvo como hacía otras veces para que sus hijos sintieran menos la impresión del frío. Elsa quiso soltarse en ese instante, gritó a su madre que la dejara ir y vio llorar a su hermanito, un llanto impropio de un niño de su edad, el aterrorizado desconuelo de alguien que ha visto el ala de la

muerte. Magdalena siguió avanzando sin mirarlos y sin preocuparse de que la niña ya no daba pie, así que, por segunda vez, ella intentó zafarse para mantenerse a flote. Pero su madre la agarró más fuerte, la alzó con brusquedad y la apretó contra su cuerpo, tal como estaba haciendo con Raulito. Cargaba un niño en cada brazo y avanzaba con determinación a lo profundo, cada vez más hondo.

Había muchos bañistas en los alrededores, aunque ninguno les prestó atención, nadie vio cuando Magdalena se detuvo, el agua le llegaba por el pecho y en ese punto soltó al niño, que se hundió enseguida. Elsa creyó que se le había escurrido en un descuido, recordaba borrosamente su ansiedad, la angustia con que trató de prevenir a su madre, pero Magdalena se mantuvo quieta, mirando distraída, un poco sonriente, a la rubia medusa que era el cabello de Raulito y que poco a poco volvía a la superficie. El niño por fin asomó la cabeza, tenía espuma en la boca y los ojos desorbitados, pero antes de que pudiera coger aire, Magdalena lo agarró por el cuello y lo empujó hacia el fondo. No había nada en su rostro, ni una gota de furia, y Elsa lo supo porque se quedó mirándola, no hizo otra cosa que mirar a su madre todo el tiempo que mantuvo al niño bajo el agua, ese largo minuto o más, aunque el pequeño había dejado de luchar. Cuando por fin soltó a su presa, ambas lo vieron salir a flote, bocabajo y con los brazos abiertos, un pájaro helado en el espejo del cielo. En ese momento, Elsa logró soltarse, se debatió buscando adónde huir, pero fue inútil: Magdalena la agarró del brazo y la hundió sin darle tiempo a nada, del mismo modo que había hecho con el niño. El instinto la llevó a aferrarse, no podía moverse, pero pegó la boca al pecho de su madre y lo mordió con fuerza. La sorpresa, o el dolor de esa mordida, la paralizaron un instante, era su última oportunidad y Elsa la aprovechó para escabullirse a ciegas, tragando agua y con la mente en blanco. La otra intentó seguirla, gritándole que la esperara, pero de pronto se detuvo y echó a nadar en dirección contraria, rumbo a las boyas, lejos del cadáver de su hijo, mientras los demás bañistas empezaban a darse cuenta de que algo horrible había ocurrido.

Cuando Elsa logró alcanzar la orilla, su abuela Mercedes ya iba a su encuentro, se agachó y le preguntó qué había pasado. Ella quiso decirle que su hermano se había ahogado, pero el temblor no la dejaba articular palabra. Vieron que un hombre sacaba al niño del agua y que algunas personas corrían a socorrerlo, alguien pidió a gritos que llamaran a un médico y el abuelo Octavio, que en ese instante llegó junto a ellas, clavó los ojos en los de su mujer. Algo muy trágico se dijeron entonces, esa sola mirada que cruzaron fue el final de sus vidas. Luego Octavio se encaminó al lugar donde habían puesto al niño, cayó de rodillas a su lado y no se despegó de él mientras se hacían esfuerzos, todos inútiles, para salvarlo. En algún momento botó un buche de agua, pero el médico, que lo había atendido por un cuarto de hora, confirmó que no había nada que hacer. Con el rostro descompuesto, Octavio se apartó del grupo y fue a la orilla, a la espera de que le trajeran a su hija, incrédulo ante el espectáculo de aquella mujer enfurecida, con los pechos y los muslos al aire, porque el traje de baño se le había desgarrado con el forcejeo. Más tarde, supieron que Octavio había tenido que abofetearla y gritarle Magdalena Laparra, la llamó varias veces por nombre y apellido como era su costumbre cuando se impacientaba. Balbuceando incoherencias, Magdalena se desmayó y nunca más volvió a ser ella misma. Todo eso ocurrió el 8 de agosto de 1926.

Lo que el viento se llevó

Juan María Iturrioz —a quien todos llamaban simplemente Iturrioz— había enviado a su familia por delante para que pasara más tiempo en San Sebastián, y en el momento de ocurrir la tragedia se hallaba a bordo del barco en el que días atrás había zarpado de La Habana, emocionado de ir al reencuentro con su mujer y sus dos hijos. Tuvo conocimiento de los hechos al final de la travesía, cuando desembarcó en Bilbao y uno de sus parientes, que estaba esperándolo en el muelle, le dio como pudo la noticia.

De momento, se negó a creerlo. Era la primera vez que volvían a España luego de tres años de ausencia, y la gran ilusión de Magdalena era cruzar la frontera y disfrutar de Biarritz, el lugar en donde había pasado los veranos desde que tenía memoria, siempre en el Hôtel du Palais, ocupando dos o tres habitaciones durante más de un mes, una costumbre que solo se interrumpió en los años que duró la guerra.

Las dos semanas que transcurrieron desde su llegada a San Sebastián, y la última de su vida en Biarritz, Magdalena aparentaba ser una mujer dichosa, o al menos fue lo que le dijeron al marido cuando él reunió coraje para preguntar si alguien la había notado desorientada o triste. Elsa recordaba poco, pero algo aún evocaba del empeño que puso su madre en enseñarles los mejores rincones de la playa y los nombres de las inmensas rocas cubiertas de gaviotas. A diario los llevaba a jugar con otros niños, hijos de sus amigas que también habían llegado desde España para veranear en Biarritz, alojándose en el mismo hotel o ya dueñas de sus propias villas, todas contentas de estar juntas, organizando comidas, paseos a San Juan de Luz, clases de baile, fiestas de cumpleaños. Nadie podía imaginar que el algodón de los días iba a romperse de esa forma atroz: la bella Magdalena Laparra, la cariñosa amiga que nunca levantó la voz, madre amorosa de Elsa, una niña de siete, y de Raúl, el varón que había venido al mundo en Cuba y al que acababan de conocer sus abuelos, fue empujada desde algún lugar y por algún demonio. Ella misma lo definió más tarde con las únicas palabras que alcanzó a decir: «Todo creció detrás de mí, todo se me cerró delante».

Al pie de la Gran Playa, el antiguo lugar de su felicidad, fue detenida por gendarmes, llevada a la comisaría de Biarritz, y trasladada luego a un sanatorio para enfermos mentales en San Sebastián. Los abuelos enterraron al pequeño y recibieron al yerno en la estación del tren. Elsa creía recordar, o acaso solo imaginaba, la fuerza con que la abrazó su padre, disimulando los sollozos pero no el coraje, un rencor que nunca se apagó del todo. Luego surgió una disputa sobre si la niña debía quedarse o no en San Sebastián, al menos hasta la Navidad, pero el padre insistió

en llevársela de vuelta a Cuba. Muchos años después le confesó a su hija que había temido que Magdalena escapara de su encierro y buscara la forma de terminar con ella.

En ningún momento quiso ver a su esposa, aunque no se sabe si los médicos se lo habrían permitido. La enferma estuvo aislada unos días, al cabo de los cuales dejaron que su madre y su hermana la vieran a través de un cristal. Octavio no quiso acompañarlas. No le dio el alma para volver a ver ese despojo humano en que se convirtió su hija. Siempre quiso recordarla como la joven madre que llegó a San Sebastián, luego de una larga ausencia, con un nuevo niño algo enfermizo y huesudo, al que cuidaba en exceso, y con la chiquilla parlanchina y desenvuelta que era Elsa, tan distinta a la tímida criatura que habían visto partir tres años antes.

De vuelta en la casa de La Habana, Iturrioz contrató a una niñera. En ese entonces tenían dos criadas que se ocupaban de la limpieza y de la cocina, pero Aurelia llegó a la casa para dedicarse por completo a la niña: bañarla y vestirla, darle de comer y llevarla al parque. A las mujeres del servicio se les dijo que la señora Magdalena y su hijo habían muerto ahogados. Algún tiempo después, Elsa les dejó entrever que su mamá había acabado con Raulito, y que con ella no pudo porque nadó más rápido. Ya habían llorado cuando el viudo les contó su versión, pero volvieron a hacerlo cuando supieron la verdad —Magdalena había muerto, sí, pero en el asilo donde la encerraron—, y una de las mujeres tuvo arcadas y vomitó en el suelo, sin que le diera tiempo de llegar al patio. Durante casi un año, Elsa se despertaba por la madrugada gritando o balbuceando nombres, y Aurelia, que dormía en la habitación contigua, se levantaba para consolarla. Una noche la oyó su padre, que acababa de llegar de la calle, a juzgar por la manera en que iba vestido, con el sombrero puesto y la chaqueta en el brazo. Se sentó en la cama y le acarició el pelo, mientras ella sollozaba pidiendo ver a su mamá. Muchos años después, cuando estrenaron *Lo que el viento se llevó*, Elsa vio una escena idéntica en la que Rhett Butler, que se había marchado con su hijita a Londres, la oye llorar de madrugada, entra en la habitación y le pregunta si acaso no es feliz con él. La niña le responde lo mismo: que quiere estar con su mamá, y Rhett Butler decide regresar a Atlanta. Cuando vio esa escena en la pantalla, la sacudió una oleada de dolor. Para entonces ya estaba casada con Salvador, y a la salida del cine le confesó que no era cierto que su madre y su hermano se hubiesen ahogado en Biarritz como se había dicho. Salvador la abrazó y admitió que lo sabía desde que eran novios. Al parecer, bastante gente en La Habana se había enterado de la verdad de esa desgracia, alguien lo mandó a decir desde San Sebastián y el rumor había corrido un tiempo, no mucho, porque a nadie le interesaba detenerse en un asunto tan espeluznante. Alentado por la confesión de Elsa, él también le contó que al principio su madre se había opuesto a que se casaran, pues temía que ella heredara la enfermedad mental de Magdalena. Fue lo peor de todo, lo más desolador que pudo haberle dicho. Salvador recalcó que él nunca había sentido miedo ni tenido dudas, y que prueba de eso era que cada día ansiaba más convertirse en padre. En ese entonces, llevaban tres años de casados y aún no habían tenido hijos; ella había sufrido dos abortos muy seguidos, eso al principio, y ya después no volvió a quedarse embarazada. Salvador, sin embargo, vio cumplir su deseo: la viuda de uno de sus mejores amigos, una mujer a la que ambos consolaron cuando perdió a su esposo, tuvo un niño casi un año después de su viudez, y el padre de la criatura era casado, según se especuló al principio. Una noche, Salvador por fin tuvo el coraje de confesarle a Elsa que el niño era de él, y al día siguiente ella hizo las maletas y se

refugió en la casa de su padre. Lo esperó a que llegara de la destilería —Iturrioz, que había empezado en Cuba como químico, poseía una destilería propia— y le anunció su decisión de separarse. Su padre no mostró sorpresa, posiblemente ya tenía noticias de las veleidades del yerno y solo se limitó a decirle que aquella casa siempre sería suya, y que podía vivir en ella hasta que se aclararan las cosas. Elsa le hizo ver que no había nada que aclarar y que tampoco pensaba quedarse en La Habana, ya que se iría de viaje. Él no tuvo que preguntarle adónde, eso había quedado claro en el interés que ella ponía últimamente en averiguar datos del paradero de la familia de su madre; en la insistencia con que había estado preguntando por fechas, acontecimientos, lugares que poblaban su infancia, más la fruición con que había estado relejendo las cartas de su abuela, todas las que le entregaron cuando cumplió la mayoría de edad.

—Una locura —sentenció Iturrioz con su tono impasible—. En plena guerra, Elsitita, ¿te has puesto a pensar en el riesgo que corres, en la cantidad de barcos que han desaparecido en el Atlántico?

Ella se mantuvo firme: desde hacía meses estaba dándole vueltas a la idea de volver, de visitar la tumba de su hermano y pasar unos días con su abuela Mercedes (su abuelo Octavio había muerto), encontrarse de nuevo con Sagrario, aquella hermana de su madre a la que apenas conocía, y recuperar un color, un paisaje, un sentimiento que la atormentaba. Aunque Salvador no la hubiese engañado, estaba segura de que más temprano que tarde ella habría emprendido aquel viaje.

—Mercedes está muy delicada —añadió—. Si no voy pronto, se morirá sin verme.

Iturrioz contuvo su impaciencia, siempre había sido experto en eso. Dijo que nadie viajaba en esos tiempos si no era por necesidad, y ella le respondió que precisamente por necesidad viajaba, por el afán que la empujaba a volver al lugar donde los perdió a los dos, a su hermano y a su madre. Porque Magdalena se esfumó aquella mañana; la persona que fue, tal como la conocían, desapareció cuando la sacaron del agua: ya no estaba allí, y lo que quedó de ella fue lanzado lejos, a otro infierno distinto, un hospital donde a pesar de los cuidados y la vigilancia terminó ahorcándose, varias semanas después.

—Biarritz —protestó su padre—. Te corres un albur: la ciudad está ocupada, han requisado los hoteles y ni siquiera tendrías donde dormir... Los alemanes lo controlan todo.

Eran las mismas palabras que le había oído decir a Salvador. Después del estallido, la cólera inicial con que le reprochó su engaño, no hubo ningún otro altercado memorable y la última conversación fue neutra, cansada, algo sórdida si se tiene en cuenta que él traía una mancha en la solapa que ella le atribuyó al vómito de un recién nacido. Él prometió mudarse a la casa de sus padres mientras tramitaban el divorcio, y Elsa le explicó que no tenía que hacerlo de inmediato porque ella se iba de viaje. Salvador adivinó que se dirigiría a San Sebastián y muy probablemente a Biarritz; habían hablado de eso tantas veces que ni siquiera se lo preguntó. Aunque en su fuero interno agradecía que pusiera mar de por medio para enfriar la situación de cara a los parientes, a los amigos, a toda esa gente que los consideraba una pareja ideal, Salvador se sintió en el deber de advertirle que la travesía por el Atlántico era peligrosa.

—Iré de todas formas. Estaba decidido de antes, esto no ha tenido que ver.

«Esto» era el hijo de la viuda. Salvador asintió y cambió de tema; hablaron brevemente de las

cuestiones prácticas, como el dinero que tenían en común y algunos objetos que cada cual deseaba conservar. Quedaron en volver a verse a su regreso, y ella lo oyó decir que lo mejor era que ambos se tomaran unas vacaciones; él también deseaba viajar (le dio a entender que lo haría solo), en su caso hacia el norte, siempre había querido conocer Nueva York. En ese momento comprendió que se había casado con un hombre muy parecido a su padre, que difícilmente perdía la compostura o se ponía nervioso, con el detalle añadido de que Salvador tenía además media familia inglesa y presumía de que había heredado la flema de su abuelo, un antiguo cónsul británico en Santiago de Cuba.

Los días sucesivos, Elsa se dedicó a comprar ropa de invierno y a despedirse de sus amigas, de las pocas que consideraba íntimas, quienes escucharon atónitas la noticia de que Salvador la abandonaba por una viuda que le llevaba unos cuantos años. Iturrioz, convencido al fin de que no podría disuadirla, se ofreció para averiguar el itinerario de los buques, los de la única compañía en activo, y dejar arreglado lo del pasaje.

Durante esos días de espera, Marta, la mujer de su padre, se mantuvo a su lado, sin abrumarla pero sin perderla de vista, cuidadosa y cálida como una verdadera madre. Fue la única persona que la vio llorar por Salvador, morderse los nudillos, preguntarse entre babas de rabia por qué la había dejado de querer. Marta la besó en el pelo antes de responderle: «Nunca te quiso. Siempre lo supe». Llegado el momento, la ayudó a hacer las maletas y le pidió que le aceptara un regalo. Puso en su dedo un anillo con una perla azul, una costosa prenda que había heredado de su madre, y al ponérsela le susurró que estaba segura de que aquel viaje le cambiaría la vida; que era preciso que lo hiciera para que se quedara en paz. Hasta ese momento, Elsa tenía otra idea de sí misma, la de una mujer reconciliada con su pasado, un golpe capaz de aniquilar a cualquier otra: escapar de una madre que te quiere hundir. Nunca se le ocurrió pensar que todos esos años no había tenido paz, o que la gente la percibía como un alma en pena, pero Marta, que la había criado desde los siete años, que la había visto crecer y hacerse una mujer, del modo más franco se lo había hecho ver.

Varios días más tarde, su padre le entregó el billete.

—Aquí tienes. El *Magallanes* zarpa el martes.

Estaban solos en el comedor, él prendió un cigarro y caminó de un lado para otro sin decir palabra. Junto a la ventana abierta se detuvo, tiró el cigarro y se tapó la cara. Por unos instantes, a ella le pareció que lloraba, no estaba segura, era como un espasmo, un movimiento casi imperceptible en aquellos hombros que ya lo habían soportado todo. Cuando dejó de hacerlo, su voz era serena, sin humedad ni miedo.

—A tu hermano lo enterraron en Sare, al lado de una iglesia que le gustaba mucho a tu *amona* Mercedes. Si vas a ese lugar, llévale flores en mi nombre.

Elsa fue hacia él, dudó en tocarlo, miró por la ventana el patio enmudecido, la mecedora entre dos palmas, una calma irreal para ser mediodía. Finalmente, recostó la cabeza en la espalda de su padre:

—Yo no he querido ir en agosto. Le llevaré flores al niño.

Los viejos cuervos en su pecho

Caía la noche cuando salió a cubierta. Atrás quedaba la bahía y el oscuro perfil del Malecón, la arboleda del paseo del Prado y el promontorio de la loma del Ángel. ¿Por qué los barcos se alejaban siempre a esa hora fronteriza que lo hacía todo tan desolador?

Eran más de las seis. Salvador ya habría salido del despacho rumbo a la casa de Cecilia, la viuda que le había dado un hijo. Él y el marido de Cecilia se habían hecho amigos en el club de ajedrez, donde pasaban largas horas y rivalizaban a menudo por el primer lugar en los torneos. Poco a poco, se hicieron casi inseparables, aunque el otro le llevaba unos años, ya estaba casado y era padre. Más tarde, cuando Salvador y Elsa se comprometieron, las dos parejas empezaron a compartir comidas y fiestas navideñas. Elsa estaba segura de que Cecilia no había quedado bien parada en lo económico y necesitaba de alguien que la ayudara a sacar adelante a sus hijas. Aparte del recién nacido, era madre de unas gemelas todavía pequeñas, dos huérfanas a las que no les costaría trabajo acostumbrarse a esa nueva presencia en sus vidas, un hombre que después de cenar volaba al tablero de ajedrez (igual que solía hacer el padre fallecido), tomaba notas y estudiaba las salidas de su ídolo, el gran maestro cubano Raúl Capablanca. Con el olfato desesperado de las viudas jóvenes, Cecilia había podido percibir los desencuentros, las perezas, las lagunas de ese matrimonio que formaban Elsa y Salvador, una hogaza que se enfriaba a la intemperie. Al fin y al cabo, él solo tenía veintiocho años, y para la viuda tuvo que haber sido fácil conmovérselo primero, y engatusarlo luego. La circunstancia de que no hubiera tenido hijos con Elsa le evitaba a Salvador los remordimientos y, en cierto modo, le aseguraba la comprensión de los amigos que tenían en común. Después de todo, Elsa no acababa de encajar en el grupo. Pasaba los días volcada en su afición a la fotografía, pero no retratando cualquier cosa, sino estatuas de santos, vírgenes o crucificados; láminas extravagantes que descubría en conventos y capillas remotas. Se iba de viaje con su cámara para visitar las iglesias de otras provincias, y en ocasiones pasaba una semana entera fuera de la casa, localizando una imagen de la que le habían hablado: santa Rita aterrada, con la boca cubierta de abejas blancas, o una abadesa mártir con las nalgas marcadas, ofrecidas al tentado devoto. Eran unas fotografías extrañas que ella misma revelaba y archivaba, sin saber exactamente con qué propósito. Su mundo, al fin y al cabo, no era el típico mundo de las esposas de los jugadores del Club Hispano-Cubano de Ajedrez.

Apoyada en la borda, aferrada a los últimos suspiros de la costa, llegó a pensar que, para bien o para mal, el embarazo clandestino de Cecilia había precipitado lo que por tanto tiempo había pospuesto: el regreso a Biarritz, la única forma de retomar el hilo y juntar los pedazos de la vida

de todos. De la de Magdalena, convertida desde entonces en la bestia negra; de la de Iturrioz, su eterna y calculada víctima, y de la del niño sin historia que había sido Raulito y del que no había nada que juntar. Un inocente que se fue sin recuerdos, sin ideas, sin saber por qué había tenido que ir a nacer en Cuba para luego ir a morir en Biarritz. Un destino tan corto, tan ilógico después de todo, su pequeño paso por el mundo custodiado por quién, por nadie más que unos demonios.

Dos horas antes, al pie del buque, Elsa se despidió de su padre y de su madrastra, y del hijo que habían tenido en común, su medio hermano Miguel. La travesía hasta Bilbao duraría alrededor de veinte o veinticinco días, dependiendo de «la ruta de guerra», que era una especie de corredor que le asignaban a los barcos para poder esquivar los submarinos. Iturrioz le pidió que le telegraficara en cuanto llegara a San Sebastián, y Marta le recomendó que disfrutara el viaje.

—Vete a lo que vas, ¿me oíste?, pero diviértete, mi corazón.

Pese a su porte aristocrático y su educación —Marta era hija de hacendados y presumía de haber estudiado en colegios franceses—, la que fuera para ella más que una madrastra, una segunda madre, de vez en cuando resbalaba en esa musicalidad habanera, entre melosa y callejera, heredada de las nanas que la habían criado. En su hermano Miguel, por el contrario, predominaba el acento vasco, sobre todo desde que se había unido al grupo de jugadores del Summer Casino Jai-Alai, que era el lugar donde jugaban los cubanos, en general los principiantes, aunque por sus méritos ya le habían prometido una oportunidad en El Palacio de los Gritos, el gran frontón de la calle Concordia donde jugaban los profesionales. Había pospuesto el inicio de sus estudios de química para practicar varias horas al día, y por eso Iturrioz solía decir que aquel muchacho suyo, aparte de ser uno de los mejores zagueros de La Habana, tenía «sentido del deber», una expresión que utilizaba para resumir lo que le parecía más importante en cualquier individuo que viviera a su lado: la obediencia. Miguel lo obedecía como un soldado.

A la hora de despedirse, vio que su hermano le clavaba una mirada ansiosa, en definitiva incrédula, y que hacía pucheros para contener el llanto. Era un muchacho macizo, con la mandíbula de piedra que era el sello de fábrica de los Iturrioz. Por aquellos días se había dejado crecer el bigote y las patillas que se habían puesto de moda entre los pelotaris. Acababa de cumplir dieciséis años, quizá por eso sonó tan desgarrada su antigua voz de niño:

—Yo no lo sabía, Elsita.

«No lo sabías», pensó ella, «porque nunca hallaron la forma de contártelo, de hacerte partícipe de un episodio tan abominable. No valía la pena que te rozara el horror. No se ganaba nada con que supieras que la primera mujer de tu padre no había muerto por accidente, ahogada junto al niño, ese medio hermano al que solo conocías por una vieja foto, bastante tétrica por cierto, en la que se auguraba su futuro baldío.» Ahora que ella había decidido emprender aquel viaje, Iturrioz creyó oportuno revelarle la verdad a su hijo. Pensaría que Miguel era lo bastante adulto para asimilar ese secreto de familia. Pero lo cierto es que la historia tuvo que haberlo impresionado, porque sollozó sin consuelo sobre el hombro de Elsa, repitiendo que él no lo sabía, no lo sabía, no lo sabía, y al final su madre se vio obligada a cogerlo por un brazo y apartarlo de la hermana.

—Ya, hijo, ya pasó, déjala subir al barco.

Elsa le acarició la mejilla. Lo vio añorado y a merced de todos, fue una impresión devastadora

porque le pareció ver algo de Raulito.

—¿Qué quieres que te traiga de San Sebastián?

Miguel negó con la cabeza. Le aseguró que, en cuanto terminara la guerra, él también iba a salir de viaje.

—Un *gerriko* —insistió ella—, para que te dé suerte cuando te llamen a jugar en Concordia.

Por último abrazó a su padre. Comprendió que para él tenía que ser un trago amargo verla partir. Aunque en el fondo supiera que tarde o temprano llegaría el momento en que su hija querría volver a ver a la familia de su madre, el hecho de acompañarla al muelle era como mover una pesada losa a la entrada de un pozo. De algún modo, durante aquellos años, Elsa llegó a convencerse de que, tan profundo como el dolor de haber perdido un hijo, fue para Juan María Iturrioz el dolor de perder a su esposa, una mujer por la que había luchado desde la adolescencia. Se culpó desde entonces —desde el día que desembarcó en Bilbao, recibió la noticia y caminó tambaleándose hasta un café del puerto donde tuvieron que auxiliarlo con una copa de coñac— de no haber hecho caso a las señales que provenían de allí, de esa cabeza que en ocasiones se quedaba rígida; del rostro que se transmutaba en máscara; del pelo que se le humedecía sin motivo, recibiendo quién sabe qué bautismo. Sobre Magdalena Laparra caían los óleos del horror y él lo presintió muchas veces, tocó el escalofrío de una voluntad feroz, que era capaz de todo. Pero en esos momentos solo se atrevía a preguntarle si le pasaba algo, si deseaba un vaso de agua, o si quería que llamara al médico. Con el tiempo le diagnosticaron una forma leve de epilepsia, la mandaron a tomar un reconstituyente y darse baños de mar. Algún tiempo antes de dar a luz a Raulito, Magdalena desapareció. Iturrioz nunca pudo averiguar dónde había estado, ni qué había hecho durante los días en que estuvo ausente, al parecer refugiada en un hotel de las afueras de La Habana. Todo eso se lo contó a su hija cuando fue haciéndose mayor y empezó a preguntarse, y a preguntarle, cómo era posible que una mujer que no había dado señales de desequilibrio, cometiera de pronto esa barbaridad.

—No te arriesgues por gusto —le suplicó su padre—. Si tienes problemas para llegar a Biarritz, no insistas, quédate en San Sebastián.

Ella sonrió y tocó la cámara que llevaba en su estuche, colgada del hombro.

—No voy a insistir, no te preocupes. Me quedaré haciendo fotografías. ¿Sabes cuántas iglesias nuevas voy a conocer?

Luego les pidió a los tres que se fueran antes de que zarpara el barco, para no tener que decirles adiós desde cubierta. Ellos la complacieron, el padre seguramente se lo agradeció: para despedida, habían tenido suficiente. No quería verla agitando un pañuelito, secándose las lágrimas, derrumbándose en el último minuto. Ya bastante lo amargaba el recuerdo de aquella tarde de 1926 en que llevó a toda su familia a embarcarse. Fue la última vez que vio con vida al niño; la última, también, que besó a su mujer. Durante meses se torturó pensando si ella le había dejado entrever sus planes, o si se había despedido de una forma especial. Pero no, todo transcurrió con normalidad, quedaron en reunirse en Biarritz a principios de agosto para pasar las últimas semanas del verano y luego volver juntos a Cuba. No pudo ser y él tuvo que regresar solo con su hija, veintidós días de travesía en los que hubo llanto, vómitos, arranques de cólera por la madrugada; hasta pensó en lanzarse con la niña por la borda. Después de eso, rehusó volver a

España.

Cuando Elsa se dio vuelta desde lo alto de la escalerilla, atisbó el sombrero taciturno, el traje gris, la silueta hermética de Juan María Iturrioz, que se alejaba aferrado al brazo de su mujer. Iba encorvado —algo inusual en él—, como si al despedirse se hubiesen desatado los años, los viejos cuervos atrincherados en su pecho. Sintió una leve congoja y al mismo tiempo cierta sensación de libertad. Tenía razón la buena de Marta: ella no estaba, ni había estado nunca en paz consigo misma.

Fue al camarote para deshacer las maletas y encontró una nota: la enviaba otra pasajera, hermana de una antigua condiscípula suya en el colegio de las dominicas. Se había enterado de que Elsa viajaba en el mismo barco y la animaba para que cenaran juntas esa noche. Con la nota aún en la mano se dejó caer en la cama; toda la prisa, la determinación por salir lo antes posible de La Habana, se desvanecían de pronto. Estuvo fantaseando con la idea de abrir la puerta, echar a correr fuera del buque y alcanzar a los suyos, coger del brazo a su padre y confesarle que no podía partir, que a última hora le habían fallado las fuerzas. Aún estaba a tiempo y lo sabía, crispó los dedos en la sobrecama, se apoyó en los codos y se incorporó con el corazón y el alma desbocados, luchando contra la tentación y el miedo. Ni siquiera sintió alivio cuando el barco dio los primeros bandazos para salir del muelle, solo sintió una náusea y recordó que Marta le había dado un remedio para eso, un jarabe de jengibre que sacó del neceser y bebió a pico de botella.

Más tarde, con el estómago todavía revuelto, salió a cubierta. Estaba oscureciendo y el viento era tan fuerte que tuvo que sujetarse el sombrero, pero se quedó allí a pesar de todo, mirando hacia la costa junto al resto de los pasajeros, que se entretenían en señalar un edificio, un parque, un monumento que creían haber reconocido. Todos se persignaron en un momento u otro, especialmente cuando el barco corrigió el rumbo para dirigirse mar afuera. El recuerdo de Salvador la sacudió como una bofetada, se le anegaron los ojos y se culpó de haber renunciado tan mansamente en favor de la viuda, tan estúpidamente al fin y al cabo, ¿qué otra mujer hubiera salido así, amedrentada, aturdida, como una sombra en la vida de otra sombra que se escurre lo más lejos posible? Hurgó un poco más en la memoria para rescatar un último perfil de Salvador sentado frente al tablero de ajedrez, pero esta vez lo imaginó rodeado de su nueva familia: Cecilia con el niño en brazos, y las dos huérfanas ávidas de padre.

Se deshizo la coraza en su cara y pensó en sí misma como en una desconocida que se quedaba en tierra, desmemoriada y libre, allá en el centro de la ciudad dormida.

Sábado, 12 de mayo de 1923

Ama maitea:

Varias veces, mientras navegábamos, me senté a escribirle. Pensé en juntar todas las cartas y mandárselas cuando llegara a Cuba, así leería mis impresiones de un tirón, con lo bueno y lo malo que nos pasó en el viaje. Elsita estuvo indispuesta, parece que por algo que comió, y yo al segundo día me torcí un tobillo, el médico del barco vino a revisarme, me frotó linimento en el pie hinchado y lo vendó con gasas. Lo soporté solo unas cuantas horas, en cuanto cayó la noche me desesperé y corté las gasas como si soltara amarras. «Loca», me dijo Juan María. «Te lo volverás a torcer.»

Al final no llegaba a terminar las cartas porque me quedaba en blanco. Nada de lo que le contaba me parecía importante, ni curioso, y ni siquiera digno de recordarse ahora, con la excepción de Doris, la pasajera inglesa que se hizo muy amiga nuestra y de la que le hablaré más tarde.

De La Habana pudimos ver muy poco. Al principio, solo la línea de la costa cuando se acercaba el barco, palmas y más palmas entre las que a veces se abría un claro con chozas, y monte adentro un mundo de sombreros que nos dijeron que eran para curar tabaco. Hasta que entramos propiamente en el puerto no vimos la ciudad explayarse, tejados y edificios altos, letreros del comercio como los de España, y una tremenda cantidad de toldos, campanarios, coches. Estando a punto de atracar, se lanzaron al agua unos negritos para que les tirásemos monedas, un viajero nos dijo que era la costumbre aquí, mala costumbre es esa teniendo en cuenta que los chiquillos se hunden para agarrar aquellas que se les escapan. Se me erizó la piel pensando que de pronto no saliera alguno.

En el muelle había un gentío que vociferaba nombres, el barco pitaba cada vez más fuerte y el ruido fue ensordecedor. Pasamos esa primera noche en un hotel y a la mañana siguiente nos trajeron a Cárdenas, que es la ciudad donde está la destilería. El dueño y su señora nos recibieron en la estación del tren y nos llevaron a la casa que nos tenían preparada. No es muy grande, tiene tres habitaciones y un salón decorado con los cuadros de un artista que fue el primer inquilino, y que solo pintaba fábricas de azúcar, no hay ni un paisaje que no tenga chimeneas, calderas o máquinas, me prometí que tan pronto pueda los cambiaré por otros.

En la cocina nos esperaban las dos negras del servicio que nos hicieron reverencias como de otro siglo, y nos dieron consejos, todos inútiles, para que no nos piquen los zancudos. El calor es pegajoso y sucio, y Elsita está toda llena de ronchas, los bichos se han ensañado con ella y con su padre, conmigo un poco menos, será porque estoy afligida y mi sangre no les debe de parecer muy dulce, preferirán la de la niña, que es una inocente, y la de Juan María, que ha sido verse en Cuba y ponerse eufórico, como si no hubiera concebido otra vida más dichosa que esta.

Le confieso que no huele bien esta ciudad, sabe que soy remilgada para los olores. Hay como un tufo en todas partes y Juan María lo achaca a los fermentos de la destilería y otras fábricas de las afueras, una en la que hacen cerveza y otra en la que muelen pescado. Aunque no estén cerca, sopla el viento y el mal olor se esparce, y si no sopla el viento, peor, pues queda como un trasunto de la peste que se aferra a todo, de día o de noche su recuerdo insano. Me parece que Cárdenas no es un buen lugar para vivir, aunque dicen que hace unos años era una ciudad más limpia y entretenida. Hemos tenido la mala suerte de conocerla en su declive.

Ayer tarde caminamos por el puerto y a la niña le encantó pasear en el tranvía, me parece que se acordó de ustedes y de San Sebastián, de la vida que no tiene aquí, aunque no dijo nada se lo vi en los ojos. Nos bajamos en un parque y descubrimos que en el cenador tocaba una pequeña orquesta y algunas parejas bailaban en los alrededores. Pensé enseguida en Doris, nuestra amiga del barco, que ha venido a Cuba para conocer la música, copiarla en sus cuadernos y averiguar quién hace las canciones, o de dónde vienen, o a qué se le parecen. Con lo que haya investigado, al final piensa escribir un libro. Nos aseguró que recorrerá la Isla de un extremo al otro, y que el mes que viene, de camino a Santiago de Cuba, parará en Cárdenas, donde le han dicho que hay muchos y muy buenos músicos. Quiere hospedarse en un hotel, pero la invitaré a quedarse con nosotros. Es una mujer tan

viva, y a la vez tan apacible y delicada, que no dudo que me ayudará en lo que ya adivino que será el trago más duro: acostumbrarme a vivir lejos de ustedes; de la nubecita blanca que eran los domingos; de la sombra de los plátanos nuestros (tan distintos de estos adhesivos que son los plátanos cubanos), y hasta del misterio de los mediodías, que para nosotros siempre eran dos, el que marcaban los relojes de la casa, y el que anunciaba el cañoncito de la plaza Guipúzcoa, no sabiendo nadie a ciencia cierta cuál era el verdadero y cuál el falso. Aquí en cambio hay uno solo, muy rojo y muy largo, un mediodía que no tiene la menor piedad.

Juan María se va temprano, viene a almorzar como a la una y luego regresa a la destilería hasta que cae la noche. Prometió que el fin de semana iríamos a la playa. Le volveré a escribir cuando lo hayamos hecho, sabe lo mucho que me reconforta el mar.

Se me hace difícil expresar con palabras lo que los extraño, a usted y al *aita*, pero sobre todo a usted y a Sagrario, a las dos juntas, porque las pienso como si fueran una.

Juan María y la niña les mandan *muxus* quemaditos del sol. Yo no sé qué mandarles, estoy seca por dentro, pero por fuera sudo, no dejo de sudar desde que llegué a Cárdenas. Las orejas, los labios, las yemas de los dedos... Se me empapan los ojos como si el calor me azotara desde el fondo del alma. Cuénteselo a mi padre. Yo que a usted nunca le pido nada, no la molesto en nada, ahora le ruego que le diga esto: «Magdalena, tu adorada *neskatxa* se cocina viva, se cocina sola, desesperada en Cuba». Estoy segura de que él sabrá qué hacer.

Usted, Mercedes, coja mis manos entre las suyas. Sople mis ojos que no pueden verla. Bese mi frente con amor de madre.

Magdalena

Fulgurante como la de un santo

Su primera cámara se la regaló Marta el día que cumplió dieciséis años.

Al principio, se dedicó a tomar fotos en los parques y en alguna que otra calle solitaria, o casi solitaria; hubo una vez que en medio del encuadre se le cruzó un hombre, y detrás de él un perro. No la desechó como había hecho con otras en las que de improviso irrumpía la silueta de un ser humano, por el contrario, la reveló y la conservó, la miró cientos de veces para cerciorarse de que aquella figura tenía un punto inexistente y el perrito era un alma, un montón de volutas que le seguían el rastro.

Llegó a retratar a su hermano Miguel vestido de pierrot para una fiesta de disfraces, fue la excepción, porque nunca le gustó retratar a los miembros de su familia. Por aquel tiempo, también solía hacer fotos de los paisajes con los que se topaba cuando iba de excursión con el grupo de amigas del colegio de las dominicas. Eran cuatro o cinco alumnas que siempre se organizaban para pasar juntas buena parte del verano en la finca de los padres de una de ellas, Ángeles Erdoza. El chofer de la familia Erdoza las recogía muy temprano y las llevaba, primero, a la casa de la playa en Santa María del Mar, donde a regañadientes se quedaban unos días. Las acompañaba una parienta, prima y mujer de confianza de la madre de Ángeles, que las vigilaba a todas horas, seca y callada, mirándolas con lástima, como si en el fondo se compadeciera de tanta juventud.

Al cabo de una semana todas suplicaban que las llevaran de una vez a la finca, donde se liberaban de la parienta mustia para quedar al cuidado de la abuela de Ángeles, condescendiente y casi invisible. La verdadera ilusión del grupo era encontrarse con Matías Llaguna, un agrónomo joven que trabajaba con los Erdoza desde hacía varios años. Aparte de su hermano, Matías fue la única persona que Elsa consintió en retratar antes de dedicarse por entero a la fotografía religiosa.

El agrónomo era bastante mayor que ellas, aunque no llegaba a la treintena. Jugaba a la pelota vasca en un frontón que se había hecho construir dentro de la propia finca, y con frecuencia les hablaba de su madre y de su hermano, que vivían en un pueblo de Álava. Cuando el abuelo de Ángeles murió, Matías insistió en subir al tejado de una de las habitaciones y arrancar una teja para que pudiera salir el alma del difunto. Les dijo que eso era lo que hacían en Yurre, su pueblo, cuando moría el *aita*, que era el padre, o el *aitona*, que era el abuelo, y también tapaban los espejos y los retratos. Además, los jóvenes de la casa se acercaban a una encina brava, que quería decir que nunca la podaban, y recitaban a coro con los ojos cerrados:

Que significaba: «Abejitas, abejitas, hagan cera. El amo ha muerto y necesita luz en la iglesia».

Las muchachas lo escuchaban embelesadas, pero Ángeles Erdoza era la única que le pedía que repitiera las palabras vascas para anotarlas en un cuaderno y aprendérselas de memoria. Fue ella, Ángeles, la encargada de decirle a Matías que todas querían que Elsa le hiciera una fotografía. Él contestó que estaba a su disposición y acordaron hacerla un domingo, que era el día en que cesaba toda actividad en la finca. Se reunieron al amanecer, antes de que el sol subiera y arruinara ese pequeño resplandor que la fotografía quería captar. Para la ocasión, escogieron una especie de pérgola que había detrás de la casona y que por esas fechas no tenía flores y ni siquiera hojas, casi todo el emparrado desnudo, con los leñosos tentáculos que bajaban al suelo. Durante un largo rato, solo se oyó la voz de Elsa pidiéndole a Matías que se pusiera de perfil, o que levantara un poco la barbilla. A las demás muchachas no se las oía ni respirar, intimidadas por la solemnidad con que se preparaba cada toma, acurrucadas unas con otras, percibiendo esa especie de gracia que caía directamente sobre Matías, más rubio a esa hora que a cualquier otra, más pálido también, y más hermoso de lo que eran capaces de soportar.

De vuelta en La Habana, ella les mandó a todas una copia de la fotografía. La silueta de Matías Llaguna, fulgurante como la de un santo, se convirtió en el mejor recuerdo de ese fin de curso: marcaba la despedida de las amigas que habían terminado juntas el bachillerato. Con el tiempo, Elsa llegó a pensar que esa había sido la primera imagen religiosa de su colección; la única que había captado fuera de una iglesia, y por descontado que también la única de un ídolo de carne y hueso, no de madera o mármol como las demás. Lo confirmó cuando la propia Ángeles le escribió una carta desde España —toda la familia Erdoza se trasladó a Vitoria por algunos meses— en la que le contaba que Matías estaba muy enfermo y lo habían tenido que recluir en una clínica de las afueras de La Habana. Le rogaba que fuera a visitarlo y le dijera de su parte que rezaba cada noche para que se aliviara. Elsa le contestó que lo iría a ver y le daría el recado, no le costaba ningún trabajo cumplir con el pedido de Ángeles, servir de puente entre los dos, quizá tomarle otra fotografía. Una mañana se dirigió al lugar donde Matías permanecía ingresado, se acercó al pabellón de los enfermos graves y, a lo lejos, en medio de la hilera de camas, distinguió un perfil muy parecido al de la foto. Fue incapaz de dar un solo paso para ir a su encuentro; sintió un golpe en el pecho, una explosión de lástima muy parecida a una explosión de amor. Dio media vuelta y salió de la clínica sin que él la hubiera visto y sin haberle hablado.

A su regreso a Cuba, Ángeles les mandó a todas una esquila donde les participaba la muerte del agrónomo. Era una nota extraña, empapada de incredulidad: «Matías partió de este mundo», y a continuación ponía la fecha y agregaba las palabras vascas que él le había enseñado. Unas y otras estaban enfrascadas en sus propios asuntos —Elsa, por ejemplo, cogía clases privadas de fotografía— y quedaron en reunirse para rezarle un rosario al difunto, pero cuando al fin se encontraron, varias semanas después, no tocaron el tema. Con el tiempo y las nuevas amistades que iba haciendo cada una por su lado, se fueron distanciando y solo de vez en cuando hablaban por teléfono.

Cuando Elsa entró en el comedor del *Magallanes* buscando con la vista a Delfina, la hermana mayor de Ángeles, no la localizó en ninguna de las mesas que llenaban el salón. Fue Delfina quien la reconoció a ella y la llamó desde el rincón apartado donde cenaba junto a una mujer de moño alto, vestida de negro, con chaqueta cruzada y camafeo en la solapa, al estilo de una antigua institutriz. Después de los saludos, hablaron brevemente del tema obligado, que no era otro que el de los submarinos alemanes. El *Magallanes* llevaba escrito en los costados sendos letreros que decían SPANIEN, lo mismo que otros buques como el *Habana* o el *Marqués de Comillas*, y que eran los únicos que aún se atrevían a surcar las aguas del Atlántico. A todos, en un momento u otro, los rondaban los submarinos, pero ese era un temor que, según Delfina, había que sacarse del cuerpo. Sobre todo si, como en el caso de ella, no quedaba más remedio que viajar para resolver asuntos importantes.

—Ya no podía posponerlo más —añadió—. Suerte que Rómula me ha hecho el favor de acompañarme.

Rómula sonrió y le dio unas palmaditas en la mano, como recordándole que lo hacía con gusto. Solo despegó los labios para decirle a Elsa «mucho gusto», y Elsa tuvo la impresión de que era de esas personas que hablaba en susurros para contener un metal de voz intensamente agudo, o, por el contrario, demasiado grave.

—Me imagino que vas a San Sebastián —declaró Delfina, sin ningún énfasis en especial, pero mirándola a los ojos, tanteando en cierta forma si era un tema que podía tocar.

Elsa afirmó con la cabeza, tomó un sorbo de agua y decidió lanzar el resto.

—Primero a San Sebastián, para ver a mi abuela. Luego pienso ir a Biarritz.

Delfina cruzó una mirada con su amiga, y Elsa comprendió que ya las dos tenían que haber hablado del caso de su madre y de lo ocurrido diecisiete años atrás. Era hasta cierto punto lógico. Normal. Inevitable. Cualquier referencia a su familia incluía, por fuerza, un comentario sobre la tragedia.

—Voy a visitar la tumba de mi hermano —precisó, dando a entender que no quería rehuir el tema.

Las otras guardaron silencio. Rómula comenzó a tomar el caldo que les acababan de servir, y con ese simple gesto se hizo invisible.

Elsa se atrevió a añadir:

—No he vuelto desde entonces.

—Pues mal momento has escogido —repuso Delfina—. Te lo deben de haber dicho, pero te lo repito yo: Biarritz no es un lugar seguro, no vale la pena ir allí. Una amiga que estuvo el verano pasado, solo dos días para abrir su casa y recoger sus cosas antes que la requisaran, me contó que han racionado la comida, han llenado la playa de cañones y están levantando un muro a lo largo de la costa. Supongo que te acordarás del Faro, cómo no has de acordarte, pues debes saber que lo han pintado de negro.

Elsa probó su caldo. Intentaba ganar tiempo porque no alcanzaba a digerir el relato; se había quedado en la parte de los cañones desplegados frente al mar. Se preguntó si, al menos, la dejarían acercarse a la Gran Playa; si le permitirían poner los pies allí, en ese punto de la orilla que desde siempre había tenido en mente.

—Y lo peor —puntualizó Delfina— no es que lo hayan destrozado todo. Me han contado que la Gestapo tiene su cuartel de mando en La Maison Blanche, un lugar como ese, del que siempre se oían salir los valeses... Ahora solo se oyen llantos, gritos de esa pobre gente a la que interrogan. La ciudad está llena de alemanes, los destacan en Biarritz como una especie de premio, cuando han sido heridos o los distingue el Führer. Sé que tú no te meterías en nada, pero no es buen momento para que te presentes sola.

—Serán apenas unos días —se empeñó Elsa, sin levantar la vista de su plato—, una semana como mucho. Quizá pueda encontrar una pensión, no sé, me conformaré con cualquier cosa, un cuartico para salir del paso.

—Ya veremos. —Delfina sonrió—. Aquí tendremos tiempo de sobra para pensar en algo. La sorpresa que se va a llevar Ángeles cuando se entere de que viajamos juntas. Se ha quedado sola en la finca, no sé si estás al tanto.

Lo estaba, aunque no se lo demostró a Delfina. Sabía que, al volver de aquella larga temporada en Vitoria, Ángeles abandonó la casa de sus padres y se recluyó en la finca donde nadie levantó una teja para que saliera el alma de Matías. El alma seguía allí, aferrada a las paredes, esperando a su presa. Dos o tres años después de la muerte del agrónomo, Ángeles le hizo una llamada a Elsa para preguntarle si al tomar las fotos aquel día no había notado nada extraño en Matías, y especialmente luego, cuando las reveló. Lo extraño a lo que se refería era una marca oscura que se supone que apuntaba al rostro, un fenómeno del que ella había leído en alguna revista: las fotografías de aquellos que van a morir pronto reflejan muchas veces esa infausta señal.

—Se murió la abuela —añadió Delfina—, y se le acabó el pretexto para vivir como una ermitaña, todos hemos hecho lo imposible para que retome su vida y es inútil: sigue pendiente del fantasma.

Elsa supo que lo decía por Matías, pero no llegó a poner el tema. El resto de la conversación giró en torno al trabajo de Rómula, que se dedicaba a dibujar plantas y flores por encargo de un editor alemán que reproducía las láminas en libros de botánica para estudiantes. Delfina contó que uno de los baúles que habían llevado a bordo estaba atestado de enredaderas. Decidida a aprovechar la travesía para dibujar en el barco, Rómula había tenido que preparar una guía y anotar en fichas que pegaba en las plantas los colores originales de cada una, pues era inevitable que los perdieran a medida que pasaban los días. Delfina desbordaba orgullo:

—Nunca dirías que lo que estás viendo es un dibujo, de tan reales que parecen.

Hicieron planes para encontrarse al día siguiente. Rómula ya había localizado un rincón tranquilo para trabajar en una de las cubiertas del barco, al resguardo del viento y de la luz muy fuerte, que no eran aconsejables cuando se hacían esos dibujos minuciosos para naturalistas. Se apasionaba al explicarle su trabajo a Elsa, se expresaba con las manos y se aplicaba en seducir con ellas. Su imagen, dulzona por naturaleza, derrochaba entonces voluptuosidad.

—Podrías tomarnos una foto —propuso Delfina—. Desde que supe que venías en este barco, pensé en pedirte que nos retrataras a Rómula y a mí.

Elsa le respondió que lo sentía mucho, pero solo fotografiaba imágenes religiosas.

—¿Y qué te cuesta retratar a estas santas mujeres? —bromeó Delfina—. Ya que vas en un

buque donde no hay altares, nada más que una mugrosa capilla, podrías hacer la excepción con nosotras. Anda, no te hagas de rogar.

Elsa le prometió que iba a pensarlo, aunque en realidad no tenía que darle muchas vueltas a un asunto tan insignificante: comprendió que era una mezquindad negarse a tomar esa fotografía. La relación entre Delfina y Rómula era reciente. Durante muchos años, la amiga inseparable de Delfina había sido una enfermera llamada Sara, pero ese era un tema secreto que nunca se comentó abiertamente en ninguna reunión, ni siquiera en el círculo de las amigas más íntimas de Ángeles, pues los Erdoza eran una familia tradicionalista, de «más cuna» que los demás vascos, según la expresión que había usado alguna vez Iturrioz para referirse al hecho de que provenían de una antigua casta de militares de Vitoria. En una sola ocasión, Elsa oyó hablar de las relaciones de Delfina, cuando ya era adulta y estaba casada con Salvador. Fue un domingo que almorzaron en casa de su padre. A la hora del postre, Iturrioz se puso a recordar unos pasteles que tomaba en Vitoria cuando iba de excursión con otros estudiantes. Al decir Vitoria, y acaso por pura asociación de ideas, Marta se animó a comentar algo que había sabido pocos días atrás: Delfina (la de los Erdoza) se había distanciado de su amiga Sara por culpa de una tercera persona. Iturrioz le clavó la mirada con que cortaba las conversaciones que lo importunaban. Marta de inmediato se quedó callada, y Elsa se hizo la desentendida, porque después de todo era algo que siempre había sabido, lo intuían todas aquellas muchachas del grupo de las dominicas: que la hermana mayor de Ángeles tenía su propio mundo, otra manera de ser y de vestirse, de gesticular como cualquier varón.

—Las voy a retratar —concedió Elsa, y a la vez puso su mejor sonrisa para que no sonara a trueque, aunque en realidad era un trueque—. A cambio de esa fotografía quiero que me hables de Magdalena.

Delfina era mujer de aceptar retos, eso se le veía por encima de la ropa, pero intentó ganar tiempo con una pregunta innecesaria.

—¿De Magdalena, Elsita? ¿De tu mamá, Magdalena Laparra?

—Solo quiero saber si la conociste, si te acuerdas de ella. Quiero que me digas qué comentó la gente cuando pasó lo que pasó en Biarritz.

Rómula levantó la vista y la miró azorada, acto seguido se secó los labios y se excusó para ir al lavabo.

—Pero ¿qué puedo decirte? —protestó Delfina—. Yo también era una niña en ese entonces, mucho mayor que tú, eso es verdad, pero a mí nadie me contaba nada. Todavía no te conocíamos, ni Ángeles ni yo te habíamos visto nunca. Mis padres sí conocieron a los tuyos, recién llegados a La Habana desde Cárdenas. Luego nadie quería creer lo que había pasado, no lo creyeron hasta que Iturrioz apareció contigo, ustedes volvieron solos y él se veía abatido, pero no como un viudo cualquiera, sino aplastado, como cuando a las personas las golpean y no entienden por qué.

Delfina le hizo una seña al camarero. Pidió coñac, le preguntó si ella también iba a querer que le sirvieran uno. Elsa le contestó que no bebía licor.

—A tu papá casi nadie le preguntó nada sobre el accidente, me refiero a la historia que inventó para justificar las muertes de Magdalena y del niño. Lo único que repetía era que los había perdido.

El camarero sirvió el coñac en una copa que a Elsa le pareció desmesurada.

—Las personas evitan pensar que esas cosas ocurren —murmuró Delfina—, evitan hablar de ellas, si no se hablan es como si no hubiesen sucedido. Todo el mundo lo borró a su modo, los amigos de tu padre y también las amigas de tu mamá, que en Cuba no eran muchas, no creo que fuera una mujer muy sociable. Delante de mí, apenas se tocó el tema, yo tenía dieciséis o diecisiete años. Cuando empezaste a venir a casa, que te hiciste tan amiga de Ángeles, mamá nos leyó la cartilla a mis hermanos y a mí. Ángeles era la menor, la hija de la vejez, y no queríamos que ella se enterara de lo que había ocurrido.

—Pero se enteró —repuso Elsa—. Yo misma se lo conté.

Delfina empezó a beber su coñac. Lo hizo de una forma varonil, echada para atrás en el asiento, moviendo las manos de tal forma que daba la impresión de que sostenía un habano, aunque en realidad lo que acababa de encender era un cigarrillo.

—Supe exactamente el día en que se lo contaste —recordó Delfina en tono de reproche—, no porque Ángeles nos dijera nada, sino porque la sorprendí llorando. Le pregunté qué le pasaba y me contestó que era la regla, que le había bajado. Pero hay una cara que se le queda a uno cuando se entera de una cosa como esa, no te lo sé explicar. Ángeles estaba atontada.

—Eran mis mejores amigas —murmuró Elsa; sonaba a justificación y era una justificación—. Ángeles y Tula, ¿te acuerdas de Tula Arechabala?

Delfina asintió. Se echó hacia delante y colocó la copa en la mesa, aunque todavía la sostenía de esa forma viril, con los dedos un poco agarrotados, sobre todo el pulgar.

—Dijeron que Magdalena estaba desesperada porque a tu hermanito lo habían desahuciado. Y también dijeron..., llegaron a decir que el niño no era de tu padre.

Sintió que el corazón le daba un vuelco, pero estaba decidida a no mostrar sorpresa, dando a entender que sabía de esos comentarios. No quería que ningún gesto suyo intimidara a Delfina o interrumpiera el rumbo que había tomado la conversación.

—Si no era de él —repuso, fingiendo indiferencia—, ¿de quién entonces?

—¡Claro que era de Iturrioz! Nunca vi a la pobre criatura, pero oí decir que era la viva estampa de tu padre. Es verdad que era enfermizo, eso lo sabrás tú mejor que yo.

Elsa hizo un gesto afirmativo y la arrojó una oleada de tristeza. Tenía que admitir que Raulito no había sido un niño saludable, pero en ningún momento, en ninguna de las conversaciones que tuvo con su padre, había salido a relucir el hecho de que lo hubieran desahuciado. Al contrario, los médicos decían que el asma y la debilidad de los pulmones desaparecerían a medida que fuera creciendo.

—Parece que Magdalena tuvo una mala racha cuando llegó a Cárdenas. Por aquel tiempo hubo una epidemia de viruela en Cuba y ella estaba aterrorizada. Fue de lo poquito que se comentó cuando llegaron las noticias de Biarritz: que tu mamá se trastornó en Matanzas y ni mudándose a La Habana se llegó a curar. Que no se acostumbró al calor, ni a las comidas, ni a la vida que llevaba. A lo mejor era que extrañaba a tus abuelos, como era hija única.

Elsa iba a decirle que eso no era cierto, que su madre tenía una hermana mayor, aquella tía con la que ella planeaba encontrarse en San Sebastián, pero Rómula volvió a la mesa y Delfina puso fin a la conversación.

—No te pedí coñac —se disculpó con su amiga—, porque pensé que a lo mejor ibas a preferir anís.

Rómula carraspeó discretamente, era pura delicadeza, con las manos largas y sobresaltadas de una violinista. Delfina se había inclinado hacia ella y ambas cruzaron una mirada nocturna, casi matrimonial.

—¿Anís, entonces?

Elsa aprovechó para levantarse de la mesa y prometerles que al día siguiente, después del desayuno, les haría la «bendita foto». Lo dijo de ese modo, con cierto retintín, como si intentara dejarles claro que estaba haciendo una excepción al apartarse del santoral fotográfico al que había estado dedicada durante los últimos años.

—No sabes cuánto te lo vamos a agradecer, Elsitita. Queremos un recuerdo que no sea de uno de esos fotógrafos de barco, aunque aquí no he visto todavía a ninguno, en estos tiempos no viajan ni los fotógrafos.

Elsa salió del comedor y regresó al camarote. Tenía un poco de náusea por el balanceo del buque, o era tal vez la náusea de la soledad, porque aunque llegó a pensar que el viaje la ayudaría a desprenderse del fracaso y de su matrimonio hundido, resultó ser lo contrario: ahora extrañaba a su marido, su casa, los ruidos que llegaban de la calle al anochecer. Se preguntó cuántos días, semanas o meses pasarían antes de volver a oírlos. Nadie la necesitaba en La Habana. Y en San Sebastián quizá no la esperaban con todo el entusiasmo que ella había previsto. Su visita era un mal necesario, eso sí, una pequeña llave extraviada que aparecía demasiado tarde, cuando la puerta se había vuelto tan frágil que podía derribarse de un simple empujón. En cuanto a Biarritz, ¿qué fantasma podía esperarla allí? Acaso el de su abuelo Octavio, cuya última voluntad había sido que fingieran para él un entierro como el de todo el mundo, pero que clandestinamente lo tiraran al mar, frente a la Costa Vasca. Eso fue, al menos, lo que averiguó Iturrioz, y lo que pudo transmitirle a Elsa cuando ella quiso saber dónde lo habían enterrado.

Sin proponérselo, pensó en los viajeros que mueren en mitad del océano y son amortajados fríamente por los marineros. ¿Qué tenía que ver su historia con la de la gente que perece en el viaje y es lanzada por la borda a un fondo imaginario, hacia una danza ciega? ¿Qué tal si era un presentimiento, un aviso de que el destino le deparaba esa imprevista tumba?

Se miró en el espejo y vio a la mujer desconcertada, con el cabello abundante y los ojos negrísimos de Magdalena. Había heredado eso de ella, y además la expresión, un aire puntilloso que en el fondo no era más que recelo. De su padre había heredado la barbilla, la nariz recta que era otra característica de los Iturrioz, algo que incluso compartía con su hermano Miguel, quién sabe si también con Raulito. Pero no: Raulito había muerto con la nariz de un niño, una línea imprecisa y dos agujeritos anegados.

Tomó un trago de poción de jengibre para calmar el mareo y abrió completamente el ojo de buey por el que entró un olor helado. Con ese olor en la sangre se quedó dormida.

Domingo, 27 de mayo de 1923

Ama querida:

Hay viruela en La Habana. Me paso el día entero repitiendo esa palabra: viruela, viruela, viruela... Es lo que me aconseja Juan María: que la repita para que le pierda el miedo y no me sienta tan desesperada. Pero ocurre todo lo contrario: mientras más la digo, más me pongo a temblar. Me da pavor pensar que la epidemia pueda llegar a Cárdenas. ¿Qué haríamos, adónde podríamos llevar a Elsa? Los barcos son los peores, no se sabe cuál está libre de la enfermedad. En uno de ellos llegó el primer apestado, el que bajó con la viruela al puerto y fue soltando miasmas a su paso. Aquí no se habla de otra cosa, y hasta nos comentaron que el frontón más importante de La Habana había tenido que cerrar porque un famoso pelotari estaba agonizando y varios más en cuarentena.

Lo único bueno que nos ha pasado es el mar. No recuerdo si en mi carta anterior llegué a contarle que fuimos a una playa que nos queda cerca, a dos pasos de Cárdenas, la llaman Varadero y sobrecoge la inmensidad que tiene, la claridad de almendra que lo acaricia todo, un gran silencio que sosiega el alma. Biarritz desde luego es mejor, pero en Varadero tuvimos todo ese mar para nosotros solos.

La niña va cogiendo color, como un dorado suave, y estoy segura de que se debe a la fruta que come, el mango que le gusta y es tan amarillo, y la piña que le cortamos en trocitos. Juan María tiene la nariz como un tomate y la noche que volvimos de la playa hubo que ponerle fomentos de vinagre en la espalda para que pudiera dormir. Decidimos que Varadero es el lugar perfecto para llevar a nuestra amiga Doris cuando venga a Cárdenas. Ahora me doy cuenta de que aún no le he contado cómo la conocimos.

Ella estaba en la cubierta de paseo, escribiendo en un cuaderno, y Elsitá se paró a su lado, en principio solo a mirarla, y luego le empezó a hacer preguntas, algo inusual en esta niña que suele ser tan tímida. Doris le mostró una lámina y vimos que Elsitá rompía a reír, lo hacía muy alto, que no es de educación, entonces Juan María y yo nos acercamos para reprenderla. La mujer se presentó al vernos llegar, nos dijo que era inglesa, de un pueblo al norte de Inglaterra que se llama Durham. Hace algún tiempo quedó viuda y ha venido a Cuba para oír la música de la tierra y copiar las canciones. Dijo que se interesa por los ritmos primitivos y que en el futuro quiere escribir un libro.

La invitamos a cenar esa noche. Descubrimos que es una persona cultivada, habla varios idiomas, español por supuesto, y en francés tuvo una larga charla con Juan María. Se casó a los dieciséis (ahora tendrá unos treinta y cinco), y fue a vivir con su marido a Nueva Zelanda, donde él compró una finca con ovejas para producir lana. Me dio vergüenza preguntarle dónde quedaba ese país, así que cuando volvimos al camarote, Juan María tuvo que explicarme que Nueva Zelanda son dos grandes islas que están cerca de Australia. Me quedé igual, pero no dije nada, ya algún día averiguaré dónde está Australia. Doris nos contó que los bosques en Nueva Zelanda son interminables, llenos de flores y animales que no se ven en ningún otro lugar del mundo, y hasta existe un árbol del que sale un sonido, como el chirrido de una cuerda, cuando se asoma el sol, y otro al que le llaman «duende» porque se mueve por las noches. Mientras vivió en aquel lugar, además de llevar las cuentas del negocio de la lana, se dedicó a aprender las canciones de los nativos, gente salvaje de esas tierras. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea del libro.

El esposo murió y el negocio terminó perdiéndose, pero ella sueña con volver algún día, cuando termine su viaje alrededor del mundo. Apenas ayer recibí una postal que me mandó desde La Habana, miedo me dio tocarla, sabiendo que venía de la ciudad apastada. Sé que se va a reír, pero le confieso que la tuve un rato metida en alcanfor y me lavaba las manos cada vez que la leía, la leí varias veces porque me consuela pensar que tengo una amiga dentro del vacío, de esta burbuja en la que no me hallo.

La vida en la casa es siempre igual. Juan María sale por las mañanas rumbo a la destilería y yo suelo pasear un rato con Elsitá. A veces me fatigo por el calor, y cuando no es por el calor, es por la pestilencia y el enjambre de moscas, venden pescado seco en los puestos de la calle y las moscas parece que nos toman, a la niña y a mí, por pescados vivos, más apetitosos que los

que están salados. Revolotean encima de nosotras y a Elsíta se le posan en la cara, da grima verla, espantándolas con sus pequeñas manos. Hace poco respiré una mosca y se me quedó atorada. Pensé que me iba a dar un síncope, es una situación tan ridícula que no volvería a salir a la calle si no fuera porque tampoco sé vivir encerrada.

Aún no he recibido carta suya, pero me anima pensar que debe de haber varias en camino. Un beso fuerte para el *aita*, y otro muy grande para Sagrario, ¿se arregló al fin con el novio?

Usted reciba todo el cariño de su hija fiel que la venera,

Magdalena

Un pelotari muerto

Después de la conversación que tuvo con Delfina, hubiera sido normal que soñara con su madre y con el niño ahogado. Había soñado con ellos infinidad de veces, siempre la misma escena, viéndolos salir del agua mientras ella se quedaba atrás, flotando en la desolación, gritándoles que la esperaran.

También hubiera sido lógico que soñara con Salvador; al fin y al cabo, era aún su marido. La víspera del viaje había tenido una extraña pesadilla en la que lo veía en la cama, abrazado a las hijas de su amante, huérfanas que lo halagaban. Las piezas del ajedrez rodaban por el suelo, y él sonreía a pesar de todo, algo inverosímil aunque fuera en sueños, porque entre las contadas cosas que eran capaces de sacarlo de quicio estaba el que se le cayera una pieza, mucho peor si se rompía, y peor que peor si era el alfil.

Pudo haber soñado con su padre, que de repente se lo encontraba en el buque, también él deseoso de volver al *Lugar*, ese punto de la playa donde Magdalena se sintió implacable, completamente dueña de su torbellino. Durante muchos días, en su fuero interno, Elsa tuvo la esperanza de que Iturrioz se llenara de valor y le dijera que iba a acompañarla. Estaba segura de que en algún momento él le había dado vueltas a la idea, y que tal vez llegó a pedir dos camarotes en el *Magallanes*, uno para él y otro para su hija. A Elsa no le habría extrañado que al final hubiera roto su billete en pedazos.

Todos eran sueños posibles, razonables cada uno a su modo. Sin embargo, aquella noche no soñó con nada que tuviera sentido, sino con algo muy antiguo y triste: un pelotari muerto.

Quizá la despedida tan tierna que le prodigó su hermano, y la promesa que ella le hizo de comprarle un *gerriko*, provocó que reviviera el incidente del que ambos habían sido testigos muchos años atrás. Fue con ocasión del cumpleaños de Marta, la víspera del día de Reyes, y ella se empeñó en celebrarlo en Cienfuegos, la ciudad donde vivía su única hermana. Elsa debía de tener entonces dieciséis años, y Miguel alrededor de ocho. Los cuatro partieron en el tren, Iturrioz algo a regañadientes porque acababa de instalar máquinas nuevas en la destilería y no quería perderlas de vista ni un instante. Poco después de haber llegado a Cienfuegos, una tarde en la que Marta los animó a que dieran un paseo, Iturrioz les preguntó a sus hijos si querían ir al frontón. A Miguel ya le gustaba la pelota vasca, recibía clases en uno de los mejores clubes de La Habana y era capaz de seguir los partidos. Aquel día, Elsa escribió en un papel los nombres de los jugadores, dividió la hoja en dos y anotó en una columna a los delanteros y en la otra a los zagueros. Sabía que cuando volviera al colegio, sus amigas iban a preguntarle quiénes habían

jugado, mil detalles sobre cada uno.

Como era enero, en el Cienfuegos Jai-Alai soplaban un airecito frío, ráfagas que se cruzaban silbando y que en el fondo debieron de ser una premonición. Al empezar el segundo partido, su padre les compró agua con panales, dos grandes vasos, uno para Miguel y otro para ella, y ni siquiera habían tenido tiempo de probarla cuando una bola salida de la cesta de un jugador de blanco pegó de lleno en la cabeza de uno de los jugadores de azul. Miguel se echó a reír porque el hombre cayó de una manera cómica, y ella se echó a reír también, pero por la reacción del niño. El padre los mandó a callar, lo hizo con tal severidad que a Miguel le temblaron las manos y se le derramó el refresco.

El jugador herido murió al día siguiente y lo velaron en el Cienfuegos Jai-Alai, adonde volvieron los tres para llevarle flores. Marta se negó a acompañarlos y le reprochó a su marido que entusiasmara a Miguel con la pelota vasca. Por primera vez en presencia de Elsa hizo alusión al otro niño, el que había muerto a manos de su propia madre: «Acuérdate de que este es el único varón que tienes». Iturrioz enfrió el tono para contestarle: «Porque es varón lo hago. Si fueras vasca lo comprenderías».

No se habló más del asunto y tampoco sacaron al niño de la escuela del Beti Jai Vasco Club, donde iba dos veces por semana a recibir sus clases. Elsa pasó un tiempo aturdida, avergonzada de haberse reído mientras el jugador agonizaba. Las compañeras del colegio la acribillaron a preguntas cuando volvió a La Habana, muchas de ellas lloraron porque admiraban al pelotari muerto. Miguel lo borró todo con el tiempo, sabía que había estado ese día en el frontón porque se lo contaron, pero nunca logró acordarse de la escena trágica. Elsa, en cambio, la evocaba con toda nitidez, hasta el punto de recordar el modo en que su hermano y ella iban vestidos. La asombraba, sin embargo, el hecho de que en su primera noche en alta mar, en la nocturnidad del camarote, no hubiera habido en su mente nada mejor que revivir que ese episodio de la adolescencia: en su sueño, el pelotari muerto se sentaba con ella en el comedor del barco, mostrándole la cicatriz del golpe, la medialuna púrpura en la sien.

Horas más tarde, cuando fue en busca de Delfina y de su amiga Rómula para hacerles la fotografía, sintió que debía contarles lo que había soñado. Delfina, que era aficionada a la pelota vasca, recordaba el accidente. Rómula, que había escuchado de refilón la historia, pidió perdón por entrometerse, y en su tono calmado sugirió que el pelotari con el que había soñado Elsa no era tal, sino otro difunto, uno que estaba utilizando el sueño para prevenirla.

—Hazle caso —la apoyó Delfina—. Mira que Rómula es muy visionaria, conmigo siempre da en el clavo.

Elsa cambió de tema y les explicó dónde y cómo debían colocarse para que la luz natural las iluminara lo mejor posible. Ambas llevaban vestidos sobrios, una de color gris y otra de un lacónico estampado azul, el tipo de ropa que pedía a gritos tocados mucho más llamativos. Pero Delfina había escogido un sombrero cordobés pequeño, con un velo que se echó hacia atrás de una manera ruda, como si se desquitara de algo, y Rómula usaba un turbante de tafetán negro, sin más adorno que una gardenia natural.

Les hizo la primera foto en la cubierta de botes, con las manos entrelazadas, mirando hacia la cámara. Cuando se preparaba para hacer la segunda, Delfina se le acercó y le dijo que necesitaba

una fotografía que durara para siempre. De momento, Elsa no la entendió y entonces la otra la miró a los ojos, usó un tono exasperado, en el fondo muerta de vergüenza:

—Tú eres una artista, Elsitita, y a las artistas no hay que explicarles mucho.

Elsa contestó que no había ningún mérito en su manera de fotografiar lo que fotografiaba siempre: rincones imprevistos en alguna iglesia; estatuas sigilosas en las que descubría algo desconcertante, vestigios de otra época, o rarezas y trucos de los artesanos.

—Nosotras también tenemos algo de eso —ironizó Delfina—. Somos desconcertantes.

La vio volver junto a Rómula, susurrarle unas palabras al oído y quitarse el sombrero. De nuevo se cogieron las manos, y al notar que ella estaba a punto de tomar la foto, en el momento en que la oyeron decir «Quietas las dos», acercaron sus labios. El corazón de Elsa dio un vuelco, pero no quitó el ojo del lente. Estaban en un lugar apartado, no había otros pasajeros que pudieran verlas, y se filtraba por entre las siluetas una luz grisácea, que era la luz febril del horizonte, ni plateada ni azul, sino una niebla viva. Por unos segundos, Delfina y Rómula se olvidaron de lo que las rodeaba, Elsa lo notó en el cambio de frecuencia, en la forma de volcarse una en la otra para besarse apasionadamente, y hasta en el olor del vértigo, que es un ansia que desconocía.

Tomó la foto y bajó la cámara. Poco a poco ambas mujeres volvieron en sí y Rómula se volteó al océano, acalorada, hizo el gesto de secarse una lágrima. Acordaron que Elsa revelaría las fotos tan pronto como fuera posible, quizá en la casa de su abuela, cuando llegara a San Sebastián, y luego las llamaría por teléfono para que mandaran a buscarlas. Ninguna de las dos consideró necesario pedirle discreción a la fotógrafa, no dijeron una palabra, quizá pensaron que eso sería ofenderla. Tratándose de una artista que generalmente hacía su trabajo dentro de las iglesias, cabía suponer que iba a guardar el secreto como si fuera uno de confesión.

Rómula se retiró para ponerse a trabajar con sus plantas —le tocaba dibujar una trepadora grotesca que aún conservaba bulbos semejantes a colgajos de piel— y Delfina dijo que ella se sentaría a tejer, casi todas las mujeres en el barco se entretenían tejiendo. Aseguró que no le molestaba conversar mientras tejía, por si Elsa deseaba que siguieran hablando de «los tiempos de Cárdenas», que era como decir de Magdalena Laparra. Elsa, sin embargo, sintió que necesitaba una pausa, y se excusó diciéndole que iba a guardar la cámara. En ese momento todo lo que pretendía era estar sola y poner en orden su cabeza.

Entró con precaución en el camarote, como si fuera el de otra persona o tuviera el temor de encontrar allí a alguien más. Se dejó caer en la cama y llegó a la conclusión de que un beso como el que acababan de darse Delfina y Rómula no era exactamente un desafío, ni tampoco motivo para trastornarla. Era otra cosa, una piedra que se quebraba sin querer y dejaba salir esa maldita idea: ella hubiera querido besar del mismo modo al lejano muchacho que fue Matías Llaguna; ahuyentar a sus amigas para quedarse a solas con él. Comprendió que en aquella ocasión tuvo un deseo tan fuerte de Matías, una visión tan poderosa de lo que hubiera sido abrazarse a su cuerpo, que la fotografía que le tomó debió de dejarlo exhausto, indefenso para enfrentarse al mundo o a la enfermedad.

Ahora caía en la cuenta de que en su sueño el pelotari muerto era en verdad el agrónomo. Y el agrónomo era un niño ahogado. Matías falleció por asfixia, su garganta se llenó de quistes que le cortaron la respiración. Aquella tarde en que fue a verlo al hospital, ella tuvo un arrebató de

vanidad: creyó tener las claves de su salvación, pero a Matías no quería salvarlo. Por eso escapó del pabellón de los enfermos graves, sin hablarle ni cogerle las manos, y por eso, muchos años después, ya casada con Salvador, pensó que a su suegra no le faltaba razón cuando temía que ella heredara la locura de su madre.

Una vez más sintió que se mareaba, pero se dio cuenta de que no era por el vaivén del barco, sino por las ideas, todos los recuerdos que se le agolpaban. No servía de nada tomar de nuevo la poción que le había dado Marta: su vértigo era inmune a pócimas, porque era el germen de una curiosidad, un anhelo, un empeñamiento.

Se encogió en la cama y durante mucho rato estuvo hecha un ovillo, medio dormida, oyendo el mar que removía recuerdos, aspirándolo afanosamente en el cuenco de una de sus manos.

Jueves, 7 de junio de 1923

Ama gogoratua:

¡Por fin llegó su carta!

Sé que después llegarán otras, pero esta es especial: es lo primero que recibo desde que salí de San Sebastián. Tan pronto la tuve en mis manos, me la llevé a la cara y estuve oliéndola por un buen rato, le juro que traía el olor de allá, lo sentí más fuerte en cuanto rompí el sobre. Salió una bocanada que aspiré completa, no hubiera querido soltarla nunca, nunca, pero empecé a llorar y el aire se escapó.

Lo primero que tengo que decirle es que he estado enferma. Según lo que nos dijo el médico fue un ataque de neurastenia, una debilidad en los nervios que se complicó por lo de mis anginas. Por la mañana amanecía casi sin fuerzas y no encontraba cómo salir de la cama, me daba pavor cuando Juan María llegaba a la hora de comer, porque lo oía preguntar si aún estaba acostada, y cuando las negras le decían que sí, entraba en la habitación como una tromba, me quitaba las sábanas de encima, «¡Arriba, perezosa, ¿no sabes la hora que es?», y me tiraba de los brazos, riéndose, pero en el fondo airado, sé cuándo Juan María tiene ganas de estallar, no comprendía que yo pudiera estar tantas horas encogida, callada, vacía con los ojos abiertos.

La verdad es que nada me alegra la existencia aquí, tan solo Elsita, pero si ella se duerme, me quedo a solas con mis pensamientos. A veces miro hacia delante, me imagino lo que me tocará vivir, y eso me agobia hasta el punto de no poder sostenerme, se me doblan las rodillas y tengo que buscar apoyo, casi siempre me arrimo a la pared, me escuro despacito al suelo y me pongo a esperar, no me pregunte el qué, quizá a que el mundo caiga del lugar en donde está colgado, presiento que rodará algún día.

Juan María, para animarme, dice que a fin de año abrirán otra destilería en La Habana y lo trasladarán allá. Yo no le contesto, no porque no quiera, sino porque me da sopor el timbre de su voz. Ya una vez quise que usted entendiera lo que es amodorramiento, ¿no se acuerda de que fuimos a comprar manteles en aquel almacén de la calle Garibay y se lo expliqué bajito, mientras usted miraba los bordados? Me dijo entonces que eran necedades mías, que no podía dar marcha atrás a tan poquitos días de la boda. «Nadie te ha obligado a nada, a Juan María lo escogiste tú.» Nunca en la vida me había hablado así, nunca la vi tan satisfecha, como si se alegrara de que me hubiera arrepentido demasiado tarde.

Desde hace unos días me levanto pronto, antes de que Juan María se vaya, a él le gusta que desayunemos juntos para cerciorarse de que trago los comprimidos que me recetaron. Cuando por fin me libero de su vigilancia, salgo con la niña y la llevo a oír la música de las retretas, ya no me importa si el enjambre de moscas nos persigue o no. Si por alguna razón nos quedamos en casa, jugamos a las grandes comidas y yo la ayudo a cocinar de mentiritas, se asombraría de ver el gran arte que tiene su nieta para imaginar banquetes. Al caer la tarde, cuando oigo que Juan María regresa, me acuerdo de aquel pariente de papá que fabricaba miel, y del humo que les echaba encima a las abejas para adormecerlas. A mí me pasa igual. La voz de Juan María me debilita de tal manera que trato de volver en mí, pero de nada vale. Él se alarma, me ofrece un vaso de agua, sé que se enfurecería si supiera que es por causa suya.

Me aconseja usted que me alimente bien, pero en Cuba es difícil. Todos los días las negras me preguntan que qué hacen de comer, y yo se lo digo pero nunca entienden, terminan por servir lo que les da la gana, unos potajes cargados de tocino y frijoles que borbotean en el estómago. A Elsita, pobre criatura, esas comidas le dan sarpullido, y a mí me repugnan a tal extremo que tengo que correr a acostarme. Trato de pensar en otra cosa, pero miro al techo y es como si viera en un espejo todo lo que soy por dentro: mi corazón, mis huesos, las burbujas locas del potaje reventando en mi pecho. Al cabo de un rato, tengo que levantarme a vomitar. Así un día tras otro. Estoy flaquísima, puedo contar mis huesos, y Juan María me trae bombones y garapiñadas, o a veces yo misma me cocino un filete. No piense que le cuento estas cosas para que se aflija, sino porque necesito desahogarme aunque sea por carta, y a lo mejor, quién sabe, me desahogaré con Doris cuando venga.

Me apena que Sagrario no haya podido reconciliarse con Esteban. Si yo viviera en un lugar distinto, la invitaría a que me

visitara, pero ¿qué diversión puedo ofrecerle aquí? No me atrevo a decirle que haga un viaje tan largo solo para encerrarse casi todo el día y asomar la cabeza cuando cae el sol, pasear conmigo un rato por el puerto y, de vez en cuando, subir al tranvía, que tiene sus curiosidades, su aliciente por las carcajadas de Elsa, le hace gracia que metan gallinas por la ventanilla. La playa a la que vamos es inmensa y transparente, pero para quien está acostumbrado al esplendor de Biarritz, no es de ningún consuelo. Tampoco puedo nadar como me gustaría, porque Elsita se aterra si me pierde de vista; Juan María trata de explicarle que nada va a ocurrirme, pero ella no lo entiende, corre por la orilla temblando, va a los brazos de su padre y grita hasta que se le corta la respiración, o hasta que me ve salir del agua. Papá diría que tiene «poco talante para el mar», él siempre dice que unos lo tienen y otros no. Me apena que su propia nieta haya salido asustadiza, otro cantar sería si estuviera creciendo al lado de su abuelo.

Espero impaciente más cartas tuyas, cuénteme de todos, béselos a todos,

Magdalena

Posdata, 8 de junio.

Iba para el correo a poner esta carta y en ese instante pitaron en la puerta y era un telegrama: Doris llega dentro de seis días, ¡seis! Y todavía tengo que adecentar la habitación. Debo darme prisa.

El oscuro lomo de una bestia

Días después de haber zarpado, a la hora en que los pasajeros almorzaban, un muchacho irrumpió en el comedor gritando que había visto un submarino.

Se alzó un murmullo de incredulidad, y enseguida el tropel de sillas, mesas, copas que caían al suelo derribadas por los comensales que se precipitaron fuera del salón a tiempo para comprobar que era cierto: allí estaba, a pocos metros del buque, más cerca de lo que hubieran podido imaginar, envuelto por la bruma del agua y oscilando en las olas como el oscuro lomo de una bestia.

Todos se congregaron en la cubierta de paseo, en mitad del barco, mudos de la impresión. Elsa comenzó a temblar, era un ridículo temblor que iba y venía de los pies a las rodillas y que la hacía sentir como una marioneta. Enseguida comprendió que no la intimidaba tanto el submarino en sí, como el aspecto irreal de los hombres y mujeres que escrutaban las aguas, seres opacos y desencajados, despojados de ese brillo humano que da el miedo: no había miedo en sus ojos, solo resignación. Así pasaron dos o tres minutos, hasta que poco a poco fueron saliendo del trance, aflojando los músculos, soltando frases entrecortadas, alguno se permitió una broma.

Junto a Elsa estaba el pianista que amenizaba con otros cuatro músicos las noches de la travesía. Era un mulato enjuto, de frente abultada y ojos alicaídos, que intercalaba alguna pieza clásica entre los boleros, y que acostumbraba a comer después de la función, encogido en la mesa más apartada del salón, escarbando en su plato con el tenedor, con ese estilo de pájaro que escoge el grano. Elsa lo vio cerrar los ojos, juntar las manos y musitar unas frases, seguramente una plegaria. Se sintió tentada a consolarlo y colocó su mano sobre el hombro del músico, pero tuvo la impresión de haber tocado un castillo de naipes: el simple roce de sus dedos bastaba para derrumbarlo. El pianista se giró para mirarla y ella le susurró que no se preocupara, que nada iba a pasarles, ya que el barco llevaba letreros que ponían España.

—No estoy seguro —musitó el hombre—, ya han hundido a varios... Figúrese que nos dieran ahora.

El *Magallanes* aminoró la marcha, que era lo que comúnmente hacían los buques españoles cuando se sabían observados por la tripulación de un submarino. De eso dependía que lo torpedearan o no; de ese pequeño rito de sumisión con el que demostraba que su carga era completamente inofensiva: civiles medrosos, amontonados en la borda, gente entrada en años casi toda. Delfina y Rómula se habían quedado atrás, no quisieron mirar porque se dieron cuenta de que esta vez no era una falsa alarma como en ocasiones anteriores, cuando algún pasajero

confundía los morados cardúmenes con las naves de los alemanes. Delfina recostó la cabeza en el hombro de su amiga y esta la reconfortó con palabras que Elsa no podía oír, pero que eran fáciles de imaginar. Estaba segura de que le susurraba que no había nada que temer, que lo peor tenía que haber pasado ya, puesto que el *Magallanes* seguía de largo y poco a poco volvía a coger velocidad.

—Salimos de esta —exclamó Elsa, más para sí misma que para el pianista, y en ese instante la envolvió el hedor, lo aspiró a fondo sin poder evitarlo. El hombre sacó un pañuelo y se secó la cara:

—Perdóneme —farfulló al borde de las lágrimas—, ¡qué vergüenza, Señor!

Ella se hizo la desentendida y volvió a concentrarse en el contorno del submarino que empezaba por fin a sumergirse, lejos del *Magallanes*, con el desdén del animal que deja escapar la presa para que la devore otro. ¿Cuántos más hallarían en lo que les quedaba de travesía? Miró de reojo al pianista, que se escabullía hacia el interior del buque, rápido como una anguila, temeroso de que alguien más detectara su calamidad. Luego buscó con la mirada a Delfina y a Rómula, que continuaban tensas, apretadas la una contra la otra, queriéndose en la tempestad. Fue hacia ellas y tocó el brazo de Delfina, le dio unas palmaditas para reconfortarla, pues vio que le rodaban lágrimas. A continuación hizo lo propio con Rómula, que tenía la piel helada y olía intensamente a agua de violetas, aunque conservaba la expresión estoica.

—Todos esos santos que retratas tú —la oyó bromear—, pusieron su mano para que el submarino nos dejara en paz.

Elsa intentó sonreír, pero algo la traicionó por dentro y en vez de la sonrisa le salió un sollozo. La emoción contenida, el aroma del agua de violetas y el hedor del pianista, que aún le rondaba por la nariz, le hicieron recordar el día en que su padre y Marta le anunciaron que iban a tener un niño. Se lo habían dicho por la tarde, al volver del colegio, y en la noche todavía se preguntaba si Marta también sería capaz de ir a la playa y hundirlo; si debía advertírselo a su padre y rogarle que por nada del mundo los dejara acercarse al mar. La ansiedad la hizo orinarse y defecar dormida: se revolcó en la inmundicia como si nadara en ella. Cuando Aurelia, la mujer que la cuidaba, acudió a despertarla, la halló temblando, muerta de vergüenza y asco. Avisaron a Marta, que corrió a consolarla y quiso ocuparse personalmente de su aseo. Elsa tenía ocho años y se bañaba sola desde hacía algún tiempo, pero dejó que su madrastra le frota el pecho como si fuese una recién nacida, desmadejada en la bañera, obediéndola en silencio cuando le pedía que cerrara los ojos o soplara la nariz. Al final, Marta la envolvió en una toalla y le empapó el pelo con agua de violetas. De paso, le preguntó que qué le parecía si le ponían colonia al niño, o a la niña, que venía en camino. Elsa se encogió de hombros y Marta se alzó la blusa para dejar al descubierto su maciza panza de unos cinco meses, traslúcida y cubierta de venitas, un cálido mapa de senderos que no iban a ningún lugar. Se echó colonia alrededor del ombligo y luego le pasó el frasco a Elsa. Fue una revelación, como un pequeño desliz: Marta le estaba confirmando que la criatura que esperaba palpataba allí, dentro de su barriga. Al volver a la habitación, vio que Aurelia estaba recogiendo las sábanas y sintió que se mezclaban los olores, el del agua de violetas que llevaba en el pelo, y el de la porquería. El resultado le produjo una arcada, rompió a llorar como si estuviera fraguándose una tragedia, tal vez la muerte de otro niño, y a Aurelia solo

se le ocurrió preguntarle si le dolía la barriga. Elsa le respondió que sí, que le dolía mucho y no quería ir al colegio. Pasó toda la mañana tomando cocimientos, imaginándose que el techo de su cuarto era un espejo, y que en ese espejo se veía por dentro: veía sus tripas, que eran iguales a las de los pollos cuando los limpiaban para cocinarlos. Iguales a las que tenía Raulito y se llenaron de agua. Las tripas de Marta, en cambio, se habían echado a un lado para dejarle espacio a la criatura. «El niño flota y mete pataditas», le había dicho su madrastra. De algún modo, a pesar de su edad, concluyó que todos los niños cuando se sienten hundidos reaccionan de la misma forma: patean y escapan. Algunas madres no los dejan escapar.

—¿Vas a llorar ahora que el submarino se fue? —preguntó Rómula, ofreciéndole un pañuelo.

No quiso decirle que en realidad lloraba por sus recuerdos, y por un par de olores que de casualidad se habían vuelto a fundir después de tantos años.

Esa noche, el pianista y sus músicos hicieron acto de presencia como de costumbre. La gente parecía animada, con más ganas de bailar que en los días previos. Era como si el paso del submarino, el hecho de haberlo visto por fin y de salir airosos, les hubiera infundido un júbilo obligado, casi de despedida de año. Cuando se oyeron los primeros acordes de un danzón, un hombre la sacó a bailar. Era un cubano entrado en años, voluminoso y medio tartamudo, que viajaba con su esposa, oriunda de Bilbao, vieja amiga de la familia de Delfina. Elsa vaciló un momento, en el pasado ni loca hubiera desperdiciado la oportunidad de bailar, pero ahora era distinto, estaba separada, echaba de menos a Salvador, a su padre, a las amigas con las que había crecido. No tenía ánimos para relajarse y disfrutar de la música.

—Anímese, mujer, baile un poquito —le suplicó el hombre que continuaba frente a ella, con la mano extendida—. No viene mal después del susto que pasamos.

Salieron a la pista, donde se aglomeraban las parejas y nadie parecía preocuparse por dar los pasos adecuados. Ella lo hacía con naturalidad, el danzón se le había dado bien desde el principio, desde que Marta se lo enseñó a bailar junto con las amigas del colegio, divertidas lecciones que terminaban con trencito de rumba y limonada fría. En todas las etapas de su vida, recordó agradecida, Marta estuvo a su lado y trató de darle su calor de madre. Más tarde, junto con Salvador, llegó a coger clases de mambo. Pero lo último que habían bailado antes de separarse había sido un bolero. Fue en un club de La Habana, con motivo de su cuarto aniversario de bodas. Aquella noche, mientras tocaban *Dolor cobarde*, sintió más fuerte que nunca la sensación de que él la engañaba con otra. Incluso llegó a preguntarle si tenía problemas en la notaría. Salvador negó con la cabeza y continuaron bailando, pero un par de semanas más tarde no tuvo más remedio que confesarle todo: el arte de consolar a la viuda («Esa pobre mujer», repetía, como si el desamparo lo justificara todo) había rendido frutos, un niño al que llamó José Raúl en honor a Capablanca, el Gran Maestro cubano por el que sentía devoción.

Salvador no era buen bailarín; el hombre con el que bailaba sí. A pesar de ser un mastodonte se deslizaba sin perder el ritmo, derrochando un movimiento de caderas que era el sello de fábrica de los buenos pachangueros cubanos. Él se detuvo a preguntarle si en verdad era oriunda de San Sebastián, como le habían dicho. Elsa le respondió que sí, aunque había vivido en Cuba desde que era niña.

—No en balde —resopló el otro—. No conozco ni una sola vasca que coja el tumbaíto este.

Se echó a reír de su propia ocurrencia, parecía un niño muy crecido y gordo, una criatura a la que le insuflaron aire por la punta del pie y luego no habían sabido cómo sacárselo. Volvieron a la mesa donde los esperaban Delfina, Rómula y la esposa del hombre, que, bien mirada, parecía una muñeca de guiñol, con las dos chapas de colorete y los rizos castaños recogidos en la coronilla. La conversación volvió a girar en torno a la posibilidad de que la travesía se alargara, todos tenían la sensación de que el buque iba con lentitud. En un momento dado, Delfina se volteó hacia Elsa:

—Me acabo de acordar de algo: una vez oí decir que a Magdalena le encantaba el baile. —Le habló bajito, para que solo ella lo oyera—. Parece que llamaban la atención, ella y tu padre, por lo bien que se acoplaban bailando. Seguro que lo heredaste tú, te estábamos mirando desde aquí, no hay quien te ponga un pie delante.

A Salvador siempre lo había intrigado lo que él llamaba «la habilidad» de su mujer para transformarse en cuanto se ponía a bailar. «No haces más que oír la música», se reía, «y te olvidas de que retratas santos.» Animada por el comentario de Delfina, le pidió que hiciera memoria por si recordaba algún otro detalle.

—Solo eso, Elsitita, alguien lo dijo en mi presencia, es probable que fuera una conversación en casa. Hablaron de que tus padres siempre iban a las fiestas del Centro Vasco, y que se hacían notar. Parece que se animaron mucho cuando por fin pudieron salir de Cárdenas para instalarse en La Habana, además habían tenido al niño. Les había nacido un cubanito, ¿quién iba a imaginarse que...?

No terminó la frase, pero era fácil suponer lo que seguía: quién iba a imaginarse que acabaría asesinado por su propia madre. En la mesa, todos habían hecho silencio esperando que ellas terminaran de cuchichear.

—Perdón —musitó Delfina—, nos ponemos a hablar de la familia y nos olvidamos del mundo.

En los días posteriores avistaron otros dos submarinos, aunque ninguno llegó a acercarse al *Magallanes*. Los pasajeros empezaron a tomarlo de otro modo, era inevitable que se echaran a temblar, pero se sobreponían más rápido y hasta se permitían hacer chistes.

Una tarde, la víspera de la llegada a Bilbao, Elsa se topó de frente con el pianista. Coincidieron al pie de la escalera de proa, y el hombre se quitó el sombrero, la saludó inclinando la cabeza: tenía el pelo descolorido, tirando a rojizo, largas mechas grasientas que despedían el herrumbroso olor de las pomadas.

—Al fin llegamos —soltó él, aliviado—; créame que he pasado mucho miedo, pero no por mí.

Trataba de justificar el «accidente», el ataque de pánico que le hizo ensuciarse en los pantalones con ocasión del encuentro con el primer submarino. Elsa se dio cuenta y le restó importancia, dijo que a todos los había aterrorizado.

—Pero a mí más —porfió el pianista—. Mi madre tiene casi ochenta años y vive sola en La Habana. Soy hijo único, entiende, y si me pasa algo, ¿quién va a ocuparse de ella?

Al decirlo, proyectó los labios hacia fuera como si esperara un beso. Tenía la clase de perfil que pide a gritos una nariz prominente, pero todo lo que la naturaleza le había dado era una ridícula nariz de niño. Su rostro, a medio fundir, parecía la distorsión frente a un espejo ligeramente cóncavo.

—Nos han contratado en San Juan de Luz —se apresuró a cambiar de tema—. En un *nightclub* de la playa, muy concurrido por lo que parece, creo que se llena de alemanes, figúrese los alemanes, que prefieren las *Lieder*. ¿Se queda usted en Bilbao?

Elsa negó con la cabeza. Por un momento imaginó a la madre del pianista ayudándolo a preparar el equipaje, acomodando camisas y partituras con sus manos ásperas y huesudas. Fue entonces cuando se preguntó cómo habrían sido las manos de Magdalena de haber alcanzado los cuarenta y cinco años que hubiera cumplido en pocos meses; cuán distintas habrían sido las manos de todos, las vidas de todos, si ella no hubiera enloquecido en Biarritz.

—Voy a San Sebastián —concedió extenuada, lamentando no haber estado a solas para mirar a gusto cómo caía la noche por última vez antes de entrar en el puerto.

—Pues va a estar cerca de San Juan de Luz. Y ya sabe que tocaremos boleros, danzones, sobre todo rumbas. Mire, este es el nombre del lugar.

Había sacado del bolsillo un documento arrugado, lo abrió y se lo mostró a Elsa, que solo alcanzó a ver las letras grandes: CLUB ROMAIN. Luego el pianista se despidió y ella calculó que en La Habana era mediodía. Salvador siempre almorzaba en la casa, y al terminar se levantaba de la mesa para tomar el café frente al tablero de ajedrez. Juan María Iturrioz, en cambio, solía hacerlo en la destilería; hasta allí le llevaban los platos cubiertos con immaculadas servilletas blancas y él comía en una mesa cercana a su escritorio, con una botella de agua mineral y una copa con dos dedos de ron. Elsa apostó a que todo continuaba igual, excepto que Salvador estaría almorzando con la viuda y sus hijas, criaturas intuitivas y suaves, que ahora se desvivían por complacer a su padrastro. Gracias a él, continuaban viviendo aquella vida holgada, asistiendo al mismo colegio de pago adonde habían ido siempre, y vistiendo la ropa fina que solían vestir en vida de su padre. Pero más importante todavía: gracias a Salvador tenían un hermano, un niño llamado José Raúl que, con su sola presencia, había borrado el luto. La viuda, por su parte, estaría aliviada de que Elsa hubiera puesto tanto mar de por medio; no solo no le había dado la menor batalla, sino que tuvo la generosidad de huir. Era mucho más de lo que habría anhelado: tener tan pronto, y para ella sola, al padre del recién nacido. Solo que Elsa se preguntaba si cuando Salvador los veía juntos, a la madre y al niño, no le vendría a la mente el temor a que lo lastimara... Quizá entonces se acordara de ella, irritado por el hecho de que, con los años, hubiera inculcado en él aquella gota de infelicidad, la miserable y dolorosa duda.

Sacudir la cabeza era un gesto frecuente en Salvador, lo hacía cuando estaba enfrascado en una partida difícil, pero también reaccionaba de ese modo cada vez que Elsa le hablaba de la tragedia en Biarritz. Estaba segura de que nunca se lo contaría a Cecilia; no deseaba que la madre de su hijo oyera un relato tan espeluznante. Sabía que los rastros del horror, esa clase de vacío que surge alrededor de una historia terrible, se quedan rondando la memoria y salen a flote cuando menos se espera.

La aparición de luces en el horizonte coincidió con la música de despedida. Por los altavoces del barco empezaron a escapar las notas del *Auld Lang Syne*, y se acordó de Marta, que se sabía la letra y tuvo la paciencia de enseñársela cuando era niña.

Siempre repitió las palabras sin saber lo que significaban. Ahora tampoco lo sabía, pero la cantó bajito, con los labios helados, dedicándola secretamente a la boca de lobo del anochecido

océano.

Domingo, 17 de junio de 1923

Berri ona, amaxu, berri ona!

Doris está en casa.

Lleva aquí apenas dos días y ya quisiéramos que se quedara para siempre. Es una mujer discreta que, al contrario que yo, sabe contestar a todo, armonizarlo todo. Elsita es la que más contenta está, se despierta de dormir la siesta y pregunta por Doris, dónde está Doris, a qué vamos a jugar con Doris... La criatura no quiere despegarse de ella y a mí me preocupa que nuestra invitada, que ha venido a descansar, a poner en orden sus notas y las partituras que trajo de La Habana, se sienta incómoda, agobiada por tantas atenciones y seguida a todas partes por una chiquilla que no para de hacerle preguntas.

Ella había enviado un telegrama pidiendo que le reserváramos habitación en el hotel Europa, el más elegante aquí, o al menos, el único que nos han dicho que no tiene chinches. Juan María le contestó que ni pensararlo, que teníamos una muy buena alcoba en nuestra casa que poníamos a su disposición. Lo de «muy buena alcoba» distaba de ser cierto. En verdad es grande y está bien ventilada, pero no quiera ver los armatostes feos y desvencijados que tenía. La cama era vieja, y no había tocador ni nada que se le pareciera, solo un ropero antiguo, apollado, que soltó el fondo en cuanto empezamos a moverlo. Todo quedó patas arriba, las negras barriendo telarañas y mariposas muertas, y nosotros yéndonos a comprar muebles. Me angustiaba pensar que si Doris adelantaba el viaje, iba a encontrarse con que le habíamos mentido. Le pedí a Juan María que enviara a dos hombres de la destilería para que me ayudaran a colocar las cabeceras y el armario de luna que compramos.

El martes, por fin, la casa estaba en orden y por la noche fuimos a esperarla a la estación del tren. Juan María insistía en llevar el automóvil de la destilería, con el chofer uniformado, pero yo estaba segura de que Doris iba a preferir que la recogiéramos en un quitrín de alquiler que habíamos visto por la calle, y que conduce un negro que se viste como los caleseros de antes. Mandé a buscarlo con una criada y quedó todo arreglado; el negro adornó los caballos con penachos y vino a nuestra casa a la hora convenida. Elsita saltaba de felicidad, le puse la bata blanca que usted le regaló, parecía una muñeca dándole órdenes al calesero.

Doris nos trajo regalos de La Habana. A Juan María, unos pañuelos; a mí, un sombrero, y a la niña soldaditos de plomo. Como lo está oyendo. Estuve a punto de decirle, con delicadeza, que los soldaditos son para los varones, pero ya Elsa los había sacado de la caja y en un abrir y cerrar de ojos se tiró al suelo para jugar con ellos. Así son las criaturas, y Doris debe de conocerlas bien.

Mañana saldremos para averiguar cómo se llega a un pueblo que le dijeron que está cerca de Cárdenas, y en el que viven los hombres de un coro muy particular, se dedican a cantar la música que trajeron a Cuba los primeros negros, pero también conocen cantos modernos, que son los que llevan a los bautizos y velorios.

Le confieso que me da un poco de miedo, pues la cocinera nos contó que en ese pueblo viven unos cuantos brujos, y que no se puede visitar los jueves; nadie debe ir allí ese día porque todos se esconden y no les gusta que haya extraños en la calle. Ya sé, ya sé que estará preocupada de que lleve a la niña conmigo, y por eso, para que esté tranquila, le prometo que Elsita se quedará ese día en la casa. Solo iremos Doris y yo, probablemente en el mismo quitrín de alquiler, pues ella lo prefiere, sin ocupar al chofer de la destilería ni a ninguna otra persona que llame mucho la atención.

Trajo una caja llena de marionetas, figúrese qué mujer tan divertida, las compró en la calle, parece que eran de un titiritero ambulante que llegó a La Habana y luego desapareció. Frente a la pensión donde se había alojado, y en la que dejó todas sus pertenencias, pusieron a la venta los títeres. Da la casualidad de que Doris pasaba por la acera en el momento en que los desahuciaban, y tuvo la sensación de que una de las marionetas la llamaba. Jura que oyó: «Doooooris, Doooooris...». Lo cuenta con tal viveza que una termina por creer que es cierto que dijeron su nombre. Ha prometido hacer un espectáculo dentro de unos días, invitaremos a los niños de las casas vecinas y a una pequeña que se llama Ángela, hija del tenedor de libros de la destilería, la primera amiga que ha hecho Elsita en Cuba. Juan María prometió mandar a un carpintero para que levante el tablado de las

marionetas, y de paso nos ayude a colgar el telón, que pensamos coser con unos tafetanes rojos de los que venden los moros en la calle.

No sé si se da cuenta de que estoy más animosa, y es tal vez por las píldoras que he empezado a tomar para la neurastenia. Me las prescribió el doctor de la destilería y he notado el cambio desde el primer día. Cuénteselo a Eguiluz, sé que usted no confía en otro médico que no sea él, dígame que tomo «hipofosfitos», que suena a duende de las carboneras (el *aita* me hablaba de esos duendes cuando yo era niña). ¿No hubiera sido preferible decir que tomo la «pimpilpauxa»? Ríase, ríase usted... Tengo una alegría de mariposa que me salta aquí, en la boca del estómago. Acerque el oído, péguelo bien, *ama maitia*. Todo lo que le ruego es que deje su resentimiento atrás, la rabia que la separa de mí, que soy una mujer y puedo soportarlo, pero que no debía separarla de Elsa, niña inocente que la adora a usted. Al fin y al cabo, ya la complacimos: estamos lejos, ninguna de las dos la molestamos ni le recordamos nada con nuestra presencia. Si le parece bien, pregúntele al *aita* si hay un lugar que ponga más distancia entre nosotras. Hasta allí me llevaré a mi hija con tal de verla a usted feliz.

Magdalena

El aura del antiguo follaje

Ni las sirenas, ni las voces de los pasajeros, ni el movimiento frenético en el muelle pudieron impedir que el agua de la ría le recordara el agua de las pesadillas: un almíbar de acero con el corazón de un pozo.

Eran casi las diez de la mañana, pero tuvo la impresión de que estaba amaneciendo, no solo por el cielo encapotado y bajo, sino por el tono que tenían las cosas, ese blando color que coge el mundo cuando arrastra la piel grisácea de la madrugada.

Salió del buque con la cámara colgada al hombro, siempre le daba cierta seguridad llevarla así, a la manera en que lo hacen los fotógrafos profesionales. Pasó el control de pasaportes y entregó a un maletero la señal para que recogiera su equipaje, dos maletas que habían quedado en el pasillo, frente a la puerta de su camarote. Se subió el cuello del abrigo y aspiró el intenso olor de la madera húmeda: había pirámides de troncos por doquier, y hombres descamisados que los estibaban dentro de las barcazas. En uno de los troncos divisó un destello rojo, un rescoldo imposible, a lo mejor el aura del antiguo follaje, y eso la hizo evocar los flamboyanes del Vedado, el barrio donde había vivido casi toda su vida. Allá era noche cerrada todavía. Dormían los suyos —su padre, Marta, su hermano Miguel—, y los que ya no lo eran tanto, o quizá no lo habían sido nunca. Entre estos últimos estaba Salvador, probablemente entregado a uno de los interminables *match* que celebraba en sueños. Pocas veces, según él mismo confesaba, lograba soñar con otra cosa que no fuera el ajedrez. Jugaba partidas enteras que recordaba paso a paso al despertar, y su emoción mayor había sido enfrentarse a Capablanca en una de esas noches, un mes después de que el cubano hubiese fallecido.

—¡Elsa! —la llamó una mujer que se detuvo a pocos pasos de ella. De hecho eran dos. La otra se quedó algo rezagada y se llevó las manos a la cara al tiempo que exclamaba: «¡Gracias a Dios!».

—Soy tu tía Sagrario —declaró la primera, que era bajita y frágil, y aparentaba más edad de la que en realidad tenía—. Estábamos tan preocupadas, ¿qué tal hiciste el viaje?

Al contrario de lo que esperaba, no sintió esa emoción atropellada, llena de lágrimas, que supuso que iba a sentir al encontrarse con la hermana de su madre, ni tampoco tuvo el impulso de abrazarse a ella. Sagrario, sí; Sagrario la apretó de la misma manera inclemente en que lo había hecho su hermano Miguel el día en que se despidieron. Con la diferencia de que no estaba Marta para imponer un poco de cordura y pedir que la dejaran respirar. Simplemente, quedó a merced de aquel abrazo hasta que Dios quisiera, o hasta que la otra se percatara de que ella estaba cada vez

más tensa, debatiéndose educadamente por soltarse. La mujer que acompañaba a su tía se limitó a observarlas con sus tiernos ojos ribeteados de rojo. Tenía un rostro simple, de trazos muy elementales; no era que tuviera cara de niña, sino que sus facciones parecían dibujadas por una mano infantil. Lo único más elaborado en ella era la boca, los gruesos labios que apretaba conteniendo el llanto.

—María Consuelo es prima hermana mía —explicó Sagrario, cogiéndola de un brazo—. Quería mucho a tu madre, juntas te llevaban al parque.

La aludida se acercó y le estampó dos besos. Estaba nerviosa, abría la boca para respirar y se quedó expectante, pensando en si decirlo o no, pero al final lo dijo.

—Estuviste alguna vez en casa, dormiste con nosotras al volver de Biarritz, ¿no te acuerdas? Fue antes de regresar a Cuba con tu padre. —Hizo una pausa y miró de reojo a Sagrario. Luego añadió—: Ya todo había pasado. Te gustaba jugar con Benita, mi hija mayor.

Significaba que había sido capaz de jugar, a pesar de todo. Había sido capaz de parecer una niña normal dentro de las circunstancias, durante el breve tiempo que pasó en San Sebastián, en la casa de sus abuelos, ese lugar donde se aposentó el horror y nadie se explicaba cómo. En su memoria solo habían quedado imágenes furtivas del día de la tragedia; reminiscencias de la habitación del Hôtel du Palais, cuando subieron todos a vestirse y rehacer maletas, ayudados por las camareras, que se ocuparon de guardar en un baúl aparte las pertenencias del niño fallecido. Si se esforzaba un poco, de la neblina de su mente saltaban unas visiones efímeras, caóticas, de los atribulados días que siguieron: el bisbiseo de las discusiones; los llantos y suspiros de su abuela; la desesperación de Octavio, que pasaba todo el tiempo encerrado en su habitación y se negaba a hablar con nadie. Incluso cortó su relación con Elsa, o al menos la enfrió, como si no le interesara mucho esa pequeña niña que había sobrevivido, o como si tuviera el temor de que al tocarla se convirtiera ella también en algo roto, o demente.

No, no recordaba haber visitado a nadie, ni tampoco haber jugado con ninguna otra niña durante aquellos días. Solo evocaba el miedo, la incertidumbre con que iniciaron la travesía de regreso a Cuba: ella y su padre, sufrientes como dos espectros, enfrentando por primera vez toda la magnitud de lo ocurrido. Faltaban Magdalena y Raulito, faltarían ya para siempre, era un vacío que los sofocaba, sobre todo cuando se sentaban a desayunar, desdoblando a la vez las servilletas, sin nada que decirse el uno al otro. O cuando se encontraban en la intimidad del camarote, llegada la hora de dormir, se desvestían en el silencio sobrecogedor y se deslizaban bajo las frazadas. Muchos años después, Iturrioz le contó los detalles que ella había borrado, le hizo saber que el viaje de regreso a Cuba había sido un calvario.

—No sé si desayunaste —se detuvo de pronto Sagrario—. Si quieres, podemos tomar un chocolate por aquí cerca.

Elsa contestó que había desayunado en el barco y que prefería llegar cuanto antes a San Sebastián. Ninguna de las dos mujeres había mencionado hasta el momento a su abuela, y de repente se preguntó si el hecho de que no hubiera estado allí, esperándola, no sería señal de que había muerto. ¿Cuántas historias no se escuchaban de viajeros que, al final de una larga travesía, se encontraban con que habían perdido a un ser querido? Fue un instante de zozobra que le oprimió el pecho; tenía que haberse muerto porque, ahora que caía en la cuenta, su tía vestía ropas

de luto y hasta se había puesto un anticuado sombrero negro.

—Tu abuela quería venir —musitó Sagrario, como si le adivinara el pensamiento—, pero esto es fuerte para ella, no me refiero al viaje en coche, sino a la emoción de verte. Tuve que obligarla a que se quedara en casa.

Antes de subir al auto que las llevaría a San Sebastián, vio a lo lejos a Delfina y a Rómula, rodeadas de una nube de parientes que había ido a recibirlas, gente que reía y las abrazaba. Aquel sí era un encuentro alegre, de una familia normal que no arrastraba el peso de ninguna historia bochornosa o cruel. Por primera vez tuvo miedo de haberse equivocado: ¿cómo estar segura de que su tía y su abuela no habrían preferido dejar las cosas como estaban, sin tener que enfrentar esa presencia suya que revolvía tantos recuerdos? ¿Cómo saber si, de pronto, el reencuentro no era lo que habían previsto, la alegría de volver a abrazar a la sobrina y nieta que habían perdido de vista cuando apenas tenía siete años, y que regresaba con veinticuatro, convertida en una mujer que se desenvolvía de otra forma y hablaba como una extranjera?

El anterior chofer de la familia («El que te conoció de niña», precisó Sagrario) había muerto poco tiempo atrás. Conocerla de niña, se dio cuenta Elsa, quería decir que lo había visto todo, soportado la furia de las lamentaciones, escuchado sollozos y golpes de cólera en la mesa. Lo sustituyó su hijo, un individuo seco con gafas oscuras, que al ver que se acercaban las mujeres tiró el paño con el que había estado frotando los cristales. «Estas palomas», se disculpó, «hay que ver cuánto ensucian.» Ayudó a meter el equipaje, y él mismo se encargó de darle una propina al maletero.

El coche era un antiguo modelo de un cárdeno espejeante, y Elsa intuyó que había sido el último que utilizó Octavio Laparra. Tuvo la sensación de que su abuelo se arrellanaba allí, en el mismo lugar que ella ocupaba ahora, privado de su reciedumbre y su razón de ser, ahogado por el desconuelo. No era difícil presentir que Octavio, cuando se hacía llevar a alguna parte, ladeaba la cabeza y dejaba que lo azotara el viento. Una clase de viento que le traía voces, susurros, sollozos de la hija desaparecida.

—Me hubiera gustado que diéramos un paseo por Bilbao —comentó Sagrario en el momento en que se alejaban del puerto—. Pero ya volveremos un día de estos, ¿qué te parece, Elsita?

Iba sentada entre las dos mujeres y entornó los ojos para concentrarse en el olor, el que llegaba del campo y tal vez traía consigo una señal; estaba tan ansiosa por conectar con algo o con alguien, que por un rato se desentendió de sus acompañantes. Tuvo que hacer un esfuerzo para ubicarse nuevamente en el universo compungido que formaban Sagrario, con la cabeza baja, y María Consuelo, demasiado tímida para salvar la situación.

—La casa ya no es lo que fue en tiempos de papá —le advirtió su tía al cabo de un rato—, está un poco estropeada porque ni a tu abuela ni a mí nos apetece meternos en obras. Además, yo acabo de enviudar.

Hizo una pausa, cogió la mano de Elsa y se la llevó a los labios, como si fuera a besarla, pero no llegó a hacerlo, o lo hizo de otro modo: solo pegó su boca, su marchita y afligida boca. Toda ella transmitía pesar.

—Vas a estar bien, ya lo verás. Desde que recibimos el telegrama de tu padre, no hemos parado. Puedes acomodarte donde lo desees, pero arreglamos esa habitación que te gustaba

tanto...

—La de la *ama* —apostó Elsa en un tono indefinible, ni ella misma supo si de ilusión o angustia.

—La de Magdalena, sí. No quisimos deshacernos de nada, ni siquiera de los juguetes que dejaste aquí, los guardamos para que hagas con ellos lo que quieras.

Los juguetes del fin de una etapa, se estremeció Elsa. Los que quedaron atrás cuando su abuela, que fue quien le hizo las maletas para el regreso a Cuba, se dio cuenta de que no cabían todos. En San Sebastián, poco antes de partir hacia Biarritz, Magdalena le compró una vajilla en miniatura y un mono mecánico que tocaba el violín. Eran los preparativos usuales de las vacaciones: hacerse de juguetes nuevos para que los niños se distrajeran en las horas muertas, y dejaran dormir a los adultos. Por esos días, su madre hizo lo que solían hacer todas las madres antes de partir: ir a los almacenes más exclusivos de San Sebastián para escoger trusas, zapatillas y gorros. Fue entonces cuando compró el salvavidas que estrenó Raulito.

—Iré a Biarritz tan pronto como pueda. —Lo dijo en un tono desafiante, poniendo énfasis en cada sílaba, como si de antemano alguien se lo hubiera prohibido.

—Claro que debes ir —la sorprendió Sagrario—, aunque te advierto que aquello no es ni la sombra de lo que era. Está lleno de alemanes que se han propuesto destruir la playa.

—Podríamos acompañarte —sugirió la prima—. Si no quieres ir sola, una de nosotras puede ir contigo. Es la ida por la vuelta, ¿no?

Negó con la cabeza, no sabía por dónde empezar: ni quería que la acompañara nadie, ni tampoco planeaba que fuera una visita breve. Sagrario se dio cuenta, captó de inmediato su desazón y dijo que, luego de un viaje tan largo y azaroso desde La Habana a Bilbao, estaba segura de que su sobrina no necesitaba a nadie para llegar a donde se había propuesto.

—Es algo que tenemos que hacer alguna vez, y tenemos que hacerlo solas.

Elsa se preguntó si su tía hablaba genéricamente de cualquier viaje a cualquier lugar, o si se refería en concreto a Biarritz.

—Siempre me atormenté pensando que si hubiera estado con ellos aquel día no habría pasado nada —continuó Sagrario—. Pero ese verano habíamos quedado en que yo iría después, estaba empezando a preparar mi ajuar de bodas, me casaba en diciembre.

Quizá no era el momento de continuar con la conversación, habida cuenta de que hablaban delante del chofer y en compañía de esa otra mujer que, por más prima que fuera, no dejaba de ser una completa intrusa.

—En el veintisiete, para el primer aniversario, decidí volver a Biarritz. Ya estaba casada, pero no permití que nadie me acompañara, ni siquiera mamá, aunque creo que ella tampoco habría querido hacerlo. En aquella época, sus únicas salidas eran para ir al cementerio donde enterramos a tu hermano.

Elsa recordó que en La Habana siempre habían tenido una fotografía de la tumba de Raulito. Había estado mucho tiempo en un marco de plata, sobre el escritorio de su padre, y un buen día Marta mandó a fabricarle un pedestal labrado como para un santo. En la fotografía se veían dos abatidos ángeles de mármol custodiando el pergamino con la foto del niño, y una inscripción en francés que ella se había aprendido de memoria:

RAÚL ITURRIOZ LAPARRA
NÉ LE 17 MARS 1924 À CUBA
MORT LE 8 AOÛT 1926 À BIARRITZ
SI LE CIEL ET LA MER SONT NOIRS COMME DE L'ENCRE,
NOS CŒURS QUE TU CONNAIS SONT REMPLIS DE RAYONS!

Hora y media más tarde, el automóvil entró en San Sebastián. Sagrario quiso saber si Elsa era capaz de reconocer la casa y ella le contestó que solo se acordaba de que quedaba en una gran calzada llamada Ategorrieta. Al decirlo, se iluminó un momento otro rincón brutal: aquel verano, el último, intentaron que Raulito aprendiera a pronunciar Ategorrieta; el niño reía, retozaba en la cama de su madre y repetía «ategoeta».

—Me parece que había unos mascarones de piedra —musitó Elsa con los ojos nublados y la mente puesta todavía en la escena que acababa de recuperar, esa perversa pintura que era Magdalena protegiendo con sus brazos al niño para que no se cayera de la cama.

—Hay dos cabezas romanas, sí. —Sagrario sonrió—. No andas muy desmemoriada, me parece a mí.

Poco después, vio que el chofer rodeaba una glorieta (¿no era de san Ignacio la estatua entre los sauces?) y enfilaba por una avenida apacible, salpicada de mansiones dormidas. Avanzaron todavía unos minutos antes de que el coche diera un giro a la izquierda y se metiera por un sendero angosto, donde el crujir de las piedrecitas le sonó familiar, y la visión de los ateridos árboles también. Cuando por fin se detuvieron delante de la casa, ella salió del auto y elevó la vista: era lógico que de niña se hubiera sentido atraída por aquellas cabezas talladas en medallones de piedra. Estaba acostumbrada a retratar ángeles renegados, y apostaba a que esos dos lo eran.

—Ahí tienes a tu abuela.

Tuvo una impresión peor de la que había tenido cuando vio a Sagrario. En Sagrario esperaba encontrar a una mujer más joven, más vital y parecida a su madre. Por el contrario, halló a una vieja dama pálida, un cascarón sin porvenir sobre cuya cabeza zumbaba el dolor, y era posible oírlo. Mercedes Cazalis, su abuela, era un suspiro que renqueaba mientras iba a su encuentro. Según sus cálculos, debía de tener setenta o setenta y un años, pero había rebasado esa línea de derrumbe físico en que lo mismo se pueden tener ochenta que se pueden tener cien. Cuando por fin llegó junto a Elsa, alzó las manos y le cogió la cara, le echó el pelo hacia atrás, tentando minuciosamente el lóbulo de las orejas, como si buscara una contraseña; luego le acarició las sienes y dibujó con los dedos el arco de los ojos, el entrecejo y la nariz. Al cabo de una eternidad, hizo que se inclinara para besarla, decenas de besos en cada mejilla, hasta que Elsa sintió que el abrazo aflojaba, que su abuela se escurría lentamente al suelo y caía de rodillas, aferrada a sus piernas, gimiendo con los ojos cerrados. Sagrario y su prima corrieron a socorrerla, pero Elsa, en cambio, tuvo la loca intención de retroceder, fue un segundo, una cuestión de instinto. Comprendió que se estaba repitiendo el abrazo desolado de aquel día de agosto de 1926 en la playa de Biarritz, pero con los papeles invertidos: ahora le correspondía a ella consolar a la criatura huidiza y destrozada que era su abuela; ella, convertida en adulta, la que se acercaba a una orilla imaginaria para tomar en sus brazos a la anciana y apartarla de la madre homicida. Nada se había

resuelto desde entonces: Magdalena seguía mirándolas con sus ojos duros, llamándolas desde su particular abismo.

—Levántate, mamá —le suplicó Sagrario—; esto te va a hacer daño.

Entre su tía y María Consuelo lograron que Mercedes Cazalis se incorporara y siguieron sosteniéndola hasta que entraron en la casa. Elsa caminó detrás del cortejo y vio que la sentaban en una butaca. Una criada apareció con un vaso de agua y Sagrario extrajo dos píldoras de una cajita: una para dársela a su madre, otra para tomársela ella. La vieja Mercedes, un poco rígida, con el pecho contraído como si soportara una feroz punzada, le hizo un gesto con la mano.

—Acércate a tu *amona* —le imploró Sagrario.

Elsa obedeció aturdida. No notaba que nada se moviera en ella, nada se despertaba aún. Llegó junto a Mercedes y se arrodilló a su lado.

—Cuando eras niña —susurró la anciana, hundiendo los dedos en el pelo de su nieta—, siempre le pedías a Octavio que te llevara a ver los patos de la plaza Guipúzcoa... Él era quien te consentía.

Repitió aquella frase: «Quien te consentía», y Elsa notó que la huesuda mano se crispaba. Llegó a la conclusión de que no había que desesperarse ni forzar una señal que acaso surgiera dentro de un instante, o acaso no surgiera nunca. Para empezar, aquel salón ya le era familiar: la gran lámpara de bronce, la ubicación de las ventanas, las abarrotadas vitrinas que de niña tuvieron que haberla encandilado. Cualquier objeto, por más absurdo o insignificante que le pareciera, podía abrir la puerta a una riada de recuerdos.

—Después de comer, vamos a buscar las cartas —le dijo Mercedes con aquella voz de caramelo, que era quizá lo único que se parecía a la imagen que Elsa conservaba de ella.

Ignoraba a qué cartas se refería, pero afirmó con la cabeza y le prometió que harían lo que ella quisiera. Empezaba a bajarle por la espalda todo el agotamiento del viaje, más demoledor y melancólico cuanto más presentía que podía estar acercándose a un punto muerto. Apoyó la mejilla en la falda de su abuela. Sintió el roce de la lana; el acre olor de su vestido; su rodilla puntiaguda en la sien.

—Solo estaba esperando a que vinieras para poder morirme.

Era lo que solían decir todos los viejos y pensó que no tenía que contestarle, no se movió ni parpadeó.

—Hubiéramos querido que crecieras en esta casa. Tu hermano está enterrado en Sare, al lado de la iglesia. Tu madre está más cerca, en el cementerio de Polloe.

Alguna vez, ya de adulta, llegó a preguntarse qué habrían hecho con el cadáver de Magdalena. No estaba segura de si la familia había logrado sepultarla en tierra consagrada. Aunque se había quitado la vida, el hecho de que el suicidio ocurriera en el sanatorio les daba la oportunidad de ocultar las circunstancias. En todo caso, supuso que la habían enterrado en secreto, sin avisar a los amigos ni a los demás parientes; un funeral sórdido y apresurado en un día de implacable calor.

—Tu abuelo Octavio quiso que lo echaran al mar... Fingimos su entierro, lo lloramos en la tumba de Polloe, la que mandó a construir para sus padres, pero no está allí. Lo llevó una barca mar adentro, todo lo dejó arreglado, todo lo habló con el barquero y con el marido de tu tía

Sagrario.

La mano de su abuela, suavcita y fría, volvió a posarse en su frente. Era absurdo sentir felicidad en un momento como ese, bajo el monótono recuento de los cementerios. Sin embargo, sintió algo parecido, una mezcla de júbilo y desquite; y para colmo, hambre. De repente, el hambre. Nunca en su vida había tenido tanta, ni tan honda, y ni siquiera se había preguntado qué le darían de comer en esa casa.

—La purrusalda se nos va a enfriar —fingió severidad Sagrario—. ¿Es que nadie tiene apetito hoy?

Martes, 26 de junio de 1923

Urrun ama, lejanísima mía:

Debo cerrar los ojos, respirar hondo, pensar muy bien de qué manera voy a explicarle lo que nos ocurrió en Canímar, el pueblo adonde fuimos Doris y yo en busca del coro que ella quería escuchar.

Creo que en mi carta anterior le conté que a ese pueblo no se puede ir los jueves, no me pregunte la razón, solo sé que ese día no aceptan forastero alguno, así que acordamos ir ayer. Eran las nueve de la mañana cuando subimos al quitrín del calesero que ya contratamos hace días para recoger a Doris en la estación del tren.

Elsita empezó a llorar, la cocinera trataba de consolarla, pero ella gritaba cada vez más fuerte para que la subiéramos al coche y hubo un momento en que estuve a punto de ceder. Doris me advirtió que si lo hacía, la niña en adelante haría una rabieta cada vez que se le antojara algo. Entonces le pedí a la cocinera que se la llevara y le diera un dulce, pero aún se oían sus chillidos cuando partimos.

El calesero sabía exactamente adónde tenía que ir. Los negros se entienden entre ellos y tan pronto dijimos Canímar, afirmó con la cabeza y no tuvo ni una duda, ni se detuvo a preguntarle a nadie. Llegamos a las diez de la mañana y me desanimó el lugar: es un pueblito mustio, cochambroso como todos los de por aquí. Nos bajamos en un descampado (a eso no se le puede llamar plazoleta) lleno de puestos de vianda y de tasajo. El tufo era insufrible, aunque a Doris parecía no afectarla en lo más mínimo. Se dirigió a una vieja que vendía cabezas de cerdo y le preguntó que en dónde podíamos hallar a los cantantes. La vieja no lo pensó un segundo, nos señaló un camino que estaba a sus espaldas y nos dijo que por allí debíamos coger, doblar a la izquierda en una pollería, y luego seguir hasta llegar a un galpón que, por la manera en que lo describió, nos imaginamos que era una herrería.

En la calle la gente se detenía a mirarnos. Las mujeres se fijaban en nuestra ropa, en la de Doris más que en la mía. Ella iba vestida de blanco: falda de guipur, blusa de seda y sombrerito de paja. No miento si le digo que parecía una colegiala, quizá mi hermana menor.

La herrería la encontramos sin dificultad, es un pueblo pequeño y había chiquillos jugando en los alrededores, aunque de inmediato dejaron de jugar y nos clavaron la vista, murmurando entre ellos. Le hice una seña a Doris para que me dejara hablar, pensé que el hecho de ser madre de una criatura terca como Elsita me ha preparado para entenderme con los demás niños. Les hablé despacio: ¿dónde podíamos encontrar a los hombres que cantan en las fiestas del pueblo? No quisieron o no pudieron responderme. Nos quedamos sin saber qué hacer, desde el taller salía un ruido endiablado, golpazos y resoplidos de fuelles, pero Doris dijo que no teníamos más remedio que entrar. Avanzamos entre los chiquillos descalzos, que nos seguían con la boca abierta, y cuando llegamos a la puerta, mientras las dos tratábamos de distinguir algo en el interior, todos los ruidos cesaron. Divisé a tres o cuatro hombres que, de primera intención, parecían estar desnudos, mas luego me di cuenta de que vestían calzones harapientos de color marrón; un tono oscuro que en algunos casos era idéntico al de la piel. Sentí miedo y miré a Doris, que si lo sentía lo disimulaba, pues se mantuvo en calma, soportando el vaho caliente que escapaba de aquel lugar.

Pensé que íbamos a quedarnos allí toda la vida, nadie se movía ni pronunciaba una palabra, hasta que de repente uno de los hombres caminó hacia nosotras y nos hizo seña de que lo siguiéramos. Era un mulato alto, barbudo y musculoso, con unos ojos pequeños que parecían pavesas, y una nariz alta, que no es la típica nariz del negro, aunque el pronto del negro lo tenía, ese gesto agreste de los de su raza. ¿Puede creer que Doris le extendió la mano y él la estrechó como la cosa más natural del mundo? Todo era tan extraño que tuve la sensación de haber viajado lejos, tal vez a otro país. Doris le explicó que estábamos buscando a los cantantes del coro de Canímar, y él contestó que era uno de ellos, y que los demás estaban dentro de la herrería, pero si queríamos contratarlos para alguna fiesta, tendríamos que hablar con su jefe, que había salido a hacer unos mandados. Doris sacó un cuaderno y anotó el dato, y con la misma le dijo que su esposo era el jefe de una destilería de Cárdenas donde harían una gran fiesta para los obreros y necesitarían cantantes.

Fue una mentira sin importancia, casi un chiste privado entre ella y yo, pero no sé por qué lo tomé a mal, me entristeció que usurpara mi lugar en la vida, aunque fuera para picar la curiosidad del otro. Algunos negros habían salido del galpón y Doris preguntó si era posible escucharlos ese mismo día. El único que hablaba volvió a dejarlo en manos de su jefe; si él decía que sí, podíamos asistir al ensayo aquella misma tarde.

Significaba que tendríamos que quedarnos en Canímar unas cuantas horas y le hice ver a Doris que eso no era posible, pues tenía que estar en casa para cuando regresara Juan María. Ella respondió que no quería causarme más molestias y que nos iríamos enseguida, lo importante era que había podido averiguar el paradero de esos músicos.

El herrero se quedó atento a lo que hablábamos, no sé si llegó a entender nuestra conversación, pero Doris le dijo que no podíamos esperar hasta el ensayo, que volveríamos en otra ocasión. Dicho esto, le dio la mano para despedirse y el hombre la retuvo en la suya, se la llevó a los labios y le dio un beso sonoro y largo, no es que hiciera el gesto, como suelen hacer los caballeros, sino que abrió la boca y le dejó la mancha de saliva. Pensé que tenía que defenderla, porque después de todo es invitada mía, así que la cogí del brazo, intenté halarla y ella no se movió. Todo duró unos segundos, la escuché decir «Hasta pronto», y entonces comprobé que no estaba extrañada ni ofendida. El hombre se quedó allí plantado y nosotras nos fuimos.

Más tarde, cuando regresábamos a Cárdenas, sentí una gran decepción, mucha tristeza de saber que Doris no era la persona que me figuraba. A ella ni siquiera se le ocurrió que su conducta me podía incomodar, porque preguntó varias veces si me sentía indispuesta. Le respondí que no, pero me empezaron a brotar las lágrimas, ella no quiso preguntar más nada y me echó el brazo por encima, lloró conmigo, juntamos las cabezas y nos desahogamos.

Cuando llegué a casa, ya la había perdonado, o la había comprendido, que es lo mismo o mejor que perdonar. El día nos esperaba en la sala, cruzada de brazos, no me agradó ese gesto, ni tampoco que me preguntara si le traía un regalo, ¿qué regalo podía comprarle en ese horrible pueblo? Doris la contentó con la promesa de que el domingo por fin haríamos el espectáculo de marionetas, una pequeña obra que ella misma escribió sobre ovejas y lana.

Al atardecer paseamos con Juan María, y ya entrada la noche, cuando nos sentamos a cenar, era como si el viaje a Canímar nunca hubiera existido. Esta mañana me he despertado de buen ánimo, dispuesta a ayudar a Doris en lo que hiciera falta para que hagamos el guiñol. Si vuelve a decirme que quiere ir a Canímar, la convenceré para que no lo haga. Me dio mala espina ese lugar.

A Juan María no le diré ni una palabra de esto. Y usted, mamá, procure que el *aita* no se entere tampoco. Ocúltele esta carta si lo cree prudente. No quisiera que empezara a desconfiar de Doris, ya que en algún momento, seguro, la conocerá.

Sepa que la extraño y que daría mi vida por tenerla cerca.

Muxus gordos, interminables, cálidos, de su

Magdalena

Dios deja de existir

En una tienda de la calle Churruca compró cubetas, líquidos, papel fotográfico y una bombilla roja, y en la casa de su abuela se hizo con el resto: una vieja mesa con tope de cristal, el tendedero y pinzas para poner a secar los negativos. Un baño en desuso, que podía cerrarse a cal y canto, se convirtió en el mejor cuarto oscuro.

Cuando por fin pudo apreciar las fotos de Delfina y Rómula, comprobó que captaban lo que había sentido en el instante en que las retrató: la pasta temeraria que las abarcaba, un sentimiento que era como un escudo. A pesar de eso, las fotos rezumaban naturalidad, no solo porque las protagonistas se desentendieron de la cámara, y eso lo podía ver cualquiera, sino porque la fotografía desapareció. Un buen fotógrafo se esfuma cuando debe hacerlo.

Hizo dos copias de cada una, y cuando las tuvo listas, llamó a Delfina para que mandara a recogerlas.

—Iré yo misma —se entusiasmó la otra—, y de paso te llevo las señas de una pensión de Biarritz donde quizá te puedas alojar. Hace unos días salió de allí un fabricante de botas que es vecino nuestro... Si todavía no has conseguido algo mejor, esa es cómoda y parece que bastante limpia.

Elsa quedó tan sorprendida que apenas pudo balbucear que todavía no tenía nada, ni mejor ni peor. En San Sebastián corrían tantos rumores sobre la situación en Biarritz, que cada vez que intentaba preguntar por un hotel o cualquier otro lugar donde hospedarse, le aconsejaban que esperara un tiempo, que no era un buen momento porque la ciudad estaba llena de alemanes, de controles que impedían el paso de un lugar a otro.

—El mariscal Rommel anda paseándose por la Gran Playa —añadió Delfina—, supervisando él en persona la construcción de un muro que es un adefesio. Están desalojando a los dueños de las pocas villas que no habían sido requisadas. Tendrás suerte si consigues acomodo en esa pensión.

Elsa no sabía quién era Rommel, y decidió que no iba a preguntarlo. Quedaron en encontrarse al día siguiente, y en el momento en que le daba a Delfina la dirección de la casa de su abuela, la invadió el estupor, como si acabara de descubrir que su retorno era real. Ese aire que ella respiraba allí, y ese silencio que parecía manar de las paredes, eran el aire y el silencio que reinaban cuando partieron todos hacia el último verano en Biarritz. Podía decirse que era hasta el mismo polvo dentro de la luz, unas partículas imperceptibles que no obstante habían rozado la piel de Magdalena, flotado en torno a su cabeza atormentada. Delfina le preguntó si continuaba en el

teléfono, y cuando Elsa contestó que sí, se animó a preguntarle cómo habían quedado las fotografías.

—Las mejores que he hecho en mucho tiempo —repuso ella.

No le mentía, pero Delfina creyó prudente tomarlo a broma. Se echó a reír y se lo comentó a Rómula, que estaba a su lado, seguramente dedicada al dibujo, escrutando lo que quedaba a esas alturas de las plantas que habían viajado con ella desde Cuba, un amasijo de hojas carcomidas, y varios frascos donde conservaba frutas y bulbos en formol.

Ese mismo día, su abuela la mandó a buscar. Elsa fue a su habitación y la encontró sentada junto al secreter, temblorosa, pero con mejor semblante que otras veces. Sagrario también estaba allí, de pie junto a su madre, con el rostro contraído y un pañuelo en la mano. Elsa sintió que su tía le clavaba la vista diciéndole que debía prepararse para el momento más duro desde su llegada. La tarde anterior, mientras paseaban por la plaza Guipúzcoa, Sagrario la puso al tanto de casi todo cuanto había acontecido en esos años, recalcando que Mercedes Cazalis siempre tuvo la ilusión de que Elsa leyera las cartas que su madre había enviado desde Cuba. Pensaba que así se convencería de que Magdalena había querido a sus hijos, y que solo la desesperación, la enfermedad que había hecho estragos en su cabeza, o tal vez los malos ojos (la brujería tan común allá), la habían llevado a hacer lo que hizo. Le advirtió, sin embargo, que aquellas cartas también narraban hechos confusos que nunca pudieron aclarar, ni con Juan María ni con nadie.

—Acércate, Elsita —dijo la abuela, señalando el portafolio sobre el tablero—, ahí está todo, hasta «Rocamadour».

Sagrario también le había hablado de esa carta, que en realidad no era tal. Eran las páginas de un diario, las impresiones de un viaje que hizo Magdalena un par de meses antes de casarse. Se empeñó en ofrendarle su ramo de novia a la Virgen Negra de Rocamadour, y como sabía que no podría hacerlo luego de la boda, ya que debía partir con su marido a Vitoria, encargó una réplica y le pidió a su padre que la llevara a Francia. Fue uno de los tantos regalos que recibió de Octavio, el que más la emocionó, aunque Sagrario nunca llegó a entender el porqué de ese afán de ir a Rocamadour.

—No tienes que leerlas todas —le advirtió Mercedes—, pero esas cartas debes tenerlas tú. Algunas se las leí a tu abuelo cuando estaba ya para morir, muy pocas, en el fondo no las quería oír.

A la muerte de Octavio, la familia vendió la fundición. El dinero que le habría correspondido a la hija fallecida fue enviado a Cuba, al cuidado de Iturrioz, para que se lo entregara a Elsa cuando alcanzara la mayoría de edad.

—Las voy a leer todas en Biarritz —prometió ella, rehuyéndole a una lectura inmediata—. Iré por unos días porque encontré un lugar donde quedarme.

Mercedes y Sagrario se miraron. La segunda se refirió nerviosamente a la Navidad; se alegraba de que Elsa hubiera encontrado una pensión, ¿o era una habitación de hotel?, pero le suplicaba que regresara a tiempo para la Nochebuena, y que se quedara con ellas a despedir el año. Agregó que eran las primeras navidades que iba a pasar sin su marido, y que la presencia de Elsa la ayudaría a mitigar la pena.

—Esteban murió el dos de septiembre. Fue él quien se ocupó de que las cosas siguieran

marchando en la fábrica cuando papá enfermó, y luego se encargó de venderla. Siempre mantuvo los papeles en orden por si tu padre o tú querían ver algo. Después que lo enterré, cerré mi casa y vine para esta.

La abuela hizo un gesto de impaciencia. De una vez por todas quería asistir al ritual por el que había esperado durante tantos años: Elsa debía acercarse al secreter, coger el portafolio en sus manos y abrirlo para mirar la letra de su madre. Ese contacto suyo con la huella, con el aroma dividido de Magdalena Laparra, era la culminación de una etapa.

—Nunca llegó a adaptarse a Cuba —sollozó la abuela—, nos extrañaba demasiado. Por eso se enfermó.

Sagrario dirigió a su sobrina una mirada que imploraba paciencia, y a la vez negó con la cabeza: no habían sido ni la nostalgia ni la lejanía lo que la habían trastornado. Pero una madre es una madre, y Mercedes Cazalis había pasado el resto de su vida tratando de encontrar una explicación, un pequeño motivo, por odioso y complicado que fuera.

—Magdalena hubiera querido que Octavio le diera trabajo a tu papá, así no habrían tenido que moverse de San Sebastián. Pero tu abuelo no quiso, no se llevaba bien con Juan María, siempre discutían por la política.

Elsa se animó a coger el portafolio, que llevaba grabado el nombre de la fundición: ALEACIONES LAPARRA, S.A. Se sentó en la cama y empezó a hojear las cartas, sin detenerse particularmente en ninguna. Todas estaban escritas con una letra espaciosa y trémula, y en distintos tipos de papel, unos más finos que otros, hasta en los elegantes folios con el membrete de la destilería de Cárdenas. Sagrario se mordió los labios, estaba pálida y se abrazaba a sí misma, los dedos crispados en la piel.

—Tu *aita*, de joven, era muy impulsivo —prosiguió la abuela—, y a menudo escribía en un periódico llamado *Aberri*, donde criticaban a la Comución Nacionalista Vasca, que era el partido al que pertenecía Octavio. Un día se le ocurrió hacer un artículo donde insultaba a los miembros de la Comución. Lo firmó con sus iniciales, JM, pero todo el mundo supo que lo había escrito Iturrioz. Tu abuelo, como es natural, se enfureció, recortó el artículo y lo tuvo guardado toda la vida. Yo lo encontré más tarde entre sus papeles.

Sagrario creyó prudente intervenir, lo hizo sonriendo para que no sonara a regaño.

—No la agobies, mamá. Eso fue hace mucho tiempo, y cómo va a saber ella lo que era *Aberri* o lo que era la Comución. Elsitita es cubana, ¿no la oyes hablar?

—La veo pensar —contestó su abuela—, y la veo tocar las cosas, lo hace como una verdadera vasca, mírale las manos, eso no lo ha perdido.

Elsa aprovechó para cambiar de tema y les contó que su padre acostumbraba a llevarlos al frontón desde que eran pequeños, a ella y a su medio hermano, que no en balde había salido pelotari.

—Juan María rondaba a Magdalena —volvió la abuela, decidida a completar su versión—, se carteaban y eran novios. Al salir lo que salió en *Aberri*, Octavio le pidió a Juan María que no volviera a poner los pies en nuestra casa. Pero él y Magdalena siguieron viéndose a escondidas.

«Soles moribundos, planetas ardientes...»

Mientras Mercedes contaba la historia del noviazgo, Elsa vio de reojo aquella frase que

encabezaba una de las cartas. Hizo un esfuerzo para contener la curiosidad y no intentar averiguar lo que seguía. Después de todo, si habían sido guardadas en orden, las tendría que leer de esa misma forma, tal como salieron de la cabeza de su madre. Sin embargo, repitió mentalmente esas cuatro palabras que le parecieron emisarias de un cataclismo: «Soles moribundos, planetas ardientes...».

—Octavio y Juan María hicieron las paces más o menos al cabo de un año, los dos quedaron en el mismo bando cuando expulsaron al jefe de la Comución, ¿cómo se llamaba, Sagrario, no era aquel otro Arana?

Elsa miró a Sagrario. Su tía parecía estar al borde de las lágrimas y su voz salió empapada de una falsa dulzura.

—Pero ¿qué importancia tiene, mamá? El *aita* y Juan María discutieron, eso es verdad, pero con el tiempo volvieron a arreglarse y las diferencias pasaron al olvido.

Un olvido a medias, pensó Elsa. Por eso su padre no se quedó en San Sebastián, trabajando para Aleaciones Laparra, S.A., como cualquiera habría esperado, y emigró a Cuba, decidido a meterse en el negocio de las destilerías. Las pocas veces que Iturrioz se refirió a su suegro, lo hizo de una forma ambigua, mencionando apenas los problemas que había tenido para que el viejo Laparra lo aceptara como yerno.

—Luego se fueron —murmuró su abuela—, no se soportaba la tristeza, el vacío que dejaron en esta casa. Tardaron tres años en volver, y lo que ocurrió fue esa desgracia. Tu abuelo perdió el interés en todo, se enterró en vida, y al esposo de Sagrario, que en paz descanse, le tocó ocuparse de la fundición hasta que la vendimos. Lo que queda es eso, ese portafolio que ha salido tan fuerte. Nunca te lo mandé a Cuba porque quería entregártelo yo misma. Escúchame: si yo pude llegar hasta el final, tú también vas a poder. Pero una cosa te pido: no me preguntes nada, no quieras saber lo que pienso hasta que hayas leído la última carta.

Elsa le hizo ver que era el mejor regalo que había recibido en su vida, y que aunque solo fuera por aquellas cartas, ya sentía que el viaje había valido la pena. Aprovechó para avisarles que al día siguiente vendrían a visitarla unas amigas de Bilbao, dos mujeres a las que había retratado en el barco. Su abuela preguntó si podía ver las fotos, y ella le prometió que se las mostraría (las más cándidas, por nada del mundo le hubiera enseñado la del beso). De paso se animó a contarles que su verdadera vocación era la fotografía artística, imágenes de santos o de retablos religiosos.

—Seguro que lo heredaste de tu abuelo —sentenció Sagrario—. El *aita* conocía todas las iglesias de Guipúzcoa, estaba orgulloso de saber de dónde procedía cada imagen, cada virgen o Cristo en la cruz; anotaba el nombre del escultor, el del párroco, y hasta el año en que la habían bendecido... A esta casa venían a preguntarle a veces. Cuando se levantó la parte nueva de la fundición, mandó a construir una capilla para los obreros. Creo que todavía está allí.

Elsa recordó que su padre también había mandado a construir una capilla en la destilería. Casi nunca se celebraban misas, excepto cuando moría un empleado o alguien que lo hubiese sido y aún gozara de la estima del dueño. Entonces, dependiendo de la jerarquía del fallecido, iban todos: Iturrioz, Marta, su hermanito y ella. Cuando se hizo novia de Salvador, también él se les unía a veces. Su padre los esperaba a la entrada de la capilla y se sentaban en el primer banco, reservado siempre para la familia.

—Magdalena no era muy devota —observó su abuela—. Iba a misa con nosotras, yo la obligaba, por supuesto, pero ella tenía otras ideas, le gustaba leer a Flammarion, aquel astrólogo que publicaba una columna en el *Diario Vasco*. ¿O era en el *Euskadi*...? ¿Dónde se publicaba, Sagrario, lo de Flammarion, recuerdas tú?

—Cosas de juventud —terció la otra, sin responder a la pregunta de su madre—. Flammarion hablaba de los astros y Magdalena era muy dada a esas fantasías, le gustaban los horóscopos.

Callaron las tres y Elsa siguió hojeando las cartas, sin detenerse en ninguna, tratando de ganar tiempo, simplemente eso. Supo que ni su abuela ni su tía se atreverían a romper ese silencio y lo hizo ella: ya les había contado que estaba separada, pero en aquel momento de intimidad, reveló el hecho de que Salvador convivía con la amante que le había dado un hijo.

Sagrario hizo un gesto contrariado y bajó la cabeza. Murmuró que aquel era un terrible golpe para cualquier esposa, pero que ella era joven y aún podía encaminar su vida. La abuela, en cambio, hizo una mueca que a Elsa le pareció una media sonrisa, los ojitos le brillaron y habló desde su melancólica bruma.

—Había una rusa en Biarritz que se dedicaba a echar las cartas y a leer las manos. En 1923 me la encontré en la Rue de Grenelle, la había visto otras veces, pero en esa ocasión me detuvo y me cogió del brazo. De la nada, de la manera más grosera, me preguntó qué edad tenía mi nieta. Como no le contesté, me sacudió y me habló más fuerte: «Se la han llevado lejos, ¿no es cierto?». Dije que sí, presentí que no me diría nada bueno. «Ella se salva, pero el pequeño no.» Ustedes ya estaban en Cuba, Magdalena ni siquiera estaba embarazada, por eso no sabía de qué pequeño hablaba. Yo iba sola, traté de soltarme y ella me susurró al oído: «Cuando vuelva por causa de otro niño, dile que no se acerque a Port Vieux». Ahora que hablas de tu separación, me doy cuenta de que has vuelto por causa de otro niño.

Estuvo a punto de decirle que no; que no había vuelto exactamente por eso. Con ese viaje había soñado durante mucho tiempo y llevaba meses planeándolo. Pero tampoco podía negar que al descubrir la existencia del hijo de Salvador se impacientó y quiso perder de vista la ciudad, la casa, los objetos que habían compartido. Ni siquiera le importó subir a un barco y cruzar el Atlántico en plena guerra.

Fue hacia su abuela, se agachó frente a ella:

—¿Y por qué no le preguntó a la rusa de qué me iba a salvar o quién era ese niño?

Mercedes Cazalis entornó los párpados y fue Sagrario la que intentó resumir; se veía que tenía prisa por cambiar de tema.

—Port Vieux es otra playa de Biarritz, siempre fue la preferida de tu abuelo. Por si acaso, no te acerques mucho a ese lugar.

—Busqué a la rusa en 1927. —De buenas a primeras, Mercedes era una anciana adolorida, autoritaria, decidida a promulgar la verdad o hacer una revelación, quizá anunciar un enorme y vertiginoso pecado. Elsa se lo vio en el rostro, vio la mezquindad y la furia—. Ni siquiera se lo dije a Octavio. Y Sagrario tampoco supo nada, se está enterando ahora... Me arreglé como si fuera para el cementerio, yo iba a Sare cada dos domingos a rezarle a mi nieto, pero ese día le pedí al chofer que me llevara a Biarritz y le encargué que no se lo dijera a Octavio. Fui de un lado para otro preguntando por aquella mujer, unos decían que seguía viviendo en la Rue de la Frégate,

cerca de la iglesia ortodoxa, y otros, que desapareció el mismo día en que izaron la bandera bolchevique en la legación rusa. Lo cierto es que llamé a muchas puertas, pero no di con ella. No le pude preguntar por qué sabía que perderíamos a Raulito, aun antes de que Raulito naciera. Dijo que tú volverías por causa de otro niño. Debe de ser ese, el hijo de tu esposo.

—Que también se llama Raúl —reveló Elsa, anticipando el efecto que iba a causar aquel dato—, supe que Salvador le había puesto ese nombre a su hijo, lo hizo por un ajedrecista que él admira mucho.

—También Raulito —dijo Mercedes con un deje infantil—. ¿Lo sabe tu padre?

Elsa se encogió de hombros. Iturrioz era hermético y no le daba tanta importancia a los detalles. No era un asunto agradable de conversar, y ella le había contado lo estrictamente necesario: Salvador tenía un hijo fuera del matrimonio, un niño con el que quería vivir, no hacía falta detenerse en los nombres o en las coincidencias.

—Cuida ese portafolio —aconsejó su abuela—, estoy tan cansada...

Esas palabras podían interpretarse de dos formas: cansada de custodiar las cartas, un esfuerzo existencial que la había estado aniquilando, o cansada de esa ceremonia en particular, la entrega con la que se saltaba todas las lealtades, su vengado corazón exhausto.

—Hablabamos cuando vuelvas de Biarritz —agregó jadeando—. Podrás preguntarme lo que quieras.

A Sagrario le corrían las lágrimas. Las tres eran patéticas e invencibles al mismo tiempo. Hay un instante en la vida, uno solo, en que parecería que Dios deja de existir y el mundo se comprime. Es cuando sale a flote esa oscura partícula en la sangre, la tara compartida por la tribu entera. El enigma que veía en Mercedes y en su tía se acababa de colar en ella.

—¿Por qué no me escribes desde Biarritz? —propuso su abuela, ya era un hilo de voz y de persona—. Prefiero saber de ti por carta, las voy a guardar como guardé las de tu madre.

Elsa estuvo a punto de preguntarle que para qué o para quién, pero dejó la pregunta en el aire y le prometió que sí, que iba a escribirle unas líneas cada día.

—No sé cuánto tarda la correspondencia ahora que hay guerra —dramatizó Sagrario.

—Estaremos tan cerca que podría venir, escribirlas y volver a irme —dijo Elsa riéndose, pero enseguida se dio cuenta de que no era el momento para esa clase de bromas. Había un aire enrarecido en torno a la proposición, como un deseo enfermizo de recuperar o repetir la historia.

Se despidió de su abuela besándola en la frente y salió de la habitación con el portafolio en brazos. No parecía que llevara cartas, sino a un recién nacido arrancado del lecho de una parturienta.

Cuando la puerta se cerró, oyó el principio del llanto, como un chirrido de la tierra que empezaba a abrirse. Para todos los efectos, y en el regazo estremecido de Elsa, Magdalena retornaba del abismo.

Lunes, 9 de julio de 1923

Ama, escuche, respóndame:

¿Ha pensado alguna vez en la lana?

Le pregunto y se me saltan las lágrimas. En la lana casi nadie piensa, ni usted, ni Sagrario, ni la gente que pasa por la calle. Recuerdo que cuando era niña, por los días en que estrenamos el caserón de Ategorrieta, papá quiso saber si estaba cómoda en mi habitación y vino a verme a la hora de dormir. Le pregunté por la bufanda que llevaba puesta y él me dijo: «Es lana, Magdalena, tócala». Primero le pasé la mano, luego cerré los ojos y froté la nariz, y al final saqué la punta de la lengua para averiguar a qué sabía. Papá me dijo que parecía un gatito: al pegarle la boca a la bufanda me salió un hilo de saliva, se quedó el rastro de humedad. Esa misma noche me la regaló, ¿no se acuerda usted de que amanecí con ella?

La función que preparó Doris fue digna de un verdadero teatro. El escenario lo montamos en el patio, colgamos el telón que ayudaron a coser las negras, y mandamos a fabricar un andamio pequeño para subir a manejar los títeres. El resto del espacio lo llenamos de pequeños taburetes para los niños, y al fondo colocamos un par de mesas para poner las fuentes con el ponche y las bandejas con los caramelos. A Juan María, Doris le enseñó a mover los hilos, pues ella sola no podía con todos. A él le tocó la figura de la oveja, que tampoco tenía que ser perfecta, podía caminar dando tumbos, y a fe mía que dio muchos, aunque a veces se iba de lado y a Juan María le costaba enderezarla. Yo me reía sin parar sabiendo que él estaba detrás, sudando la gota gorda para que su oveja no pareciera araña. En la obra también se hablaba de un lobo, pero no había marioneta que lo representara y decidimos forrar un trozo de madera. El lobo era una sombra que se alzaba al fondo, y los niños chillaban.

Juan María hizo que la oveja cayera al suelo para que los personajes principales, un matrimonio de granjeros y el hijito de ambos, pudieran esquilarla. Manejados por Doris, dos de los muñecos movían sus tijeras alrededor de la ovejita mientras decían cosas graciosas sobre la vida típica de la granja. Luego explicaban a los niños que la lana recién esquilada se lavaba y se ponía a secar, más todo lo que había que hacerle antes de fabricar la tela.

Hubo un entreacto para repartir refrescos y cambiar un poco la escenografía. Como teníamos la casa abierta, muchos curiosos se acercaron para ver las marionetas. Vi que entre ellos había bastantes niños, todos muy mal vestidos, andrajosos para serle franca, y salí a la calle para contarlos y que las negras les diesen caramelos.

Calculé que eran unos quince chiquillos, varios de ellos con sus madres, otros solos. Todos callaron al mismo tiempo, quizá pensaron que yo iba a echarlos del lugar y se sorprendieron cuando les anuncié que también para ellos había golosinas. Antes de entrar en la casa, miré hacia la acera de enfrente, tuve la sensación de que me habían llamado, y entonces sucedió lo imprevisto: vi al cantante del coro de Canímar, no tuve dudas ni lo confundí con otro, era él en persona con su aspecto de ogro, devorándose con la mirada. Tenía el rostro muy serio y no llevaba los calzones sucios de la primera vez, se notaba que se había vestido con cuidado, con la ropa que usaba para cantar, corbatín y polainas, ya puede hacerse usted una idea.

Si le digo que el corazón se me quería salir del pecho y estuve a punto de caer redonda, créame que le digo poco.

Enseguida adiviné que había venido para llevarse a Doris, entré en la casa y sentí que algo muy malo iba a pasarnos. Elsita me llamó para que me sentara a su lado, pero fingí que no la había escuchado. Caminaba a tientas, porque los ojos se me llenaron de estrellitas y lombrices doradas, todo lo que veía a mi alrededor era un espejo roto.

Cuando por fin pude calmarme, llamé a una de las criadas y le pedí que les llevara caramelos a los niños que esperaban afuera. La vi meterse en la cocina y regresar con una canasta en la que había puesto, además, esos dulces empalagosos de canela y boniato que suelen hacer aquí. Pensé en salir con ella y decirle al intruso que ya no estábamos interesadas en oír al coro, y que lo mandaríamos a buscar si cambiábamos de parecer. Tenía que darme prisa, pues la segunda parte de la función estaba a punto de empezar. Yo había estado en todos los ensayos y sabía que al subir el telón aparecería la oveja (manejada por Juan María), quejándose de que la hacían sudar antes de quitarle el pelo. La voz de la oveja, muy aguda, era la de Doris, y ella también hablaba como lobo, un vocejón de trueno que se acercaba desde el campo y nos hacía temblar.

Me asomé a una ventana y miré hacia el lugar donde había dejado al hombre de Canímar, pero ya no estaba. Por un momento tuve la esperanza de que se hubiera cansado de esperar a Doris y se hubiera ido, aunque en el fondo sabía que no iba a ser tan fácil. Sonó la campanita que anunciaba el segundo acto. Regresé junto a Elsita, que me cogió la mano y se asustó de sentirla helada, lo sé porque me miró como si el mismísimo lobo se hubiera interpuesto entre nosotras. Me arrepentí de contagiarle mi terror, pero no estaba en mí evitarlo, no podía hacer nada, aunque por suerte en ese instante se levantó el telón. Entre niños y madres éramos veinte o veinticinco, casi todas esposas de administrativos o jefes en la destilería. Sabía que se llevarían una gran sorpresa cuando terminara la función y salieran los titiriteros para saludar. ¿Quién podía imaginar que el químico principal de la fábrica manejaba la oveja?

Pasaron unos minutos y Elsita tiró de mi manga para preguntarme algo, apenas podía oírla por la algarabía de los demás chiquillos, le pedí que alzara la voz y ella gritó que si en Cuba había ovejas. Le respondí que no lo sabía, sé que fui ruda y la asusté, se daba cuenta de que un temor que no era por el lobo me roía por dentro. Sintiéndome la peor de las madres, voltéé la cabeza para mirar atrás, algo me obligó a hacerlo, algo feroz que colocó su garra. Todos los demás sonidos desaparecieron, me quedé completamente sorda para las risas y las ocurrencias de los niños, para las voces de los personajes, y para cualquier cosa que no fuera el ruido de sus pasos. Aquel hombre, que parecía dispuesto a todo, entró en la casa, atravesó el patio y avanzó hasta colocarse cerca del guñol. Las demás mujeres estaban tan entretenidas que no notaron su presencia, o, si la notaron, se imaginarían que era un trabajador de la destilería, tal vez un cochero. En unos segundos, el tiempo que tardé en reaccionar, hice mil conjeturas. ¿Qué ocurriría si continuaba adelante, daba la vuelta al escenario, descubría a Doris y se ponía a llamarla en mitad de la función? Creo que me volví loca queriendo evitar una escena, y tal vez por eso, y porque Elsita me miraba presintiendo algo malo, saqué fuerzas para pararme y acercarme al herrero. Sé que debí decirle que se fuera y punto, pero para estar segura de que se alejaría, hice algo más: le prometí que iría con Doris a Canímar esa misma semana. Él me miró sin responder, no se asombró de nada, ni de que me parara a su lado ni de que le dijera que íbamos a volver al pueblo. Se inclinó con humildad, con cara de no haber matado nunca ni una mosca, aunque de los ojos le salía una esencia, el triunfo de las bestias que saben que no habrá piedad. Luego dio media vuelta y se fue por donde había venido.

Al final, todos quedaron complacidos, tan alegres de ver que Juan María era uno de los titiriteros. A Doris me la llevé aparte, le hice saber que el cantante de Canímar, aquel hombre con el que habíamos hablado en la herrería, había venido a la casa. Ni siquiera me dejó terminar, miró a su alrededor buscándolo y me dijo: «¿Dónde está?».

Le expliqué que por suerte ya se había marchado, aunque para salir de él había tenido que prometerle que iríamos a oír el coro. Ella no le dio importancia, estaba más interesada en la función que en otra cosa, preguntaba si los niños se habían divertido, si los muñecos se habían movido con soltura, eso era todo cuanto le importaba.

Yo me quedé intranquila el resto del día, y por la noche entró en la casa el olor de la melaza podrida. Como si hubiera sido poco el mal rato que me ocasionó el herrero, tuve que soportar el embate de ese viento maloliente que alcanzaba cada rincón de la casa, en ningún lugar se estaba a salvo. Le pregunté a Juan María que cómo era posible que ese olor se sintiera tan fuerte, si era domingo y no había nadie en la destilería. Me dijo que por lo mismo, como no habían estado trabajando, se acumulaban los fermentos que se pudrían más rápido por el calor. Era ya tarde, fuimos a la habitación y al acostarnos me pasó el brazo por encima, tiró de mí para que me arrimara a él. No sé qué me cruzó por la cabeza en ese instante, quizá es que me acordé del hombre de Canímar, del grosero beso que le había dado a Doris. El caso es que me estremecí de rabia y me aparté con tanta brusquedad que Juan María se sintió ofendido. Me dijo buenas noches, apretando la boca como si se conformara, aunque lo conozco y sé que estuvo a punto de tomarme a la fuerza, de golpearme los huesos como a un animal. Luego apagó la luz y hubo una gran oscuridad a mi alrededor, pero aun así me pude ver por dentro: no había nada en mí, *ama* querida, solo un agujero negro.

Hoy estoy mejor y me he pasado el día escribiendo. Además de esta, le hice una carta a mi amiga Gracia, la de los Aramburu, y preparé varias postales para las demás. No puedo ni quiero olvidar a ninguna, pues sabrá Dios cuándo las vuelva a ver. Las hermanas Galdor ya me dijeron que partirán a Biarritz a mediados de julio, y les he pedido que me escriban todo lo que puedan. Usted, tan pronto se acomode en el Palais, mándeme una postal bonita a ver si me consuela un poco.

Muxus para Sagrario, mi *ahizpa* querida. Para el *aita* no mando besos porque sé que usted no habrá de dárselos. Y no hace falta, *ama*, no necesito que le diga nada porque él sabe que lo tiene todo: mi voz, mi aliento, mis huesos que se desmoronan, se hacen añicos y me duelen dentro. ¿Está contenta ahora? Juan María, cuando discutimos, me hace esa pregunta en vasco: *Zara zoriontsu orain?* Una vez, dos veces, hasta que de mi sangre, de mi atormentada sangre, sale el deseo de hundir mis dientes en su corazón.

Magdalena

Que el cielo la juzgue

Se despertó poco antes del amanecer y permaneció unos minutos inmóvil, con la vista clavada en la ventana. Ni siquiera se le ocurrió darse vuelta o acurrucarse para dormir un rato más, sabía de antemano que no sería capaz de cerrar los ojos a ese primer amanecer en Biarritz.

Cuando aclarara un poco, se iba a levantar y a vestir, bajaría a la cocina en busca de una taza de té (ya le habían dicho que se olvidara del café) y saldría a la calle sin esperar al desayuno, que en la pensión se servía a las nueve. Quería llegar a la playa con las primeras luces; acercarse a la orilla cuanto le fuera posible, el corazón ardiendo y el estómago en blanco. Lo que ella iba a sentir, cualquier cosa que fuera, tenía que sentirlo desde ese mismo instante. A partir de entonces, empezaría la larga digestión del viaje, no del que había emprendido en el puerto de La Habana, sino del otro, del inclemente vuelo que se inició diecisiete años antes, al escapar ilesa de esas mismas aguas.

Vinieron de nuevo a su mente las palabras que le susurró Sagrario cuando se despidieron junto al portón de la casa de su abuela, a punto de subir al taxi que la llevaría a Biarritz.

—Mamá no quiso verlo, no pudo, o no tuvo fuerzas. Pero tú sí. Tarde o temprano lo verás como lo he visto yo. No soy quién para evitarte esa pena.

Elsa se aferró a su brazo:

—¿Qué es lo que tengo que ver, Sagrario?

La otra negó con la cabeza y la apuró para que entrara en el taxi.

—Llámanos tan pronto te hayas instalado. Si tienes algún problema para pasar a Francia, vuelve aquí. Ya sabes que no debes insistir.

Una semana antes, Elsa había recibido de manos de Delfina las señas de la pensión de Biarritz y un papel con varias recomendaciones sobre lo que debía decir al llegar a la frontera. No era conveniente que alegara que iba a visitar la tumba de su hermano. Delfina le sugirió que fingiera ser representante de una firma comercial, y que dijera que el suyo era un viaje de negocios. Obviamente, la firma tenía que ser la fábrica de ron de su padre, y para probarlo, llevaba consigo giros y credenciales con el membrete de la Destilería Iturrioz. Era lógico que iniciara su periplo en San Sebastián para ofrecer el ron cubano, pero ya lo era menos que se arriesgara a cruzar a Francia en plena guerra. En todo caso, y al igual que su tía, Delfina le insistió en que si le ponían trabas, lo aceptara y regresara a casa.

El paso por la frontera, sin embargo, fue bastante más sencillo de lo que imaginó. A medida que se acercaban, aparecieron controles militares a un lado y otro de la carretera. Les ordenaban

detenerse, miraban dentro del taxi y a veces intercambiaban un par de frases con el chofer, que invariablemente les informaba de que llevaba una pasajera a Biarritz. Entregó el pasaporte a los aduaneros franceses y esperó durante un cuarto de hora a que cotejaran los documentos y revisaran su maleta. Al abrirla, repararon en el portafolio de cuero con las cartas de Magdalena, y la interrogaron sobre su contenido. Ella se limitó a decirles la verdad: eran cartas de su difunta madre. En cuanto al motivo de su viaje, recitó las frases que le sugirió Delfina en el accidentado francés que era capaz de hablar; declaró que vivía en Cuba y que se hallaba en Francia para gestionar la venta del ron que fabricaba su familia.

Fue todo. Terminado el trámite, el taxista enfiló por una carretera que serpenteaba sobre el acantilado. Se le antojaba raro que no tuviera ni la más leve impresión de haber pasado nunca por allí. Ni una sola imagen relampagueó en su mente: veía el mar, el horizonte con su color dormido, pero ni la luz ni las formas lograban evocarle nada. Antes de que sus padres se mudaran a Cuba, la habían llevado a Biarritz cada verano, y si bien era pequeña para retener detalles, lo cierto es que en agosto de 1926, cuando viajaron por última vez como familia entera, solo faltaban unas semanas para su séptimo cumpleaños, edad suficiente para que se acordara un poco del camino. Su abuela le había dicho que en aquella ocasión se dividieron porque no cabían todos en el mismo coche, y porque a su abuelo le gustaba llevar el suyo propio. En el Hispano-Suiza de la casa viajaron Mercedes y sus dos nietos, más la criada que siempre los acompañaba los veranos. Manejaba el chofer de la fundición, que era además el hombre de confianza de su abuelo. En el Peugeot descapotable, que salió algo rezagado, pero que poco a poco alcanzó al Hispano-Suiza, viajaban Octavio y Magdalena. Sería la última vez que lo harían juntos, y fue ella quien insistió en no despegarse del padre para compensar el tiempo que habían estado separados.

No había cambiado el paisaje en esos diecisiete años, fue lo que le aseguró el taxista. Los mismos árboles y hasta las mismas piedras, nada se había movido o derrumbado desde entonces. Elsa se dedicó a pensar que sobre aquellos montes escarpados había caído la mirada perdida de su madre cuando la trasladaron desde la comisaría de Biarritz hasta el sanatorio de San Sebastián. Unos ojos que se habían vaciado, y una boca que ya solo lograba murmurar incoherencias.

La pensión que le recomendó Delfina ocupaba un edificio de tres plantas enclavado en la Rue du Helder, frente al hotel del mismo nombre, que ya no era un hotel, sino un comedor para indigentes. En la pretenciosa placa de la puerta, Elsa leyó: REINE NATHALIE, PENSION DE LUXE, leyenda que no se correspondía con las paredes descascaradas ni el aspecto tétrico del caserón. Cuando estaba pagándole al taxista, salió la dueña a recibirla: una mujer escuálida, de pelo ensortijado y cutis impecable, como una fina lámina de papel de arroz que le cubría los huesos de la cara. Eso la hizo recordar a las monjas de su infancia, ese tipo de piel ensimismada y en apariencia fría que solo les había visto a ellas. La dueña de la pensión le extendió la mano: «Soy la señora Goti», y llamó a un muchacho que esperaba en la calle para que se hiciera cargo del equipaje. Mientras se dirigían a la habitación le contó que sus padres eran de Vitoria, pero que ella había nacido en Biarritz y vivido allí toda su vida. A continuación le hizo un recuento de los huéspedes con los que estaría compartiendo techo: en la primera planta vivía un matrimonio mayor, cuya casa en el

centro había sido requisada, y dos traductoras alemanas que trabajaban para el ejército. En la segunda, una pareja rusa con su pequeño hijo; un jubilado oriundo de Lyon —que se había mudado a la pensión para estar cerca de su hermana, recluida en un asilo de Anglet—, y una tercera traductora, que se hospedaba sola. La traductora de arriba era más considerada que las dos de abajo, quienes por ser muy jóvenes ponían a todo volumen un programa de canciones alemanas. En el tercer piso, la señora Goti tenía su propio apartamento.

Las habitaciones, en lugar de números, llevaban el nombre de una flor: la que le había tocado a Elsa, en el segundo piso, se llamaba «*Glaïeul*». Luego de ofrecerle los servicios de una lavandera que visitaba regularmente la pensión, la señora Goti sacó de su bolsillo dos tarjetas: en una ponía los horarios en que se servían las comidas; en la otra, la lista de alimentos racionados. Nada de chocolate, por ejemplo, ni carne de buey, ni mucho menos ostras.

La mujer se despidió de Elsa, y estaba a punto de cerrar la puerta cuando de repente se dio vuelta y señaló la cómoda:

—Se me olvidaba decirle que en ese cajón hay una manta. Si fuma, haga el favor de hacerlo fuera de la cama.

Elsa le aseguró que fumaba poco y que, por supuesto, sería cuidadosa.

—Es lana, un lujo. No hay ni un trocito de lana en el mercado —agregó la mujer y se le quebró la voz, como si la emocionara esa certeza.

A las ocho en punto, todos los huéspedes se sentaron a la mesa, excepto una de las traductoras, que solía trabajar de noche. Después de las presentaciones, el jubilado de Lyon, que pidió que lo llamara simplemente Liétard, se atrevió a preguntarle qué motivo la llevaba a Biarritz. Era un anciano de ojos transparentes, larguirucho y excesivamente abrigado, con chaleco de paño y bufanda alrededor del cuello, una precaución inútil en aquel comedor sofocante.

Elsa explicó que había viajado a España para tantear el mercado de los rones y dar a conocer el que fabricaba su familia, y que estando ya en San Sebastián le sugirieron que cruzara la frontera para ofrecerlo en Biarritz. Una de las traductoras mencionó que en San Juan de Luz había un café muy concurrido, en el que tocaban ritmos tropicales, y en el que seguro se interesarían por el ron cubano. Se llamaba Club Romain, y a Elsa le tomó tan solo unos segundos recordar de dónde le sonaba: lo había leído en el contrato del pianista del barco; era el lugar donde él dijo que su orquesta iba a tocar danzones. La traductora, que era más o menos de su misma edad, se llamaba Margot y le había hablado en español; la otra alemana, una muchacha adusta, con la cara redonda y enfadada, musitó rápidamente su nombre, dos sílabas de vidrio que sonaron como Ula. En cuanto al matrimonio de Biarritz, ambos vestidos elegantemente, y tan parecidos entre sí que hubieran podido ser tomados por gemelos, se limitaron a observarla con incredulidad; el hombre no parecía muy convencido de que Elsa hubiera llegado de tan lejos. Exclamó dos o tres veces «Cuba, eeh, ¡Cuba!».

De los miembros de la familia rusa, solo la mujer se dignó a saludarla, dijo los nombres de su marido y de su hijo, y el suyo en último lugar: Irina. El pequeño, con la vista clavada en un trompo, le preguntaba algo a su padre, un joven despeinado, de mirada ausente. La señora Goti, ayudada por una criadita esquelética que olía a sudor, sirvió el caldo y rebanadas de pan. Cada cual se dedicó a comer y por un rato solo se oyeron los susurros de la mujer rusa, que parecía

reprender al niño.

La traductora volvió a dirigirse a Elsa y le preguntó si era la primera vez que visitaba Biarritz. Quedaron todos expectantes, como si sobre la mesa se hubiera posado una gigantesca pompa de jabón y Elsa fuera la encargada de pincharla con un alfiler.

—Nací en San Sebastián —concedió rápida—, pero la última vez que estuve aquí tenía siete años.

—*Euskal hitz egiten duzu, orduan?* —le oyó preguntar a la alemana, y notó que la señora Goti se paraba en seco, pendiente también de su respuesta.

—No, no hablo vasco. Me críe en Cuba y nunca pude aprenderlo.

Margot comentó que era una pena, pues ella y sus compañeras estaban estudiándolo y aprovechaban cualquier oportunidad para practicarlo. La señora Goti intercambió una rápida mirada con Elsa y luego caminó alrededor de la mesa, preguntando si alguno quería más caldo. Solo el jubilado de Lyon se animó a repetir. Elsa decidió que aquel líquido olía demasiado a repollo y que, una vez en la boca, costaba tragar los cuajarones de grasa que en un principio había tomado por verduras. Con igual desconfianza probó el segundo plato, un pescado de ojos crudos, con demasiada sal para su gusto, y siguió contestando como pudo a las preguntas de Margot y de Liétard, que quisieron saber cómo se fabricaba el ron.

Terminada la cena, llamó a San Sebastián para avisar que el viaje había ido bien. Su tía Sagrario, que contestó el teléfono, dijo que la *amona* estaba ya dormida, pero que le había dejado dicho que se acordara de escribir.

—Lo haré sin falta —prometió Elsa—. Unas líneas esta misma noche, y el resto mañana, tan pronto vuelva de la playa.

El teléfono de la pensión estaba en un cubículo contiguo a la cocina. Al colgar, Elsa miró hacia los fogones y se dio cuenta de que la señora Goti le hacía señas para que se acercara. Junto al fregadero, la criada echaba sobras en un cubo. La dueña de la pensión le señaló una puerta, le indicó que bajara la cabeza para entrar, y prendió la luz. Estaban en una despensa medio vacía, con cajas de aserrín y trampas para los ratones.

—Tenga cuidado con las alemanas —susurró la mujer y entrecruzó los dedos; más que sigilo, emanaba reproche—. Nadie habla mucho cuando están ellas delante.

—Pero usted dijo que son traductoras.

—Son lo que son. Traducen, sí, y han venido para aprender euskera. Eso es lo principal. Quieren ponernos de su lado, todo el mundo lo sabe, los alemanes quieren camelarnos.

Elsa no la comprendió del todo, pero le daba igual. Respiró hondo y sintió que la sofocaba el tufo del arenque seco. También la sofocaba el aliento de la mujer, que era ácido sin llegar a ser mortífero.

—La que trabaja por las noches es la que nos vigila por el día, ya la conocerá.

—Poco tendrá que vigilarme a mí —susurró Elsa; la argucia de vender el ron comenzaba a agobiarla—. Tuve un hermano que murió de niño y está enterrado en Sare. Solo vengo a visitar su tumba.

La señora Goti caviló unos instantes y asintió satisfecha.

—Ya sabía yo, cuando dijo su apellido me lo imaginé, ¿no fue ese el niño que se ahogó, el

pequeño del Hôtel du Palais?

Hasta ese momento, a Elsa no se le había ocurrido que una mujer de esa edad, que había pasado toda su vida en Biarritz, tenía por fuerza que acordarse de un suceso que horrorizó a la ciudad. Junto a las rocas de la Gran Playa se habían producido suicidios, naufragios, accidentes terribles. Pero seguramente el caso de Magdalena era único: nunca antes ninguna madre había hundido a su hijo. Y nunca, desde entonces, ninguna había vuelto a intentar nada tan espantoso.

—Iturrioz era el apellido del niño, y Laparra el de la madre. Aquel día fuimos corriendo hasta la playa, a la mujer ya se la habían llevado, pero por la orilla vimos pasar a un caballero joven. Alguien dijo que era el abuelo de la criatura. Pensé que era imposible y avancé para mirarlo bien, era alto y distinguido, con un rostro hermoso. Lloraba amargamente y me volvieron a decir que sí, que era el abuelo. El resto del verano lo pasamos preguntándonos por qué.

—Me gustaría que habláramos un día —murmuró Elsa—. Que me cuente todo lo que vio, lo que se dijo de mi madre.

—Todo no lo sé —apuntó escuetamente la mujer—. Yo tenía un hijo de la misma edad, figúrese.

Elsa trató de pensar rápidamente cuál era la actitud adecuada para que la señora Goti continuara dándole detalles. Pero llegó a la conclusión de que no tenía que fingir, solo preguntar. La dueña de la pensión era del tipo de persona que no iba a sentirse obligada a endulzarle los hechos.

—Le ruego que me diga lo que recuerde, no sé, algo que saliera a relucir después.

La mujer se encogió de hombros.

—Salgamos de aquí —la conminó, apagando la luz de la despensa.

Y ya en la cocina, ante la insistencia de Elsa:

—Se comentó que lo había intentado en el hotel, esa misma mañana. Una de las camareras la sorprendió poniéndole algo al niño alrededor del cuello, uno de esos cordones de seda que usan para recoger cortinas. En cuanto vio a la camarera, disimuló que era un juego, y la otra no lo comentó con nadie, lo vino a recordar después, cuando era demasiado tarde.

Elsa imaginó la escena. Raulito retozando en la cama y Magdalena inclinada sobre él, verificando el nudo, tirando suavemente de uno de los dos extremos. Acto seguido, irrumpía la camarera cargada de toallas, balbuceaba una disculpa y se quedaba rígida, al borde de una revelación atroz, pero entonces la mamá del niño retiraba la cuerda, se inclinaba para besar el pecho del pequeño y ahuyentaba la duda.

—A propósito —cambió de tema la señora Goti—, me gustó mucho lo que dijo sobre la fabricación del ron. La alemana quedó muy complacida.

Lo había dicho con sorna y Elsa comprendió que, por el momento, la mujer daba por terminada la conversación. Se dieron las buenas noches y ella subió a la guarida que le correspondía: la habitación llamada «Glaïeul». La que ocupaba Margot llevaba el nombre de «Lys», y la del matrimonio ruso y su hijo se llamaba «Dahlia». Iba dispuesta a escribir las primeras líneas de la carta que le enviaría a su abuela, pero al final decidió que lo dejaría para el día siguiente. Sospechaba que eran las impresiones frescas, las punzantes ideas que la rondarían al volver a la playa, las que la otra esperaba leer.

Esa primera noche en Biarritz soñó poco y con cosas imprevistas: un salón donde un desconocido se empeñaba en sacarla a bailar, mientras que ella, muerta de la risa, lo esquivaba entre la multitud. Era el primer sueño festivo que tenía desde que salió de Cuba. De las noches del barco, solo recordaba algunas pesadillas, y en cuanto a las que pasó en la casa de su abuela, ocupando la alcoba donde Magdalena había dormido de soltera, no soñó nunca nada, o no lo recordaba al despertarse. Esa habitación del caserón de Ategorrieta le pareció tan fría como un cuarto de hotel. No había un eco, un soplo, ni siquiera el humo de una pesadumbre. Allí no había quedado nada, se notaba en el aire. La estela de Magdalena se fugó con ella, se fue del mismo modo y con la misma rabia con que desapareció todo lo que tenía por dentro: el corazón, la sangre, los instintos. «*Leave her to heaven*», le había dicho Salvador aquella tarde, a la salida del cine, cuando ella le confesó que no era cierto que su madre y su hermano hubieran muerto de forma accidental. Él ya lo sabía, y como a menudo usaba frases en inglés, trató de serenarla: que la juzgue el cielo, qué le vas a hacer.

Elsa se estiró en la cama y recordó que por la madrugada la habían sobresaltado el ruido de un motor y la voz de un hombre que le pareció que hablaba en alemán. Cuando aclaró lo suficiente se levantó y se abrigó para bajar a la cocina. Una criada diferente a la de la noche anterior, y que era la que se encargaba de hacer el desayuno, cortaba rebanadas de pan. Elsa le pidió una taza de té que la otra le sirvió con expresión sombría, incómoda de tener que atenderla a hora tan inusual. Lo bebió a solas, de pie junto a la mesa, luego volvió a su habitación para terminar de vestirse y recoger el portafolio. Cuando finalmente salió a la calle, reparó en la larga fila de personas que tiritaba en la acera de enfrente, esperando que abrieran el comedor de caridad enclavado en el antiguo edificio del hotel Helder. Tuvo que echarse a un lado para dejar pasar a una mujer que entró en la pensión a toda prisa, y enseguida sospechó que era la traductora que trabajaba por las noches, con la boina hundida hasta las cejas, la cabeza baja; no hubo una mirada entre ellas.

Su tía Sagrario le había dado un viejo mapa de Biarritz en el que le mostró la forma de llegar desde la Rue du Helder al bulevar de la Gran Playa. A la altura de la Place de la Mairie sintió las ráfagas de viento y usó la bufanda para cubrirse la boca. Se había cruzado con pocos transeúntes por el camino, ancianos madrugadores que paseaban a sus perros y llevaban una esmirriada bolsa donde asomaba el pan. En la Avenue Édouard VII dobló a la derecha en busca del Descente Piron, que era un pasaje sobre el que Sagrario había cerrado un círculo: desde ahí a la playa no había más que un paso. Fue entonces cuando se topó con un grupo de soldados alemanes que la miraron con curiosidad. Fumaban en los alrededores de un café cuya cortina metálica alguien estaba recogiendo en ese instante, y uno de ellos soltó una frase que Elsa sospechó que era sobre ella. Con toda seguridad se preguntaba qué haría allí tan temprano una mujer que daba la impresión de ir al trabajo, con bolso y portafolio, pero que a todas luces se encaminaba a la playa. Sintió temor de que la mandaran a parar, pero nada ocurrió, continuó avanzando sin mirar atrás, sobrecogida por el silencio y por el abatido ritmo con que se despertaba la ciudad.

De cara al mar, la sorprendió el aroma de las ostras, un aliento inconfundible que la hizo mirar a todas partes intentando averiguar de dónde provenía. Tocaba ahora buscar un lugar donde sentarse: había llegado el momento de abrir el portafolio y leer por fin las cartas de su madre. Por dondequiera había letreros en alemán y en francés que advertían del peligro de las minas a partir

del límite de las alambradas. Los trozos de playa caminables eran en realidad muy pocos, y Elsa pensó que no había mucha diferencia entre aquellas arenas engañosas, preparadas para estallar al menor roce, y las que pisó su madre en el lejano agosto de 1926. Magdalena prestó su pie, su cerebro lleno de ferocidad, a una trampa que la aguardaba a ella, a nadie más en el inmenso mundo. Cogió a sus hijos y los arrastró hacia el agua. No había furia mientras ahogaba al niño, no se le movió ni un pelo, pues el viento no podía alcanzarla. Ni el viento, ni el vértigo del horizonte que se comprimía.

A Elsa le bastaba con contemplar la playa, la fiera independencia de las rocas y la silueta del Faro —que los alemanes, en efecto, habían pintado de negro—, para recuperar la composición del lugar y de la luz que despidió a su madre.

Antes de pisar la arena, se quitó los zapatos. Unas pocas personas paseaban por la playa y ella divisó una tumbona medio destartada. Fue enseguida en su busca, la arrastró un poco, y de paso comprobó que estaba lo suficientemente firme para soportar el peso de una mujer delgada. Lamentó no haber llevado la cámara consigo, pero prefería dejarla en la pensión hasta estar segura de que podía salir con ella sin levantar sospechas, y sin que nadie se la confiscara.

Se sentó, puso el bolso a sus pies y abrió con determinación el portafolio. La primera carta estaba fechada el 12 de mayo de 1923 y empezaba de este modo: «Varias veces, mientras navegábamos, me senté a escribirle».

Sábado, 28 de julio de 1923

Añorada *amatxu*:

A veces me gustaría hablarle de mí como si le hablara de otra. Poder decirle: «Magdalena se levantó a medianoche, lo hizo despacio para no despertar a su marido, atravesó el patio, completamente iluminado por la luna, y luego fue a la sala en penumbras, abrió la puerta y salió a la calle».

Me reprochará, con razón, que no le haya escrito en varios días, la verdad es que no tenía el ánimo para sentarme a hacerlo. Doris se fue antes de ayer. La semana pasada llegó un circo a Cárdenas, y fuimos todos muy ilusionados con Elsitita para ver la función. A la salida tomamos algodón de azúcar y paseamos junto a la bahía. Fue una tarde agradable, pero al volver a casa, Doris encontró un telegrama. Lo abrió delante de nosotros y dijo que era de la esposa del cónsul inglés en Santiago de Cuba. Tuve el presentimiento de que había puesto fecha para su partida, y así fue: la mujer del cónsul la invitaba a hospedarse en su casa. Por dentro sentí coraje, y a la vez una desolación de huérfana, me entraron ganas de llorar, de suplicarle que me permitiera ir con ella.

Sé que no debería estar deseando irme con Doris ni con nadie, que en Cárdenas tengo a Juan María y a mi hija. Pero me encontré de pronto tan perdida, usted no sabe lo que es este lugar. Con Doris puedo hablar, ir de paseo, aprender del conocimiento que ella tiene, y de los países por los que ha viajado. Juan María solo piensa en la destilería, y Elsitita es muy pequeña, ¿qué puedo contarle yo a esa niña?

Al saber que se iba, Juan María se ofreció para ayudarla con los arreglos del viaje y acomodarla lo mejor posible. A mí, como me vio tan triste, me aconsejó que lo mirara por el lado bueno: en adelante iba a tener más tiempo para alternar con las esposas de los directivos de la destilería. Lo tomé como un reproche, hasta entonces no se me había ocurrido que a él le habría gustado que me relacionara con aquellas mujeres. Ciertamente una de ellas me había invitado a merendar un día, pero le mandé a decir que estaba resfriada, daba la casualidad de que coincidió con la fecha que Doris y yo escogimos para volver a Canimar.

Ya, ya me imagino lo que estará pensando. Que cómo me atreví a volver después de lo que había pasado en la función de títeres, pero Doris dijo que ella tenía que hacerlo, que estaba en Cuba para copiar canciones y darlas a conocer al mundo. Puso una mano en mi mejilla y me rogó que no me preocupara, que comprendía que no quisiera acompañarla, puesto que los del coro no eran muy educados.

¿Qué podía hacer, mamá? No iba a dejarla sola después de haberla acompañado la primera vez. Mandamos a buscar al calesero y le pedimos que nos recogiera al día siguiente. A Juan María le mentí, le dije que iríamos a Matanzas para encargarle ropa a la modista. Me vi en la necesidad de hacerlo si quería partir a media tarde y regresar de noche, aparte de que él no hubiera permitido que fuéramos solas con el calesero; habría insistido en mandarnos con el chofer de la destilería y en el automóvil de ellos, una máquina azul que llama la atención adondequiera que va. Doris, al final, se las hubiera arreglado para irse por sus propios medios, lo mismo le daba ir a caballo que en quitrín, y yo me habría quedado en casa, pendiente de que ella regresara, temerosa de lo que pudiera ocurrirle. Si aquel herrero se había atrevido a lo que se atrevió, frente a tantas señoras y niños que se divertían con el guiñol, ¿de cuántas cosas no sería capaz cuando se diera cuenta de que Doris había vuelto sola?

Partimos como a las tres de la tarde. El viaje se me hizo mucho más corto que la primera vez, quizá porque en el fondo no deseaba llegar. Le dijimos al calesero que bajaríamos en el descampado, fuimos directo a la herrería y me quedé esperando en los alrededores, mientras Doris iba a avisar a los músicos que habíamos llegado. Volvió enseguida, muy contenta porque el herrero le había dicho que teníamos suerte, ya que ese día iban a ensayar un poco más temprano. Fue entonces cuando supe que el herrero se llamaba Baró. Doris soltó el nombre y yo le dije: «¿Seguro que has entendido bien? No conozco a nadie que se llame así».

Al poco rato lo vimos salir, caminar derecho hacia un aljibe y levantar un cubo de agua que se echó por encima, sacando los labios para resoplar. Ni siquiera se dignó a mirarnos. Con los harapos de trabajar mojados, descalzo como estaba, nos pasó por

delante y nos hizo seña de que lo siguiéramos.

Caminamos un rato, no había sol pero sí un bochorno insoportable. A Doris le recomendé que usara el abanico y ella negó con la cabeza, echándose a reír. Aquello le hacía gracia, es una mujer extraña y no porque haya venido desde lejos, sino porque su cabeza parece funcionar de un modo complicado, lee los pensamientos de los demás cuando se lo propone, y me cuenta cosas sin abrir la boca.

Llegamos a una casita medio destartada donde había otros hombres con tambores. Doris empezó a tomar notas, les hacía preguntas a unos y a otros, y cuando contestaban alguna cosa que ella no entendía, pedía que me acercara para que tratara de entenderlos yo. Baró nos observaba desde una esquina, era como un mal presagio que se mostrara tan distante.

El ensayo me atacó de los nervios. Los cánticos eran incomprensibles, y cuando todos cantaron a la vez sentí un rumor por dentro, me recosté en la pared de hojas de palma, que se estremeció haciendo saltar orugas, bichejos redondos como sanguijuelas. Le hice una seña a Doris, que se dio cuenta de que me derrumbaba, pues enseguida sacó una botellita de amoníaco y me la dio a oler. Dijo que ella también se sentía rara, que los tambores provocaban eso, ese letargo que antecede al trance. «¿Qué trance?», le dije. Y no me contestó, solo la vi detrás del humo porque estaba fumando sin parar, con la cara pecosa llena de sudor, parecía una mujer distinta.

Aparte de cantar, Baró de vez en cuando usaba un instrumento que me hubiera parecido cómico de no haber estado en sus manos, nada es cómico o agradable cuando lo sujeta él. Soplabla por el agujero de una botija de barro, como las que tenemos en Ategorrieta para guardar manteca, al tiempo que contoneaba el cuerpo. Al terminar los cánticos, Doris habló con el jefe del coro y él le dijo la fecha del siguiente ensayo, la oí prometer que volveríamos.

A las siete de la tarde regresamos al lugar donde nos esperaba el quitrín. Baró nos acompañó en silencio, en la casucha se había puesto una camisa seca, aunque seguía descalzo y por lo tanto no se oían los ruidos de sus pasos, solo su respiración. Cuando fui a subir al coche me ofreció su mano. Lo hizo bien, fue correcto, dejando que decidiera yo hasta dónde quería apoyarme en él. A Doris también le ofreció ayuda, pero ella parecía estar en otra parte, no atinaba a subir y él la tuvo que aupar, la alzó en sus brazos y se quedó como paralizado. Por un instante tuve la insensata idea de que iba a darse vuelta y desaparecer con ella.

Al llegar a Cárdenas era noche cerrada, y aunque el coche llevaba delante dos buenos faroles, me dieron miedo los senderos oscuros. Tan pronto entramos en casa, Doris se escabulló diciendo que iba a asearse. Juan María aprovechó que estábamos a solas para reñirme, haciéndome saber que le desagradaba que saliera sin dejar dicho adónde iba. Le recordé que sí se lo había dicho, pero negó con la cabeza y dijo: «¿Magdalena?». Solo pronunció esa palabra, mi nombre en tono de pregunta. Luego pasaron demasiado rápido los días. Llegó aquel telegrama. Doris se fue.

Quiero que sepa que su nieta la extraña tanto como yo, y a menudo pregunta por qué su *amona* no vino a ver los títeres. Le respondo que es mejor que los llevemos nosotras a San Sebastián. Al oírlo aplaude, finge la voz de la ovejita y repite la línea que cerraba la obra: «Ese fue el principio, el verdadero principio del milagro de la lana».

Es increíble que la recuerde tal como la escribió Doris, palabra por palabra. También a mí se me pegó esa línea y la repito a veces, pero con voz de lobo, a oscuras, cuando todos duermen. Me refiero a ese animal que soy y que atraviesa el patio, completamente iluminado por la luna.

Magdalena

El rayo verde

Leyó las tres primeras cartas de un tirón y se detuvo a coger aire con la sensación de haber corrido una distancia infinita. A poco de empezar la cuarta, «Doris está aquí. ¡Por fin está aquí!», cerró de golpe el portafolio.

Miró a su alrededor y lo vio todo igual que cuando había llegado. Algunas personas paseaban curioseando entre los artilugios de guerra, medio aturdidas en un mundo que tal vez les costaba reconocer, con las arenas sucias y los letreros ominosos que las salpicaban: ACHTUNG MINENGEFAHR!

Le llamó la atención que, siendo sábado, no hubiera gente joven en la playa, solo unas pocas muchachas pensativas que se tumbaban a tomar el sol, esa luz transparente y sin ningún calor que alumbraba diciembre. El viento, racheado, era bastante frío. Consultó la hora porque sintió hambre, y se asombró de ver que eran apenas las diez de la mañana. Tenía la falsa impresión de que habían pasado horas, porque en realidad leía las cartas a un ritmo demasiado lento, haciendo pausas entre un párrafo y otro, imaginando el aspecto que tendría la ciudad de Cárdenas para la época en que Magdalena llegó con su marido y su hija.

Le parecía increíble que a pesar de haber estado tantas veces en Cárdenas, y en más de una ocasión frente a la casa en que vivió de niña, no se le hubiera ocurrido preguntarse por los sabores, las angustias, los sueños rotos que oscurecieron la vida de su madre al llegar a ese lugar tan diferente del San Sebastián en el que había crecido. Con un marido que desde el primer momento se consagró al trabajo de la destilería, y una hija de la que probablemente se había ocupado poco. Elsa sospechaba que, habiendo nacido en la casa de Ategorrieta, donde vivieron juntos a partir de entonces, era posible que su abuela Mercedes y su tía Sagrario se hubiesen volcado en ella, relevando a Magdalena de sus obligaciones con la recién nacida. No era aventurado pensar que su madre se había enfrentado por primera vez al matrimonio y a la maternidad cuando subió a ese barco que la alejó de todo cuanto le daba soporte a su existencia. Nunca antes había estado tanto tiempo a solas con su esposo, ni dedicada por completo al cuidado de la criatura, que exigía respuestas, abrazos, atención en mitad de la noche.

Con la intención secreta de demostrarle a su suegro que no necesitaba de influencias, ni mucho menos de que lo colocara en Aleaciones Laparra, S.A., Iturrioz había aceptado aquel trabajo en Cuba, alegando que era una oportunidad para levantar más tarde su propio negocio, lo que al final logró. Magdalena supo de la inminencia del viaje cuando su marido ya había fijado fecha para la partida. Ella solo tenía veintitrés años, y el buque en que viajaba dejó de ser un buque para

convertirse en el helado pozo donde se miró las manos. Tienden los locos, al principio de su enfermedad, a mirarse fijamente las manos. Elsa lo sabía porque lo había leído en un manual de trastornos mentales que compró recién casada con Salvador, cuando intentaba averiguar qué clase de quebranto había padecido su madre, y si cabía la posibilidad de que lo transmitiera a sus hijos.

Ahora veía que Magdalena había cruzado una escabrosa línea cuando el barco que abordó en Bilbao comenzó a alejarse de la costa y se dio cuenta de que su familia quedaba cada vez más lejos: el impenetrable Octavio, sin dejar entrever un sentimiento; la madre, hierática, moviendo el aliviado pañuelito; y Sagrario, como de costumbre, aceptando lo que dispusiera Dios. Por unos días, la distrajo el encuentro con Doris, aquella mujer que había salido del confín del mundo — qué otra cosa, si no, era Nueva Zelanda— y que viajaba a Cuba para reunir canciones. En ella, Magdalena adivinó el reverso de su pesadilla: hubiera dado cualquier cosa con tal de ser una invención de Doris, y no existir más que en su pensamiento.

Dejó a un lado el portafolio y se llevó las manos a la cara. La cabeza de Magdalena, calenturienta, empezaba a provocar en ella raras suspicacias. Se notaba a las claras que el mundo de su madre se quebraba en dos: de un lado Cuba, la presencia absoluta de Iturrioz, los acres olores que arrastraba el viento. Del otro, su pasión por Biarritz; el misterio de una sed violenta que solo se saciaba allí, y una insignificante estela de burbujas que quedó en la arena, como un rastro de saliva en la lana. Elsa imitó el tono fugaz de Magdalena, supo que no se equivocaba al rescatar esa inflexión de pajarito: «Doris está aquí. ¡Por fin está aquí!».

Volvió a mirar la hora. Se quitó los zapatos para sacudirlos y recordó que eran los mismos que llevaba puestos el día en que Salvador le confesó su relación con la viuda. Eran de tacón alto y no parecían muy apropiados para caminar por la playa. Ni siquiera los había comprado ella, sino Marta, «la extremosidad hecha carne», como dictaminó Iturrioz cuando a su mujer le dio por acaparar calzado, prendas de vestir, conservas, temerosa de que, por la guerra, decretaran un racionamiento en Cuba. Sonrió al evocar a su madrastra, recién llegada de las tiendas, cargada de cajas que contenían zapatos de dos tonos para su marido y su hijo, pero también zapatos de mujer, incluyendo aquellos, los de gamuza que ella se había puesto para su primera caminata en Biarritz. Aunque llevaba medias, sintió el contacto de la arena, de las pequeñas conchas, y hasta se imaginó que era la misma sustancia hipnotizada que Magdalena había pisado aquel domingo de 1926, antes de encaminarse al agua.

Apartó ese pensamiento por absurdo, y porque la esperaba tal vez el trago más amargo: había llegado la hora de acercarse al Hôtel du Palais.

Salió a la acera, se puso los zapatos y echó a andar por la avenida que de pronto le trajo la reminiscencia de un bullicio infantil. Podía ser que su mente le estuviera jugando una mala pasada, pero tenía el recuerdo de su propio triciclo, adornado con cintas, y de que un hombre la alzaba en brazos para que mirara bombones a través de un cristal.

Se esfumó la imagen, el irresistible encanto de la voz (¿era la de su padre, o la de su abuelo Octavio?), la espontaneidad de aquel que la alentaba a escoger golosinas. La sacudió un escalofrío y para despejarse miró con atención las casas que se alzaban al otro lado de la calle, y en cuyos balcones colgaban banderas con la cruz gamada, lo que indicaba que ya habían sido requisadas. En una de ellas, un palacete de color almendra, divisó un letrero: SOLDATENHEIM DER

KOMMANDANTUR. Se preguntó dónde estarían los dueños de esas villas, cuánto tiempo llevaban sin entrar en ellas. Mirándolo de ese modo, era una suerte que su familia hubiera aplazado la decisión de hacerse con una propiedad en Biarritz. Su abuelo prefirió hospedarse año tras año en el Hôtel du Palais, postergando el momento de construir su propia casa, tal como habían hecho otros amigos suyos, hombres del mismo giro de los altos hornos. No había sido por falta de liquidez o de créditos. Justo al terminar la Gran Guerra, la familia había vivido su época de mayor bonanza. Un esplendor que se opacó después de la tragedia en la playa.

Delfina ya le había avisado que el alto mando del ejército alemán se hospedaba en el Palais, y que por lo tanto no le permitirían ni siquiera acercarse a los jardines donde habían emplazado cañones y nidos de ametralladoras que apuntaban al mar. Al cabo de un rato, comprobaría que era cierto y que por todas partes se alzaban parapetos de piedra, se amontonaban barreños y sacos de arena, cientos de ellos a vuelta redonda, protegiendo el sendero entre el muro y la calle.

Lo más que pudo acercarse fue a una garita construida a varios metros del portón de entrada, y desde allí comprobó que la marquesina del hotel seguía intacta. Para entonces había empezado a llover, intentó proteger el portafolio metiéndolo bajo el abrigo, y se demoró mirando los balcones desde donde los soldados oteaban el horizonte con binoculares. Hasta ese momento, Elsa había abrigado la esperanza de poder entrar en el edificio, enfrentarse al lacerante esplendor del gran vestíbulo y dejar que la tocara un eco, una visión, por pálida que fuera. Sin embargo, comprobó que no tendría la menor oportunidad de abrirse paso entre aquel enjambre de guardias y vehículos de guerra.

La llovizna era helada, presagió que de un momento a otro se iba a convertir en nieve, pero sus pensamientos volaron al tercer piso de ese hotel que ahora le parecía inalcanzable. Allí, en una de las suites más espaciosas, transcurrieron las últimas horas que pasó junto a su hermano y su madre. Hubo momentos en su vida, sobre todo cuando era adolescente, en que desesperaba por recordar lo que habían hecho la víspera de aquel domingo. Nada en particular, seguramente. Nada que no hubieran hecho otras familias con niños: darles de cenar en la habitación, dejarlos jugar hasta que se cansaran, y procurar que se asearan antes de meterlos en la cama. En el caso de Raulito, Magdalena le había puesto el pijama de estopilla que más tarde Iturrioz recuperó. Elsa no lo había visto nunca, pero Marta sí: «El pijamita que usó el niño la última noche en Biarritz lo tiene tu padre metido en una bombonera, lo saca en los aniversarios». La bombonera estaba guardada en la capilla de la destilería. Allí se celebraba la misa de recordación cada 8 de agosto, cayera el día en que cayera, y todos los empleados asistían, o se sentían obligados a asistir, creyendo que rezaban por un niño que había muerto accidentalmente. Ignoraban, sin embargo, que la primera mujer de su patrón, ya fallecida, había tenido que ver con esa muerte. Iturrioz, que era el primero en comulgar, escuchaba casi toda la misa de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos. Al terminar la ceremonia, y luego de haber rezado por el alma de Raulito —jamás se rezaba por la de Magdalena—, los empleados salían y Marta se llevaba a los niños, a Elsa y a Miguel, que vestían ropas de luto. Se quedaba Iturrioz a solas con el cura, y era el momento en que sacaban el pijamita de la bombonera, solo un minuto para santiguarlo.

Sintió que la lluvia arreciaba y cruzó la avenida en dirección a la iglesia rusa. Se detuvo a mirarla: la recordaba, cómo no, la evocaba borrosa, pero la evocaba, y enseguida subió los seis

peldaños hasta la puerta principal, que intentó abrir sin éxito. Estuvo allí un buen rato, guarecida bajo el techo del pórtico, pensando que en algún momento tendría que alquilar un taxi para que la llevara a Sare, el pueblo donde estaba enterrado su hermano. Iturrioz le había pedido que le pusiera flores en su nombre, y ella prometió que lo haría, pero además se proponía dejar allí otra cosa: un trencito de cuerda que había sido del niño y que se conservaba como el primer día, porque Raulito casi no tuvo tiempo de jugar con él, deslumbrado por el cúmulo de regalos con que lo esperaron en San Sebastián. Sus abuelos solo lo conocían por fotografías, y aquel verano fue una fiesta para todos verlo y tocarlo por primera vez, una fiesta a la que Magdalena puso punto final con su inconfundible sello. Para Elsa aquel trencito era un objeto iluminado, el que más le llamó la atención entre todos los juguetes que su abuela había guardado, y el que su corazón le dijo que debía separar de los demás.

La lluvia amainó, pero no parecía que fuera a escampar del todo, así que abandonó el pórtico y caminó pegada a la pared, apretó el paso en la Rue de Russie y divisó un café justo donde desembocaba la calle, en la esquina con la Rue Pellet. Era lo que estaba buscando, un lugar donde sentarse, fumar con calma un cigarrillo y continuar leyendo. El café estaba abarrotado a esas horas, de militares sobre todo, pero también civiles, personas que le parecieron más arregladas y dispuestas que las que había visto en la calle. Avanzó indecisa en busca de una mesa y oyó que alguien pronunciaba su nombre. Le pareció imposible que nadie la llamara en Biarritz, y mucho menos en aquel lugar. Siguió adelante y lo volvió a oír: habían dicho claramente «Elsa». Se dio vuelta y divisó a Margot, la traductora alemana que era vecina suya en la pensión. Desde una mesa, acompañada por dos hombres y una mujer mayor, le hacía señas para que se acercara. Todos vestían uniforme, y junto al grupo dormitaba un perro, un pastor alemán de color negro, como un lobo recién salido de un barril de pólvora. Margot la saludó estrechándole la mano y a continuación la presentó a sus amigos, a quienes anunció que Elsa era la dueña de una fábrica de ron en Cuba. Los hombres se habían puesto de pie. Se fijó en que uno de ellos tenía un rostro comprimido y seco, con la frente estrecha y las cejas pobladas, en conjunto una triste cabeza de carnero. El otro, que de inmediato le cedió el asiento, era todo lo contrario: altísimo y sólido, de facciones potentes, y hasta el cuello invencible que era común en los arcángeles de las iglesias.

Margot le aseguró que sus amigos entendían español, pero que solo ella y uno de los hombres —el arcángel, precisamente— lo hablaban sin dificultad. Todos tomaban cerveza y Elsa dijo que bebería lo mismo. Enseguida se arrepintió, ni siquiera se explicaba por qué la había pedido cuando en realidad la detestaba, pero no se atrevió a dar marcha atrás. El hombre poco agraciado era médico y se llamaba Siegfried; la mujer mayor era enfermera y respondía al nombre de Thelma; el perro era de ella. El militar que le cedió su asiento —y a quien rápidamente le acercaron otra silla— se presentó como teniente y se llamaba Harald.

—Hablábamos del rayo verde —dijo Margot—, ¿no lo habrás visto, o sí?

Elsa respondió que no tenía ni idea, y la otra le explicó que el rayo verde era un relámpago, una chispa que solo podía verse en Biarritz, a la caída de la tarde, al mirar exactamente el punto por donde se mete el sol. No cualquiera tenía la suerte de verlo, era cuestión de rapidez mental o de perseverancia.

—Si te distraes un segundo, uno solo, y en ese instante ocurre, puede que ya no lo veas nunca.

Trató de hacer memoria. En las muchas conversaciones con su padre, o más recientemente con su familia de San Sebastián, nadie le había hablado de un rayo verde o de ningún otro color. Tomó un sorbo de cerveza, fuerte y oscura, distinta a lo que recordaba de la única vez que la probó, cuando Salvador y ella aún eran novios, en el cumpleaños de un amigo del club de ajedrez. No le gustó entonces, ni tampoco le gustaba ahora. Harald, que la observaba, pareció adivinarlo. Le preguntó si quería pedir otra cosa. Elsa iba a responder que en realidad había entrado para tomar té, pero lo pensó mejor y murmuró que seguiría con la cerveza. Ese insignificante cruce de palabras y la intensa mirada que ella le sostuvo eran el premio a una morbosa mañana: había reunido fuerzas para sentarse en la playa y leer las tres primeras cartas de un tirón, y las había reunido sobre todo para encaminarse al Hôtel du Palais, que seguía siendo imponente bajo el decorado absurdo de la guerra. Ahora se merecía un aliciente, y nada era comparable con el cosquilleo en la boca del estómago, una pequeña dicha que de pronto la hizo sentirse joven, llevaba demasiado tiempo sintiéndose muy vieja.

—El sábado queremos ir a ver el rayo —agregó Margot—. Mira a ver si te animas, es una oportunidad, ¿no te gustaría verlo con nosotros?

Inevitablemente pensó en Magdalena. Ese fenómeno que solo se avistaba al atardecer, con un gran esfuerzo de concentración, sin pestañear ni desviar la vista, ¿lo llegó a ver su madre en alguna de sus largas estadias en Biarritz? ¿Lo captó en el crepúsculo del penúltimo día, cuando aún vacilaba en cometer su crimen y esperaba por cualquier señal, cualquier guiño del cielo, por insignificante y callado que le pareciera?

—Nos reuniremos en el Faro —continuó la alemana—. Si se da el rayo, bien. Si no se da, al menos nos divertiremos.

Elsa le explicó que había hecho planes para visitar la tumba de su hermano en Sare, pero si regresaba a tiempo los acompañaría. Margot hizo un gesto de sorpresa: «¿Sare?», y a continuación intercambió unas frases en alemán con sus amigos.

—Es que no creo que puedas llegar a Sare —le advirtió después de consultarlo—. Toda la semana habrá maniobras en los alrededores, y solo dejarán pasar a los que lleven víveres para las tropas o tengan un salvoconducto por cualquier razón.

Elsa hizo un gesto de contrariedad, pero se quedó en blanco. ¿Cómo decirles que, según los códigos secretos de aquel viaje, códigos que afluían de un día para otro, la determinación de ir a un lugar surgía y ya no se podía dar marcha atrás? La dueña del perro, haciéndole una caricia al animal, se animó a preguntarle si su hermano había muerto en fecha reciente.

—Hace diecisiete años —repuso ella—, era un niño de dos cuando se ahogó en la playa.

Su propia voz le sonó hueca. Todo tenía una pátina irreal en aquel salón: el techo con su claraboya; los apliques en forma de caracol; el paño de los uniformes, y hasta el relumbre de las botas militares. Echaba de menos a su padre, a Marta, a su hermano Miguel; pero sobre todo añoraba lo que jamás pensó que iba a añorar: el mundo cuadriculado y áspero de Salvador. Había estado a su lado durante varios años y, en cierto modo, extrañaba la seguridad que le daban los pequeños ritos, los breves diálogos, hasta la manera en que él se concentraba en su juego. Allá en La Habana, nadie imaginaba que a esas horas, casi mediodía en Biarritz, ella bebía cerveza rodeada de un grupo de alemanes que la invitaban a ver el rayo verde. Bajó la vista y descubrió

que el perro la miraba de reojo, tenso como una tempestad.

De repente, Harald se ofreció para llevarla a Sare.

—Es un paseo —le aseguró—, y yendo conmigo no habrá imprevistos en la carretera.

Bebió lo que le quedaba en el vaso. Experimentaba ese pequeño embeleso temerario de quien jamás prueba el alcohol, pero ha tomado una cerveza fuerte. Intuyó además que, por primera vez, desde quién sabe cuánto tiempo, sonreía con ganas y le brillaban los ojos.

Luego hablaron de la bebida que se destilaba en la fábrica de su padre, el muy robusto Ron Iturrioz, cuyo emblema era una campanita gris, como un desquite de la gran campana que había sido, durante muchos años, el símbolo de Aleaciones Laparra, S.A.

—Así es mi familia —resumió Elsa, ruborizada a su pesar—. Colaban acero cuando yo nací. Ahora se dedican al ron.

El portafolio reposaba sobre la mesa. Era asombroso que, habiendo salido de Cárdenas tantos años atrás, esas cartas hubieran ido a aterrizar allí, en la ciudad con la que Magdalena soñaba mientras las escribía, y a la que llenó de horror algún tiempo después.

—El sábado, entonces —musitó Harald, inclinándose sobre la mesa para prender el cigarrillo que Elsa acababa de ponerse en los labios.

Ella asintió decidida. A su alrededor, la realidad se balanceaba entera, como una extraña y poderosa balsa.

Viernes, 24 de agosto de 1923

Amatxu de mi corazón:

Ni siquiera puedo recordar cuándo fue la última vez que le escribí. Suceden demasiadas cosas demasiado rápido, todas a la misma vez, y es como si en mi cabeza no quedara espacio para encajarlas en el lugar que corresponde.

Primero volví a caer enferma, con fatiga y vómitos, y el médico de la destilería vino a verme, pero como no tenía fiebre, pensó que se trataba de una indigestión. A los dos días, cuando volvió, me hizo preguntas y me palpó el vientre, y al final anunció que la familia va a crecer muy pronto. Yo sospechaba que podía estar esperando, porque tuve una falta, pero no se lo quise decir a Juan María hasta estar segura.

Él no cabe en sí de la felicidad, me confesó que había rezado cada día para que sucediera. Elsita estaba confundida, primero creyó que el hermanito había llegado ya, lo buscó debajo de la cama y suplicó que le dijéramos dónde se había escondido. Hubo que convencerla de que habría que esperar un tiempo, hasta que la cigüeña llegara de San Sebastián.

Sé que usted estará más preocupada que feliz. Si con el embarazo de la niña tuve que quedarme en cama tantas veces, qué no será con este, que ha empezado peor. Por las mañanas, antes de abrir los ojos, ya me siento mareada. Juan María corre a buscar la bacinilla y la sostiene mientras yo vomito. Luego me limpia la cara, me da a oler agua de colonia, y me trae la infusión de manzanilla que la negra prepara desde el amanecer.

Elsita, de pronto, se ha encontrado sola, o casi sola en la casa. Hago un esfuerzo para que desayunemos juntas, y a veces almorzamos las dos en un mantel que ponemos a los pies de la cama, como si fuera un picnic. Eso ha servido para que hablemos mucho y para que me dé cuenta de algo que no sé si es bueno, y es que en nada se parece a mí. Es cierto que ha sacado mi boca, la frente redondita (o cóncava, como dice papá), y hasta el gesto que hago al levantar las cejas, pero eso es todo. Tiene un fondo distinto esta niña, no sé cómo explicárselo. Por ahora, no tengo ánimos para salir a dar paseos o jugar con ella, y hemos pensado en contratar a una mujer para que se dedique a eso: a bañarla y vestirla, y a entretenerla mientras yo descanso. Por suerte, dentro de unos días irá al parvulario de las madres escolapias, que el propio Juan María escogió. Todos dicen que el Presbiteriano es mejor, pero él jamás permitiría que su hija fuese a un colegio protestante.

Doris nos mandó un telegrama desde Oriente para avisarnos que había llegado bien, y hace poco recibimos una carta de ella. Juan María, que se encontraba en casa cuando la trajeron, me pidió que la leyera en voz alta y no vi nada de malo en complacerlo. Para empezar, Doris contaba que estaba trabajando mucho y que, además de escribir, dibujaba algunos instrumentos que veía por primera vez. Describía la ciudad, las calles, la gente que ha conocido allá. No había ni una sola frase triste o agorera en eso, pero a medida que avanzaba tuve la sensación de que un velo me tapaba la cara, y aquel velo se espesaba por momentos y me obligaba a moverme a tientas entre las palabras, leyéndolas sin comprender.

Y he aquí que de pronto el velo se rasgó: sentí el frío de las malas noticias. Doris anunciaba que era probable que viajara a Haití. Me detuve en ese punto para coger aire, pensé en tirar la carta, echar a correr fuera de casa y buscar un tren que me llevara lo más rápido posible a Santiago. En eso Juan María refunfuñó: «Continua, Magdalena, sigue leyendo». No pude seguir. Sin apartar la vista de la carta le pregunté dónde quedaba Haití. «En La Española», contestó, «una isla dividida: de la parte de acá están los haitianos, tierra mala de negros, y de la otra parte los dominicanos. ¿No dice cuándo va a embarcarse?»

Embarcarse, mamá, quería decir que ya no volvería a pasar por Cárdenas. La única persona en quien puedo confiar, la única que es capaz de consolarme, se iba otra vez, más lejos todavía. Mientras pensaba en eso, Juan María volvió a ordenarme que leyera. Le contesté que no podía. «Cómo que no puedes, Magdalena, te estoy pidiendo que lo hagas.» Le rogué que no insistiera, que la carta terminaba allí. Siempre ha sido un hombre considerado, pero se puso de pie y se me acercó con unos malos modos que me aterrorizaron, dispuesto a arrebátarmela. A toda prisa la estrujé en el puño. «¡Termina de leerla!», gritó, tirando las palabras como si me apedreará con ellas. La volví a abrir y la leí hasta el final, medio muerta por el pavor que me causaba todo: Doris, el viaje a Haití, la voz de Juan María obligándome.

Al terminar la carta, con muchos besos que ella le mandaba a Elsitita, fui a la cama a recostarme un rato. Cerré los ojos porque el velo de antes había vuelto para posarse en mí... ¡Son tan furtivos los pensamientos que llevamos dentro! ¿A qué venía que me acordara en ese instante del día en que un amigo de papá, fabricante de vinos, se presentó en el Palais con sus dos hijas? Creo que el hombre, que a la sazón veraneaba en San Sebastián, cruzó hasta Biarritz para proponerle al *aita* algún negocio. No sé si usted recuerda que las niñas, que eran de nuestra edad, fueron a jugar con Sagrario, pero yo no quise acompañarlas, me quedé en la biblioteca del hotel escuchando la conversación. Apenas entendí lo que dijeron, aunque se me quedó esta frase: «Velo de flor». La dijo el hombre mientras le explicaba a papá lo de los vinos. «Velo de flor, de flor...», me retumbó en la mente aquella noche y las que le siguieron. Fue en el verano del doce, no se me olvidará jamás porque aquel año pudimos ver por fin el rayo verde, ¿se acuerda de que volví al Palais súbitamente enferma? Papá me había comprado anteojos de cristal oscuro y nos quedamos un buen rato en la playa de Miramar, frente a la Roche Ronde, esperando a que cayera la tarde. Le pregunté si no tenía bufanda, porque me entró frío, y él contestó que qué cosas se me ocurrían, que cómo iba a llevar bufanda en pleno mes de agosto. Enseguida se quitó la chaqueta y me envolvió con ella, era de un género ligero que ahora pienso que podía ser lino. La rechacé porque si no era lana no podía abrigarme. «¡Qué obsesión tienes con la lana, hijita!», dijo papá, riéndose. Luego me pidió que me olvidara del viento y de los ruidos, y que no mirara directamente al sol, sino a la línea del horizonte. Aquel verano ya habíamos ido varias veces para tratar de ver el rayo verde. Nunca hay dos en una misma tarde, quizá no hay dos en un mismo verano, a veces pasan años y nadie ve ninguno. Sagrario nos acompañó una vez y no quiso volver, dijo que le daba pereza el esperar por gusto. A usted tampoco le gustaba: le parecía inútil que nos sacrificáramos por una luz que solo se veía de Pascuas a San Juan. Hasta que aquella tarde, por fin, papá gritó: «¡Allí!». Fue demasiado intensa la impresión de ver esa centella que se hundió en el agua, hasta entonces no me lo había creído del todo. Papá se dio cuenta de que me había quedado sin respiración, estaba agitado por lo que había visto y al notar que me faltaba el aire casi se vuelve loco, me cogió la cabeza entre sus manos, me acercó la cara para que lo mirara: «Mírame, Magdalena, bésame», y me pegó los labios para darme el airecito suyo, que era caliente y me salvó la vida.

Sé que volvió al hotel conmigo en brazos, pues me quedé dormida o me desvanecí, y que entre usted y Sagrario tuvieron que frotarme el cuerpo con aceite tibio. Ni siquiera permitió que Agurne, la *umezain* que nos cuidaba siempre, aquella nana que quisimos tanto, entrara a consolarme un poco.

Me gustaría tenerlas cerca en este instante para que me dieran friegas como aquella vez. Tengo miedo de Cárdenas, de Juan María, de esta criatura que llevo dentro y que hace demasiado ruido. Le dije al médico de la destilería que estaba oyendo respirar al niño, y él respondió que era imposible: «Lo que oye es su respiración, querida: la suya, no la de la criaturita».

Ahora me acuerdo de que al día siguiente de haber visto el rayo, Agurne entró en la habitación, le dio un beso a Sagrario y la mandó a desayunar. Luego se acostó a mi lado, me apartó el pelo de la cara y me prometió que algún día yo tendría una niña y ella me la cuidaría. A Agurne le corrían las lágrimas, quise decirle lo que habíamos visto, un fulgor de esmeralda que cayó del cielo, y ella me puso un dedo en los labios para que me callara. Se iba de Biarritz ese mismo día, pero prometió esperarnos en Ategorrieta. ¿Desde cuándo nos cuidaba Agurne? Toda la vida desde que me acuerdo y hasta que cumplí los trece, que era la edad que tenía aquel verano. No nos esperó en San Sebastián, no volvimos a verla. Usted la despidió, sus razones tendría, pero Sagrario y yo estuvimos mucho tiempo echándola de menos, y lo primero que hacíamos al despertarnos era llamarla por si había vuelto por la noche.

Va una postal para papá con esta carta, que es de la iglesia principal de Cárdenas, donde oímos la misa. No sé si sabe que en la última que envió Sagrario había un sobre cerrado que decía: «De don Octavio Laparra para Juan María Iturrioz». A él se lo di cuando llegó de la destilería, sacó el papel y en dos segundos ya lo había leído, lo arrugó y se lo metió en el bolsillo. En vano le pregunté qué le decía mi *aita*. «No dice nada, cosas de la política.»

Pídale a Dios que me dé fuerzas para llegar al parto. Los beso a todos y a papá en las manos. A esas manos me aferro para no caer.

Magdalena

Algo venido de otra vida

A las diez en punto de la mañana, el *jeep* que manejaba Harald se detuvo frente a la pensión.

Desde su ventana en el segundo piso, Elsa lo vio bajar vestido de civil, con cazadora de cuero y una bufanda de color café que era del mismo tono que la gorra. Corrió al espejo para retocarse y un minuto más tarde sintió el repiqueteo de los tacones de la señora Goti, tres golpecitos quedos en la puerta y la voz aguda de la mujer, que le hizo una pregunta anticuada:

—¿Está visible, señorita Iturrioz?

Echó mano al bolso y a la cámara, que se colgó del hombro. Al abrir la puerta, la señora Goti le soltó a bocajarro:

—Un alemán la busca.

Elsa pensó que no le hubiera costado ningún trabajo decir: «Abajo la procuran» o «Han venido a buscarla», pero le dio las gracias de todos modos; incluso le comunicó que dejaba hecha la cama y que no iba a volver para el almuerzo. Ya otros huéspedes le habían advertido que el sábado era el día en que descansaban las sirvientas y la señora Goti se ocupaba de las habitaciones, ella sola o con la ayuda de una sobrina. El desayuno era frugal, mucho más que entre semana, aunque el almuerzo en cambio era mejor, de acuerdo con las mismas fuentes, con una porción de queso y jalea, o algún otro lujo adicional. La puerta de la pensión se cerraba a las diez de la noche, y la señora Goti, que bajó detrás de ella, tuvo a bien recordárselo.

—Volveré antes —prometió, al mismo tiempo que caía en la cuenta de que no tenía que prometerle nada—. Y si se me hace tarde, ya volveré mañana.

La otra hizo un gesto indefinible, entre irónico y escandalizado, o eso le pareció a Elsa, que salió con la impresión de que le había devuelto el golpe.

Harald la esperaba junto al vehículo, se quitó la gorra y la saludó estrechándole la mano. Cuando estuvieron listos para salir, dio unas palmaditas al volante:

—¡Rumbo a Sare, entonces!

Elsa asintió sonriendo y miró hacia atrás, al lugar donde la señora Goti se había parado para verlos partir. El *jeep* arrancó a toda velocidad y aquel abrupto impulso le dio una sensación de audacia, de satisfacción consigo misma y con las cosas que podía elegir. Por primera vez tuvo la sensación de que el cúmulo de nostalgias que hasta entonces nublaba su existencia empezaba a disiparse en un dibujo suave. Era algo comparable con las plantas que había llevado Rómula para pintar durante la travesía en el barco: se iban debilitando hasta que un buen día amanecían irreconocibles. Solo que Rómula había tenido la precaución de atar un papelito a cada una para no

olvidarse del color o la textura, y ella no había atado nada, no quería forzar ningún recuerdo, ni conservar pistas innecesarias. Si en ese instante alguien hubiera retratado aquella escena, una imprevista foto desde los tejados, al revelarla hubiera descubierto la misteriosa conjunción de símbolos: el *jeep* que parte; la súbita espiral de aves oscuras, estorninos muy probablemente, y la silueta en punta de la señora Goti, oscilante en la calle solitaria, espiándolos sin ningún recato.

Le preguntó a Harald cuánto tiempo les tomaría llegar a Sare, y él contestó que en hora y media aproximadamente estarían allí. De paso, enumeró las aldeas que encontrarían en la ruta. En una de ellas, dijo, había una tienda de bastones de segunda mano a la que le encantaba entrar, pasaba a menudo y casi siempre descubría una pieza que le interesaba. Lo primero que empeñaban los aristócratas y los judíos cuando apretaba la necesidad era el bastón. Elsa se interesó en saber si hacía mucho que estaba en Biarritz, pero él siguió hablando de las maravillas de su tienda favorita y de las manías de la propietaria, una rusa implacable que no admitía regateos.

—En Biarritz llevo un año —lo oyó decir al cabo de un rato—. Aunque han pasado tres desde que salí de casa. Deben de haber nacido millones de caracoles.

Ella tomó aquellas palabras como un chiste, incomprendible eso sí, era difícil conectar el paso de los años con el nacimiento de unos animales que, ahora que lo pensaba, ni siquiera sabía cómo venían al mundo. Harald no se había vuelto a poner la gorra y ella se fijó detenidamente en sus facciones: la frente alta, la nariz pecosa y unos rizos eléctricos, para los que nunca encontraría suficiente acomodo. Seguía pareciéndole el perfil de un arcángel, con el mentón partido y los pómulos airados. Pero había un detalle en el que no había reparado el primer día: las cejas, que se elevaban demasiado y por alguna razón quedaban truncas. Ninguna figura religiosa las tenía incompletas, por el contrario, avanzaban en el mismo ángulo hasta el final del ojo. Era un requisito indispensable para pintores y artesanos, y, desde ese punto de vista, una notable transgresión en el rostro del hombre que conducía a su lado.

—Mi padre cría caracoles desde que tengo uso de razón. Con eso y con las coles nos ha sacado a todos adelante.

Elsa respondió con franqueza: no sabía que los caracoles podían criarse como las gallinas. Pensaba que la gente se limitaba a recogerlos en la playa.

—Son caracoles de tierra. —Tenía una risa ligera, que se alternaba sin mayor esfuerzo con el tono suave con que lo contaba todo—. En las vacaciones del colegio, me mandaban a recogerlos y a cambiarlos de una parcela a otra. Los detestaba entonces, pero ahora los echo de menos. Ya me gustaría estar en casa, ocupándome de los viveros.

La primera parada del camino fue en un puesto de control, a la entrada del pueblo de Bidart. Mientras Harald mostraba la placa que lo acreditaba como militar, Elsa divisó la fachada blanca de una iglesia y decidió pedirle que pararan para tomar una fotografía. Unos minutos después bajaron frente a los portones abiertos y entraron en la nave en penumbras, donde a esas horas solo rezaban dos mujeres que ni se molestaron en mirarlos. Elsa se dio cuenta de que le sería imposible retratar los altares con tan poca luz, algo que iba a lamentar enseguida, tan pronto vio la enorme estatua de un Santiago Apóstol vistiendo el hábito de peregrino. Tenía la expresión adusta, el ceño fruncido, y un diminuto brillante en una oreja que lo convertía en un moro. A sus pies, había una canasta repleta de piezas que le parecieron huesos.

—Dientes de cachalote —le aclaró Harald—. De los tiempos en que en estos pueblos se cazaban miles, tantos que algunos se pudrían antes que los sacaran del agua.

La sacudió esa imagen: el vientre del animal estremecido aún por la respiración, supurando una manteca púrpura. A los pocos minutos volvieron al *jeep*. Elsa presintió que desde las casas cerradas los espiaban, e imaginó decenas de ojos pegados a las celosías, ¿qué verían exactamente en ella? Ni más ni menos que a una forastera con la cámara al hombro, probablemente la tomaban por la esposa de Harald, de algún modo se comportaban como cónyuges.

Por el camino rebasaron otros *jeeps* y camiones militares. De vez en cuando se cruzaban con algún ciclista, la mayoría mujeres que iban de aldea en aldea, buscando víveres. Harald quiso saber desde cuándo tenía afición por la fotografía, y Elsa le explicó que desde que era niña, aunque admitió que lo suyo no era una afición común: solo retrataba santos, imágenes en las iglesias, ornamentos que le resultaban enigmáticos. También tomaba fotos en los cementerios, a los ángeles o gárgolas que custodiaban los mausoleos.

—Son tristes entonces —concluyó él.

En su fuero interno, tuvo que darle la razón. Exceptuando las fotografías que le hizo a su hermano Miguel, y casi por los mismos días a las amigas del instituto, el resto podía considerarse sofocante. Incluso una imagen que en su momento pretendió ser divertida, la del agrónomo Matías Llaguna, le apretaba el alma a todo el que la miraba.

—Algunas son tristes, sí —reconoció—, no todas. Las de las iglesias no tienen por qué serlo.

Harald iba a agregar alguna otra cosa, pero Elsa no quería ahondar en el sentido de los retratos que le gustaba hacer, y por eso se apresuró a cambiar de tema preguntándole por su trabajo como traductor.

—No he dicho que sea traductor —objetó él, ni suave ni rudo, con un velo de frialdad en la voz—. No exactamente. Hago de todo un poco en la Comandancia.

Le explicó que había tenido que pasar meses de entrenamiento, justo al inicio de la guerra, y que fue en el ejército donde aprendió idiomas, cualquier cosa que lo alejara de los caracoles... Como eran mudos y sordos, idiomas era lo último que estudiaría una persona que iba a encargarse de ellos.

Dijo mudos y sordos, y Elsa evocó sin querer la frase con la que comenzaba una de las cartas de Magdalena: «Soles moribundos, planetas ardientes». La había visto de refilón el mismo día en que su abuela le entregó el portafolio. Era imposible que una línea como aquella, escrita con trazos patéticos, en cierta forma hostiles, pasara desapercibida. Para bien o para mal, Magdalena se desahogaba en sus escritos, y por eso alarmó a la familia que prácticamente enmudeciera cuando nació Raulito. Sagrario, inquieta por la falta de noticias —salvo la breve esquela donde les participaba que había tenido un varón—, recurrió a Iturrioz, quien la tranquilizó diciéndole que su esposa se había volcado en el cuidado del recién nacido y no tenía tiempo de escribir, pero que en adelante él se encargaría de hacerlo. Meses después, Magdalena optó por agregar algunas notas al final de las cartas que escribía su marido. Se limitaba a hablar de sus achaques, y muy de vez en cuando anunciaba que al niño le había salido un diente, o que Elsitita había sacado buenas notas. Ni una palabra de sus sentimientos. Ya para entonces se habían mudado a La Habana y vivían en la misma casa que los vio partir en el verano de 1926.

—Creo que tampoco ven —musitó Harald—. Pero son capaces de oler, es lo único que hacen los caracoles entre letargo y letargo, olfatear y devorarlo todo. Y aparearse, claro. De eso ha vivido mi familia.

Elsa meditó un instante y comentó que nunca había probado un caracol. Tampoco se le había ocurrido preguntarse si aquellas criaturas emitían sonidos o sabían huir, si eran capaces de ocultarse o de temblar de miedo. Harald le propuso que, después de la visita a Sare y antes de regresar a Biarritz, se detuvieran a comer en San Juan de Luz. Sabía de un restaurante donde preparaban caracoles al vapor, era un lugar seguro en el que se reunía de vez en cuando el grupo de oficiales. A pocos pasos de allí había un salón de baile donde por aquellos días, qué coincidencia, se anunciaba un espectáculo con una orquesta cubana de rumba.

—El Club Romain —exclamó Elsa, convencida de que había acertado—. Conocí a esos músicos, viajamos en el mismo barco.

Empezaba a contarle de la travesía y de los submarinos que estuvieron rondándolos, cuando de repente el *jeep* pegó un patinazo, pareció elevarse unos instantes y cayó con un horrible estruendo. Por un momento, Elsa tuvo la sensación de que se despeñaban, sintió el vacío en la boca del estómago y trató de orientarse mirando hacia los árboles, pero fue inútil, porque una densa humareda los envolvió enseguida. Harald le preguntó si se encontraba bien y ella afirmó con la cabeza, movió las piernas y estiró los brazos: al parecer no tenía ningún hueso roto, pero temblaba entera, en especial los labios. Siempre que se ponía nerviosa le temblaban los labios.

Varios soldados rodearon el vehículo, intercambiaron frases con Harald, y Elsa intuyó que le contaban cosas graves. Uno de ellos, con el uniforme chamuscado, se acercó por el lado del pasajero, la saludó y escudriñó un momento el interior antes de abrir la puerta para que saliera. Pensó en un accidente y trató de localizar la cámara dentro del auto, pero tuvo un acceso de tos y se apartó buscando aire. Harald esperó a que se calmara y le hizo una seña imprecisa, un gesto con la mano que ella no supo si significaba que todo estaba bien, o todo estaba perdido. De momento, una racha de viento dispersó el humo y fue entonces cuando vio los cuerpos, el más cercano era el de un hombre con la espalda apoyada en un árbol, los otros dos estaban tendidos bocabajo, ennegrecidos por el hollín, no era posible ver si respiraban. Al que estaba apoyado en el árbol le faltaba un brazo, y de las hilachas de la manga le escurría la sangre. Parecía un muñeco roto, con el pelo color zanahoria y el único brazo medio suspendido en el aire, congelado en ese gesto con el que parecía decir hasta luego. Tan abstraída estaba, que pegó un brinco cuando Harald la tocó en el hombro: le venía a ofrecer un cigarrillo, ya encendido, que ella aceptó y fumó impaciente, cinco o seis caladas rápidas mientras lo escuchaba hablar. Acababa de ocurrir un atentado y habían muerto tres hombres, dos soldados y uno de los atacantes. El tráfico iba a quedar interrumpido durante un buen rato, seguramente un par de horas, y en ese caso ellos tenían dos opciones: quedarse hasta que abrieran de nuevo la carretera a Sare, o dejarlo para otra ocasión y regresar a Biarritz. De todos modos, tendrían que esperar por refuerzos para sacar el *jeep* del socavón en donde había caído. Era obvio que los sabotadores habían derramado aceite en la vía, una táctica común para que los demás vehículos se accidentaran.

Elsa miró el rostro de Harald: tenía sangre seca en la barbilla, polvo en el pelo, una oreja enrojecida que empezaba a hincharse. Lo vio escupir y luego pasarse la bufanda por los labios. El

aire se había llenado de un repugnante olor a carne chamuscada que ella reconoció al instante: en agosto de 1933, por los días en que cayó Machado, su casa en La Habana se había llenado de ese mismo olor...

Apenas salían a la calle por temor a las bombas, y a su padre le habían aconsejado que sacara a la familia de Cuba. Para entonces, ya tenía una destilería propia que marchaba con éxito a pesar de las huelgas y los sabotajes. Juan María Iturrioz se negó a abandonarla, pero le pidió a Marta que se llevara a los niños, era un buen momento para que viajaran a España. Indignada, Marta le dejó saber que no se movería sin él y terminaron todos encerrados en la casa. Miguel, que entonces tenía cinco o seis años, lloraba a diario para que lo llevaran a sus clases de pelota vasca, y Elsa, que acababa de cumplir catorce, mataba el tiempo leyendo novelitas de amor o pegada a la radio. Aquella tarde, cuando se oyó la explosión en la calle, su padre no había llegado aún de la destilería. La casa tenía portones de hierro y pensaron que nadie podría ganar acceso al jardín, pero la fuerza del estallido desencajó una verja y Elsa fue la primera en descubrir que había un intruso dando tumbos por el sendero de grava. No tenía rostro, solo la máscara de su piel licuada, y antes de derrumbarse balbuceó unas frases, nada que saliera de un cerebro en orden, sino de un cráneo convertido en cenizas. Marta gritó y acudieron las criadas para socorrer al herido, que agonizaba borboteando espuma. A Elsa la impresionó el pestazo a chamusquina que lo llenó todo cuando el hombre expiró, y a pesar de que limpiaron las paredes y cambiaron las cortinas, un barrunto a chimenea mojada siguió flotando en la casa por algunos días; aparecía y desaparecía en los lugares más recónditos y en los momentos más inoportunos.

Ahora, después de tanto tiempo, lo reencontraba allí, impenitente y sórdido como la primera vez.

Volvió a la realidad de la carretera, del humo, de los tres hombres muertos, una estampa irreal entre la bruma que se disipaba. Sintió ganas de vomitar, caminó hacia unos arbustos y se inclinó sobre el suelo, dejando escapar grandes arcadas que dieron poco de sí, tan solo un buche amargo del color del té. Harald no lo notó, ocupado como estaba en gritar instrucciones a los soldados que intentaban desatascar el *jeep*. Elsa tuvo la tentación de pedirle que buscara la cámara, temía que hubiera rodado fuera del vehículo, pero sintió pudor de preocuparse por algo tan banal en medio de la devastación.

El viento se hizo un poco más frío, o acaso un poco más ruidoso. Esperaron. Transcurriría otra media hora antes de que volvieran a ponerse en marcha. Los cadáveres habían sido evacuados, y en el lugar solo quedaron oscuros charcos de sangre, y unos fierros dispersos por la tierra quemada.

Le rogó a Harald que regresaran enseguida a Biarritz. No era el momento de continuar a Sare, ni se sentía capaz de llegar ante la tumba de su hermano con la impresión de haber visto a esas personas muertas. No quería acercarse a Raulito con la crueldad en los ojos, no se lo merecía aquel inocente. Harald le dio la razón: lo que necesitaban era una copa para bajar el susto. Podían

parar, si ella quería, en San Juan de Luz, y almorzar en uno de los restaurantes de la bahía. Elsa aceptó y él sonrió tensando un poco el rostro, la medialuna de una herida que iba del labio superior a la barbilla. No se volvió a poner la cazadora, de la que se deshizo para ayudar a los soldados a mover el *jeep*, y a pesar de que la mañana era fresca, la camisa se le pegaba a la piel y tenía gotitas de sudor en las sienes. De repente, sin apartar la vista de la carretera, él le cogió la mano y susurró que lamentaba que hubiera tenido que pasar por eso. Muchas horas después, ya de regreso en la pensión, a Elsa todavía le costaba comprender qué extraño impulso la llevó a levantar la mano que le quedaba libre y acariciarle la mejilla a Harald; luego bajar al pecho y desde allí avanzar hasta tocar su axila. Él no se movió, ni siquiera entonces dejó de mirar al frente, y ella sintió que una lúcida sensación de abandono sustituía el horror de haber visto a aquellos hombres muertos; una fuerte descarga de deseo al contacto de la pelusa húmeda, seguramente rubia, que a él le sudaba bajo el brazo. Movié sus dedos con ternura, nunca había hecho una caricia de ese tipo, ni siquiera a su marido en todos los años que vivieron juntos.

No hubo palabras, pero tampoco experimentó arrepentimiento o vergüenza. Eso sí, se preguntó qué hubiera dicho Salvador de haberla visto en ese instante, acompañada de un militar alemán, recién salidos de la bruma de una explosión terrible. Durante el último año que vivieron juntos, no pasaba un día sin que Salvador, siempre pendiente del curso de la guerra, profiriera alguna maldición contra los alemanes. Unos parientes suyos aún vivían en Londres, y él buscaba con avidez las estaciones de radio americanas, que eran las únicas que retransmitían noticias sobre los sucesos de Europa. La última discusión que tuvo con su suegro fue por causa de un comerciante alemán acusado de espionaje, con el que Iturrioz había hecho negocios. Elsa recordó que su padre trataba de explicarle en vano a Salvador que la única razón por la que aquel hombre visitaba la destilería era para encargarle rones y melazas. «Rones y melazas», bramaba el otro, «con los que supe a los submarinos alemanes que entran a abastecerse en Camagüey, ¿le parece poco?» Iturrioz gritaba que eso era falso, mientras Marta, la eterna mediadora, alzaba la voz para pedirles que por favor no hablaran de la guerra. Al alemán por el que habían discutido terminaron fusilándolo en noviembre de aquel mismo año, en los fosos del Castillo del Príncipe, acusado de mandar a su país información sobre los puertos de Cuba. Salvador y Juan María Iturrioz ya no volvieron a tocar el tema, ni siquiera cuando los periódicos dieron parte de la ejecución. En adelante, se limitaron a hablar de asuntos familiares, y Elsa se concentró con más fuerza que nunca en la fotografía, algo que siguió distanciándola de su marido. Mientras él se quedaba jugando sus interminables partidas, ella recorría alguna provincia en busca de un san Ignacio yacente, con un ojo abierto y otro cerrado, o un san Francisco al que las monjas de un orfanato le habían puesto jaspe en los estigmas.

—A Sare mejor iremos un domingo —le prometió Harald, sacándola de sus ensoñaciones—. Trataré de que no sea en este *jeep*.

Llegados a San Juan de Luz, él la animó para que entrara en la iglesia a tomar fotos, y ella lo hizo como si hubiera recibido una orden, no por probar la cámara, que ya sabía que estaba intacta, sino para dar gracias por haber salido ilesos del atentado. Nunca mezclaba los rezos con las fotografías. Cuando iba a misa no llevaba la cámara, y cuando entraba con la cámara, no concebía hacer otra cosa que enfocar santos. Por una vez, sintió la necesidad de transgredir sus propias

reglas, como si la voz lejana de su padre se lo hubiera pedido. Iturrioz se lo inculcó de niña: «Era bueno rezar aunque no hubiese motivo para hacerlo, pero cuando lo había, con más razón era menester postrarse».

Almorzaron en un restaurante con vistas al mar, oyendo la música que tocaba un acordeonista chino. Cuando el acordeonista terminó, Harald le dio una propina y le ofreció una copa. El chino la aceptó encantado y hasta les dedicó una melodía. Se llamaba Ross y tenía una mujer francesa que era coja. Elsa lo supo porque coincidieron a la salida. Caía la tarde en San Juan de Luz y el acordeonista se detuvo para despedirse y presentar a su esposa, quien componía muchas de las piezas que tocaba. Luego la extraña pareja se encaminó hacia la parte antigua de la ciudad; iban muy juntos, él cargando con el acordeón y ella apoyándose en su brazo. Elsa imaginó otra foto desde los tejados, otro reflejo del mundo que se degradaba: el chino y su pareja perdiéndose en las callejuelas; Harald y ella siguiéndolos con la mirada, los cuatro unidos por un hilo invisible, algo venido de otra vida, que era sabio y leal, pero que les impedía reconocerse en esta.

Antes de proseguir el viaje, se besaron furiosamente en el interior del *jeep*, que no era más el vehículo salvado del fuego, sino la bestia que los acunaba, aplacando el sueño de la muerte, de la explosión que los sacó de la ruta.

En un abrir y cerrar de ojos llegaron a Biarritz. Harald la dejó en la puerta de la pensión y Elsa entró casi de puntillas, con la sensación de que acababa de hacer un larguísimo viaje. En el comedor, algunos huéspedes jugaban a las cartas con la señora Goti: la pareja de Biarritz que se hospedaba en la primera planta, y el viejo jubilado Liétard, abrigado como siempre en exceso. Todos contestaron con frases secas cuando ella les dio las buenas tardes. El niño del matrimonio ruso coloreaba un cuaderno en el suelo y levantó la vista sonriendo, pero Elsa se dio cuenta de que no le sonreía a ella, sino que lo hacía para sí mismo, como si hubiera recordado un chiste.

Ya en la habitación, escribió una nota rápida para su abuela. Le contaba que se encontraba bien, lástima que no hubiera podido llegar a Sare. Acto seguido, le escribió a su padre, un breve recuento de lo que había encontrado en Biarritz, sin exaltación o sentimentalismo. Después de la cena se metió en la cama y suspiró pensando que tarde o temprano le haría fotos a Harald. De perfil, si él se lo permitía.

Despertó de madrugada con un súbito deseo de leer la siguiente carta de Magdalena. Era algo parecido a un mandato. Corrió a buscar el portafolio, las manos le temblaban y tuvo la sensación de que acababa de tener una espantosa pesadilla con alguien.

Nunca podría recordar con quién.

Miércoles, 12 de septiembre de 1923

Ama, polita mía:

El calor aquí es más fuerte de lo que me esperaba, a veces tanto que me corta la respiración. Me paso el día abanicándome, o refrescándome el pecho con fomentos fríos.

Por sudar, me suda hasta el vientre, y la criatura en mi interior se agita porque le falta el aire, aunque el médico diga que son figuraciones mías. Las negras auguran que este año pasará un ciclón, que ellas lo saben por el sabor del viento (un amargor que se les queda en la boca), y por los árboles de aguacates, que están cargados de la fruta. Le he preguntado a Juan María que qué haremos si viene una tormenta. Él responde que nada, que por la iglesia ya han pasado varias y allí sigue tan fresca, con sus cuatro campanas, y que no habría casas en Cárdenas si cada vez que hay mal tiempo se vinieran abajo.

Al teatro fuimos la otra noche, invitaron a la plana mayor de la destilería y todos, menos uno que es viudo, asistieron con sus esposas, a las que conocía porque solemos vernos en la misa. Me arreglé como en San Sebastián, usé el aderezo que me regaló papá, casi nunca tengo ocasión de usarlo y resultó ser una noche diferente, que me dio alegría.

O tal vez estaba alegre desde antes, desde que recibí carta de Doris, una en la que ya no me habla de irse a Haití. Al contrario, promete que tan pronto acabe de juntar la música, volverá a Cárdenas y se quedará unos días. Por suerte, no tuve que abrirla frente a Juan María, y lo digo porque dentro del sobre dirigido a mí venía otro pequeñito que decía: «Para el señor Baró, E.S.M.».

Le mentiría si le dijera que no tuve la tentación de abrirlo, lo miré al trasluz y me pareció que era una esquila con muy pocas líneas. Hubiera jurado que el herrero no sabía leer, y luego me dije que qué tonta soy, un hombre que lee un pentagrama también será capaz de entender lo que le escribe una mujer.

Cuando Juan María regresó esa tarde, le enseñé la carta de Doris, donde por suerte no mencionaba la nota del herrero, daba por sentado que yo comprendería. Él la leyó de un tirón y vi que hacía un gesto de contrariedad, casi una mueca de dolor, como si le pesara que nuestra amiga volviera. En el fondo, nunca sé lo que piensa de nada ni de nadie.

Después de ver la carta, la metió en el sobre y le pidió café a una de las negras. Se puso a hablarme de lo bien que le trabaja un tonelero que contrató hace poco. Es un muchacho acabado de llegar de Larraínza —Juan María no acepta toneleros que no sean vascos—, y el primer día lo trajo a nuestra casa porque el pobre ni siquiera tenía donde comer. Se llama Mario Mendíbil, me llamó la atención el apellido, pues me acordé de las Mendíbil dueñas de la botica de la calle Prim. Hizo muy buenas migas con Elsita, le cantó una canción en euskera, esa que dice «*Habanara joan nintzen xentimorik gabe...*». La niña protestó porque no entendía, y Juan María movió la cabeza apesadumbrado, siempre me culpa de que no hable vasco. «Es lo mínimo que debe enseñar una madre», me reprochó una vez, y como me eché a llorar, no ha vuelto a repetirlo.

«Trabaja tan bien como un orfebre», dijo del tonelero, al tiempo que soltaba la carta de Doris en mi falda.

A la mañana siguiente, me arreglé para ir en busca del cochero que otras veces nos ha llevado a Canímar, y pedirle que le entregara el sobre a Baró. No lo hallé donde siempre lo hemos encontrado, di media vuelta y decidí ir en busca de uno de los coches de alquiler que esperan clientela frente al Gran Hotel. Mas al llegar allí tuve la desconfianza de que no cumplieran con mi encargo, me ganó el impulso y decidí llevar yo misma aquella nota. Enseguida me arrepentí de haberlo hecho. Había dejado a Elsita al cuidado de las negras, prometí que no demoraría, y ya iniciado el viaje me di cuenta de que no podría volver a casa a la hora de comer. El cochero dudaba de cuál era el camino, quiso saber si yo podía guiarlo, le contesté que no, y entonces decidió acercarse a la estación del tren y averiguar allí. Cerré los ojos mientras lo oía preguntar, primero a un hombre, luego a otro, y este a su vez le preguntó a un tercero, y así la palabra Canímar fue saltando de boca en boca, mientras a mí se me acababa la paciencia. ¿No le ha pasado a usted, mamá, que cierra los ojos cuando está obstinada, siente un ala de pájaro que le roza la sien, y se despierta como al otro lado de un cristal, mirando la vida que fue suya, sus gestos, su desesperación por no poder unir las dos mitades?

Volvió el cochero, no abrí los ojos, pero sentí que nos poníamos en marcha, daba la sensación de que arrastrábamos latas y campanitas cual si fuera un carro de recién casados.

Cuando entramos a Canimar, que reconocí por aquel descampado con sus puestos de tasajo y vianda, le dije que se detuviera y me esperara allí, tan solo haría un recado y enseguida regresaríamos a Cárdenas. Él se bajó para ayudarme y de paso preguntó si necesitaba un curandero. Como lo miré fijo, indignada por su atrevimiento, suplicó que lo perdonara, que le había parecido que yo estaba enferma, y que el mejor curandero de Matanzas no vivía en Canimar, sino en Tinguaro, que él sabía dónde encontrarlo por si me interesaba verlo. «Usted espéreme», le repetí en un tono fuerte que lo acoquinó. «Tenga cuidado», dijo bajito, cuando me di vuelta, «mire que hay mucho mayombero judío.» Mayombero quiere decir brujo. Conozco esa palabra pues siempre está en boca de las negras. Judío, no sé lo que querrá decir, no son los judíos que conocemos nosotras. Me dieron ganas de decirle que se largara, pero me di cuenta de que luego no iba a tener cómo volver a Cárdenas. Eché a andar hacia la herrería, ese camino sí lo recordaba bien, y me dio un vuelco el corazón cuando llegué, porque los herreros tomaban su almuerzo alrededor de un árbol y todos me miraron con asombro, como si vieran a un fantasma. Sé que echaron en falta a Doris, esa mujer que les parecerá mejor que yo; la buscaron con la vista como si esperaran que viniera detrás, y creo que se decepcionaron al descubrir que yo iba sola. No dije nada, Baró soltó su plato, se levantó y vino hacia mí abrochándose la camisa. Oí que unos perros ladraban, eran ladridos ensordecedores, como si me estuvieran advirtiendo de algo. Sentí el olor de Baró, estaba frente a mí, pero no me atreví a mirarlo, solo buscaba en mi bolso el sobre que le mandaba Doris. Tan pronto lo vio, adivinó que era de ella, lo supe por el tono en que ordenó: «Aquí no... Venga su mercé conmigo».

Cogió por la calle principal, la misma por la que yo había bajado, y todos los que se pararon a mirarme cuando iba camino de la herrería se volvieron a parar, sin ningún disimulo, para verme pasar en compañía del herrero. Me dio vergüenza, no he de negárselo, pero lo hacía por Doris, para poder decirle que yo misma había puesto su misiva en manos de Baró. Seguía oyendo los ladridos, de más cerca o más lejos, aunque los animales no se veían por ningún lugar. Me pregunté qué habrían dicho usted y Sagrario de haber sabido que yo estaba en ese pueblo hediondo, empapada de sudor, apretando el paso detrás de un herrero que masticaba lo que parecía ser un bocado de comida, pero era un bocado de tabaco.

Sé que abandonamos la calle principal, cogimos un sendero bordeado de plátanos, y en algún momento nos detuvimos frente a una casa de madera igual que todas en el pueblo, con techo de hojas de palma y un dibujo en la puerta: una flecha cortada por otra, con crucecitas a su alrededor. Me quedé embelesada mirando el dibujo, hasta que Baró empujó la puerta y me pidió que entrara. Al principio, cegada por el sol, me costó distinguir lo que había dentro, pero enseguida noté que no estábamos solos, una mujer me pasó por el lado, fue rápido y no vi si era joven o vieja; luego la pude ver mejor y supe que no era una cosa ni la otra, había dejado de ser joven, pero probablemente no tenía cuarenta.

Baró me ofreció asiento en una mecedora y yo le di el sobre, estrujado y húmedo, porque lo había tenido en la mano todo el tiempo. Sacó el papel y tardó en leerlo apenas un minuto. Puedo jurarle que todo terminó muy rápido. Sentí el zumbido de una mosca, y otro ruido acompasado que salía desde la cocina, parecido al de las cocineras que machacan ajo. En ese instante, Baró me hizo una pregunta extraña, quiso saber si podía quedarse con la carta. «Es suya», le respondí. Escupió el tabaco que había estado mascando, lo hizo en la sala sin ningún miramiento, nadie escupe junto a la mesa donde come, ni aun si el piso es de tierra como lo era allí. A mí me pareció que aquel escupitajo hervía, dejé la mecedora y me agaché para tocarlo, hundí el dedo y lo sentí caliente. Baró me cogió por los hombros, me sacudió preguntándome qué estaba haciendo, llamó a la mujer que estaba en la cocina, lo oí gritar Dominga o Domitila, ella vino corriendo y él le dijo que me acompañara al descampado.

Obedeció la mujer cogiéndome del brazo, me habló bajito como si le temiera al otro: «No se demore, su merced». Salimos de la casa y la impresión del sol casi me tira al suelo, el sombrero era una llamarada sobre mi cabeza, y aquella Domitila, o Dominga, me llevaba a rastras. Al llegar al descampado, noté que el cochero había desaparecido. Tuve que volver a Cárdenas en un carretón medio destartado, el de un loco que iba vendiendo por el camino ardillas para asar. Entre una cosa y otra, llegué a la casa al mismo tiempo que Juan María, aunque ahora pienso que él estaba esperándome en la calle. De momento no me dijo nada, solo me dio las buenas tardes.

Al poco rato llegó el médico de la destilería, lo primero que hizo fue ponerme la mano en la frente y decir que en mi estado no era prudente que saliera sola ni que fuera lejos. Mandó a que me dieran una infusión de tila y le echaran una cucharadita de unos polvos que sacó del maletín. Una vez que nos quedamos a solas, le confesé a Juan María que había salido para cumplir con un encargo que me había hecho Doris. Cuando pensé que se iba a enfurecer, lo vi ponerse triste: «¿Qué encargo, Magdalena?». Ya no podía ocultárselo y le expliqué que era una carta que ella quería que entregara en mano. Sin alzar la voz, recalqué que no iba a permitir que hiciera más encargos.

Al otro día desperté atontada, sin deseos de desayunar ni tomar otra cosa que no fueran caldos, y ayer quise escribirle, pero por el calor no pude.

Les mando mi cariño a todos, a todos menos al *aita*. A él no quiero, no encuentro qué mandarle ahora. No sé qué darle, qué decirle, qué prometerle para que me regrese. Suplíquele que me haga regresar.

Magdalena

Noticias de la ciudad sitiada

Por la forma en que encontró el portafolio, y el desorden de algunas de las cartas, se dio cuenta de que alguien había estado hurgando en ellas. Pensó de inmediato en la señora Goti, solo la dueña de la pensión y las mujeres de la limpieza tenían acceso a la habitación, pero no se explicaba qué interés podían tener en sus papeles. Solo eran cartas tristes y agitadas, en las que Magdalena relataba la forma en que su vida se deslizaba hacia el interior de un túnel.

El dinero que guardaba en la maleta estaba intacto. Las pocas prendas que había dejado en el joyero, broches y pulseras nada ostentosos, también. Era imposible saber si habían abierto los cajones y revisado el resto de los documentos: giros bancarios y cartas de presentación de la destilería. Todo aparentaba estar en orden, excepto el interior del portafolio.

Nada de eso, sin embargo, apartó de su mente el episodio vivido junto a Harald Vogel, y el impulso que sintió de acariciarlo, sin que él le hubiera dado pie, y sin pararse a medir las consecuencias. La hipnótica presencia de los cadáveres en la carretera, esa pintura gris con una sola llamarada de color, que era el cabello anaranjado de uno de los muertos, fue lo que la trastornó. Lo que la empujó a meter la mano bajo la camisa de Harald, y dejarla correr hacia el vulgar estigma del sobaco. Un deleite que aprendió ese día, nadie se lo había enseñado; en el mundo donde había crecido había temas que nunca se tocaban, ni aun entre los matrimonios. Salvador, el único hombre con el que había estado, se mostraba más bien frío en la intimidad; era concienzudo y parecía quedar un poco en ascuas después de cada encuentro, como si sintiera la urgencia de pulsar el botón de un reloj de ajedrez. Adormilada, le dio gracia esa imagen, solo eso le había faltado a Salvador, meter uno de aquellos relojes de doble esfera en la cama.

Era la primera vez que sonreía recordando algo que tuviera que ver con él, lo que quería decir que la herida estaba sanando y le dolía cada vez menos. Probablemente, nada.

No había amanecido aún cuando la despertaron los golpes en la puerta y creyó que eran parte de una pesadilla. Abrió los ojos y se dio cuenta de que aquellos golpes eran reales y tocaban con bastante urgencia, a lo que se añadió la voz de la señora Goti, que en su confusión le habló en francés:

—*Ouvrez, je dois vous parler!*

Saltó de la cama, se puso la bata y temió que la mujer hubiera ido a decirle que la llamaban de San Sebastián, lo que a esas horas no podía significar nada bueno. Tropezó con una silla, contuvo un grito de dolor y abrió la puerta. La cara de la dueña de la pensión estaba lívida, su delantal manchado de sangre.

—La señora Irina está muy grave. Ya hemos llamado al médico, pero me pregunto si no tendrá usted un calmante fuerte.

Elsa retrocedió azorada. Tenía pomadas, un ungüento para la jaqueca, un frasquito de jarabe para la tos, todo cuanto había puesto Marta en su equipaje, que eran remedios para afecciones leves. En ese momento cayó en la cuenta de que Irina era la rusa que vivía en la habitación «Dahlia», con su marido y su hijo. Le sugirió a la señora Goti que fuera donde las alemanas.

—Ninguna está en casa. No han venido a dormir esta noche. Y esa infeliz no para de gritar.

¿Gritos?, se extrañó Elsa, ¿cómo era posible que no los hubiera oído? La señora Goti dio media vuelta y se dirigió a la habitación de los rusos, Elsa la siguió y vio al niño sentado en el pasillo, inclinado como siempre sobre un cuaderno para colorear, ajeno al trasiego que había a su alrededor. La puerta de los rusos estaba abierta y ella entró detrás de la señora Goti, sobrecogida al ver aquella estampa fúnebre. Sobre la cama yacía la mujer con los ojos cerrados, y bajo su cuerpo, a falta de suficientes toallas, habían puesto hojas de periódico. La criadita esquelética pasaba la fregona por el suelo, lo hacía con el rostro inexpresivo con que limpiaba habitualmente, como si quitara cualquier mancha, y no los violentos churretones de sangre. El marido de la enferma, sentado en una media cama plegadiza, que de seguro era la que usaba el niño, se limitaba a rezar, o a susurrarle frases de consuelo, era imposible distinguir entre una cosa y otra.

—Recibió un mensaje de Rusia —susurró la señora Goti—. De Leningrado, donde vive la familia de ella, ¿habrá oído hablar de Leningrado, o me equivoco?

Elsa negó con la cabeza.

—La ciudad está sitiada y los alemanes no dejan que entre ni un mendrugo. Los padres, las dos hermanas de Irina, sus sobrinos, todos murieron de hambre hace meses, y ella no lo supo hasta ayer. La llamaron desde la iglesia rusa para que se lo dijera el pope.

En ese momento, Irina entreabrió los párpados y se revolvió en la cama. El marido se levantó y le tomó la mano, se quedó mirándola como si se asomara a un pozo.

—Se desmayó cuando le dieron la noticia —precisó la señora Goti—. En Leningrado se comen los cadáveres. ¿Sabe lo que es pensar que a su madre se la han comido los vecinos?

Al poco rato llegó el médico. Todos salieron de la habitación, incluso el ruso, que se agachó junto a su hijo y miró los dibujos con la misma consternación con que antes había estado mirando a su mujer. El médico reapareció al cabo de unos minutos, secándose las manos, y explicó que le había dado una inyección para controlar la hemorragia, pero que su estado era grave, necesitaba una transfusión y algo de cloruro mórfico.

—Será difícil conseguirlo —intervino la señora Goti—, todo el calmante es para los soldados.

El médico asintió. El ruso dijo que lo que hiciera falta, no importaba el precio. La criada entraba y salía de la habitación, una actividad frenética cambiando constantemente el agua en la cubeta. En medio de uno de esos viajes, al salir, cogió la punta de su delantal, la mojó en saliva y se empeñó en limpiar una manchita en los azulejos que formaban la palabra «Dahlia». Fue un paréntesis en medio de la angustia, un gesto propio de los tiempos de paz, cuando los veraneantes estaban pendientes de esos detalles que ahora no tenían la menor importancia. Elsa le dijo a la señora Goti que volvía a su habitación, pero la otra la retuvo por un brazo:

—¿No podría conseguir algo para el dolor con ese amigo suyo?

Abrió la boca para preguntar qué amigo, pero vio el desafío en los ojos de la mujer y se limitó a negar con la cabeza. Se encerró y no volvió a salir hasta la hora del desayuno, ya vestida, lista para tomar algo ligero y dirigirse a la playa. Era el plan que tenía para ese día: avanzar en las cartas durante la mañana y, si no había nada que se lo impidiera, buscar un taxi que la llevara a Sare. Se iba a arriesgar a hacerlo por sí misma, sin esperar a Harald. Tenía gran inquietud por acercarse a esa tumba donde jamás estuvo, a la vera del niño que ella no supo o no pudo defender.

La gran tetera humeante reinaba sobre la mesa del comedor, y la señora Goti salió de la cocina para avisarle a Elsa que no tenían cruasán, pero que podía servirle tostadas de pan negro. Dos de las traductoras alemanas entraron en la pensión en ese instante, saludaron a Elsa y al viejo Liétard, que era el único otro huésped sentado a la mesa, aunque en el fondo ausente, con la boca entreabierta y la mirada perdida en las volutas de su cigarrillo. Las alemanas preguntaron dónde estaban todos, y Elsa les contó que la rusa se había enfermado durante la noche y nadie había podido dormir. En presencia de la señora Goti, que salía de la cocina con un tarro de miel, les preguntó si tenían algún calmante fuerte, pues la mujer sufría de unos dolores terribles.

—No tenemos —respondió Margot con voz cansada—, los calmantes se reservan para los hospitales. Pero podríamos preguntarle a Siegfried, el médico que nos acompañaba en el café, ¿te acuerdas?

Por supuesto que se acordaba. Aquellas facciones apretadas, aquellas cejas pobladas y grotescas que parecían pegadas como para un disfraz, y la boca fina y huraña de reptil, eran difíciles de olvidar. Si la maldad hubiera tenido un rostro, probablemente habría sido ese, aunque ni la maldad, ni la locura (como bien sabía ella) tenían facciones definidas. Siegfried le pareció un ser retraído, que participó poco de la conversación, y que tal vez solo mostró interés en el tema de la destilería. En especial cuando Elsa se refirió al «beso» de la levadura. Así llamaban los químicos al momento clave de la fermentación, cuando la cepa que seleccionaban «besaba» el corazón de la melaza.

—Si pudiéramos ver a ese doctor —se atrevió a decir Elsa—. La pobre Irina está en un grito, cualquier calmante puede venirle bien.

—Pensaba acostarme —ripostó la alemana—, Ulla y yo hemos trabajado toda la noche.

—El niño está desesperado —mintió Elsa—. Tampoco ha podido pegar ojo.

Margot se quedó un rato pensativa, tomando sorbitos de té. Al sentarse a la mesa se había desabrochado la chaqueta del uniforme, y de pronto Elsa vio que se la volvía a abrochar.

—Muy bien, vamos donde Siegfried y luego vengo a dormir.

El médico que atendía a la rusa mataba el tiempo fumando en el pasillo; a instancias de Elsa, anotó el nombre del calmante y la dosis que necesitaba. La señora Goti, que subía en ese instante con una rebanada de pan con jalea para el niño, clavó sus ojos ansiosos en los de ella, y le dio las gracias. Elsa bajó rápidamente y vio que Margot ya la esperaba. Al salir a la calle, se cogieron del brazo, las ráfagas de viento eran más fuertes que la víspera, y la alemana comentó que sería un invierno tan frío como el de 1939, algo que ya habían previsto los meteorólogos del ejército. Sin otro preámbulo, abrió el bolso, sacó un pequeño sobre y se lo entregó a Elsa.

—Es del teniente Vogel. Anoche lo vimos y nos contó que habían tenido un percance de

camino a Sare.

Elsa guardó el sobre en el bolsillo del abrigo. Ya lo vería más tarde, cuando estuviera a solas en la pensión, o a solas en la playa, si es que al final valía la pena ir a la playa con semejante ventolera.

Para llegar al edificio donde trabajaba Siegfried, debían atravesar prácticamente toda la ciudad, y no tuvieron más remedio que acercarse al Casino en busca de un taxi. La alemana le dio instrucciones precisas al taxista: que tomara por la Avenue de Verdun, enseguida por la Avenue du Braou, que continuara recto hasta llegar a la Avenue des Tilleuls, y en ese punto ya ella le diría. El taxista miró hacia atrás, parecía irritado y preguntó a qué lugar se dirigían exactamente.

—Al puesto de la Comandancia en Machelon —replicó Margot con dureza—. Usted vaya por donde le digo.

Elsa notó que la alemana se había puesto tensa, y se preguntó si no estaría arrepentida de haberse involucrado en una gestión que quizá no era bien vista por sus superiores: solicitar una dosis de calmante para una refugiada rusa, cuando sabía que casi todo estaba reservado para los heridos de guerra.

—Perdóname que te lo pidiera —se animó a decirle—, si va a morirse, mejor que no sufra.

—Se sufre siempre —sentenció Margot—. ¿No has visto morir a nadie nunca?

Negó con la cabeza, no iba a contarle a esa mujer lo que había visto. En el mismo tono, muy bajito para que el chofer no la oyera, Margot le advirtió que a Siegfried solo le contarían que en la pensión no se podía dormir debido a los gritos de la enferma. En realidad, añadió, por quien sentía más lástima era por el niño.

Elsa volvió la mirada a la calle y vio los árboles opacos de un parque, y a un muchacho que iba por la acera con una cesta de pelota vasca, lo que le recordó a Miguel, su medio hermano pelotari. Con la guerra, el correo era lento y quién sabe cuánto tardarían en llegar las cartas, pero confiaba en que las de Cuba estuvieran al caer, las de Marta sobre todo, llenas de anécdotas y noticias de La Habana, y las más formales que le haría su padre. En alguna, de seguro, encontraría un saludito de su hermano, más perezoso para escribir. La imagen de Salvador también vino a su mente, pero tan opaca como los árboles que veía pasar. Respecto a él, nadie iba a decirle nada.

Margot volvió a darle instrucciones al taxista, que la oyó rígido y murmuró: «*Entendu*». Luego el auto se detuvo frente a un edificio de color marrón, tan tétrico que desentonaba con las casas de los alrededores, aunque ninguna era alegre. Mientras Elsa le pedía al taxista que las esperara, Margot fue derecho donde los soldados que custodiaban la entrada, mostró su identificación y al punto acudió una enfermera que intercambió con ella unas palabras y pidió que la siguieran. Avanzaron por un pasillo mal iluminado y subieron al segundo piso, que era un salón abierto donde apenas se escuchaban voces, pese a estar lleno de muchachas que al parecer tomaban un examen. La enfermera tocó a una puerta de cristal, esperó el sólido «*Herein!*», y les dijo que podían pasar. Margot lo hizo primero, se acercó a Siegfried y lo besó en ambas mejillas. Luego le tocó el turno a Elsa, que se limitó a darle la mano. El hombre llevaba una bata blanca y un gorro sanitario hundido hasta las cejas, más que nunca era un horrible insecto, pero se mostró gentil, interesado mientras Margot le explicaba lo que habían ido a pedirle.

Toda la conversación fue en alemán, y Elsa estuvo ajena a lo que se decían hasta que la

traductora le pidió que le entregara a Siegfried la receta que había escrito el médico de Irina. Él la cogió con dos dedos que eran como pinzas, escribió al margen una nota y se la devolvió a Margot. Elsa le dio las gracias en francés y Siegfried las acompañó a la puerta. No había ido mal.

Afuera, el taxista fumaba junto al automóvil. Al verlas, tiró el cigarrillo y les abrió la puerta. Luego se sentó al volante y preguntó si las regresaba al área del Casino o querían ir a otro lugar. Margot lo meditó un instante:

—Tenemos que ir a una botica del ejército —le dijo a Elsa.

El taxista miró hacia atrás con desdén y resopló al poner el auto en marcha. Transcurrieron todavía unos segundos antes de que la alemana recordara la dirección, que deletreó alzando la voz, en un tono autoritario que no pasó inadvertido ni para Elsa ni para el hombre que manejaba.

—La familia de Irina ha muerto de hambre en Rusia —relató Elsa, mientras el taxi se internaba en la zona de Anglet, donde se notaba más presencia militar alemana, nuevos letreros que rezaban «*Achtung!*» y barricadas que impedían el paso—. Vivían en la ciudad sitiada.

La otra la miró sin negar ni asentir.

—Lo supieron ayer —prosiguió Elsa—. Les dieron la noticia en la iglesia rusa, y como al parecer estaba embarazada, se desesperó y tuvo esa pérdida.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó Margot, entre bostezo y bostezo.

—La señora Goti. Dijo que allí donde vivía la familia de Irina hay tanta hambre que se están comiendo los cadáveres.

—Leningrado —pronunció la alemana—. ¿Sabes en honor de quién lleva ese nombre? Si no fuera por el Ejército del Reich, ya estaríamos invadidos por los comunistas.

Elsa recordó que algo parecido le había dicho su padre a Salvador el día en que discutieron por el espía alemán. Por suerte habían llegado a la botica y el trámite fue breve. La alemana se encargó de presentar la receta al boticario, que consultó por teléfono antes de entregar las ampollitas. Toda la gestión no les había tomado ni dos horas. De inmediato pidieron al chofer que las llevara de vuelta a la pensión de la Rue du Helder. Allí terminaba la carrera.

Margot fue la primera en bajar del vehículo y Elsa se demoró pagándole al taxista. Entró nerviosa a la pensión, llevando en sus manos el envoltorio con la morfina, temiendo que le dijeran que ya no hacía falta. Tocó quedamente en la puerta de los rusos. Dentro no se oía una voz, ni un quejido, fue un minuto interminable hasta que una enfermera por fin abrió la puerta y ella le entregó el paquete. En ese breve lapso, miró el perfil de Irina, cubierta hasta el cuello y con la boca abierta, como si observara en el techo algo asombroso.

—Igual —le contestó la enfermera cuando Elsa le preguntó qué tal seguía.

Se paró un momento en el pasillo, intrigada por el sorprendente cambio de su vida. Tenía de pronto la sensación de que llevaba muchos años en Biarritz, y de que su cuerpo y su mente se habían acostumbrado demasiado rápido al ritmo de la guerra y la rutina de la pensión. Los breves días pasados en San Sebastián le parecían casi irreales, y sus preocupaciones de La Habana, la ruptura con Salvador, la amargura de imaginarlo como padre de familia en la casa de la viuda, eran apenas pinturas huecas e incoloras. Hasta la travesía en el barco que la llevó a Bilbao, y las conversaciones con Rómula y Delfina, se le antojaban retazos de una vieja película. Solo quedaba intacta su pasión por la fotografía, ralentizada, eso sí, por el deseo de terminar las cartas de

Magdalena. Aún sumida en esos pensamientos, abrió la puerta de su habitación y a duras penas contuvo un grito de sorpresa.

—Pase, pase rápido y le explico —la apremió la señora Goti.

Obedeció asustada, respirando el olor penetrante y ácido que llenaba la estancia. En su ausencia habían metido un camastro dentro del cuarto, y sobre el camastro yacía un hombre que, más que dormido, parecía estar muerto.

—Está malherido —susurró la dueña de la pensión—. Pero le prometo que saldrá de aquí esta misma noche.

Elsa no atinó a articular palabra, su perplejidad se transformó en repugnancia: olía intensamente a sangre, a vómito, a desinfectante.

—Es mi hijo —se apresuró a decirle la señora Goti con un hilo de voz—, ¿no se acuerda de que le dije que cuando ocurrió lo de su hermano yo tenía un niño de la misma edad?

A Elsa le pareció innecesario responder a esa pregunta. Más tarde pensaría que la señora Goti intentaba ablandarla con el recuerdo de Raulito.

—Solo vine a buscar esos papeles. —Señaló el portafolio con las cartas—. Ya me voy.

—Si ellas llegan a saberlo —gimoteó la señora Goti, cerrándole el paso—, mi hijo y yo estaremos muertos. Requisarán la pensión y los echarán a todos.

Elsa no le contestó, por el contrario, se zafó como pudo de la mujer, y salió precipitadamente al pasillo. Al pasar frente a la habitación de los rusos, tuvo ese instante de iluminación: la sangre en el suelo y los trapos manchados no eran por causa de la hemorragia de Irina. El calmante que habían ido a buscar ella y Margot, tampoco era para la rusa. En la farsa habían participado un supuesto médico y una presunta enfermera, y hasta la criadita de los brazos de alambre.

Salió a la calle, solitaria a esas horas, inundada de una luz que le pareció artificial; y por artificial, siniestra. No bien había avanzado unos pasos, cuando se dio cuenta de que había olvidado coger la cámara, algo que iba a lamentar después. Como ningún taxista quiso llevarla a Sare, decidió subir al autobús que iba a Bayona. Era un trayecto corto, y el vehículo se fue llenando de pasajeros cabizbajos, gente que a menudo subía con cucuruchos de castañas o higos, costumbre que proliferaba para matar el hambre.

Al llegar a Bayona fue derecho a la catedral y se quedó un buen rato escudriñando la fachada, ansiosa por localizar las figuras de las gárgolas y de los bucráneos de las que tanto hablaban los demás viajeros. Poco a poco había ido serenándose del mal rato pasado en la pensión, y para cuando entró en la iglesia, ya solo le quedaba meditar en la extraña conducta de la señora Goti y su decisión de ocultar al hijo en la habitación menos indicada. Se podía entender que no lo hubiera querido meter en su apartamento del tercer piso, pero hubiera podido hacerlo en la pieza del jubilado de Lyon, que pasaba casi todo el tiempo en el comedor, o en la alacena contigua a la cocina, que de repente era el lugar perfecto.

Al salir de la catedral, hizo gestiones para pernoctar en Bayona, todas en vano. Volvió a Biarritz en taxi y llamó a Harald al teléfono de la Comandancia que él le había dado. Se limitó a decirle que no quería dormir en la pensión aquella noche. Ya se imaginaba que lo iba a tomar como una insinuación y que le diría que no le estaba permitido alojarla con él, pero ocurrió lo contrario: Harald le pidió que le diera un par de horas y se vieran al cabo de ese tiempo en

Sachino, el famoso bar de la Place Pordelanne. Aquella noche, después de cenar, él la llevó por primera vez al Hôtel d'Angleterre. Pararon brevemente en el bar y tomaron una copita de absenta, la bebida verde que se había convertido en una especie de *liqueur de guerre*. Un rato después, con toda la naturalidad del mundo, como un maduro matrimonio que domina las claves del ritual y no tiene prisa, subieron a la habitación que él ocupaba desde su llegada a Biarritz.

Adentro reinaba un orden poco natural, un aire autoritario que ni siquiera lograba suavizar el aroma de la loción de cedro que flotaba intenso. Había un gramófono sobre la cómoda y él se apresuró a prenderlo.

—Es lo que pongo cada día. —Se enorgulleció, acercando la aguja al vinilo—. Estas canciones de Schumann que me acompañan siempre.

Se oyeron los acordes afligidos de un piano, la voz tronando en la fatalidad, y aunque Elsa no entendía una sola palabra, creyó advertir que se trataba de una melodía fúnebre. Por eso, cuando Harald se la tradujo, no podía creer que aquella letra hablara de la primavera, y de la dicha del «maravilloso mes de mayo».

—Son las *Dichterliebe* —desveló él, desgranando la palabra para que ella captara la pronunciación—. Cuando las hayas oído, ya no querrás escuchar otra cosa.

Elsa sonrió ante la temeraria apuesta, y pensó en Marta, que de seguro las conocía, asidua como era a conciertos y recitales a los que pocas veces lograba arrastrar a Iturrioz o a sus hijos. Harald canturreaba los versos cerca de su oído, besándola y acariciándole el pelo. Aún no había terminado el disco, cuando empezó a desnudarla. Tenía un estilo voraz y taimado, y entre un abrazo y otro —hubo en definitiva tres— fumaron y volvieron a escuchar la música. A la mañana siguiente, mientras se arreglaban, él le preguntó por qué no había querido dormir en la pensión.

—Me parece que registran mis papeles —le confió Elsa, luchando por destrabar la cremallera de su falda.

Hubo un silencio, y cuando se volteó a mirarlo, lo notó preocupado, cavilando con el ceño fruncido. Al cabo de unos minutos, ya vestido de uniforme, le sugirió que le contara sus dudas a Margot. Si Elsa había detectado algún tipo de acecho, las primeras que debían saberlo eran las traductoras.

—A lo mejor son figuraciones mías —matizó, acaso demasiado tarde, mirándolo a través del espejo, intrigada por la forma en que se untaba la brillantina, dándose palmaditas en la coronilla a la manera en que se premia a un cachorro.

Al salir del hotel, lo vio enfilar hacia la Comandancia, tenía un paso certero, el tipo de andadura que no admite un desvío, ni la presencia de un intruso, ni una distracción. Ella se dirigió a la Rue Lisboa, donde le habían dicho que había una tienda en la que vendían líquidos y papel fotográfico. La halló cerrada, y cuando se decidió a volver a la pensión, a pocas cuerdas de la Rue du Helder, vio acercarse a la señora Goti, medio doblada por el peso de la cesta que solía llevar al mercado. No pudo ni quiso evadirla, se detuvo en la acera, y la dueña de la pensión hizo lo propio.

—Su habitación ya la hemos puesto en orden —le soltó a bocajarro, jadeando cada sílaba—. Ordené que la limpiaran y le cambiaran las sábanas, aunque nadie las tocó, ya vio que usábamos un catre.

Elsa se preguntó por qué la irritaba tanto esa mujer; le molestaba el tono de su voz, la manera en que movía las manos, el aire de superioridad con que trataba a sus huéspedes. Además, había otra razón: teniendo un hijo de la misma edad de Raulito, se había sentido superior a Magdalena. Mejor persona, más amorosa y cuerda. En resumen: incapaz de arrastrar a un niño para acabar con él.

—No volverá a pasar —agregó la señora Goti, al tiempo que intentaba alcanzar la mano de Elsa, que rehuyó el contacto.

—Por supuesto que no. Tan pronto pueda, dejaré la pensión.

La otra guardó silencio, inclinó la cabeza y siguió su camino.

En los siguientes días, Elsa se dio a la tarea de buscar otro lugar donde alojarse, visitó incluso las pensiones más alejadas del centro, algunas mucho más sombrías que la Reine Nathalie, pero en todas le dijeron que no daban abasto con los refugiados. Al final, se resignó a quedarse donde estaba. Aún no había terminado con las cartas, ni encontrado la clave del misterio que ataba su sangre a la de Magdalena. Su receloso corazón al de ella. Su cerebro lleno de preguntas a la proscrita mente del pecado.

Martes, 2 de octubre de 1923

Mercedes:

¿Me oye, me ve, me reconoce usted? *Ikusi nazazu, ikusi nazazu...*

Es casi medianoche. Está relampagueando, pero todavía no llueve. Juan María me ha hecho tomar varias tazas de tila, y unos comprimidos que me recetó el especialista que vino a verme a petición del médico de la destilería.

El especialista me advirtió que todos los embarazos no son iguales, que si el primero me provocó vahídos, este me está causando neurastenias. Es un hombre atento, no se sulfuró cuando le comenté que oía respirar al niño. Al contrario, se echó a reír para tranquilizarme: «Claro que respira, mujer, no como nosotros, sino en los líquidos del vientre, y es un misterio de Dios y de la ciencia, ¿quién mejor que la madre para darse cuenta?».

El domingo estuvimos oyendo la misa en una iglesia a la que nunca habíamos ido. Desde que estamos en Cárdenas, vamos a la parroquia de la Purísima, que es donde van los directivos de la destilería. Pero anteayer, cuando subimos al coche, Juan María le ordenó al chofer que fuera a la calzada O'Donnell, a la iglesia de los Trinitarios. No me atreví a preguntarle a qué se debía el cambio, porque sé que es inútil, no le gusta darme explicaciones sobre cosas que él ha decidido ya. Elsita sí lo hizo, le preguntó a su padre por qué no íbamos a la Purísima y él le contestó que la iglesia de los Trinitarios era más antigua, con una sorpresa que le iba a encantar. Bastó para que se volviera loca: «¿Qué sorpresa? ¿Qué sorpresa?». No dejó de preguntar un segundo, y al final Juan María cedió y le contó que era un Divino Niño con uñas de verdad en los dedos. Lo miré atónita: ¿cómo uñas de verdad, de qué o de quién?

Llegamos a la iglesia y él le dijo al chofer que podía irse, que regresaríamos a pie o en coche de caballos. Al entrar, vi que el lugar era pequeño y casi no se cabía, pero nosotros seguimos adelante, ya que teníamos un banco reservado. Como es natural, la gente nos miraba sin reconocernos, éramos una familia nueva en la parroquia y no disimulaban su curiosidad. Mientras tanto, Elsita no paraba de preguntar que dónde estaba aquel Divino Niño, y Juan María le contestaba que lo veríamos en cuanto terminara la misa. Memoriosa como es, volvió a lo de las uñas, y él le explicó que las que tenía la imagen eran de un recién nacido que había volado al cielo. Al oírlo se me revolvió el estómago. Pensé en la criaturita helada, en su pequeño cuerpo, y en los dedos que alguien cogía uno por uno para extraer con pinzas las escamas rosadas, pues a escamas se parecen las uñas de los recién nacidos. Me dieron ganas de vomitar y salí corriendo de la iglesia, apenas tuve tiempo de llegar a la calle, me incliné sobre el polvo y devolví hasta el alma. Juan María salió detrás de mí, me dio un pañuelo y trató de consolarme diciéndome que no era nada. Ya no me pude contener, le confesé que las arcadas no eran por mi estado, sino por lo que él había dicho. Vi que le cambiaba el semblante: «¿Y qué he dicho yo, si se puede saber?». Le pregunté si no le parecía de mal gusto hablar de un niño muerto al que le arrancan las uñas para ponérselas a una estatua. «No es una estatua, Magdalena, no puedes verlo así. Mientras solo veas eso, estarás perdida.»

¿Perdida porque me espantaba que profanasen el cadáver de un niño? Miré hacia arriba, ya se me habían pasado las arcadas, pero vi un mundo en espiral, un remolino de gorriones. Juan María me agarró del brazo y volvimos al interior de la iglesia. En todo ese tiempo Elsita no se había movido, estaba quieta mirándose las manos. Yo aproveché para mirar las mías: ¿qué clase de persona puede arrancar las uñas de un angelito inerte, limpiarlas de sanguaza y carne, y frotarlas para darles brillo? Se me hizo un nudo en la garganta y me empezaron a correr las lágrimas.

Volvimos a casa caminando por las calles de Cárdenas. Antes de salir de la iglesia, y a pesar de todo, Juan María llevó a la niña a ver la imagen cruel. No quise acompañarlos, me quedé esperándolos, y mientras tanto vino a saludarme el cura, que quería contarme que en San Sebastián, hace unos cuantos años, conoció a mi padre. Me sorprendí al oírlo, le pregunté que cómo era papá. El cura se llevó la mano a la oreja: «¿Que cómo era quién?». Tuve que alzar la voz: «Octavio Laparra, ¿no dice que lo conoció?». No me tomó en serio y empezó a reírse. «Tengo entendido que su *aita* aún vive, y cuando lo conocí era exactamente igual que debe de ser ahora: un buen cristiano. Dígale que Zugazaga le manda saludos.»

Ya en casa, las negras sirvieron el almuerzo, pero Elsitita no dejaba de mirarse las manos y tuve que reprenderla varias veces. Posé la vista en el plato, no la moví de allí, y quizá para que me olvidara del mal trago, Juan María me propuso que fuéramos al Casino Español. Los domingos por la tarde suele tocar una orquesta, y van parejas jóvenes como también mayores, sirven ponche y agua con panales. Acepté, porque nunca había estado en el casino, y porque usted mejor que nadie sabe cuánto me gusta bailar. Si antes no habíamos ido, no era por mí, sino por Juan María, que se queja de que en esos saraos hace demasiado calor.

Acosté a la niña para que durmiera la siesta, con más tranquilidad me amoldé el pelo, saqué un vestido de los que mandé hacerme antes del viaje (tengo varios aún sin estrenar), y a eso de las seis salimos. Estaba resuelta a olvidar por unas horas mi cruz, y como Juan María quiso que cogiéramos una calesa, con el vaivén del coche y la brisa que parecía de otoño conseguí despejarme por completo. Cuando entramos en el casino, fui a los lavabos para retocarme y me asombré de verme en el espejo: tuve la impresión de que había vuelto a ser la Magdalena de antes.

En el salón había más gente de lo que imaginaba, y en las pocas sillas y mesas que colocaron en torno a la pista se acomodaron los más viejos. Al fin y al cabo, nosotros no habíamos ido allí para sentarnos. Hasta Juan María parecía cambiado, lo vi sonreír de otra manera, hablamos con los conocidos, se acercaban sus amigos de la destilería y le decían que cuánto bueno verlo por allí. Bailamos danzones, la música de moda en Cuba. Ni Juan María ni yo los habíamos bailado antes, pero tratamos de seguir el ritmo imitando a las demás parejas. Cuando el director de la orquesta anunció la siguiente pieza, *Aliados y alemanes*, todo el mundo se empezó a reír. ¿Puede creer que me sentí en la gloria? Me pregunté cómo era posible que no hubiéramos ido antes, cada domingo desde que llegamos; tuve que ponerme enferma para que Juan María se compadeciera y descubriéramos ese lugar.

Cambiamos de pareja. Bailé con uno de los directivos de la destilería, y luego fuimos a la mesa donde servían el ponche. Por el camino, nos detuvimos para conocer a otras personas de la sociedad de Cárdenas, nos daban la bienvenida como si acabáramos de llegar a la ciudad. Aunque el embarazo se me nota poco, varias personas al parecer se dieron cuenta y se levantaron para ofrecerme asiento. Preferí seguir de pie, ni estaba cansada ni oía respirar al niño.

Volvimos al salón de baile, tocaron un vals y luego una melodía mucho más movida, de una zarzuela, me parece. Fue a mitad de esa pieza, al mirar hacia atrás para ver a la gente que aún seguía llegando, cuando divisé a Doris. La acompañaba una mujer mayor, casi tan rubia como ella, y un hombre de frac, de piel trigueña, no sé bien si mulato. Me quedé paralizada, cerré los ojos convencida de que al abrirlos de nuevo esa que parecía ser Doris resultaría ser otra, una con su mismo tipo. Juan María se dio cuenta, se separó un poco de mí y me agarró por los brazos. Preguntó si me pasaba algo y decidí contarle la verdad: «Acabo de ver a Doris..., está ahí atrás». Fue como si le hubiera dado una bofetada, todo su rostro se encendió de ira y miró hacia el lugar que le indicaba. Me imaginé lo que iba a contestar: que cómo iba a estar Doris en Cárdenas sin que nosotros lo supiéramos. Abrí los ojos, pero no para buscarla a ella, sino para ver la respuesta en la cara de él. Tenía la tez muy pálida y hasta la voz cambiada cuando me susurró: «Ya lo sabías, Magdalena. Sabías que iba a volver a Cárdenas, ¿de qué te asombras?». Dejé caer los brazos, dos ramas secas que se quedaron sin voluntad ni fuerza. Las demás parejas continuaban bailando y en ese instante un ventarrón entró de alguna parte, uno que me empujó a mí sola. Aún no sé cómo logré escapar, escabullirme antes de que fuera demasiado tarde y me convirtiera en algo solitario, sacado de este mundo y puesto de repente en otro. Caminé por el salón buscando a Doris. Si en verdad estaba allí, necesitaba hablarle, preguntarle por qué no había venido a casa, qué le habíamos hecho para que desdenara nuestra hospitalidad. Trataba de sonreír a las personas con las que tropezaba, iba desconcertada y empujé sin querer a mucha gente. Hasta que al fin la divisé, sentada a una de las mesas, bebiendo ponche junto a la mujer mayor y el mulato de frac. Al notar que me plantaba frente a ellos, el hombre se puso de pie y, en ese instante, Doris me vio. Se levantó de un brinco, pero no hizo aspavientos, enseguida me cogió las manos, respiró hondo y se le aguaron los ojos. Me explicó que acababan de llegar a Cárdenas, ella y los dos viajeros, que eran madre e hijo. Hubiera querido reprocharle que estuviera en la ciudad sin avisarnos, pero la alegría de tenerla cerca pesó más en mi ánimo y la abracé. Juan María llegó en ese momento y le besó la mano, le aseguró que nuestra casa estaba a su disposición. Doris repitió lo que antes me había dicho: no estaba sola en Cárdenas y por eso había escogido quedarse en el hotel Europa. Hubo unos segundos de silencio, como si no supiéramos qué más decir. Creo que ella se dio cuenta de que entre Juan María y yo pasaba algo, y prometió que al día siguiente nos visitaría. Se me ocurrió decirle que lo hiciera a la hora del almuerzo, así podríamos ir las dos a recoger a la niña del colegio. Noté que vacilaba, no sabía si aceptar o no, dirigió la mirada a Juan María, casi esperando su autorización. Él le dijo con la cabeza que sí, y Doris dijo que sí.

Estaban tocando otro danzón, sin embargo, comprendí que el baile para mí había terminado. Antes de despedirnos, Doris puso su mano en mi barriga y dijo una cosa que era real: «¡Qué niño tan alto vas a tener!». La criatura estaba de pie dentro de mí, un muchachito erguido con los ojos cerrados, y bastó el augurio para que los abriera.

Ayer me levanté temprano y ordené a las negras que prepararan un arroz con pollo y dulce de guayaba. Elsitita se fue al colegio a regañadientes, le había dicho que Doris y yo iríamos a buscarla y fue peor, empezó a llorar porque quería quedarse. Juan María no pudo contener uno de sus exabruptos: «Mira lo que logras». Tuvo que hablar con la niña y prometerle que después del almuerzo iríamos a pasear en coche.

Todo el tiempo estuve mirando el reloj de la sala. Las mañanas son muy lentas en Cárdenas. A las once me arreglé y me senté frente a la ventana que da a la calle, en una mecedora que después de un rato me adormece. Pero esta vez fue lo

contrario. Sospeché que acaso Juan María se había comunicado antes con Doris, sin que yo lo supiera, para decirle que, por mi estado y mis nervios, no era conveniente que se quedara en casa. Y Doris, por evitarme el mal rato, decidió hacerse acompañar de otras personas y poner esa excusa para quedarse en un hotel.

A las doce, una de las negras me trajo limonada y dijo que el arroz con pollo estaba listo. A las doce y media, pensé que era una lástima que Doris no hubiese estado allí para que conversáramos a solas. Me levanté de la mecedora, fui a ponerme polvos en la cara y vagué por la casa, sintiendo ya el olor del almuerzo, todo el dulzor del postre. Media hora más tarde, Juan María empujó la puerta, que yo a propósito dejé entreabierta, y noté que se extrañaba de verme tan vestida. Comprendí que se había olvidado por completo de que teníamos una invitada a almorzar. Se lo recordé con naturalidad, le dije que era muy extraño que Doris se hubiera retrasado, pues como buena inglesa era puntual. Algo en mi interior me decía que ella no iba a venir, pero me aferré a la esperanza, le pedí a Juan María que la esperáramos, aunque él, al igual que papá, se resiste a comer fuera de hora. Eran casi las dos de la tarde cuando nos sentamos a la mesa, los dos frente al arroz con pollo que apenas pude probar.

El dulce de guayaba quedó intacto. Él se sirvió una naranja y yo nada, ni una fruta, ni un poco de queso. Joaquina pidió permiso para ir a recoger a Elsita, y aproveché para intentar ablandar a Juan María. A lo mejor Doris se había enfermado, ¿por qué no íbamos al hotel Europa? Lo vi apartar la piel de la naranja, picarla en trozos y ensartarlos con el cuchillito. «Seguro que no ha sido nada, acuérdate de que no está sola.» Me dolió ese comentario suyo, y él sabía que me dolería.

La tarde fue un suplicio, con Elsita pidiéndome que la llevara de paseo, aferrada a mi falda, preguntando por Doris. Se me ocurrió abrir el joyero y sacar una alhaja para entretenerla, le hubiera dado cualquier cosa con tal que se callara, le di un hilo de perlas que me compré en Biarritz hace muchos años, fue lo primero que cogí. Se la encargué a las negras y me acosté extenuada. Si el niño se hubiera puesto a respirar en ese instante, no habría podido soportarlo, pero no lo hizo. También las criaturas que no han visto el mundo tienen esa intuición —como nosotros, como los animales— para saber que con la tempestad mejor quedarse quietos.

No sentí llegar a Juan María, ni supe cuándo cayó la noche, ni tampoco me desperté al amanecer, aunque siempre me despierto a esas horas, que son las de mayor tristeza: abro los ojos y pienso que es mediodía en San Sebastián, y que todo el mundo estará haciendo su vida sin mí exactamente igual. Juan María tuvo que insistir para que me levantara a desayunar. Más tarde, cuando me quedé a solas, cogí la cesta del tejido y me senté en la sala. Hace poco empecé a tejer una bufanda, aunque ni para eso valgo, no adelanto casi nada en ella. No sé cuánto tiempo pasó, tan solo sé que una de las negras vino a preguntarme cosas de la comida y me alegré de que me hubiera interrumpido. Tomé la decisión de ir en busca de Doris, corrí al cuarto a arreglarme, hasta me puse las perlas con las que Elsita había jugado la víspera, y estaba a punto de salir cuando sonaron los aldabonazos. Primero lo vi a él, al hombre que acompañaba a Doris en el baile, y tuve la ilusión de que venía con ella, pero la que venía detrás era su madre. Los hice pasar, les ofrecí café, que rechazaron, solo querían saber si Doris estaba en nuestra casa. Un escalofrío me recorrió el cuerpo; el niño dio un suspiro fuerte y me llevé la mano al vientre para tranquilizarlo. La mujer fue la que habló, y la noté angustiada: no la habían visto desde la noche del domingo, cuando se separaron al salir del casino. En su habitación estaba todo en orden, al parecer ni siquiera había cogido ropa, por eso se les ocurrió preguntar por la casa del químico de la destilería, pensando que Doris estaría aquí.

Tuve que haberles parecido fría, porque me limité a decirles que no sabíamos nada de ella. Noté que se miraban entre sí, más alarmados todavía. El hombre solo añadió que no tenían otro lugar donde acudir, que seguirían esperándola en el hotel. Los despedí y cerré la puerta: yo sí sabía de un lugar donde podía encontrarla.

Dejé pasar unos minutos, me puse el sombrero y salí a la caza de un quitrín de alquiler. La calle ardía con un calor salido de la tierra, de los adoquines y hasta de las paredes. Llegué a una esquina, cerca del parque, donde siempre hay cocheros. Le pregunté a uno de ellos si podía llevarme a Canimar, se quedó indeciso, pero luego respondió que sí. Ya había puesto un pie en el estribo cuando sentí que me cogían del brazo. Volteé la cara y lo escuché decir: «Baja de ahí». Me di cuenta de que Juan María había venido a casa más temprano —nunca almorzaba antes de la una—, se había quedado unos minutos acechándome desde la calle y lo había visto todo: me vio salir, pero antes, quizá, vio a los amigos de Doris que llegaban, hablaban conmigo y se marchaban apesadumbrados. Hice un gesto para zafarme de él, pero me apretó más fuerte, le hizo seña al cochero de que ya no lo necesitábamos y me arrastró a la casa. «¡No es por tí!», gritó, retumbó el eco de ese grito en mis huesos, «¿no ves que le haces daño a la criatura?» Miró de reojo mi vientre, como si quisiera asegurarse de que seguía en su sitio, y al llegar a la casa pidió que me trajeran un agua con limón. Aún no me había preguntado adónde pensaba ir, pero le hablé como si los dos lo supiéramos. «Desde el día del baile no la han visto», él apretó los puños, «sus amigos están muy preocupados.» Aflojó el cuerpo y sonrió: «¿A quién no han visto, querida?». La negra que preparó la bebida le había puesto demasiado zumo y temí por el niño, por lo que podía pasarle si me tragaba aquello. Le tiré el agua al rostro a Juan María, y debió de caerle en los ojos porque se tapó la cara. Hasta que pudo hablar, solo oí el sonido de su saliva ardiendo, a punto de subir al cráneo, y con esa voz que era un hervor me dijo: «No puedo tolerarte esto». Se secó con el pañuelo y anunció que nos sentaríamos a comer. «Ayúdame a buscar a Doris», le supliqué, «sé que corre peligro.» No contestó en ese momento, pero cuando nos levantamos de la mesa me pidió que fuéramos al cuarto. Mientras se cambiaba de camisa, dijo que era muy humillante para él tener que pedirles a las criadas que le avisaran si me veían salir, pero que no tendría más remedio que hacerlo.

Tan pronto se fue, me desvestí, me puse una bata de casa y salí a la sala para esperar a Elsita. Jugué con ella como de

costumbre, merendamos juntas, y luego Joaquina se la llevó para acostarla; la niña suele dormir hasta las cinco, y a esa hora yo misma la despierto, la baño y la visto para que espere por su padre. Fui a la cocina para pedir un cocimiento, dije que iba a dormir y que por nada entraran a molestarme. Cuando volví a la habitación, me puse el mismo vestido que me había quitado, aún húmedo por el sudor. Me asomé a la ventana, me aseguré de que nadie podía verme y salté a la calle.

Sé lo que piensa, pero no fui a Canimar. Sabía que si iba para allá a esas horas, no regresaría a tiempo para estar en casa cuando volviera Juan María. Estuve en el hotel Europa. Los amigos de Doris habían salido y me senté a esperarlos, hasta que al cabo de una hora los vi bajar de un coche. Pasaron por mi lado sin reconocermme, los llamé y por un momento me pareció que se animaban, creyendo que les llevaba buenas noticias, pero se decepcionaron al oírme preguntar por ella. Dijeron que si no daba señales de vida para el día siguiente, darían parte a la policía.

Al volver a casa, me di cuenta de que no podía entrar de la misma forma en que había salido; para saltar a la calle me ayudé de una butaca, pero para entrar por la ventana tenía que hacer bastante esfuerzo. No me quedaba más remedio que ir por la puerta, eso hice y ninguna de las negras lo notó.

Cuando Juan María volvió del trabajo, yo estaba jugando con Elsitá. Cenamos, acosté a la niña y volví al comedor. En un momento dado, sin que mediara palabra entre nosotros, me eché a llorar. Él me pasó la mano por la cara y me aconsejó que le escribiera a usted. Es lo que he estado haciendo. Míreme. *Ikusi nazazu.*

Magdalena

La Costa de los Locos

Doris había muerto. Magdalena se obsesionaba con un árbol nocturno. Iturrioz parecía pretender que nada irremediable sucedía a su alrededor. Y Raulito, el niño que respiraba de pie en el vientre de su madre, se preparaba para venir al mundo.

Elsa hizo a un lado la carta, la más desoladora de todas las que había leído. Llevaba un buen rato sentada en la iglesia y por enésima vez posó la vista en la escultura del retablo mayor, una santa Eugenia algo hombruna, ataviada con un hábito austero, casi miserable, pero calzada con babuchas de lujo. En ese instante se hizo una pregunta helada: ¿adónde habían ido a parar los zapatos de su madre? Eran los sorprendivos resortes de la mente: se disparaba una idea ante el súbito temblor de otra. Miró de reojo hacia los pies de toda aquella gente que empezaba a llegar para oír la última misa del año. Llevaban sobre todo botas, algunas sanas y otras remendadas; abundaban los borceguíes con los cordones desparejos, y divisó incluso alpargatas amarradas de mala manera sobre los gruesos calcetines de invierno. Volvió a preguntarse por la suerte que habían corrido los zapatos de Magdalena.

En el sanatorio, durante el poco tiempo que sobrevivió, solo usó zapatillas. En la casa habanera, y hasta en la habitación del Hôtel du Palais, donde estuvo alojada hasta la mañana del 8 de agosto, tuvieron que haber quedado muchos pares de zapatos huérfanos, los de uso diario y los de más vestir, todos excepto los de lona blanca que llevaba puestos cuando se metió en el agua. Esos jamás aparecieron, el horror los arrastró hasta el fondo. En cuanto a los demás, estaba segura de que ninguna mujer de la familia los habría querido. Se los repartirían las criadas, y hasta las pordioseras que pedían en la calle. Muchos años después, la mujer que les hacía la pedicura a ella y a Marta les dijo que no había nada como los zapatos de los muertos para evocarlos como habían sido en vida.

Ahora sabía que tenía razón.

Volvió a la carta que acababa de leer. Repitió en susurros las enigmáticas palabras que Magdalena garabateó con el pulso alterado, en renglones que parecían dar tumbos de un extremo al otro.

«Me quité los zapatos y los tiré al árbol... Puedo ir lejos sin ellos. ¿Cómo es posible, madre, que un pinchazo de luz, una burbuja tan insignificante, me empuje a esta velocidad?»

Al cabo de unas cuantas frases inconexas, explicaba que había estado caminando descalza por las calles de Cárdenas, tropezando mientras intentaba orientarse en la oscuridad, hiriéndose con

los guijarros del suelo. Al llegar a su casa y empujar la puerta, la cegó la claridad de las lámparas, se quedó encogida en medio de la sala, consciente de que estaba sucia, manchada de tierra y con el pelo chorreando líquidos hediondos. Cuando por fin pudo distinguir contornos, siluetas que estaban a su alrededor, se comportó con naturalidad, se dirigió a Juan María y le plantó un beso en los labios, y se acercó a su hijita para proponerle que jugaran juntas. Elsa trató de evocar una pequeña imagen de esa noche, pero no pudo rescatar ninguna. Tendría que haberle impresionado el espectáculo de aquella madre desgreñada, de manos temblorosas, que insistía en colorear con ella. Tendría que haberse asustado, huir de sus brazos, escapar de aquella visión fangosa y fea.

Y sin embargo, a pesar de todo, se pusieron a colorear las dos. Eso decía Magdalena en su carta: que rellenaron de pintura azul las aguas de un estanque chino, y que lloraron ambas al recordar los patos de la plaza Guipúzcoa.

Guardó la carta y cerró el portafolio. En las últimas semanas, ya avanzado el mes de diciembre, la lluvia y el frío la habían obligado a buscar un refugio más cálido para leer. Desistió de hacerlo en la playa, allí se hacía imposible por el viento, y en más de una ocasión tuvo que correr detrás de los papeles. Ahora solía encaminar sus pasos a la iglesia de Santa Eugenia, pero antes paraba en el Hôtel d'Angleterre —siempre que Harald dispusiera de la hora del almuerzo—, se encerraban en la habitación y pasaban casi todo el tiempo retozando en la cama. Al levantarse, él ponía las canciones que tanto le gustaban, y ambos comían mirando la Rocher du Basta, que a causa de la mar embravecida de esos meses dejaba de ser la roca limpia y arbolada que era, para convertirse en esa proa salvaje que había sido añorada y a la vez maldecida por Magdalena.

Después de comer, terminaban de vestirse en silencio, él la ayudaba a ponerse el abrigo y se despedían con un beso antes de abrir la puerta. Salían juntos al pasillo, donde se cruzaban con otros militares a los que Harald a veces dirigía un breve saludo, llevándose la mano a la visera. Pero Elsa no se sentía particularmente observada; no había suspicacia ni curiosidad en los alemanes que pasaban junto a ellos, ni siquiera en las mujeres, que por lo general iban apresuradas, arreglándose la boina.

Ya en la calle, Harald y ella se estrechaban las manos, a la manera en que lo hacen dos amigos, no como amantes que acaban de disfrutar su intimidad. Él tomaba a la derecha, rumbo a la Comandancia, y ella a la izquierda, apurando el paso para llegar rápido a la iglesia, a esas horas casi siempre desierta. Se sentaba en el mismo banco, frente a la sexta estación del viacrucis, su favorita desde que era niña. En las iglesias de Cuba retrató a la Verónica decenas de veces, y solo ahora, a fuerza de mirarla a diario, adivinaba que en los ojos de la santa había algo más que compasión. Adivinaba el éxtasis, que es un latido que lo usurpa todo.

El viacrucis de la iglesia de Santa Eugenia estaba dispuesto de derecha a izquierda, a la inversa de todos los que había visto antes, y por esa razón lo fotografió. Pensó que aquello le interesaría a su padre; después de todo, era un tema que le apasionaba: la ubicación de los altares y la manera en que les daban preferencia a unos santos por encima de otros. En esa carta también podía decirle que había estado en Sare. Lo del viacrucis era un buen preámbulo, el punto neutro

antes de pasar a un tema mucho más escabroso: la sensación de abandono que percibió en la tumba de su hermano, y la desolación de los dos ángeles de mármol con el pergamino, donde poco quedaba de la foto del niño. Harald, que había cumplido su promesa de llevarla hasta allí, luego del intento fallido de la primera vez, tuvo el gesto de apartar la hojarasca que se amontonaba en la lápida. Nunca pensó en decirle a él otra cosa sino que el niño había sido arrastrado por una ola. Aquel día, sin embargo, le contó la verdad: la madre asesinó al pequeño, hundiéndolo sin piedad, y poco faltó para que terminara con ella. Harald la escuchó azorado, pero no dijo nada. Elsa agregó que la gente que había vivido toda la vida en Biarritz recordaba la tragedia, incluso la dueña de la pensión, que para entonces tenía un hijo de la misma edad. Él siguió escuchándola en silencio, con la vista clavada en el suntuoso pergamino y en la desvaída foto de Raulito. Elsa llegó a sentirse tentada por la idea de seguir adelante, empatar una confidencia con otra y hablarle del hombre herido que la señora Goti había escondido en la casa. Barajó mentalmente las frases que utilizaría: la farsa de la rusa enferma; las gestiones para conseguir morfina; la escena con la que se había topado al entrar en su habitación. Imaginó la flemática reacción de Harald, las dos o tres preguntas que él iba a hacerle. No había nada más fácil que destruir una vida, varias vidas, pues además de la señora Goti y la familia rusa había otros implicados.

En ese momento, Harald le pasó el brazo por los hombros. Tuvo que haber notado que ella estaba tensa, que abría la boca para decirle algo y balbuceaba unas frases ininteligibles, que él de seguro atribuyó a los nervios, o al dolor de revivir el crimen. Se tapó la cara con las manos y se asustó de sí misma. El instinto de hundir corría en la familia.

Pero no llegó a hundir a nadie. No denunció la conspiración. No le habló del herido.

Esa tarde en que se preguntó por los zapatos de su madre (deslumbrada en el fondo, como si la pregunta fuera una revelación), salió de Santa Eugenia poco antes de que dieran las cinco, cuando advirtió que la iglesia se iba a llenar de fieles. Se acordó de que en Cuba ocurría algo similar el último día del año: la gente afluía en masa, con cierta urgencia por cumplir con Dios y demostrar que se tenían los méritos para entrar con buen pie al año que empezaba.

En todo el tiempo transcurrido desde su llegada a Biarritz no había bajado ni una sola vez a Port Vieux. No había sentido esa curiosidad; al fin y al cabo, era una playa más, de las muchas custodiadas por los alemanes, afeada por las barricadas y los letreros de ACHTUNG! Tenía en mente, eso sí, las palabras que la vidente rusa le había dicho a su abuela: «Cuando vuelva por causa de otro niño, que no se acerque a Port Vieux».

A esas alturas no valía la pena evadir la realidad del viaje: había sido por causa de otro niño, el que Salvador había tenido con la viuda, por lo que ella salió de Cuba en plena guerra, desoyendo los consejos de quienes le advertían que no era prudente aquella travesía. Había sentido la urgencia de huir de los lugares de siempre, de los amigos en común, y de la posibilidad de coincidir con Salvador en una calle cualquiera de La Habana, en el momento más inesperado, viéndolo pasear en compañía de su nueva pareja, empujando el cochecito donde dormitaba el recién nacido.

Lo más cerca que había estado de Port Vieux era en la Roca de la Virgen, la célebre Rocher de

la Vierge que su tía Sagrario le pidió que retratara para estar segura de que los alemanes no la habían pintado de negro. En realidad, no tenían necesidad de hacerlo; a diferencia del Faro, la estatua no refulgía en la oscuridad y era imposible que sirviera para orientar al enemigo. Se detuvo a contemplar el mar encrespado y recordó que un día como aquel, un año atrás, ella se preparaba para acudir a la fiesta de despedida de año que celebraban en el Centro Vasco de La Habana, y a la que no faltaba nunca la familia: Iturrioz con Marta; su hermano Miguel, acompañado del grupo de los pelotaris jovencitos; y ella con Salvador. Nada hacía presagiar entonces que no llegarían juntos a 1944, y que ni siquiera estaría en Cuba para recibir el año, sino en una pensión de Biarritz, rodeada de desconocidos.

Caminó por el Boulevard des Tamaris hasta que se topó con un túnel. Recordaba haber escuchado que del otro lado de ese pasadizo, en los días más claros, se podían divisar los tejados de San Juan de Luz. Era un espectáculo reservado para los visitantes del verano, cuando la atmósfera era a tal punto diáfana que los médicos la aconsejaban para curar los nervios. Hubo un tiempo, le había dicho Liétard, en que los dementes de toda Europa se aglomeraban en aquellas playas. No por nada le llamaban la Côte des Fous.

Decidió ahuyentar los pensamientos que tuvieran que ver con la locura. Necesitaba una bebida caliente, café con leche a ser posible, aunque de sobra sabía que en la mayoría de los establecimientos solo le darían té. Sin embargo, llegada a la Rue des Goélands, sintió un palpito y se retó a sí misma: ¿qué le costaba bajar a Port Vieux? Prácticamente había memorizado el mapa, con bastante interés en ese punto, tratándose del lugar que, según la adivinadora rusa, debía evitar a toda costa. En la cena de Navidad que la señora Goti ofreció a los huéspedes, el jubilado Liétard, que en su juventud había sido marinero, se refirió con repugnancia a la cala en forma de herradura. Dijo que aunque hubiesen pasado cientos de años desde que se despedazara la última ballena, la playa aún tenía ese maldito tufo a intestino animal.

A Elsa le pareció una exageración, fantasías de viejo navegante. Y en efecto, en el lugar no había otra cosa que el olor del salitre. Unos cuantos muchachos rascaban la arena para sacar almejas, y había dos grupos de soldados, cada uno custodiando un túmulo en el que probablemente se escondía un cañón, el implacable «*Acht-Acht*» que Harald mencionaba tanto. Por lo demás, no sintió aprensión ni tristeza. Vagó sobre la arena unos minutos y trató de ver, a lo lejos, la imagen de la Virgen, su empañado contorno que aparecía y desaparecía. Le diría a su abuela que el vaticinio de la rusa había fallado.

Regresó a la pequeña plaza, donde el único café no era un café, ni tan siquiera un bar, sino una especie de zaguán con mostrador y dos hornillas donde silbaban las teteras. Bebió el primer té lentamente, y cuando pidió el segundo, se fijó en los ojos hundidos de la mujer que la atendía, casi idénticos a los de un san Lázaro que había retratado en el cementerio de La Habana. Aquel san Lázaro llevaba en las llagas algodones con sangre verdadera, la del difunto enterrado a sus pies, y a ella no la impresionaron tanto aquellos apósitos infames, como las pupilas de la escultura, húmedas y amedrentadas.

Animada por la bebida, decidió bajar al Puerto de Pescadores antes de regresar a la pensión. Se le ocurrió que podía comprar pescado fresco para compartirlo en la cena con los demás huéspedes. Se sentía inclinada a tener esa atención con ellos, pese al disgusto que se había

llevado con el hombre herido y el engaño de la rusa enferma. Después de todo, ni el jubilado de Lyon, un pobre viejo hambriento, ni el matrimonio de Biarritz, que vivían como podían sin un techo fijo, habían estado involucrados en la farsa, y ninguno de ellos podía permitirse el lujo de comprar pescado. Ella, al contrario de los demás, había llegado de un mundo protegido, una burbuja ajena a la miseria de la guerra, a la que en cualquier momento, si lo deseaba, podía volver.

Quizá por ser el último día del año, notó una actividad febril en el embarcadero. Los compradores se disputaban corvinas y mantarrayas, la pesca que no estaba reservada para las cocinas de los alemanes, en los hoteles y las comandancias. Elsa apenas entendía los términos del regateo, miraba inquieta el brillo del pescado fresco, temiendo que no fuera a alcanzar, y de repente oyó una voz que susurró en su oído: «*Daurade, daurade*». Se dio vuelta, y de momento solo reparó en la boca de la que provenía el susurro: gruesos y renegados labios que se movían como los de un pescado para mantener a flote el cigarrillo. Alzó la vista y lo miró a los ojos, un estallido de cejas, pestañas, pupilas desesperadamente negras, el rápido dibujo de una tormenta hecha al carbón. El hombre dijo «*Raie!*», alzando la voz, mascullando otras ofertas y precios, pero Elsa apenas pudo sacar unas palabras en limpio. Le suplicó que hablara despacito, y él se mostró sorprendido por la petición, reaccionó rápido y se lo dijo en español: le estaba proponiendo que le comprara besugos, los mejores de diciembre porque tenían cara de enero. En tono confidencial, agregó que podía ofrecerle calamares y dos o tres docenas de ostras. Elsa sabía que la venta de ostras estaba prohibida, así que negó con la cabeza: solo quería pescado.

—Venga conmigo.

Vaciló entre seguirlo, o esperar a que se decidieran los revendedores que discutían a su lado. Pero empezaba a tener frío y aún debía caminar un largo trecho para volver a la pensión. Fue tras el hombre hacia una hilera de cabañas que se alzaban a pocos metros de la orilla, lo vio entrar en una de ellas y reaparecer con una lámpara de aceite, haciéndole gestos para que pasara. Adentro había sillas y mesas de trabajo; un camastro cubierto de mantas, y las botas de hule de los pescadores, tiradas de cualquier manera. El hombre extendió hojas de periódico sobre una de las mesas y fue poniendo encima los besugos. Cada vez que colocaba uno, miraba a Elsa buscando aprobación. Ella dejó bolso y portafolio sobre una silla, se quitó uno de los guantes y palpó tímidamente la mercancía; a continuación separó diez o doce piezas.

—Es suficiente —dijo.

Preguntó el precio y lo pagó sin regatear, pues no tenía necesidad de hacerlo. Aparte de las cartas de crédito que había llevado desde Cuba, su abuela había insistido en mandarle dinero desde San Sebastián, sobre todo al saber que Elsa estaba decidida a pasar la Navidad en Biarritz. Después de pagar y antes de cerrar el bolso, sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno al hombre, que lo aceptó, pero hizo algo inusual: como estaba limpiando el pescado, se inclinó para que Elsa le pusiera el cigarrillo en los labios. Era un gesto de complicidad, un favor que la comprometía, pero le acercó el cigarrillo a la boca y lo miró a los ojos: aquella bestia era poco espiritual, tenía poco de arcángel, en nada se parecía a ninguna imagen que ella hubiera retratado nunca. Prendió otro cigarrillo, se desabrochó el abrigo y se dejó caer en una silla para fumar con calma. La luz oblicua que salía de la lámpara, colgada de un gancho en la pared, le recordó el

claroscuro de las cartas que escribía su madre: Doris había muerto, una tragedia indescriptible que a Magdalena acabó de hundirla. Por eso, y por la agonía de verla desquiciada, Iturrioz buscaba un nuevo empleo que los alejara de Cárdenas.

—Me llamo Beñat —declaró el hombre, extendiéndole una cesta con el paquete de pescado limpio—. Vuelva cada vez que quiera.

Ella le aseguró que volvería, pero no se levantó de la silla. Beñat dejó la cesta en el suelo y sacó sus propios cigarrillos, desiguales y toscos. Continuaron fumando, ambos callados, el diálogo del humo los embelesó. De pronto, él le preguntó qué había ido a hacer a Biarritz, y ella contestó que estaba resolviendo los asuntos de un hermano muerto.

—Vaya —lo oyó decir—. ¿Cuándo murió?

—Hace tres meses —mintió por gusto, al tiempo que echaba hacia atrás la cabeza y soltaba el humo.

Beñat caminó hacia ella, se acercó tanto que Elsa pudo sentir el calor de su cuerpo y el acre olor de todo lo que había sudado, faenando o corriendo en pos de la mejor oferta. Vio delante de ella la hebilla de su cinturón y, un poco más abajo, la entrepierna marcada y tumultuosa, su latido acuciante, y unas escamas que lo habían salpicado y quedaron adheridas a la tela.

—Lamento su pérdida.

Se arrodilló frente a ella, la besó en la boca, en la barbilla húmeda y a lo largo del cuello, por encima de la cadena de oro con dije de corazón, el último regalo que le había hecho Salvador. El elegante abrigo fue a parar al suelo y él le desabotonó la chaqueta, le aflojó la blusa, metió impaciente aquella mano hambrienta, áspera como la piedra. Elsa apretó los muslos a ambos lados del cuerpo de Beñat, y él no esperó para arrastrarla al suelo. La silla se quedó oscilando unos segundos, vacía de todo, como si el viaje en realidad arrancara en ese movimiento imperceptible.

A ella le vino a la cabeza el recuerdo de Matías Llaguna, aquel agrónomo que había marcado un antes y un después en lo que fue una adolescencia mustia y sin ninguna gloria: la borrosa catástrofe en la primera infancia, el colegio de monjas, las excursiones de verano, y la creciente afición por la fotografía. El ansia que la invadía en brazos de Beñat era, con mucho, la más intensa desde aquel amanecer lejano en que el agrónomo posó para ella, erizado y viril, presintiendo de algún modo el final. Beñat no se parecía en nada a Matías, estaba lejos de tener la levedad de un santo, y Elsa se sintió con fuerzas para tocarlo y devorarlo vivo; se arrebató cuando lo oyó reír, aullar de gozo cada vez que apartaba la boca de su anegado sexo. Ni Salvador, allá en La Habana, tan cerebral y breve, poco experto en filigrana erótica; ni tampoco Harald, que recorría su cuerpo con sabiduría, pero mudo como los caracoles de su infancia, hubieran sido capaces de llevarla al éxtasis que alcanzaba en esa vieja cabaña percutida, sintiendo los salvajes dedos de Beñat que entraban en sus nalgas, y una sola andanada que la abrió de golpe, a la manera en que se abren los pescados frescos.

Ya había oscurecido del todo cuando regresó a la pensión. Harald había prometido recogerla después de medianoche, ya que iba a despedir el año con sus camaradas de la Comandancia. Tenía tiempo de sobra para descansar, y hasta para ayudar con el aliño del pescado si era necesario. Fue directo a la cocina y entregó los besugos a la señora Goti, que los recibió sorprendida. La misma

mujer que unos días antes le había hecho claro su deseo de mudarse, ahora se aparecía con el regalo de una cena de lujo.

Entre las dos salpimentaron los pescados, los rellenaron con restos de unos frutos secos que encontraron en distintos frascos, y los coronaron con ramitas de hinojo. De pronto, la señora Goti miró por la ventana. Elsa se fijó también en aquel cielo untuoso de alquitrán helado.

—Noche de *ilberria*... Luna nueva, querida. Esperemos que este año se termine la guerra.

Inexplicablemente, se abrazaron. Antes de meter en el horno a los protagonistas del banquete, la señora Goti tuvo un presentimiento:

—¿Son los besugos de Beñat, o me equivoco?

Viernes, 6 de octubre de 1923

Esta mañana, cuando me desperté, lo primero que me vino a la mente fue la playa de Port Vieux. Cerré los ojos y me cegó la luz. Me pareció volver a ver la cuerda que se alzaba por encima del agua, y las cantimploras que repiqueteaban al viento.

Sé que a usted nunca le gustó Port Vieux. Ni a usted ni a Sagrario. Preferían quedarse en los alrededores del Palais, en aquellas tiendas de rombos amarillos, con las cortinas echadas para tener privacidad, como si fuéramos en verdad una tribu. El *aita* decía que lo éramos: la tribu de los Laparra por un lado, la de los Cazalis por otro, más el resto de las familias que se reunían para tomar el aperitivo. Los Soravilla, ¿se acuerda de ellos? Creo que se alojaban en el hotel Regina, pero se acercaban al Palais algunas mañanas para que Sagrario y yo jugáramos con sus hijas, aquellas niñas pelirrojas que eran tan traviesas, hasta que un verano dejaron de venir a Biarritz porque la menor se les murió de tifus.

La memoria me trae esas pinturas, me distraigo con ellas cuando la mañana es una boca abierta con su vapor mortífero.

Ayer los amigos de Doris denunciaron su desaparición y me mandaron una nota para que lo supiera. Yo estaba decidida a ir a Canímar, lo había pensado mucho: si quedaba un lugar en el mundo donde pudiera estar, era ese. Acaso solo trataba de terminar en calma su trabajo. A la sombra de Baró, eso sí. Oyendo a los músicos del coro y quién sabe si acompañándolos a las fiestas y velorios adonde llevaban sus cánticos.

Mi único problema era poder salir. Sabía que las dos negras estaban pendientes de mis pasos, y que en la acera de enfrente vigilaba un hombre que de seguro era peón de la destilería. Comprendí que tenía que pasar de nuevo por la humillación de escapar por la ventana, como una ladrona, y correr en busca de un coche antes que me atraparan.

Hace dos días, se presentó esa oportunidad. Joaquina, la que se encarga de cuidar a Elsitá, fingía barrer los alrededores de mi cuarto, había barrido tantas veces que no juntaba nada. Eso me dio una idea, ese ruidito que hacía con la escoba y que sonaba igual que el tictac de un reloj. Sabe usted que no está en mi naturaleza engañar a nadie, pero fue lo único que se me ocurrió: en un descuido de Joaquina me dejé caer al suelo, me quejé de dolor y ella soltó la escoba y vino hacia mí. Llamó a la otra negra para que fuera en busca del médico y de paso le mandara aviso a Juan María. Estaba segura de que el encargado de llevar ese aviso iba a ser el peón que vigilaba la casa. Solo me quedaba alejar a Joaquina, y lo cierto es que no tuve que hacerlo: luego de dejarme en la cama, dijo que iría a la cocina para prepararme cataplasmas de hierbas. Vi los cielos abiertos. Solo tenía unos minutos para cambiarme de zapatos, coger el bolso y el sombrero, y saltar por la ventana. Fue más fácil de lo que pensaba, aunque al verme en la calle se me apretó el pecho, no por lo que había fingido, sino por la vergüenza de tener que recurrir a tretas que me rebajaban. Creo que la criatura también sintió su propio corazón lleno de ímpetu, batiendo como una puerta en la que ruge el viento. No es nada, le dije para que se calmara. Pero la oía respirar, abrir la boca y lanzarse contra la pared del vientre. Hasta que me topé con un coche descubierto, lo que llamamos en San Sebastián un birlocho, subí con una agilidad que a mí misma me dejó pasmada y le ordené al cochero que me llevara a Canímar.

En un primer momento se mostró reacio, así que prometí pagarle el doble. «Es que hoy es jueves», protestó, «no quieren a los forasteros.» Le dije que lo sabía, pero que me veía obligada a recoger a una enferma para traerla a Cárdenas. Mientras él lo pensaba, miré hacia atrás, nos estábamos demorando y temí que Joaquina me alcanzara. Lo peor era que apareciera Juan María, no quería ni imaginar la escena que tendríamos en la calle, y la manera en que me devolvería a mi cuarto.

Fueron unos segundos angustiosos hasta que por fin el hombre azuzó a los caballos. Me quedé pensando en lo que haría cuando llegara al pueblo, y lo primero sería pedirle al cochero que me esperara en el mercadillo mientras yo iba a la herrería en busca de Baró. Después, ya se me iría ocurriendo algo, según cómo se presentaran las cosas.

Al cabo de algún tiempo, no sé calcular cuánto, estábamos en Canímar, y lo que más me llamó la atención era que no había gente en la calle, lo que quería decir que estaban todos dedicados a lo suyo, cualquier cosa que hicieran dentro de sus casas el día que no admitían forasteros.

La herrería estaba abierta y algunos hombres trajinaban a su alrededor. Pregunté a uno de ellos por Baró, y ni siquiera se

quitó el sombrero, tan solo se encogió de hombros. Seguí insistiendo, le grité que era urgente que me dijera dónde podía encontrarlo, pero no salió ni una palabra de sus bellos de buey y decidí entrar en el galpón. Lo hice aguantando la respiración, tapándome la boca con un pañuelo para que el olor a azufre no le llegase al niño. Había otros hombres trabajando en la fragua, aunque ninguno era el que yo buscaba. Afuera, los demás se pararon a esperarme, me abrieron paso cuando por fin salí. «¿Es que no van a decirme dónde está?»

Me impacientó la forma en que evitaban responderme, se me hizo un nudo en la garganta y empecé a caminar hacia la casa de Baró, no había olvidado el camino, estoy segura de que no lo olvidaré jamás. El lugar estaba cerrado a cal y canto, y toqué con la palma de la mano, varias veces lo hice como si abofeteara la puerta. Fue la mujer de la otra vez, Domitila, o Dominga, quien me abrió. «Quiero ver a Baró», le dije. Se echó hacia atrás, le vi el susto en la cara. «Vengo a buscar a Doris.»

Noté que se asustaba más, abrió los brazos para que no pasara y me dio el tufo a sudor, me respiraba encima y comprendí que al niño no le convenía esa furia. Miré a mi alrededor, oí palabras que venían del fondo de la casa, una voz que me lo dijo todo: era Doris. «¡Soy Magdalena!», le grité, «¡vengo a buscarte!», y empecé a implorarle que saliera. Chillé tan fuerte que hasta se me hincharon las venas del cuello, las sentí como animales vivos, dispuestos a saltar, a morder los ojos que me desafiaban.

Todo ocurrió en segundos, la mujer me agarró por los brazos y me alzó del suelo para llevarme afuera. Ni siquiera me soltó en la calle, aunque me puse a patallar y pedí ayuda a la gente que había salido de sus casas. No atinaba a distinguir las caras, casi todas oscuras, pero sospeché que nadie se atrevería a acercarse, a interponerse en el camino de esa hiena que me lastimaba. Entonces, cuando ya daba por hecho que acabaría conmigo; cuando me resignaba a morir en un lugar tan insignificante y sucio, tan diferente y lleno de salvajes, se me llenaron los ojos de Port Vieux y apareció el recuerdo de las cantimploras. Sentí en mi piel los dedos de papá, sus manos que me alzaban por encima del agua, esa época feliz cuando el mar era como una lana, como un inmenso manto que me recibía y me abrigaba entera, por fuera y por dentro, todo mi cuerpo envuelto en una espuma de felicidad.

Se me aplacó el miedo porque descubrí que la mujer me llevaba directo adonde me esperaba el coche. En mi mente y en mi corazón seguían yendo y viniendo las imágenes de Biarritz, y hasta la voz de acero de papá invitándome al paseo: «Arriba, niña, vamos a donde tú sabes».

Me paraba de un brinco y echábamos a caminar los dos, tomados de la mano, riéndonos de ustedes, que se quedaban dormitando al sol, tan leves, tan imperceptibles, como si formaran parte de la propia arena. Al llegar a Port Vieux, bajábamos a la caseta —a la barraca, como le decía papá—, nos cambiábamos de ropa, y él se ponía a hacer su gimnasia antes de entrar en el agua. Al final daba unas volteretas en la arena, se paraba sobre su cabeza y aguantaba aquel minuto entero. Yo miraba sus ojos, la sangre que se le agolpaba en la cara, y la boca que a pesar de todo sonreía.

Esos recuerdos de Port Vieux se dispararon de golpe, pues alguien me gritó al oído y el grito me hizo despertar, me devolvió al infierno de Canimar. Las manos de papá se convirtieron en las garras de Dominga, o Domitila, que todavía me apretaban con furia, aunque yo había dejado de luchar.

El hombre que me había gritado era Baró. Supe que el alarido lo había dado él, no necesitaba verlo, su presencia quemaba por la espalda, lo arrasaba todo. La mujer que me arrastraba empezó a chillar: «¡Cochero, cochero, venga para acá!», y aquel apareció enseguida. Antes de subir al pescante, me cogió por debajo de los brazos, me alzó en vilo y me tiró al asiento. Volví a temer por la criatura: ni respiraba ni se movía, estaba hecha un ovillo en lo más bajo de mi vientre, y me angustié pensando que quisiera salir cuando faltaba todo, cinco meses al menos. Puse las manos y le dije quédate, avisaremos a la policía, le diremos que ellos tienen a Doris. El birlocho se movió rápido, y con la brisa empecé a despejarme, cerré los ojos para descansar un rato y le canté al niño hasta llegar a Cárdenas.

Una de las negras, que estaba en la calle, vio acercarse el coche y dio la voz de alerta. Oí que gritaba que yo había llegado, pero no fue Juan María quien salió a recibirme, sino el médico de la destilería. Traía dinero en la mano, pienso que para pagarle al cochero si era necesario. Me preguntó que cómo me sentía, no me dio tiempo a responderle porque Elsita salió en tromba y se aferró a mi falda: «¿Dónde está Doris?». El dolor que me invadió fue tal que estuve a punto de escapar de nuevo, pero traté de contenerme y le expliqué a la niña que Doris no venía conmigo porque estaba enferma. El médico me tomó del brazo y me llevó a la casa, hizo que me sentara para auscultarme y comprobar si tenía fiebre. En ese instante miré hacia el comedor y vi a Juan María, con la cabeza en alto y una taza de café en la mano. No se volteó para mirarme, ni pronunció palabra.

Me dejé llevar a la habitación y desvestí por una de las negras, y cuando estaba desnuda entró la otra con una esponja para frotarme el cuerpo. Me dieron a beber un caldo y una infusión rojiza con sabor a leña. A todo accedí sin chistar, y me dormí agradecida de no tener que dar explicaciones.

Soñé con Doris, con que la veía preparando a los títeres, lo mismo que aquel día que hizo la función, pero en el sueño no estábamos en Cárdenas, sino en la playa de Port Vieux. Allí, a la orilla del mar, caminaban los muñecos por sus propios medios, como un acto de magia, sin que ella tuviera que mover los hilos. Por eso, en cuanto desperté, volví a acordarme del mar y de las cantimploras; de los inmensos brazos de papá, siempre listos para alzarlos por encima del agua. Me acordé del día en que me eché a llorar, ya era una señorita y no lloraba en público, pero lo hice por culpa de aquel medio loco que iba haciendo retratos por la playa. El *aita* le pidió que dibujara el mío, y el hombre hincó su caballete en la arena y dijo que me pusiera de perfil. Yo estaba encantada, creyéndome importante porque el pobre diablo hacía gestos midiéndome con su pincel, hasta que de pronto se puso a

hablarme de la época de las ballenas, cuando la cala de Port Vieux se llenaba de ellas, todas las que los pescadores lograban arrastrar, unas muertas y otras malheridas. Por un momento, el hombre dejó de dibujar y dijo que las crías se quedaban rondando los cadáveres de sus madres, hasta que se morían de hambre. Eso bastó para que lo viera en mi mente, las enormes ballenas flotando en el espeso mar ensangrentado, y los ballenatos débiles, tratando de chupar en vano. Me descontrolé a tal punto que corrí a la orilla para echarme al agua. El retrato quedó a medias, tirado en la arena, y papá me llevó a la caseta para que me cambiara de ropa.

Se dio cuenta de que tiritaba y me quitó la falda, el camisón, la enagua. Me cogió primero un pie para desamarrar la zapatilla, luego el otro y me quedé descalza. Seguí tiritando y no supe si abrazarme o qué, buscó una toalla y me cubrió con ella. «No te pongas así, Magdalena, eso pasó hace siglos, ya no sufren más.» «Pero yo sufro», pensé. «¡Sufro!», le escupí en la cara. «Ninguna niña de trece años debe sufrir por nada ni por nadie», contestó bajito para demostrarme que no tenía por qué alzar la voz. Había logrado entristecerlo y se apartó para quitarse el bañador mojado. Corrí a abrazarlo, le pedí perdón, le juré que no podría olvidarme de ese día. «Son animales, Magdalena», estaba de espaldas y se volteó de pronto. «Son animales y nosotros no», suplicó con la boca llena de dolor. Echó hacia atrás la cabeza, lo oí decir que me apartara, que lo que estaba haciendo era pecado. «Basta, Magdalena, basta», retumbó su vozarrón, «¡que me sueltes digo!»

No lo solté. Había un instinto en mí, un ansia tan vertiginosa como la del rayo verde que habíamos visto juntos poco tiempo atrás, culebreando por encima del faro. Para ese entonces yo era asustadiza y me desvanecí. Mas no en Port Vieux, allí sentí que todo había cambiado: el medio loco de la playa me lo había hecho ver. Los pequeños animales sabemos adónde dirigir los dedos; la lengua suave, todavía dormida; la nariz que tiene la bendición de abrirse para que la garganta escuche, pude escuchar ese rumor de estambres que se derramaban.

Luego vino la calma, una o dos horas de quietud en las que nos quedamos rendidos, abrazados, compenetrados como nunca antes. Por las hendiduras de la cabaña entraba la luz anaranjada del mediodía. Papá y yo nos vestimos y volvimos al Palais a la hora de comer.

Me da risa evocar todo aquello, carcajadas de pena, no se crea otra cosa. Volveré a acostarme para hundirme en los recuerdos de antes, pedazos de la vida mía a los que voy, regreso, y vuelvo a revivir aquí, metida en este pestilente cerco.

Eso es Cárdenas. Eso es todo cuanto me merezco.

Acaba de pasar un demonio

Ni Salvador, preparándose para despedir el año con su nueva familia; ni Juan María Iturrioz, enfundado en la *dinner jacket* que solía vestir para los banquetes en el Centro Vasco; ni la optimista Marta, que estrenaba estola de visón en la confianza de que enfriara hacia la medianoche; ni mucho menos Miguel, su dulce hermano, feliz de compartir la mesa con los pelotaris de renombre, hubieran podido imaginar que el último día del año ella había tenido su particular festejo en la cabaña de un desconocido, un hombre que se dedicaba a contrabandear pescado.

Tampoco lo hubieran creído sus amigas del colegio, que la consideraban una mujer bastante fría, poco dada a las pasiones fuertes, pero lo cierto es que a las pocas horas de yacer con Beñat se había encamado con otro, un alemán que por primera vez le preguntó si la esperaba alguien en Cuba.

Elsa lo miró y no tuvo dudas: había olfateado algo distinto. Tenían razón los que decían que el olor de un amante no se borra con agua y jabón, porque no está en la piel, no se queda en las manos, sino en el aliento, en la respiración que emigra de una boca a otra. Harald adivinó enseguida que entre ambos acababa de pasar un demonio, aunque de momento quizá pensara que era el recuerdo del esposo que había quedado atrás, y al que seguramente ella extrañaba por aquellas fechas, cuando la nostalgia mordía en los tobillos como la descarnada calavera de un perro.

Lo que no podía suponer, pensó Elsa, pasándole los dedos por la nuca mientras él iba quedándose dormido, era que apenas unas horas antes, a causa de la peregrina idea de ir a comprar pescado, ella había conocido a un devorador fantástico, lo había seguido a su «*crampotte*» —como llamaban a esas casuchas de guardar aperos—, y terminaron apareándose como animales, sobre la mugre de las tablas del suelo. El vértigo vivido en brazos de Beñat no la dejó sentir ni un ápice de culpa o repugnancia. Por el contrario, solo soñaba con volver a verlo.

Apartó la vista del blanquísimo cuerpo de Harald, que no tardó en roncar, tendido bocabajo. Estaba a punto de salir el sol y ella quería asistir a ese primer amanecer del año, la luz brotando como de una fuente en la Rocher du Basta. Se levantó, se envolvió en la bata que ya siempre dejaba en la habitación, y caminó sin hacer ruido hasta el balcón. Abrió la puerta y salió a la madrugada húmeda. Quizá algún día, cuando volviera a Cuba, podría explicarle a Marta (único ser capaz de comprenderla) la emoción con que esperó las primeras luces de 1944, aunque la ciudad tuviera mal aspecto, alambrada y grosera entre los humos del adiós de la noche. Tuvo

ganas de fumar, pero se aguantó porque no deseaba despertar a Harald y mucho menos dar explicaciones. Se acordó de que Magdalena también se levantaba de noche y caminaba de puntillas sin que su marido lo supiera; se desahogaba arañando las paredes, hablándole al hijo que llevaba dentro.

El arrebato vivido en brazos de Beñat le había infundido arrojo; coraje para preguntarse si Juan María Iturrioz percibió alguna vez el rastro de otro hombre en el cuerpo de Magdalena. El rastro de Baró, para decirlo claro. Finalmente, en una de sus cartas, admitía que se había hecho amante del herrero, decidida a seguir los pasos de Doris, pero en su caso a medias, porque ya se le notaba el embarazo y aquel hombre, por más brutal que fuese, no había querido lastimar al niño. Era una descripción grotesca, que en el fondo desmentía lo que había dicho en otras cartas: fue ella quien lo sonsacó; quien le suplicó al herrero que la hiciera suya, aún antes de que Doris desapareciera. De buenas a primeras, todo lo que Magdalena le escribía a su madre eran confidencias indignas de una muchacha educada en el Colegio de las Siervas de María, al que Octavio Laparra regaló un precioso dormitorio de dieciocho camas con dosel, una de las cuales estaba destinada a su hija cuando la obligaran a quedarse interna.

Elsa se preguntaba cómo habría reaccionado su abuela Mercedes, tan ciega frente a su mayor desdicha, al percatarse de que Magdalena sostenía una aventura extramarital en el perdido pueblo de Canímar. Cuánto le temblarían las manos en lo sucesivo cada vez que recibiera una carta, al desdoblarla y descubrir que si el encabezado era indecente, el resto era peor, un recorrido enfermo por los despeñaderos del demonio.

Todo lo demás su abuela lo ignoró. No importa con cuánta claridad lo expresara Magdalena, ni la crueldad que demostró a lo último, haciéndole el reclamo que ninguna madre jamás querría escuchar. Mercedes se cerró a aquella posibilidad monstruosa. Pero Sagrario no. Sagrario tuvo la valentía de enfrentarlo, y hasta quiso asegurarse de que su sobrina no rehuyera el tema, por eso se lo dijo en el momento en que partía hacia Biarritz: «Mamá nunca ha querido verlo, pero tú vas a darte cuenta».

En otra de las cartas, Magdalena se quejaba de que su marido la hiciera comer la punta del pan para que la criatura que llevaba en el vientre le saliera varón. «Toma el *kutxur*», le proponía en la mesa, y se quedaba mirándola para asegurarse de que lo obedecía. Magdalena mordisqueaba la punta del pan y Elsa se la imaginaba con la cara llena de ferocidad, masticando muy a su pesar. ¿Cómo era posible que un hombre como Iturrioz, que siempre se declaró contrario a las supercherías, hubiera sucumbido a ellas mientras vivían en Cárdenas, pocos meses antes de mudarse a La Habana, donde su mujer, al fin y al cabo, había tenido el varón que él tanto anhelaba?

A esas alturas, Elsa no tenía dudas de que Magdalena había empezado a odiar a su marido mucho antes de que naciera Raulito. Eso nunca lo decía en las cartas, pero quedaba claro cuando se quejaba de sus frases despóticas; de la manera en que él se impacientaba si ella lloraba porque extrañaba al padre, o la fulminaba con la vista si mencionaba a Doris. A menudo, luego de alguna discusión, Iturrioz apretaba los puños y se preguntaba por qué no se habría hecho cura.

A Elsa le costaba reconocer al hombre que describía Magdalena. El Iturrioz de los primeros meses en la ciudad de Cárdenas —del que ella, por ser pequeña, no tenía casi recuerdos— era

muy diferente al padre ecuánime, enérgico pero amoroso, junto al que creció. Un hombre enamorado de Marta, casi sumiso en su actitud con ella, arrebatado de felicidad cuando les nació Miguel.

Se hizo de día y a lo lejos pudo distinguir las rocas, la silueta de los edificios, la ensoñada modorra del Hôtel du Palais, y el humillado faro. Más cerca, divisó a los soldados que se relevaban en los dos puestos de control cercanos; un trámite que había visto innumerables veces y era escueto, aunque esta vez notó que se quedaban conversando un poco, felicitándose lo más probable. Regresó a la habitación, que estaba llena del olor de Harald, y se acostó junto a él convencida de que la mejor decisión de su existencia había sido emprender aquel viaje, en plena guerra, temiéndolo todo y no temiendo nada.

Permaneció despierta, encogida bajo las frazadas, reviviendo el encuentro con Beñat y cavilando en la forma de volver a verlo. Se preguntó en qué lugar de la ciudad y con quién vivía, y concluyó que una fascinación como esa fue la que tuvo que haber sentido Salvador en el momento en que se decidió a dejarla por la viuda. Él también había sido un hombre soso, metódico, encantado de que su mujer se dedicara a retratar santos mientras él disfrutaba de sus torneos de ajedrez. De pronto, todo eso había cambiado, y Elsa vio en sus ojos la impaciencia y el hambre; la ausencia de sí mismo, un agobio sensual que no dejaba espacio para nadie más. Cuando por fin admitió que la engañaba, despejado el encono de las primeras horas, reconoció que lo envidiaba un poco; le envidiaba el hecho de que hubiera logrado ilusionarse, escapar del círculo de los Iturrioz, de los almuerzos dominicales, de una atmósfera que seguramente podía ser opresiva. Era curioso que estuviera comprendiendo todos aquellos sentimientos en el amanecer del año nuevo, junto al desnudo cuerpo de otro hombre.

Harald se despertó en la cama y se asombró de verla ya despierta. Elsa le confesó que había dormido poco, esperando ver salir el sol para pedirle a Dios lo que seguramente habían pedido todos: que terminara la guerra. Retozaron suavemente, mientras oían voces en el pasillo, el ruido de los carritos que llevaban el desayuno a otras habitaciones. Él le propuso que desayunaran allí, mirando el mar, abrigados para poder fumar en el balcón. De pronto, Harald le preguntó cuánto tiempo planeaba quedarse en Biarritz.

—El que me tome leer las cartas —repuso ella—. Todavía no lo sé porque lo hago despacio, a veces me paso un día entero relejendo alguna. Hasta que las termine, intentaré quedarme.

Harald asintió, le apretó la mano y le habló por primera vez de la guerra. Todos ellos estaban en Francia para defender a Alemania, sí, pero también para proteger a otros países que no tenían la menor sospecha del riesgo que estaban corriendo. ¿Había oído hablar alguna vez de la amenaza bolchevique? ¿Nadie le había dicho nunca que los rusos buscaban la destrucción de Alemania para adueñarse de Europa, y a continuación de América? Y en cuanto a los judíos, ¿no eran ellos acaso quienes buscaban prolongar la guerra? ¿No manejaban, o quitaban y ponían gobiernos, atentos a los capitales que acumulaban?

Elsa negó con la cabeza. No sabía nada de la política del mundo. Ni de los alemanes, ni mucho menos de los bolcheviques. Solo sabía que, a causa de los judíos, había tenido el único encontronazo serio con Salvador cuando eran novios. Fue en el mes de mayo de 1939, se acordaba perfectamente porque estaban a un mes escaso de la boda y él se había indignado cuando supo que

Elsa acompañaría a su padre a la manifestación contra un buque repleto de judíos que intentaba atracar en La Habana. «¿Te imaginas el invierno que han pasado en los guetos?», la increpó Salvador. «Claro que no, ¡qué sabes tú de inviernos!» Ella reaccionó ofendida: cierto que sabía muy poco, pero ¿qué de malo tenía marchar con la gente que quería impedir que un barco cargado de indeseables se acercara a Cuba? Rojo de furor, Salvador se había quitado el lacito que llevaba al cuello, tirándolo a los pies de Elsa: «¿Indeseables? Mal te informa tu padre, el germanófilo. Es gente como tú y como yo: sastres, profesores, músicos... Los expulsan, no se van porque quieren».

Ella había tratado de calmarlo, le prometió pensarlo mejor, pero Salvador no le dio tregua, caminaba de un lado para otro gesticulando con el cigarrillo. «Da vergüenza», clamaba, «todo un señor presidente de la república, un hombre que se las da de culto como Grau, mezclado con patanes que alegan que hay que echar hasta al último judío. ¿Y todavía te parece lógico ir con ellos?» Aquella misma noche, Elsa habló con su padre: se le había presentado un inconveniente, una prueba del vestido de novia y no creía que pudiese acompañarlo. Él enseguida comprendió que las ideas de Salvador estaban de por medio. «Lo que pasa es que tiene muchos amigos hebreos en el ajedrez», dejó caer con sorna. «Pero dile de mi parte que ni siquiera en Estados Unidos, ese país que él tanto admira, les permitirán desembarcar.» Marta, como siempre, resultó ser una mediadora eficaz: Elsa y Salvador estaban a punto de casarse, y si el hombre que iba a ser su esposo se oponía, estaba de más que Juan María insistiera. Para su padre fue una razón de peso. Y Salvador no volvió a referirse al tema del *Saint Louis*, que era el nombre del barco, hasta que varios días más tarde apareció en el horizonte. No le permitieron fondear y, ante el temor de ser devuelto al punto de partida, uno de los pasajeros se lanzó al agua. Salvador se limitó a mostrarle a Elsa el periódico con las fotografías del suicida: el cuerpo plano, tendido en la camilla, y una cara punzante de calavera al sol.

Harald le ofreció un cigarrillo y ella fumó mirando el único escenario posible, la mar picada y la Rocher du Basta. En la pensión había oído decir que era probable que nevara aquel invierno, y se preguntó qué apariencia iba a tener la orilla si eso sucedía. «La nieve nunca llega del mar», le había dicho al respecto la señora Goti, «sino del interior de Francia.»

—¿No crees que está tardando mucho el desayuno?

La voz de Harald la sacó de sus cavilaciones. Ella le confesó que se caía de sueño, y que en cuanto terminaran de desayunar, volvería a la pensión para leer un rato y recuperarse de lo trasnochado.

—De la pensión es justo de lo que te quiero hablar. —Se endureció su voz, se endureció su rostro, vio la férrea mirada taladrándola a través del humo—. Debes estar preparada, en cualquier momento tendrás que irte de allí.

Irse. Amontonar la historia nuevamente. Arrastrar las cartas como una pordiosera, ¿adónde? Harald la cogió del brazo y la miró a los ojos: lo que tenía que decirle era algo grave, que no podía repetirle a nadie, ¿lo entendía bien?, a nadie. La pensión Reine Nathalie no estaría abierta mucho tiempo. Hasta la Comandancia habían llegado confidencias de que se estaba usando para ocultar a bandoleros que esperaban que cayera la noche antes de cruzar a España. Algunos huéspedes probablemente estaban al tanto de la situación y colaboraban con la señora Goti, ¿no era ese el nombre de la dueña?

Elsa afirmó en silencio y recordó que ella también había colaborado. Convenció a Margot para que la ayudara a conseguir morfina, persuadida de que era para la mujer rusa, y aun al saber la verdad, no dijo una palabra, lo calló a conciencia. Harald prosiguió sin reparar en el temblor de sus dedos, ni en el ritmo de su respiración, que a ojos vistas cambiaba de frecuencia. ¿Se acordaba de que ella le había dicho que le parecía que registraban sus cosas? Elsa vaciló un momento y le admitió que sí, que alguna vez había tenido esa impresión. ¿Y no había visto acaso ningún trasiego sospechoso de personas o bultos? ¿No se había topado con desconocidos, ni escuchado ruidos por la madrugada? Como un fogonazo, recordó la escena dentro de su cuarto, la grisura borrosa del perfil del herido, y a la señora Goti rogándole que se callara.

—Nada —mintió—. Y me parece que ya nadie toca mis papeles. ¿No le has preguntado a Margot?

Harald respondió que sí, una respuesta seca que coincidió con la llegada del desayuno. Antes de destapar la bandeja, lo vio acercarse al gramófono para poner su música obsesiva: las canciones de Schumann, las *Dichterliebe* que nadie en el inmenso mundo había escuchado tantas veces. Le hizo coro al barítono en el primer verso: «*Im wunderschönen Monat Mai*», y le sonrió a Elsa, que como siempre que tenía a mano un desayuno en el hotel, se regodeaba olfateando el café.

—Me afeitó y bajamos —anunció cuando terminó la música.

Ella tuvo la corazonada de que la acompañaría de vuelta a la pensión y subiría a su cuarto. Hasta entonces, no había mostrado el menor interés en hacerlo.

Le llegó el ruido del agua que salía del grifo, seguido de un leve chapoteo cada vez que enjuagaba la maquinilla. No se oía otra cosa en la habitación, solo eso. Recordó que en el último cumpleaños de su padre, Marta le había regalado una rasuradora eléctrica, pero Iturrioz la usó un par de veces y luego regresó a sus hojas de afeitar. Terminó usándola Miguel, que tenía una barba oscura e imperiosa, una sombra eterna en el mentón y a ambos lados de la cara. Elsa sonrió al evocar la expresión varonil de su hermano. Por suerte, Miguel había tenido el apoyo de su madre en los días que siguieron a la revelación atroz, cuando supo el verdadero fin del primer matrimonio de su padre, y empezó a atar cabos sobre los silencios y las actitudes esquivas del pasado. Finalmente comprendería por qué su hermana se ponía nerviosa cuando llegaba el verano y se acercaba la fecha de ir a la casa de la playa. Y por qué se angustiaba cuando él era pequeño y Marta lo llevaba al agua, le ponía la careta para que mirara el fondo y lo empujaba suavemente para que se soltara. Elsa no disfrutaba nada esos instantes, no hablaba ni aflojaba un músculo, los ojos clavados en su madrastra y en el niño que se divertía, temerosa de que en una de esas no saliera a flote. Solo Iturrioz lograba tranquilizarla, se le acercaba nadando y le pedía que echaran una carrerita, le susurraba frases cariñosas, contagiándole su seguridad de que el rayo no volvería a caer dos veces en el mismo sitio.

—No te demores —la apuró el alemán, más alemán que nunca en lo cortante.

Se empezó a vestir con la ropa de la noche anterior, un atuendo correcto para la fiesta, pero a la vez discreto para regresar a la pensión al día siguiente sin que se notara que llevaba las galas de despedir el año. En La Habana, siempre había visto con desagrado a esas parejas que, entrada la mañana del primero de enero, aún iban por la calle con los brillos, las mujeres extenuadas

arrastrando una estola, y los hombres con la chaqueta al hombro, enganchada en el dedo. Se sentó frente al espejo, se recogió el pelo en un moño y se pasó la lengua por el labio superior, donde aún le escocía una heridita abierta, producto de una mala mordida de Beñat. No era fácil que Harald lo notara, había que conocer muy bien esa frontera de su boca, distinguir entre lo que era la curva natural, más bien carnosa, y la hinchazón junto a la comisura. Buscó el creyón anaranjado que tenía en el bolso y se pintó los labios con la mente puesta en lo que ocurriría cuando los alemanes acudieran a cerrar la pensión. La amenaza que se abatía sobre la señora Goti era la misma que se abatía sobre su permanencia en Biarritz: ¿cómo iba a encontrar otro lugar donde alojarse cuando cada día llegaban más soldados, más oficiales que requerían de camas y techo en la ciudad?

Apretó los labios para asegurarse de que la pintura se esparcía pareja, tal como le había enseñado Marta, forzando una sonrisa para constatarlo. Fue entonces cuando una antigua imagen relampagueó en su mente: la de una mujer rubia con refajo negro, sentada frente al tocador, acomodándose un mechón rizado. Tuvo un instante de vacilación, como esas personas que saltan a la calle en el momento en que se aproxima un coche. No sabía si seguir adelante o si volverse atrás; se quedó quieta para que los detalles fluyeran. Varias veces había evocado aquella escena, en la que se veía a sí misma como una niña de muy pocos años. Por eso había pensado siempre que la mujer sentada frente al tocador era Marta, recién casada con su padre, cuando tenía el pelo más claro y Elsa pasaba las horas muertas en su compañía, jugando a probarse los sombreros, o chancleteando con sus zapatos de tacón. Solo después de haber leído las cartas de su madre, empezó a sospechar que esa mujer en realidad era Doris, y que la casa donde tuvo lugar aquel encuentro no era la de La Habana, sino la de Cárdenas.

Los tiempos eran otros. Magdalena aún no estaba embarazada de Raulito, o no lo había notado, y Elsa entraba y salía de las habitaciones, revoloteando sin pedir permiso. Puede que en una de esas irrumpiera en el cuarto que ocupaba Doris a tiempo para verla en todo su esplendor, arreglándose para salir con la familia.

Aún estaba inmóvil, pensando en el rostro de Doris, cuando Harald le preguntó si estaba lista. Ella guardó el creyón, se colocó el turbante color vino y se enfundó en su abrigo. «Lista», le respondió. Salieron a la calle cogidos del brazo y, tal como se lo temía, Harald le propuso acompañarla a la pensión. Caminaron sin prisa por las calles mojadas, llenas de charcos de la helada nocturna. La puerta de la pensión se hallaba abierta porque la criada fregaba el piso del zaguán. Harald le preguntó si las traductoras se encontraban en casa y la escuálida muchacha se encogió de hombros.

—Pregúntale a tu patrona —intervino Elsa.

Él se lo repitió en francés, y luego intempestivamente en alemán. La muchacha se incorporó asustada, corrió a la cocina y regresó acompañada de la señora Goti.

—Ninguna de las tres está. Acabamos de asear las habitaciones, hoy todos los huéspedes han salido.

Harald reaccionó con poca naturalidad, mirando a su alrededor en busca de una razón para quedarse a pesar de todo. Elsa hubiera podido invitarlo a subir, pero aguantó callada, en espera de que él mismo resolviera la situación, hasta que por fin le oyó decir que se marchaba, que la

dejaba descansar unas horas y que se verían más tarde. A la señora Goti le pidió que les dijera a las traductoras que él había estado allí.

Cuando se quedaron a solas, la dueña de la pensión fue a la puerta y se cercioró de que el hombre se alejaba. Luego metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó un papel doblado.

—Tenga. De parte de Beñat.

Lunes, 23 de octubre de 1923

En bata, vigilada de cerca por las negras, se me van los días. Ni siquiera recuerdo cuándo recibí la última carta suya, tal vez ayer, tal vez hace siglos. Paso casi todo el tiempo en la cama, trago los comprimidos que me traen, y hago el supremo esfuerzo de levantarme cuando la niña vuelve del colegio. Vestimos y desvestimos muñecas; preparamos café de mentiritas y dibujamos animales, sobre todo patos. Ella insiste en que son los de la plaza Guipúzcoa.

A Juan María se le ocurrió contarle que me comí una semilla de higo, y una higuera me creció por dentro. Es un embuste que me produce náuseas, y es que en el fondo estoy tan dispuesta a creerlo como la propia niña: me imagino el tronco que me sube al pecho, y a la criatura manoteando avispas, esas perversas que lo agusanan todo.

Elsita solo quiere saber si puede ver la higuera. Le explico que en el mes de marzo la cigüeña y yo haremos un trueque: ella vendrá volando para dejarme un niño, y yo le daré el árbol que me duele dentro. A veces, cuando la veo aburrida, la animo para que busquemos nombres de varón. Los escribimos en un papel y los decimos en voz alta, es el único momento divertido que me permito en esta casa llena de infelicidad. Para escoger el nombre de la niña, si es que fuera niña, no hemos tenido que pensarlo mucho: hemos decidido que se llamará Doris. Juan María se queda pensativo al oírlo, y en la mesa solo atina a decir: «Toma el *kutxur*, mujer, para que sea varón». Me da la punta del pan y yo la cojo con los dedos furiosos, me la llevo a la boca y, en lugar de morderla, me pongo a rasparla con los dientes. Él se enfada, le noto en la mirada que quisiera herirme, abofetearme para que coma el pan como Dios manda.

Estoy presa dentro de mi propia casa, como lo estuve una vez en el colegio, cuando me internaron, pero ahora prefiero mil veces el peor colegio. Él me anima para que le escriba a usted (a papá ni lo nombra) y me promete que la carta llegará más rápido si va con la correspondencia de la destilería. Le contesto que no tengo ganas, pero la verdad es que no le confiaría ni una sola letra, quiere las cartas para saber qué pienso.

A instancias mías, que le dije que necesitaba espacio, se ha mudado a la habitación de huéspedes, y ahora duerme en la cama que ocupó Doris cuando estuvo aquí. Yo estoy sola en la alcoba, pero no del todo: siempre hay una mujer velándome. Han contratado a varias, cerreras casi todas, lo único que se les pide es que no me pierdan pie ni pisada. De madrugada, a veces, cabecean, y aunque afuera sigue de guardia un hombre —uno distinto, cada dos o tres noches—, es bueno saber que a estas mujeres el cansancio las vence, que puedo vagar por la casa y respirar en paz. Una de ellas, hace dos o tres noches, no hizo más que sentarse a mi lado y empezó a llorar; chirriaba el armazón del taburete con sus sacudidas, y le pedí que se quedara quieta. «Es la madera de algarrobo, su mercé, que llora cuando el cristiano llora.» Le exigí que entonces no llorara, a lo que respondió que cómo no iba a hacerlo si se acababa de morir su hermano. Me dio pavor que fuera de viruelas; el ofuscamiento de Juan María es tal, que no se preocupa por averiguar de dónde salen estas guardianas que me pone, ni qué vida llevan. Traté de serenarme para que me tuviera confianza: ¿de qué había muerto su hermano? Entonces me miró con los ojos aguachentos y manchados de amarillo que se les ponen a los de color cuando van haciéndose mayores: había muerto porque su mujer le derramó aceite hirviendo en la oreja.

No hubiera querido reírme, pero no pude evitarlo. Primero me reí bajito, me tapé la cara con las sábanas y disimulé, creo que ella pensó que me había echado a llorar. Luego no pude contenerme y me reí a carcajadas, tan alto que las negras de siempre llegaron asustadas, y entre ellas se pusieron a conferenciar qué infusión tenían que darme. Juan María entró en la habitación limpiándose los labios con la servilleta, lo que quería decir que había tenido que interrumpir la cena. Se sentó en la orilla de la cama, me cogió la mano y besó mis dedos uno a uno como si los contara. Por primera vez en mucho tiempo reconocí al muchacho del que me enamoré en 1916, en aquella fiesta de las Juventudes Vascas a la que papá nos insistió que fuéramos; vi los ojos de la época en que nos casamos, sagaces y enamoradores, y la frente asombrada de los tiempos felices.

«No sé si te das cuentas de que estás teniendo un mal embarazo y eso afecta a tu mente», dijo por fin, con ese tono sarcástico que lo derribaba todo, lo fulminaba todo, cualquier recuerdo por pequeño y delicioso que fuera. Entonces le pedí que

me dejara ver su oreja.

«¿Para qué, Magdalena? Duérmete.»

«La oreja», insistí.

Me dio el perfil y su nariz de halcón me pareció la gran desconocida. Debe de ser difícil verter aceite hirviendo en la nariz de nadie, en las orejas no, esas están abiertas y desprevenidas.

«Las tengo limpias, si es lo que quieres ver.»

Juntó las manos como un cura, exactamente uno que se dispone a oír la confesión. Puede que se creyera que le iba a dar las buenas noches, que iba a darle un beso, cualquier cosa menos lo que oyó: «Quiero saber de qué se ha muerto Doris».

No movió la cabeza, lo vi ponerse rígido y supe que lo próximo sería levantarse y salir dando un portazo. Lo cogí del brazo: «Qué te cuesta decírmelo, dime quién la encontró, sé que estaba en Canimar».

Juan María se desprendió de un tirón. Miró hacia la pared y creí que iba a golpearla con los puños. Pero no, volvió la mirada lentamente hacia mí y habló escupiendo las palabras. ¿Conque yo sabía entonces que Doris se había metido en ese barracón inmundo? ¿Conque estaba al tanto de las locuras que hizo y de lo mucho que se rebajó a los ojos de todos? ¿Conque me volví su cómplice en algo tan sucio? Pues entonces no debía asombrarme de que hubiera muerto de tifus. Encontrarla no la encontró nadie, ella sola había vuelto al hotel, empeoró en pocas horas y murió allí mismo, en compañía de sus amigos, que también se encargaron de enterrarla.

Respiró hondo, varias veces hasta que le cambió el semblante. No sé si se compadecía de mí, o si se desquitaba al contarme esos detalles. Ya más tranquilo, me ordenó el pelo, me acarició los brazos, y luego me abrió la bata para tocarme el vientre, dio unas palmaditas cariñosas que sonaron huecas, como si del otro lado solo hubiera una pequeña habitación vacía. Fue ese vacío, el gesto que tuvo la criatura de escabullirse en el momento justo, lo que me dio valor. Ahora sé que antes que le dijera nada, él leyó las palabras en mi mente, pues se le descompuso el rostro, me suplicó con la mirada que me mordiera la lengua, que me muriera si quería, pero que no cruzara esa barrera. «No es tuyo», le solté con furia. «Puedo comer la punta del pan para que sea varón, pero eso no hará que se parezca a ti.»

El silencio duró y duró, y la mano de Juan María se quedó posada en mi estómago. Me dio miedo de que me clavara las uñas y me arrancara tiras de piel hasta encontrar al niño, que lo sacara como quien saca de la tierra una culebra ciega, y lo tirara al suelo para pisotearlo. «No es la punta del pan», pronunció con la boca llena de aborrecimiento. «Se dice *kutxur*, Magdalena, ¿no te enseñaron la lengua de tus muertos?»

Se levantó y se fue. A mí me pareció que la cama se elevaba un poco sobre el suelo, todo flotaba y yo flotaba con todo. Ahora vuelvo a flotar mientras le escribo a usted. Abrirle así mi corazón me hace soltar un peso, uno distinto que me hacía sufrir, aunque la criatura siempre ha respirado en paz: sabe de dónde viene, quién es su madre y quién su padre. Que no es Baró, lo sabe usted mejor que nadie. El herrero estuvo protegiéndolo y me trató con suavidad, me hizo ponerme de costado, me mordió la nuca mientras me susurraba frases en una lengua que no sé si es de vivos o de muertos.

Baró me dio lo que antes le había dado a Doris. Si yo no hubiera estado embarazada, él hubiera puesto en mí a un niño dormido, resignado y quieto hasta la hora de nacer, tan diferente del que llevo dentro. Voy a tener un hijo muy extraño, y me gustaría que naciera en nuestra casa de San Sebastián, con Sagrario cerca dándome valor, y con el *aita* esperando en la capilla, arrodillado frente a santa Águeda.

Las cartas para mí no llegan a la casa, Juan María se lo prohibió al cartero y van directo a la destilería. Si me llega alguna, cuando vuelve en la tarde me la pone en una bandejita, en lo alto del aparador para que la niña no juegue con ella. Casi todas son de mis amigas, que al final preguntan si en el verano me verán en Biarritz. No pueden saberlo, pero me dicen Biarritz y la cabeza empieza a darme vueltas, me entra un dolor que me taladra el alma, la rabia de ver que me entramparon y no soy capaz de ir hacia atrás... Perdón, perdón, no debo usar esa palabra nunca, no debo pronunciar «atrás» porque en mi boca es como si llamara al diablo. Desde «atrás» llega la ráfaga que me aniquila, no hay nada que me dé más miedo, ese salto que doy para esquivarla y me transporta de este mundo a otro, me convierte en vegetal, ¿no huele?, ¿no siente la fragancia a *Mirra*? Véalo: soy este tronco como con mil ramas que suda para parir al hijo. Ya está. Ya se lo he dicho. Por hoy no puedo hablarle más.

Torso con camisa amarilla

Beñat la citaba en un café del barrio de La Négresse, en las afueras de Biarritz, al atardecer del día siguiente.

Elsa leyó la nota en su habitación, no había querido hacerlo frente a la señora Goti. Memorizó el nombre del café, rompió el papel y metió los pedacitos en un paquete de tabaco, que a su vez guardó en el bolso para acordarse de tirarlo en la calle. La habitación estaba fría, pero se desvistió sin prender el brasero y se metió en la cama con el portafolio de las cartas. Se preguntó de dónde sacaría valor para seguir leyendo, aunque no era exactamente valor lo que necesitaba, sino más bien compasión: todavía a esas alturas era incapaz de sentirse conmovida por el extraño desamparo en el que se iba hundiendo Magdalena. Le resultaba más desconocida ahora, después de haber leído tantas cartas de ella, que cuando lo ignoraba casi todo y apenas tenía dos o tres certezas: que había sido una mujer melancólica, en apariencia cuerda, y que vivió volcada en sus dos hijos hasta que se enfrentó al regreso; al reencuentro con sus padres y amigas, y al trágico verano donde descubrió que ya nada le pertenecía.

Leyó en voz alta desde la primera línea. En otras ocasiones lo había hecho, sobre todo cuando una frase le llamaba la atención y la repetía buscando la entonación adecuada, sabiendo que en algún momento el timbre o la inflexión de su voz iban a coincidir con la extinta melodía de la voz de su madre. Aún ignoraba si sería capaz de percibirlo, de apresar ese instante en que las dos leyeran a la vez, ella y la boca del fantasma, ambas reviviendo al unísono la sinrazón de Cárdenas.

Magdalena ya no ponía su nombre, no firmaba ni encabezaba las cartas, sino que iba directo al grano: «Estoy en La Habana», y continuaba sin ahorrarse detalles, escudriñando sus propios arrebatos, restregándole en la cara sus impulsos a Mercedes Cazalis, la destinataria única de su furor. Al terminar el sofocante «capítulo», Elsa se detuvo para tomar un vaso de agua y despejar la mente. Se preguntó cómo sería su segundo encuentro con Beñat, más sosegado que el que habían tenido en el Puerto de Pescadores. O no. No había sosiego en ella, solo un apremio que la devoraba; una ferocidad grosera que jamás sintió en todos los años que estuvo junto a Salvador, ni tampoco en los días en que se ilusionó con Harald. Jamás había sentido algo así con nadie hasta la tarde que fue a comprar pescado.

La señora Goti subió a preguntarle si se quedaba a cenar en la pensión y ella le contestó que sí, había sido suficiente con la despedida de año y no planeaba salir. Si acaso, iría a caminar un rato por la playa, pero volvería a tiempo para compartir con los demás la cena, que era la primera

de 1944. La mujer le informó que casi todos los huéspedes iban a estar presentes, excepto la pareja de Biarritz, que al amanecer había partido para pasar las fiestas con parientes. Agregó, ya de retirada, que había cumplido con el recado de su amigo alemán.

—Querrá decir con el recado del teniente Vogel —replicó Elsa, le seguía irritando el tono con que la otra se refería a Harald.

—Las alemanas me entendieron, y usted también me entiende.

Dio media vuelta y Elsa se quedó mirándola mientras se alejaba; se preguntó qué extraño espejismo provocaba que un ser humano pareciera de una edad estando de frente, y de otra edad, mucho mayor, cuando daba la espalda. Sucedió con la dueña de la pensión. Cara a cara parecía ser una persona madura, que se conservaba bien; al darse vuelta sobrevenía otra impresión, la doblegaba la decrepitud, pequeña y frágil como si tuviera cien años.

Cerró la puerta, guardó la carta que acababa de leer y resolvió seguir con la siguiente, aunque empezaba a avergonzarla el calvario por el que había tenido que pasar su padre; la lluvia de murmuraciones que probablemente se desató en Cárdenas y entre los empleados de la destilería. A pesar de todos sus defectos, de su extrema religiosidad y de sus manías, Iturrioz no se merecía las heridas que Magdalena le infligía una tras otra, sin darle apenas tregua. Por eso, al leer la andanada de reproches con que empezaba aquella carta, tuvo ganas de gritarle a su madre que se controlara; que por el amor de Dios tratara de calmarse, que lo hiciera por el niño que venía en camino, y por su hijita, que aparentaba no darse cuenta de lo que pasaba, pero en el fondo lo captaba todo.

Descubrió que a Magdalena no solo la alteraban los constantes roces con su marido, sino también las travesuras de su hija, a la que sorprendió espiándola. Cuando volviera a Cuba, tendría que preguntarle a su padre qué le impidió tomar la decisión más lógica de todas: mandarlas de vuelta a San Sebastián, a Magdalena y a ella; ponerlas de algún modo a salvo, al cuidado de los abuelos y de la tía Sagrario. Ya se imaginaba lo que él iba a decirle: cuando Magdalena empeoró, su estado de gestación era avanzado y hubiera sido arriesgado hacerla partir en un viaje tan largo.

Siguió leyendo, y se adentró con angustia en un párrafo en el que su madre se dedicaba a describirla. Hablaba de Elsa como si fuera un objeto vagamente conocido, un jarrón que alguien le hubiera regalado y del que se escapaba, inclemente, un reproche terrible. A continuación, desvariaba con más fuerza y presumía de las quince lunas que le dibujó a la niña para que las rellenara de color.

«Elsa escogió témpera azul», contaba Magdalena en la carta. «Y las lunas de azul ya no son lunas, sino tormentas, pero no sé cómo explicárselo.»

Debió de ser cierto que se sentaron juntas y dibujaron la tarde entera, en uno de los pocos momentos de ternura que se daban dentro de aquella casa. Sin embargo, no recordaba haber coloreado esas lunas que decía su madre; es más, estaba segura de que nunca hubiera escogido el azul. De todas formas, inevitablemente, el cuadro maternal se esfumaba y la diatriba de otras veces lo sustituía. Elsa volvió a sentir vergüenza, esta vez por su abuela Mercedes: Magdalena le echaba en cara una espantosa duda. Le pareció increíble que aquellas cartas hubieran sobrevivido y llegado a sus manos; que Mercedes no las hubiera tirado al mar, como se merecían. La sola imagen de los papeles meciéndose en el agua le provocó un escalofrío y la obligó a inspirar con

fuerza, a retener el aire justo en el momento en que escuchó ruidos poco habituales de portazos y pisadas fuertes. Esperó unos segundos, y a continuación oyó el estrépito de cristales rotos y voces que provenían del pasillo. Salió a ver qué ocurría y la primera cosa que encontró fue el perfil de pena de la señora Goti, pálida de muerte, frente a la puerta abierta de la habitación de la familia rusa. Más apartado, casi al borde de la escalera, el jubilado de Lyon parecía un espectro, un ser desprovisto de sangre o consistencia humana, a merced de un soplo para cerrar los ojos y caer de espaldas. Dos soldados salieron de la habitación de los rusos, y Elsa vio que cargaban con papeles y pequeñas cajas, y hasta con un cuadro que, por lo que pudo ver, representaba un torso con camisa amarilla.

—Cuando terminen con la de los rusos, le tocará a la suya —auguró la señora Goti, el vidrio de su voz a punto de ceder, herirla, destrozarla.

Hasta ese momento, Elsa veía la actividad de los soldados con la distancia de quien observa una irritante escena callejera, la de dos transeúntes que se lían a golpes, o la de una mujer que se derrumba ebria. De repente, la dueña de la pensión le hacía ver que aquellos desconocidos también entrarían en su mundo, revolverían sus pertenencias, olfatearían hasta el último rincón. Todos llevaban guantes, y Elsa se resignó a la idea de que aquellas irascibles manos revolverían el orden de su propia alcoba, el castillo de naipes y de minuciosas cartas donde se afincaban la vida de ella y la de Magdalena.

La familia rusa se estaba ahorrando el espectáculo por haber ido a la playa; era la hora en que paseaban por la orilla del mar y se juntaban con otros exiliados para matar el tiempo. No era lo mismo estar fuera y encontrarse luego con los restos fríos, que asistir al destrozo en su mayor furor.

Notó que los soldados comentaban entre sí y miraban a su alrededor, buscando la siguiente puerta. La del jubilado de Lyon ya había sido arrasada, y era obvio que no iban a tocar la de Margot. Se encaminaron entonces a la de Elsa, la de la gladiola al lado de la puerta, y ella se echó a un lado para dejarlos pasar. Desde afuera observó los primeros estragos, y la manera en que uno de los soldados localizaba su cámara, abría el estuche y se ponía a examinarla con la pericia de alguien que sabe cómo hacerlo. Al terminar, se la colgaba al hombro, con la obvia intención de llevársela. Casi al mismo tiempo, otro soldado se apoderaba del portafolio con las cartas, las extraía todas y las dejaba en la cómoda mientras examinaba la carpeta de cuero. Entre los dos alzaron el colchón, revisaron bajo las mantas y miraron detrás de los muebles. La maleta la dejaron para el final. Todavía Elsa guardaba en ella la ropa que no cabía en el esmirriado armario, más las cartas de crédito facilitadas por la destilería, carretes fotográficos y algún dinero en efectivo. Los carretes los tomaron al instante. Todo lo demás lo volcaron en el suelo, espulgaron pieza por pieza, y por último arrastraron la maleta y desgarraron el interior con una cuchilla. Uno de ellos metió los dedos tratando de encontrar algún objeto oculto; al cerciorarse de que no había nada, volvieron a las cartas. Elsa vio que se las dividían, alterando el orden en que estaban guardadas, sacudiéndolas a pesar de su fragilidad. La señora Goti le habló al oído:

—¿Qué hizo con la nota de Beñat?

Las cartas le iban a ser arrebatadas. Elsa lo supo tan pronto vio que uno de los soldados las metía de nuevo en el portafolio y las sacaba al pasillo para juntarlas con el resto del botín. El otro

se quedó en la habitación, asestó varios taconazos en la madera del suelo, buscando un falso suelo, hasta que de repente se fijó en el bolso y fue derecho a abrirlo. Dejó caer el contenido sobre la cama. Elsa posó la mirada en el paquete de tabaco donde había ocultado los papelitos rotos del mensaje de Beñat, un asunto privado que no le concernía a nadie, ¿o acaso era delito citarse con un hombre en un café? No lo era, no tenía por qué serlo, pero en el fondo presentía que lo mejor era que no lo hallaran. El soldado recorrió con la vista los pequeños objetos: un peine, un espejito, el pañuelo púrpura de seda, la polvera, el monedero, el encendedor y el paquete vacío, o casi vacío, de tabaco.

Una frase en alemán, pronunciada a viva voz por una mujer, la hizo volverse. Era Margot, que acababa de irrumpir en el pasillo. La vio hablar con el soldado que se había llevado el portafolio y que en ese momento juntaba dos bultos polvorientos que tenían todo el aspecto de haber salido de la habitación del jubilado de Lyon. Luego Margot fue donde Elsa y usó un medio indefinible tono de disculpa:

—Tranquila, ya casi han terminado.

—Se llevan la cámara —dijo ella, señalando el estuche que estaba en el suelo, junto a los iconos sacados de la habitación de los rusos—. Pero no importa, solo quiero las cartas de mi madre.

Margot volvió donde el soldado, hablaron bajito y el hombre la dejó mirar dentro del portafolio. Saltaba a la vista de lo que se trataba, unas líneas de asunto familiar, y no mensajes cifrados o propaganda política. Desde el lugar donde hojeaba las cartas, le dijo a Elsa que lo sentía mucho, pero por exigencias del oficial a cargo todos los papeles requisados tenían que examinarse en la Comandancia. Ella misma haría lo posible para que se los devolvieran.

La cena fue oprimente y callada, con los sobrecogidos comensales mirando hacia la puerta cada vez que se oía un ruido, un frenazo en la calle, o voces alemanas que podían significar una nueva incursión. El estofado, de un color terroso, reinaba sobre la mesa donde la señora Goti también había puesto una bandeja con la clásica ensalada de guerra: remolacha mustia y repollo en tiritas. Dos de las traductoras —la tercera, casi siempre ausente, tampoco esta vez se presentó a cenar— cumplieron con su promesa de aportar golosinas, pálidos dulces envueltos en papel de estraza que a Elsa se le figuraron polvorones. No se habló una sola palabra del registro. La familia rusa parecía tan alicaída como de costumbre, y solo la mujer, Irina, abrió la boca para advertirle al niño que tan pronto terminara el postre tendría que irse a la cama.

Cuando la criada se llevó los platos, la dueña de la pensión repartió unas copitas de aguardiente. Tratando de disimular el desaliento, soltó uno de esos tópicos que salen sin mucha convicción el primer día del año: esperaba que 1944 fuera más clemente que 1943 y pudieran regresar todos a casa. Las traductoras tuvieron el aplomo de dedicarse a entrechocar las copas con los demás huéspedes, brindando en su idioma, «*Prost! Auf uns!*». A la rusa Irina le temblaban las manos, y probó a sonreír cuando repitió junto a las alemanas «*Prost!*».

No hubo conversación de sobremesa, pero el jubilado de Lyon, que tenía los ojos aguados y parecía haberse instalado en otro mundo desde que los soldados se llevaron parte de sus pertenencias, recordó en voz alta que el primero de enero de 1916 también había caído en sábado. El resto de los huéspedes, incluidas las traductoras, lo miraron sin comprender.

—Hace veintiocho años... —agregó el viejo—. Sábado también, ¡qué casualidad!

Dijo que aquel invierno había nevado durante varios días, y que en una pausa que les dio la nieve, él y su mujer fueron a visitar a unos vecinos cuyo hijo acababa de volver del frente. El muchacho se quemaba de adentro hacia afuera, y su cuerpo despedía un olor incomprensible a fruta.

—Fue el gas cloro —reveló Liétard—. Murió a los pocos días. ¿Sabe alguien si están usando gas cloro en esta guerra?

Las traductoras se disculparon y abandonaron la mesa. La señora Goti avisó que aún le quedaba aguardiente, por si alguien deseaba repetir, fue a la cocina y volvió con la botella, la apretó contra el pecho antes de hablar.

—Créanme que lamento el mal rato de hoy. No me atreví a preguntar si les devolverían lo que se han llevado.

—¡Brindo por mi padre! —Se levantó, tambaleándose, el ruso—. ¡Brindo por Kazimir Malévich!

Siendo un hombre que prácticamente no abría la boca en la mesa, quedaron desconcertados, a la espera del resto.

—Él pintó ese cuadro cuando yo era niño, es mi retrato, mi camisa amarilla...

Elsa se consoló pensando que ella sí tenía oportunidad de recobrar sus cartas. Las gestiones prometidas por Margot no le bastaban, y si era necesario le suplicaría a Harald que las rescatara. Resolvió ir a verlo al día siguiente, aunque cabía la posibilidad de que él se adelantara y la llamara temprano para pedirle que almorzaran juntos.

Le tomó bastante tiempo restaurar el orden en su habitación, y cuando por fin se acurrucó en la cama, se dio cuenta de que había olvidado telefonar a su abuela y a su tía SAGRARIO para felicitarlas por el año nuevo, tal como les prometió la última vez que hablaron. Ambas mujeres le habían suplicado que regresara, y ella se limitó a responderles que aún le quedaban cartas por leer. Evitó decirles que no había alcanzado ese punto de incredulidad, una frontera a merced de la cual tintineaba el último secreto. Hasta entonces, no podía moverse de Biarritz.

Se desveló preguntándose cuál habría sido el destino de su portafolio, y era de madrugada cuando sintió que llamaban a la puerta. Dos golpecitos débiles que, de haber estado dormida, no hubiera podido oír. Tuvo la corazonada de que era Margot, y la ilusión de que, siendo ella, le trajese de vuelta las cartas. Saltó de la cama, abrió la puerta y se enfrentó al rostro desencajado de la señora Goti.

—Debo decirle algo importante.

Elsa la dejó pasar y volvió a cerrar sin hacer ruido. La dueña de la pensión se cruzó de brazos y le habló en susurros, deteniéndose entre frase y frase para tragar saliva.

—No vaya a salir mañana... No se le ocurra ir a ver a Beñat.

De momento el nombre le sonó remoto, ¿qué tenía que ver Beñat con todo lo que había ocurrido? Elsa no dijo una palabra, pero pensó lo obvio: que la señora Goti había leído la nota antes de dársela.

—Estoy segura de que la vigilan. Y es posible que a Beñat también. Si va mañana a La Négresse, los arrestarán a los dos.

El instinto la hizo retroceder. Sintió la urgencia de mirar mejor a la señora Goti, hacerse la composición de espacio y de lugar con su cara en el centro, como si fuera a tomarle una fotografía.

—No la entiendo —fue lo único que atinó a decir.

—Le debo a usted un favor, ¿se acuerda?, y vengo a devolvérselo: tal como están las cosas, mejor se queda en la pensión. Tal vez recupere su cámara, debe esperarla aquí.

Elsa se preguntó si todo era tan simple como parecía: la señora Goti, queriendo evitar un disgusto entre ella y Harald, y temerosa de enfrentar las iras de un oficial que ya había dado muestras de querer cerrarle la pensión, trataba de impedir que se viera con otro. Le pareció ridículo, descabellado, que se apareciera en mitad de la noche para advertirle algo así.

—Perdóneme —resumió la mujer—, no están los tiempos para jugar con fuego.

Elsa enrojeció, nunca en su vida había sentido el impulso de abofetear a nadie. Pero tuvo el deseo de zarandearla, echarla de la habitación, gritarle a la cara que esa sería la última noche que pasaba allí. Al final no hizo nada, vio que la otra bajaba la vista, quizá arrepentida, temiendo haber ido demasiado lejos. La oyó balbucear una disculpa y luego achicar la voz, encogerla para que sonara sumisa.

—Si a pesar de todo decide ir a verlo, no salga por delante. Avíseme, hay una puerta trasera que da a la Rue Larralde.

Se fue sin darle tiempo a Elsa de preguntarle o reclamarle nada. Jugar con fuego era postrarse ante el irresistible dios que era Beñat, y, más tarde, llena de su olor, volar a compartir el lecho con el alemán. Aparte de la señora Goti, ¿quién que la conociera adivinaría aquella doble vida? Nadie. Ninguna de las dos mujeres que la esperaban en San Sebastián, su tía y su abuela; mucho menos su padre, que de seguro la encomendaba a Dios cada mañana en la capilla de la destilería.

Se dio vuelta en la cama y se concentró en Beñat. Pensó en su abrazo, en sus músculos que se inflamaban y cobraban vida, como si viviera en él una bestia imprevista, más grande que su piel y sus huesos. Lo comparó con Salvador, y, sintiéndolo en el alma, también lo comparó con Harald.

¡Con qué poco se había conformado todos aquellos años!

Domingo, 2 de diciembre de 1923

Estoy en La Habana, en una habitación de hotel sin lujo alguno, pero iluminada y limpia, con un pequeño balcón que da a una plazoleta, y tras la plazoleta se divisa el mar. Es todo cuanto puedo permitirme con el dinero que traje, sin contar la suma que he pagado por una plaza en un barco que zarpa el próximo viernes.

En los últimos días, he fingido estar más animada. Fue tan buena mi actuación, que Juan María aceptó que la mujer que me cuidaba por las noches durmiera fuera de la habitación, en un catre al lado de la puerta.

Yo había guardado algún dinero, a principios de llegar a Cárdenas, sacándolo de una pequeña caja fuerte que Juan María tenía en el dormitorio. Al darse cuenta de que lo tomaba, cambió la combinación, pero ya había reunido cierta cantidad. De ahí en adelante, sabiendo que para escapar iba a necesitar con qué pagar coches y trenes, yo arrasaba con lo que encontraba en sus bolsillos, cualquier moneda me satisfacía.

El día de nuestro aniversario, Elsita me despertó con un ramo de flores que me traía de parte de su padre. Al poco rato, vino él a verme, me besó en la frente y me dio su regalo: unos pendientes comprados en una joyería de Cárdenas. Prometió que más adelante me regalaría algo mejor.

En las últimas semanas, solíamos salir a caminar un rato cuando él volvía del trabajo. Supuse que a pesar de ser nuestras «bodas de madera», no haríamos nada diferente a eso, distraernos un rato por la calle, pararnos a beber champola en el único café decente y dar vueltas por el parque. Y así fue, me arreglé y me puse los pendientes nuevos, y uno de los vestidos de otoño que traje de San Sebastián.

Al regresar a casa, las negras habían horneado un bizcocho y preparado chocolate caliente. Nos sentamos los tres a la mesa y noté que Elsita estaba menos parlanchina, resentida por algo, hasta que de repente haló la manga de su padre y habló en el tono relamido de una adulta: «Magdalena saca dinero de tu bolsillo». Caí en la cuenta de que la niña me había estado vigilando, me acechaba al igual que hacían las negras, y ese fue mi verdadero regalo de aniversario: descubrir que Juan María había hecho de mi propia hija una persona sin lealtad, dispuesta a sonreír o simular que jugaba con sus muñecas, mientras en realidad espía a su madre. La niña insistió en delatarme y él trató de restarle importancia. En el fondo, estaba al tanto de que le hurtaba la calderilla que encontraba en su ropa, pero pensaba que no podría hacer nada con tan poca cosa.

Después del chocolate, dije que estaba mareada y que quería acostarme. Era la excusa para no ir al cuarto de Elsa, siempre voy para rezar con ella, pero en ese momento le guardaba rencor, ni siquiera toleraba la idea de darle un beso de buenas noches. Empecé a dar vueltas en la cama, no sé por cuánto tiempo, hasta que entrada ya la madrugada pude quedarme quieta, pero no dormida. Y estaba así, con los ojos como platos, cuando oí que llamaban a la puerta. Tocaron una vez, dos veces, y luego siguieron haciéndolo con fuerza, los golpes retumbaban en la casa, y lo curioso era que ni las negras ni Juan María parecían oírlos, tampoco se despertó la niña, que tiene el sueño ligero y lloriquea si hay un ruido fuerte. Me empezó a dar miedo, pese a saber que la negra de turno estaba al otro lado de la puerta, acostada en su catre, interrumpiendo el paso por sí a mí se me ocurría salir. En la calle, además, tenía que estar el hombre que vigilaba la casa por las noches. Me pregunté si no sería él quien tocaba.

Esperé asustada, laténdome tan fuerte el corazón que tuve que sentarme en la cama. Los golpes en la puerta cesaron, pero intuí que algo no andaba bien, me levanté y me puse la bata, quería estar preparada para cuando vinieran a avisarnos que había un fuego. Tuve esa corazonada porque Juan María había contado que unos días atrás se desató un incendio en un barrio cercano a la destilería, por culpa de un demente que tiró un palo ardiendo al tejado de una casa. Olfateé el aire y pensé en Elsita. ¿Qué pasaría si se extendían las llamas y no me daba tiempo de sacarla? No pude ni quise esperar más. Salí para despertar a la negra que dormía al pie de mi cuarto, empujé el catre con el pie y le grité que se levantara, pero no se movió, siguió roncando con la boca abierta.

Se oyeron nuevos aldabonazos, era lo único que quebraba el silencio, y de qué forma, parecía imposible que nadie más se

hubiera despertado. Esquivé el catre para ir al cuarto de la niña, vi sombras en el patio y sentí alivio de saber que la otra negra se movía por la casa, pero casi al mismo tiempo descubrí que no era una silueta de mujer, sino el celaje de un varón. El pánico me cerró la garganta, no habría podido gritar de haber querido hacerlo, lo único que me importaba era llegar junto a mi hija, su alcoba estaba cerca, del otro lado del pasillo, pero me pareció una eternidad el tiempo que me tomó cubrir esa distancia, abrir la puerta y comprobar que estaba en su cama, profundamente dormida, y Joaquina durmiendo cerca de ella.

Volví a salir sin despertarlas y eché un vistazo al patio: la luz de la lámpara se había consumido y era difícil saber si había extraños moviéndose a mi alrededor. Caminé un poco a tientas hasta la habitación de Juan María, me asomé y vi que tenía prendida la lucecita de leer, pero no estaba en su cama, tan solo el rosario sobre la almohada. Algo me dijo que el celaje que había visto era el suyo, que de seguro había salido para intervenir en otro embrollo de la destilería. Últimamente, tenían problemas con los cargamentos de ron que mandaban a los Estados Unidos. Juan María me había dicho que los embarcaban a escondidas, pues allá estaba prohibido consumir licor, y aunque las lanchas llevaban sus custodios, había ladrones que las acechaban a la salida de la bahía. Se enzarzaban a tiros los dos bandos y cuando alguien resultaba herido, Juan María y otros directivos tenían que dar la cara. Eso explicaba que no estuviera en casa.

Pensé que mi momento por fin había llegado. Estaba libre, o casi, porque aún faltaba esquivar al hombre que vigilaba en la calle. Fui a mi habitación, cogí el maletín de las excursiones y lo llené de ropa. Me vestí con el mismo traje de otoño que me había puesto la víspera; saqué de su escondite todo el dinero que había logrado juntar, y llenándome de valor atravesé el patio y alcancé la puerta.

Estaban descerrados los cerrojos —dos que se cierran por la noche—, con lo que confirmé que Juan María había salido. Tan habituada estaba a ver al peón de la destilería merodeando en la acera, que se me figuró que lo tenía delante y esperé cabizbaja a que me detuviera. Pero no pasó nada, levanté la cabeza y me di cuenta de que la calle estaba solitaria. Caminé unos cuantos pasos para probar mi suerte, sin taconear y sin mirar otra cosa que no fuera el suelo.

Imagínese mi nerviosismo, llevaba el bolso lleno de dinero y temía que me lo robaran. Me había puesto alhajas, mi mejor brazaletes y mi collar de perlas, todavía no sé por qué lo hice, el instinto me dijo que esas prendas podían sacarme de un apuro. Cada cierto tiempo, volteaba la cabeza para asegurarme de que no me seguían, me aterraba pensar que en una de esas iba a ver la sombra del perseguidor, furtiva como la de un gato, con las mismas garras para darme alcance.

Apreté el paso, agobiada por ese pensamiento. Me moví tan rápido que en pocos minutos divisé los arcos y las farolas de la estación del tren. No había nadie en los alrededores, excepto por el celador que barría el suelo y que me dijo que el tren para La Habana no salía hasta las seis de la mañana. Busqué con la vista un lugar discreto para sentarme y esperar a que abrieran la taquilla. Quise evitar los bancos, que eran visibles desde la calle, me conformaba con un rincón desde el cual poder escabullirme en caso de que apareciera alguna de las negras, o el propio Juan María, enfurecido de que hubiera vuelto a las andadas.

Había una silla junto a la salida a los andenes, la empujé hasta ocultarla detrás de una pared y allí fui a dar con mis huesos, con los míos y con los de la criatura, que justo en ese instante se espabiló y empezó a darme pataditas. Puse la mano y le rogué que volviera a dormirse, pero fue peor, pues aparte de respirar con el furor que lo hace cuando se impacienta, me pareció que gruñía, sonaba igual que un perro. A pesar de eso estuve cabeceando un rato, me quedé dormida y hasta soñé con Doris. En algún momento, me despertó un campanillazo y oí las voces de unos viajeros que habían llegado a la estación. Tenía el cuerpo entumecido y la nuca adolorida, aunque por suerte el niño había dejado de pelear.

Salí de mi escondite y me di cuenta de que el maletín era más pesado de lo que imaginaba, al huir de casa no lo había notado, hubiera podido levantar una caja de caudales sin que me costara esfuerzo. Tomé precauciones, miré a todos lados para asegurarme de que no había nadie sospechoso, hasta llegué a pensar que quizá me habían tendido una trampa, dejándome salir para averiguar hasta dónde me proponía llegar.

Un viejito barbudo, con la gorra ladeada, se paró en medio del vestíbulo y chilló con fuerza: «¡Tren para La Habana, pasajeros del tren para La Habana!». Dos o tres señoras se quedaron mirándome: mi atuendo les llamaba la atención, también mis prendas, inadecuadas para un pobre viaje como aquel. Me di cuenta de que no podía demostrarle a nadie que estaba asustada, y si en algún momento me sobresalté creyendo divisar al hombre que se encargaba de custodiar la casa, lo cierto es que me recompose rápido. Al momento de pararme frente a la taquilla y comprar el billete, sentí que el corazón me estallaba de felicidad, de una soberbia que me daba alas. ¿Quién podía impedirme que volviera al lugar en el que quiero estar y del que nunca debí haber salido? El propio Juan María, cuando se pone vanidoso, dice que los vascos estamos hechos de otro barro, somos empecinados y ningún extraño puede pararnos quietos. Él no se considera extraño con respecto a mí, pero lo es, lo ha sido desde que me alejé de ustedes.

Subí al vagón que me correspondía y desde la ventanilla me entretuve mirando hacia el andén. En algún momento, no sé cuándo ni cómo, una piedra helada substituyó mi corazón, se esfumó todo rastro de angustia y noté que la criatura se apaciguaba en mí.

Ya era de día cuando comenzamos a alejarnos, el tiempo era lluvioso y hasta un poco frío, y me pregunté qué ambiente reinaría en la casa, qué le habría dicho Juan María a la niña para justificar mi ausencia. Yo iba sola en el compartimento, dormitando sin llegar a perder la noción de lo que me rodeaba. Cerca del mediodía llegamos a La Habana. Asomada por la ventanilla, poco antes de entrar en la estación, vi el mar; los veleros sonrientes como los de un dibujo, y a lo lejos un buque. Vi

sobre todo la posibilidad de estar entre ustedes en muy pocos días. Tenía previsto informarme sobre los hoteles, alojarme de inmediato para poder asearme y descansar un poco, y, antes de que acabara el día, acudir a la compañía naviera a por itinerarios y tarifas. Bien sabe usted que no estoy acostumbrada a esos trotes.

Eché a caminar con precaución, mirando atrás de vez en cuando para asegurarme de que nadie me seguía. Pregunté a un par de señoras que me parecían distinguidas si podían recomendarme algún alojamiento. Me miraron de arriba abajo, hablaron entre sí y ambas dijeron que no podía quedarme en otro que no fuera el hotel Sevilla. Las habitaciones son caras, pero logré que me acomodaran en una de las más modestas.

En el hotel me hablaron de la Transatlántica Francesa y me confirmaron que uno de sus barcos estaba a punto de zarpar a Europa. Creo que les caí en gracia, o se compadecieron de verme en estado, ya que pusieron a mi disposición el automóvil que solo ofrecen a los huéspedes de alcurnia. Disfruté de ese paseo imprevisto, de la brisa que me acariciaba el pelo y de la velocidad de la máquina. Me quité el guante de una mano, saqué el brazo por la ventanilla y dejé que el aire pasara entre mis dedos. Con los dedos vi la libertad, que es más real que la que ven los ojos.

Tuve suerte: salgo este viernes al anochecer en el vapor *Mexique*. Dejé pagada mi plaza, un camarote de primera clase, ya que a pesar de que no estoy sobrada de dinero sé que en mi estado no debo hacer la travesía sin las comodidades mínimas.

A los del hotel les dije que necesito descansar antes del largo viaje, y que si viene algún pariente a procurarme deberán negarle que me hospedo aquí. He pasado el fin de semana dormitando, voy de la cama al balcón, y salgo de la habitación muy poco, pido que me traigan la comida para evitar miradas indiscretas en el comedor. Por desgracia, tendré que salir para comprar una maleta y ropa, y es mejor que lo haga cuanto antes.

Avísele al *aita* que regreso en el *Mexique*. Sé que me comprenderá: solo tendría que verme para darse cuenta de que si sigo en Cuba me moriré cien veces, como dice una canción antigua que aprendí con Doris. Me la copió en inglés para que practicara, y ahora solo recuerdo esas palabras tristes: «*Back to black, black, black*».

Estoy en camino. Llegaré en cuanto pueda.

Preciosos martirios

Al contrario de lo que había pensado, no tuvo que ir en busca de Harald.

La criadita escuálida de la pensión, al verla salir rumbo al baño, balbuceó que tenía algo para ella, tiró el trapo con que fregaba el suelo, corrió escaleras abajo y volvió con el portafolio. Elsa se lo arrebató de las manos con el temor de hallarlo vacío, pero vio aliviada que las cartas estaban dentro, quizá en desorden, eso lo comprobaría enseguida. Le preguntó a la muchacha quién se lo había dado, y ella cogió el trapo para seguir limpiando.

—Fue Margot, ¿no es así?

La otra farfulló una frase con la cabeza baja. Elsa repitió la pregunta, sabiendo de antemano que no obtendría respuesta. Decidió no insistir y entrar en el cuarto para contar las cartas y cerciorarse de que estaba todo, también el escrito del viaje a Rocamadour, aquel que Magdalena emprendió junto a su padre varias semanas antes de casarse con Iturrioz. Años más tarde, Sagrario lo descubrió entre los papeles que su hermana dejó en San Sebastián cuando marchó con su marido a Cuba, y aún lo siguió conservando después de la tragedia. Finalmente lo juntaron con las cartas que le entregaron a Elsa.

Después del desayuno —tazón de leche tibia, pan con manteca rancia, y un suspiro de jalea de frambuesa que quedaba en el fondo de un tarro—, se dirigió a la playa y pasó casi toda la mañana leyendo la desolada carta en la que Magdalena daba cuenta del cerco que le habían tendido. Estaba fechada el 7 de diciembre, a pocas horas de abordar el vapor *Mexique*, y al principio desbordaba ilusión, porque acababa de pagar el hotel y aún le había sobrado dinero. Luego la mano le temblaba, o al menos eso parecía porque la letra se volvía grotesca. Con esa mano temblorosa atinó a escribir que si no lograba abordar el buque que zarpaba esa noche, era porque Juan María la había localizado y la retenía a la fuerza. Por eso quería asegurarse de que en San Sebastián lo supieran, y de que en caso de que la secuestraran, tuvieran pruebas del delito. Ella misma llevaría la carta a la estafeta de correos en lugar de entregarla en la recepción del hotel, como hacían todos los huéspedes.

Elsa trató de hacer memoria y encontrar una pequeña imagen que se remontara a los días en que su madre se ausentó de Cárdenas. Cualquiera cosa, la sensación de desamparo o rabia, o la actitud preocupada de Iturrioz. Intentaba imaginar su vida transcurriendo a solas con las mujeres del servicio, en una casa donde todo era desasosiego. Sin embargo, no logró nada, no evocó ni una pequeña escena, y concluyó que el vacío que dejó Magdalena ella lo llenó de olvido, de una rara sustancia que se compactó y que por más que intentara romper, seguía siendo sólida e

inexpugnable.

Volvió a la pensión a mediodía. Harald no la había llamado ni tampoco le había mandado mensaje con alguno de sus subalternos. Avisó a la señora Goti que iba a usar el teléfono y pidió a la operadora el número de la casa de su abuela. Contestó Sagrario, que sonaba más apagada que otras veces, pero que le hizo las mismas preguntas que solía hacerle cada vez que hablaban: cuándo tenía previsto regresar, qué tal comía, y si ya había terminado de leer las cartas. Ese día, intempestivamente, Sagrario quiso saber otra cosa: ¿había tenido por casualidad algún encontronazo con los alemanes? Elsa negó rápidamente. «Es que tuve un pálpito», añadió la otra. «Soñé que te paraban en la calle.»

La tranquilizó diciéndole que no solo no había tenido encontronazo alguno, sino que, por el contrario, se había hecho amiga de un teniente alemán. «Pues será eso», concluyó su tía y le pasó el teléfono a Mercedes, que suspiró fuerte sin decir palabra, dejó correr unos segundos antes de pronunciar su nombre varias veces: «Elsa, hija, Elsa». La voz de su abuela le pareció muy débil, entrecortada por la pena, posiblemente llena de vergüenza. Le preguntó lo mismo: si ya había leído las cartas. Elsa reconoció que le faltaban unas cuantas, iba despacio para tratar de comprender. Mercedes se expresó como si Magdalena aún estuviese viva: «Eso es lo que le hace falta, que la comprendas tú».

Almorzó a solas en su habitación: tortilla de champiñones y un vaso de vino. Al volver de la calle, había entrado en la cocina para ver si era posible que le subieran algo de comer. Media hora más tarde, la dueña de la pensión llamó a la puerta, entró con la bandeja y habló del tiempo, de la nevada en ciernes. Le explicó que el vino era un regalo del jubilado de Lyon, quien había hecho un gran sacrificio para conseguir dos excelentes botellas de Burdeos y disfrutarlas con los demás huéspedes.

—Dele las gracias de mi parte. —Intentó proseguir con naturalidad—: A las cinco y media necesitaré que abra esa puerta que me dijo, la que da a la Rue Larralde.

La señora Goti, que iba de retirada, giró la cabeza pero no la miró a ella, sino a un punto a través de la ventana.

—Le puedo conseguir un taxi, si me lo permite. Nada resuelve con salir por ahí si no tiene quien la espere afuera.

—Hágalo —convino—. Dígale que sea puntual.

Después de comer, estuvo aseándose con calma. Encontró el baño desocupado y limpio, y ningún otro huésped la importunó llamando a la puerta o preguntándole si le faltaba mucho. Se hizo sortijas en el cabello húmedo y se pintó las uñas con esmalte rojo, las de los pies también, lo que la llevó a reparar en sus dedos frágiles y delgaditos, tan indefensos que la conmovieron. Quizá evocaba en ellos los atolondrados dedos de su madre, ¿cuántas veces reparó en los pies de Magdalena, cuánto los había rozado sin querer? Eligió la ropa que iba a ponerse, y le pidió una plancha a la señora Goti para alisar la falda, pero la dueña de la pensión insistió en hacerlo ella misma. De paso, la animó para que le diera el resto del conjunto, chaqueta y blusa, la pensión era húmeda y las telas tendían a deslucirse.

Mientras esperaba por su ropa, colocó en la cama los zapatos, los guantes y el pañuelo, esa sencilla operación para combinar colores que le enseñó Marta desde que era niña. Hacia las cinco

de la tarde, y antes de vestirse, se acercó al espejo y escudriñó su rostro. Retrocedió unos pasos y entreabrió los labios, incrédula de su buena suerte: en algún momento de la noche volvería a los brazos de Beñat. ¿Qué había pasado en ella durante los dos días que mediaban entre el instante en que se adentró en la cabaña para escoger besugos, y este momento en el que estaba a punto de salir rumbo a un café de La Négresse? Si Salvador había sentido por la viuda una pasión como esa, mucho se tuvo que contener delante de ella para ocultarlo durante tantos meses.

La señora Goti le subió la ropa recién planchada, y ella se vistió enseguida, alegrándose del calorcito de la tela. Al terminar, volvió a mirarse en el espejo y lo que vio la satisfizo: una insolencia tibia, una necesidad de muerte. A las cinco y media bajó a la primera planta, el lugar estaba desierto y se dirigió a la cocina en penumbras donde la señora Goti la esperaba con gesto impaciente. Le hizo seña a Elsa para que la siguiera y se metieron ambas en la covacha que se usaba como almacén y trastera. Apartó palos y deshollinadores, movió cajas vacías, y detrás de todo aquello apareció una puerta estrecha, de poca altura, que daba la sensación de conducir a un pasadizo, aunque en realidad daba a la calle.

—Salga rápido, el taxi está aquí mismo y el chofer ya sabe adónde debe llevarla.

Fue un viaje breve. La Négresse era prácticamente un barrio a pocos kilómetros de Biarritz. En varias ocasiones el chofer miró hacia atrás por el espejo y Elsa tuvo la impresión de que intentaba averiguar si los seguían. En los puestos militares nadie hizo ademán de detenerlos, y ella no cruzó ni una palabra con el taxista, ni siquiera al final, cuando el vehículo se detuvo y el hombre le anunció: «Es aquí, puede bajarse». Miró por la ventanilla y vio en lo alto el letrero triston, lleno de abolladuras: Labaka Café-Bar. Le temblaban las manos cuando pagó sin chistar una suma que le pareció excesiva. Salió del taxi y entró en el café.

A Beñat lo divisó enseguida, recostado en la barra, pendiente de la puerta. A esas horas había pocos clientes, unos viejos cabizbajos que jugaban a las cartas, y una pareja joven. Los jóvenes la miraron con curiosidad, y Elsa se dio cuenta de que sus ropas elegantes desentonaban con el aspecto alicaído del lugar. Todo era polvoriento y mustio, hasta la bandera que colgaba del techo y que reconoció al instante: una ikurriña, aunque el bordado que tenía en el centro y que le pareció un arcángel la hizo dudar. Al llegar junto a Beñat se dio cuenta de que él también había intentado vestirse lo mejor posible, con un traje ajado pero sin arrugas, y el cuello de la camisa blanca sobresaliendo por encima de la chaqueta. Se sentaron a una de las mesas y él le cogió las manos, las apretó entre las suyas y sonrió mirándola a los ojos. Un mesero se acercó para preguntarle qué deseaba beber, Beñat ya estaba tomando vino y ella pidió un café, a lo que el mesero respondió encogiéndose de hombros, no le dijo que no había, solo ese gesto socarrón. Elsa se dio cuenta de que había pedido un imposible.

—Vermú, entonces.

El mesero se alejó, y pasó un largo minuto antes de que Beñat rompiera el silencio y le preguntara, en su pedregoso español, si no había tenido ningún contratiempo para llegar allí.

—Ninguno.

Le trajeron el vermú, que estaba tibio y lo tomó a sorbitos, mientras él le hablaba de su verdadero oficio, que no era exactamente la pesca, aunque a veces salía a pescar por distracción, sino la compraventa de pescado y marisco, un intermediario entre los pescadores y los dueños de

tiendas o de restaurantes. Ocasionalmente (sonrió con malicia), llegaba alguien como ella, que podía pagar por unos buenos besugos. Apuró el vino de un golpe y le susurró que, con suerte, podrían llegar a Arcangues antes de que salieran las patrullas nocturnas. Elsa quiso saber qué era Arcangues.

—El lugar donde vivo —contestó entre dientes.

La tomó del brazo para salir del café y se dirigieron a una vieja motocicleta aparcada al otro lado de la calle.

—Arriba —la invitó Beñat.

Pensó que ni su traje de chaqueta ni el abrigo le permitirían subir, pero él la convenció de que solo debía quitarse el sombrero y agarrarse fuerte a su cintura. Enfilaron por la carretera casi desierta, y a los pocos minutos de dejar La Négresse, otro motociclista los adelantó y volteó la cabeza para mirarlos. Durante el resto del trayecto apenas se cruzaron con unos pocos automóviles, un hombre que empujaba un carretón con berzas, y los taciturnos ciclistas de siempre, que a la caída de la tarde sacaban las linternas.

Beñat vivía en el centro del pueblo, en una casa de dos plantas, angosta como todas las de por allí. Del dintel de la puerta colgaba un pez embalsamado, uno de aquellos peces globo que ella solo había visto en los acuarios o en las láminas de los cuadernos infantiles. Se preguntó si el día que Magdalena decidió inmolar a su pequeño, no habría peces rondando en el veneno del agua. ¿Cuánto horror es capaz de asimilar un pez? Beñat la tomó de la cintura y la hizo entrar, luego cerró la puerta y fue derecho a alimentar la chimenea. De espaldas, acucillado junto al fuego, le preguntó si estaba segura de que nadie la había seguido.

—Nadie. Te aseguro que la señora Goti exagera.

Le contó que la mujer la había hecho salir por una puerta trasera a una calle desierta en la que solo había un vehículo: el taxi que la estaba esperando. Beñat se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, a la manera en que lo hace un escolar que asiste a una función de títeres.

—Puedes colgar tu ropa allí —la animó, señalando un perchero junto a la pared—. Ya no se siente frío.

Elsa sonrió y aspiró el olor de la leña quemada. Su padre le contaba que en San Sebastián, antes de mudarse a Cuba, solían sentarse junto a la chimenea en el invierno, y jugaban a ver figuras en las llamas. Había intentado recordar también esas veladas, pero eran imágenes demasiado remotas, o demasiado hirientes. Se desabrochó la chaqueta y se aflojó la falda bajo la impasible mirada de Beñat; permaneció indecisa unos segundos y enseguida se quitó ambas piezas, se deshizo de la combinación y quedó en ropa interior.

—*Tot!* —rugió Beñat en su dialecto favorito, era tan fácil entender esa sencilla orden.

Lo obedeció, pero no quiso avanzar hasta que él se lo pidiera. Tuvo la impresión de que Beñat aún esperaba que ella se desnudara más, se arrancara la piel, lo recibiera en carne viva si era necesario. Por fin lo vio reaccionar, ponerse de pie y quedarse en cueros con la agilidad de un mago que cambia de disfraz. A Elsa nunca se le había ocurrido que existía un atisbo de felicidad absoluta, un relámpago que se ve una vez o ya no se ve nunca, y cuyo hechizo es tan cierto como el del rayo verde. Allí, alrededor del sexo de Beñat, cerró sus manos. Tuvo el presentimiento de que solo el dolor físico, una punzada aguda, liberadora y honda, la aliviaría de tanta adoración. Se

arrodilló sobre la percutida piel de oveja que hacía las veces de alfombra, y comprendió que hay imágenes que simplemente son difíciles de soportar, preciosos martirios de otro santoral sublime.

Más tarde, Beñat se levantó a buscar mantas y Elsa reparó en sus piernas ligeramente arqueadas, las nalgas altas, los músculos como eslabones, esa irrompible cadena que iba de un hombro al otro. Al volver, la cubrió con una especie de cobija que picaba en la piel, se acostó a su lado y, mientras la abrazaba, soltó palabras con la voz entrecortada de un agonizante.

Dormitaron juntos y cenaron el pastel de pescado que él había comprado en el mercado negro de Bayona. También sacó una fuente con higos y un plato con un trozo de queso. Para completar, le puso delante un vaso de aguardiente y le pidió que le contara de su vida en Cuba; lo que solía hacer en su país antes de viajar a Biarritz.

—Es que no sé si es mi país —titubeó, mojó los labios en el aguardiente—. Creí que lo era, pero ahora estoy pensando de otro modo. Desde que llegué a San Sebastián tengo esa duda. Mi abuela dice que sigo siendo lo que fui, que se me nota en la forma de mover las manos.

Se animó a hablarle de su separación. Aludió brevemente a Salvador, y hasta reconoció lo que, hasta ese entonces, solo había admitido para sus adentros: que estaba agradecida de que le hubiese dado el empujón que ella necesitaba para hacer el viaje. Agradecida de que se hubiera enamorado de la viuda, e incluso de que aquella mujer hubiera puesto su granito de arena concibiendo un hijo. Se cuidó en ese momento de mencionar a Magdalena o a su hermano muerto, aunque se daba cuenta de que el relato era incompleto. Beñat comía desnudo y ella en cambio se había envuelto en la manta, que, con el calor del cuerpo, empezaba a despedir un vaho que era algo más que el tufo del tejido crudo.

Al cabo de un rato, lo vio levantarse de la mesa, dirigirse al perchero y coger el abrigo que ella había colgado con especial cuidado: era una lana de excelente calidad, pero propensa a las manchas. Al verlo registrar sus bolsillos, le advirtió que no tenía tabaco.

—No es tabaco lo que busco —repuso Beñat.

Palpó minuciosamente los bajos del abrigo, repitió la operación con el cuello y las mangas. Se detuvo para mirar a Elsa.

—¿No te dio nada la señora Goti?

Ella negó con la cabeza. Empezaba a querer comprender algo, no sabía exactamente el qué.

—¿Nada que dejara en tu bolso?

Le aseguró que no. De su bolso no se había separado ni un instante, sabía exactamente lo que contenía.

—Tampoco es lugar —rectificó Beñat como para sí mismo.

Elsa lo vio coger el traje de dos piezas, sacudirlo de cualquier manera y apretarlo en las manos. Primero revisó la chaqueta y viró los bolsillos; al no hallar lo que buscaba, la devolvió al perchero. Luego hizo lo mismo con la falda. Entornó los ojos mientras tentaba las costuras, y solo pasaron unos segundos antes de que corriera a la mesa, empuñara una navaja y empezara a descoser el dobladillo.

—Perdona que haga esto —farfulló sin mirarla—. Luego lo arreglamos.

Por fin halló el tesoro, extrajo un rollito de papel y lo extendió en la mesa.

—¿Qué hace eso en mi falda?

Beñat no contestó. Desnudo, de perfil, con el cabello revuelto y la ansiedad marcándole las venas del cuello, su silueta le recordó la de un ángel colérico, uno de esos demonios desterrados a los que nunca había querido retratar.

—¿Por qué estaba eso ahí?

Lo vio mover la cabeza, pero no oyó su voz. Se le erizó la piel y pensó que no se había sentido tan empujoneada y temerosa ni siquiera cuando los submarinos alemanes rodearon el buque en que cruzó el Atlántico. Vio al extraño, al hombre tosco y nervioso que iba derecho a lo que le importaba.

—Vamos a pasar a unas personas —le contestó por fin—. Este papel es para mí, por si tengo problemas al volver.

—¿Volver de dónde?... ¿Qué fue lo que pusieron en mi ropa?

—¿Has oído hablar de los *mugalaris*? No, seguro que no. Soy un *mugalaris*, ayudo a la gente que está a punto de ser asesinada en Francia a que pueda escapar por la frontera a España. La señora Goti pensó que lo mejor era guardar este papel en un lugar seguro.

—La señora Goti no lo guardó —protestó Elsa, incapaz de entender aquel tráfico humano del que hablaba Beñat—. Lo ocultó, que es muy distinto, me lo cosió en la falda sin que yo lo supiera.

—Por tu bien —repuso él—. Si lo hubieras sabido y te detienen, tú misma te habrías delatado.

Sintió que la cólera sustituía poco a poco al miedo. Su primer encuentro con Beñat había sido fortuito, nadie lo había propiciado, ni él ni la señora Goti. Fue de ella la idea de acercarse al Puerto de Pescadores el último día del año. Fue también decisión suya quedarse en la cabaña después de haber pagado por el pescado. Al enterarse de que ambos se habían conocido, la dueña de la pensión decidió utilizarla una vez más. Ya lo había hecho cuando le mintió con respecto a la rusa, y ahora ocultaba mensajes secretos dentro de su ropa. Estaba hospedada en el lugar equivocado y probablemente no le quedara otro remedio que salir de Biarritz.

—No consentí en traer ese papel. No los conozco, no quiero mezclarme en política.

Beñat se sirvió un vaso de aguardiente y caminó hacia ella. Elsa se preguntó si, con el giro que habían tomado las cosas, no debía parecerle ofensiva la desfachatez con que él se le acercaba, sin el menor rastro de pudor, presumiendo del péndulo inaudito. Se preguntaba si no debía sentirse burlada, con ganas de salir corriendo a denunciarlo, furiosa ante el hecho de que estaba allí como correo, mensajera y víctima de dos personas que podían arrastrarla al desastre.

—La señora Goti dice que la ayudaste ya —recalcó él con una voz intensa, no se sabe si llena de ternura o de ferocidad—. Hay que tenerte mucha confianza para decirte lo que yo te he dicho.

Elsa se tapó la cara con las manos y por primera vez se arrepintió de haber salido de la casa de su padre. Ahora se había metido de cabeza en una pesadilla, cuando lo que había ido a buscar a Biarritz era lo contrario: remedio para un mal sueño que duraba ya más de diecisiete años. Beñat le pasó el brazo por los hombros y recurrió a lo que parecía ser su última baza: acababan de entrar en 1944 y era preciso que la guerra terminara para que no hubiera más detenciones ni torturas en la Maison Blanche; para que no siguieran enviando a jóvenes franceses a los campos de concentración, o metiendo en cámaras de gas a las mujeres y a los niños. Pero la guerra no podía terminar con la victoria de Alemania, como deseaba el perro de Laval, ¿sabía quién era Laval? Para que terminara de otro modo, mucha gente se jugaba la vida. Y aunque nadie pretendía

que ella hiciera lo mismo, puesto que al fin y al cabo era extranjera, podía echar una mano en cosas tan sencillas como permitir que ocultaran unos rollitos de papel en su ropa. En cualquier caso, concluyó Beñat, convenía que descansaran y lo discutieran a la mañana siguiente, delante de un buen tazón de leche.

Elsa aceptó con un movimiento de cabeza: prefería dormir allí, o en la calle si era necesario, antes que volver a la pensión y encontrarse con la señora Goti. Se dejó llevar al dormitorio, al que se accedía por el rizo de una escalerita que le pareció de juguete, y le agradó la cama bien tendida, la mesita con reloj despertador, el ropero silencioso, más envuelto en la sombra que ningún otro mueble en la estancia. Mientras ella se aseaba, él sustituyó el cubrecamas por un par de colchas infantiles, y al volver del baño lo sorprendió esponjando las almohadas, fino y profesional como una camarera. Más tarde se esmeró en arroparla y le cantó bajito lo que aparentaba ser una canción de cuna: «Mun Diu! Mun Diu! He he hi ho!».

Una imagen de su adolescencia, la de la cocinera de la casa comiendo un trozo de mamey con queso, le vino a la mente cuando se despertó. Se asombró de haberla recobrado allí, tan lejos de Cuba, sobre ese lecho incombustible y nuevo, y se maravilló de la caja de símbolos en que se había convertido su cerebro. Era un vértigo suave, el de la memoria abierta y las imágenes que escapaban de ella con la levedad de naipes. Empezaba el día en que debía volver a la pensión y a las últimas cartas de Magdalena. No se había planteado cuánto duraría aquella extraña forma de vida, solo sabía que entre ella y Harald no existía un compromiso formal, ni planes de ninguna clase. Él no había hablado del tiempo que estaría destacado en Biarritz, ni de lo que haría al terminar la guerra. Era una relación abierta, aunque seguramente daba por sentado que no cabía un tercero. Con más razón si ese tercero era un nebuloso traficante de pescado.

Apartó esos pensamientos cuando sintió que Beñat se estiraba a su lado y bostezaba como un lobo marino, si es que los lobos bostezan con ese retumbar de músculos y golpes de sangre. Se volvió para mirarlo y lo que encontró la dejó flácida, devota de él. En el fondo, todas las lealtades tenían ese origen ciego, podía dar fe de que era así, lo sentía en cada uno de sus huesos, desde la cabeza a los dedos de los pies. Esos deditos que apenas unas horas antes se le antojaron débiles, y que ahora sabía que podían volverse contra el mundo entero: trepadores hábiles y despiadados.

Subió sobre Beñat, llorando de felicidad.

Sábado, 8 de diciembre de 1923

No estoy en el hotel, pero tampoco en el barco, que debió de zarpar ayer, como estaba previsto, sin que me fuera posible, de ninguna manera, subir a bordo y ponerme a salvo dentro del camarote. No pude hacerlo en vista de que Juan María estaba allí, al pie de la pasarela, mirando impaciente a las personas que embarcaban. Una pareja de guardias esperaba con él, estoy segura de que para darle apoyo en caso de que me resistiera.

Ya sospechaba que me había localizado porque los empleados del hotel se comportaban de una manera extraña. Cada vez que me veían, se acercaban para hacerme preguntas que no venían al caso, como si trataran de averiguar cuáles eran mis verdaderos planes —y los conocían, estaban enterados de que me iría en el *Mexique*—, o como si quisieran sorprenderme en un desliz y ver si lo del buque era una patraña mía. Temí, con razón, que Juan María estuviese detrás de tanta curiosidad, y luego pude comprobar que sí, que ya lo estaba controlando todo.

Se preguntará por qué no fue a buscarme al hotel, sabiendo que me encontraba allí. Yo también me pregunté lo mismo, pero supongo que pensó que le iba a ser difícil sacarme a la fuerza, con la gente haciéndole preguntas y el alboroto que se formaría en la calle. Daba por hecho que no me dejaría atrapar sin darle guerra, así que decidió que cualquier cosa que ocurriera, ocurriera en el puerto, entre la confusión y el llanto de los pasajeros que estaban a punto de abordar, y los parientes que habían ido a despedirlos.

Todo eso lo supe en un segundo, y en un segundo tuve que tomar una decisión. Ya habían sacado mi equipaje del automóvil y pedí que lo metieran de nuevo y lo llevaran de regreso al hotel. Mandé a decir que lo recogería al día siguiente. En el fondo sabía que no volvería a verlo, y que al cabo de algún tiempo tirarían la maleta en un rincón, o se la darían a los pordioseros para que se repartieran mis cosas. Pasaría lo mismo que con los títeres que Doris compró en la calle, en la puerta de la pensión donde habían sido abandonados. Con ellos organizó *El milagro de la lana*, esa función que tanto entusiasmó a Juan María, a la niña, a las negras que luego se convirtieron en mis carceleras.

Eché a correr lejos del muelle, correr es un decir, porque en mi estado soy incapaz de hacerlo, me esforzaba en apretar el paso y alejarme lo más posible de la boca del lobo. En otro momento me hubiera sentido perdida, temerosa de no saber dónde estaba ni adónde me dirigía. Pero la simple idea de que Juan María me atrapara, de tener que oír su vozarrón gritando que subiera al coche, me daba fuerzas para continuar, y una sabiduría de las calles por donde cogía. Nadie, al verme, hubiera adivinado que caminaba sin rumbo y sin saber dónde iba a dormir, o a esperar a que se hiciera de día para salir en busca de otro barco.

No puedo decirle cuánto tiempo estuve vagando, solo sé que la noche llegó sin anunciarse, como una piedra que se parte en dos y derrama su morado intenso. En un abrir y cerrar de ojos se encendieron las luces de la calle. Vi farolitos de colores en los soportales, y empecé a cruzarme con algunos chinos vestidos como en los jarrones, con largos bigotes y un mechón de pelo saliéndoles de la barbilla. Ni me miraban ni se hacían a un lado para abrirme paso, era yo quien tenía que esquivarlos. La mayoría de las mujeres que caminaban entre ellos eran negras o mulatas, y esas sí se apartaban al verme vestida para un largo viaje, con el abrigo puesto y el sombrero de fieltro.

Sudaba dentro de tanta ropa, y hubiera sido capaz de beber de los charcos, como los animales, para saciar la sed. Pero lo peor era que presentía que la criatura se había puesto enferma, el calor de su pequeño cuerpo me quemaba por dentro. Busqué con la vista un lugar donde pudieran servirme limonada o té. Había letreros chinos a mi alrededor, un olor rancio que me revolvió el estómago, y un tintineo que se encadenaba de una fachada a otra.

Divisé lo que me pareció una casa de comidas, más adelante en la calle, todo lo que necesitaba era beber un vaso de agua y echarme algo caliente al estómago. Antes de entrar, me quedé mirando una hornacina en la que refulgía una pequeña diosa; me hubiera quedado allí de buena gana, acompañándola, contando las monedas que tenía a sus pies, pero un camarero chino se asomó a la puerta e hizo un gesto para que pasara. Entré rápido y sin mirar atrás. Seguí obediente al camarero, aunque descarté

la primera mesa que me ofreció, muy visible en medio del salón. De alguna manera le di a entender que prefería sentarme al fondo, lo más lejos posible de la puerta.

Tan pronto me senté, sin haberlo pedido, alguien me puso al frente un cuenco humeante. Lo cogí entre las manos y me lo llevé a los labios, no había tiempo que perder si quería que la criatura volviera a moverse. Mientras iba tragando, entre sorbo y sorbo, le supliqué que se animara, le prometí que al día siguiente hallaríamos un barco para volver a España. El caldo, que era picante y ácido, bajó hasta el niño, pero nada ocurrió. Empecé a alarmarme, me froté la barriga pidiéndole que despertara, que respirara fuerte, que me arañara si era su deseo.

Mis ruegos no dieron resultado. Dejé sobre la mesa el cuenco y contuve la respiración, privé del aire a la criatura para ver si con eso reaccionaba. Ni siquiera me detuve cuando empecé a marearme, y ya era tarde cuando quise respirar de nuevo: perdí el conocimiento, no sé por cuánto tiempo, y cuando volví en mí ya estaba en otra habitación, tendida sobre lo que me pareció un jergón. Una mujer, al lado mío, preguntaba mi nombre; no era negra ni china, ni vieja ni joven, era algo que no podía saberse, con el pelo recogido en un moño muy elaborado. «Soy Magdalena Laparra», le dije, «perdí el barco que me llevaba a España.» Se interesó en saber de cuánto tiempo estaba. Le respondí que de seis meses, pero que la criatura había dejado de moverse. «La criatura está bien», me aseguró. «¿Vive en La Habana?»

Le confesé que vivía en Cárdenas y que había estado alojada en un hotel. Al no poder partir, había perdido mi equipaje. No preguntó la razón por la cual me había quedado en tierra, y supongo que imaginó que mis baúles se habían ido en el barco. Me dio confianza esa mujer y la creí cuando me dijo que el niño estaba bien, tal vez dormido.

Poco a poco me di cuenta de que me hallaba en un lugar donde había otras personas tumbadas como yo en jergones, casi todas fumando. Chirriaron los goznes de una puerta y de repente recordé la puerta de mi cuarto en la primera casa, antes que nos mudáramos a Ategorrieta. Hacía un chirrido igual, que me avisaba si usted intentaba cerrarla, creyendo que me había dormido. «*La porte!*», gritaba yo, y a usted no le quedaba más remedio que volver a abrirla. Ahora le confieso que no tenía miedo a la oscuridad ni a estar encerrada, solo quería que la puerta se quedara abierta para poder oírlos respirar. Cuando nos mudamos para Ategorrieta, a papá le tocó convencerme de que debía dormir con la puerta cerrada, se quedó conmigo toda una noche para que le perdiera el miedo. «*La porte!*», gemía, imitando el tono de mi voz, soltando carcajadas en mi oreja, apretándome para que yo supiera que en lo sucesivo, aun con la puerta cerrada, él iba a acompañarme siempre.

El humo que había en aquel lugar empezó a agobiarme y fue lo único que hizo reaccionar al niño, que por fin se movió, dio un vuelco tan inesperado que hasta salté yo misma en el jergón. Al incorporarme, la mujer puso una vasija bajo mi barbilla para que vomitara. Eché una baba por la boca que me supo al llanto de la criatura, estaba el infeliz sufriendo aquella situación, pasando miedo, sin comprender adónde había ido a dar su madre. Se acercó un chino con una taza de té, se la dio a la mujer y la mujer me la dio a mí. Era un líquido suave que sabía a jazmín, y mientras lo tomaba, ella preguntó el nombre de mi esposo. «Octavio Laparra», contesté, sin pensarlo dos veces, «está esperándome en España.» También quiso saber el nombre de mis familiares o amigos, alguien a quien pudieran dar aviso para que fuera a recogerme. «Baró», le respondí, tampoco tuve que pensarlo mucho, «un herrero de Cárdenas.»

El humo arreciaba y decidí que aquel no era lugar para que respirara una mujer en estado. Ella debió de pensar lo mismo, pues dijo que llamaría a la policía para que se encargara de buscar a mis parientes. Le di las gracias y terminé de beber la infusión: era hora de salir de allí. Tan pronto la mujer se fue, me levanté del jergón y tomé mi bolso y mi sombrero. Con la vista más habituada a la oscuridad, descubrí que los fumadores chupaban de unas largas boquillas, y que en los globos de cristal dispersos por el suelo borboteaban líquidos.

Empujé la primera puerta que vi y salí a un pasillo que comunicaba con el restaurante. Apuré el paso y crucé entre las mesas con la sensación de que todos aquellos chinos estaban más interesados en sus cuencos de arroz que en la mujer que buscaba la salida. Ya en la calle, vi de reojo a la pequeña diosa en la hornacina, tuve la loca idea de que me seguía con la vista y me pedía que la liberara. Estuve a punto de pararme a hacerlo, buscar una piedra para quebrar el vidrio, pero de haberlo hecho me habrían detenido en el acto, y hubiera terminado todo para mí y para la criatura.

No puedo decirle cuánto caminé ni hasta qué hora. Cuando me faltaron las fuerzas, llamé a una puerta. Salió una mujer secándose las manos, viejita y medio ciega. Abrí el bolso, le mostré unos billetes y le supliqué que me diera una habitación para pasar la noche. Ella respondió que estaba equivocada, que aquello no era una pensión. Le expliqué que necesitaba un techo, pues el barco que debía abordar ya se había ido cuando llegué al puerto y mi casa estaba lejos, en Santiago de Cuba. La viejita se compadeció, me hizo pasar y me llevó a un comedor donde estaban su hermana, algo más joven, y una sobrina como de la edad de usted. Se mostraron un poco sorprendidas de que una mujer con mis ropas y en mi estado vagara por la calle a esas horas. Me ofrecieron café con leche, me hicieron probar unos dulces, hasta sacaron una bata de dormir y unas zapatillas para que me pusiera cómoda. Hablaron entre ellas y me ofrecieron una alcoba limpia, les dije que no era necesario, que podía dormir en un rincón cualquiera, ya que pensaba regresar al puerto muy temprano, pero ellas protestaron, y a la más vieja se le aguaron los ojos: ¿cómo me iban a dejar dormir en un rincón, como un animalito? Me preguntaron de cuánto tiempo estaba, todo el mundo parece estar interesado en eso, quién sabe si por el temor de que me ponga de parto.

Me desperté entrada la mañana. Al salir al comedor vi sobre la mesa el modesto banquete que me habían preparado: panecillos, fruta, hasta una cafetera humeante. Quizá debido al hambre me comporté groseramente, no esperé ni un segundo

cuando una de las mujeres me dijo que desayunara, y me lancé a devorar los alimentos como una pordiosera a la que le dan la oportunidad de saciarse. Al terminar, les pedí que me dejaran papel y lápiz para hacerle esta carta. Ya me han dicho que puedo quedarme si no encuentro otro buque, pero voy a encontrarlo. No es posible que no haya escapatoria. No quiero ni pensar que no podré partir mañana mismo. ¿Llegaré a ustedes antes que esta carta? Solo Dios lo sabe, Dios es el único que puede frenar a Juan María, después de todo siempre ha sido su mejor soldado, más fiel y cumplidor que un cura, más merecedor que nadie del privilegio de ir derecho al cielo. ¿Cómo es posible que a ninguno de los serafines, tan cerca como están de Dios, se le haya ocurrido suplicar el rapto? Yo creo que Juan María espera cada noche que los ángeles lo arrebaten del mundo, por eso enreda los dedos en su rosario verde. Le pido al Altísimo que no demore.

El cañonazo de las nueve

A media mañana regresó a la pensión. En el comedor, el anciano matrimonio de Biarritz jugaba a las cartas con una baraja que a Elsa le pareció irreal, de naipes mustios y desmesurados. Se detuvo un momento a saludarlos.

—Fuimos de vacaciones a Toulouse —comentó la mujer—, a la granja de uno de mis primos. Ahora hemos vuelto, hay que seguir aquí.

Elsa hubiera querido preguntarles en qué lugar de Biarritz quedaba la casa requisada, pero intuyó que iba a ser una conversación forzada y se despidió. Subió a la habitación y encontró sobre la cama una nota firmada por la señora Goti, apenas dos líneas en las que le deseaba que su abuela se hubiera aliviado, y le comunicaba que tenía que hablarle. Comprendió que Harald había estado buscándola, y que la dueña de la pensión justificó su ausencia diciéndole que Elsa había tenido que partir por un asunto familiar. Se sentó en la orilla de la cama y pensó en el alemán con el mismo desencanto con que antes había pensado en Salvador. Ante la poderosa huella de Beñat, se esfumaba un hombre y enseguida el otro, como esas figuras de los puestos de feria que caen al toque de los perdigones.

La señora Goti no tardó en aparecer, ni siquiera esperó a que ella bajara. Llegó a su habitación llevando ropa de cama para disimular, y le imploró con la mirada que guardara silencio. Colocó la ropa en una silla y se acercó para hablarle al oído: el alemán había ido a procurarla y se le había dicho que Elsa estaba en San Sebastián.

—No sé si me creyó —musitó la señora Goti—. ¿Tiene algo para mí?

Elsa asintió, los brazos le olían a la saliva de Beñat y ese olor acabó de convencerla. Se dio vuelta y se desabrochó la falda, se la quitó de un tirón y se la dio a la mujer.

—Necesito que la vuelva a planchar.

Era la clave. La dueña de la pensión la cogió rápidamente y la apretó contra el pecho.

—Le dije al alemán que a usted la habían llamado al amanecer y que se había ido en un taxi. Es todo lo que sabe.

Elsa, que estaba en ropa interior, le dio las gracias y le señaló la puerta, de tal forma que supiera que debía marcharse. Se llevaba la falda en la que Beñat había puesto otras notas: detalles de los traslados a la medianoche, y de los atajos que iban a elegir, era todo cuanto él le había dicho. Por segunda vez actuaba de correo, sin pararse a mirar las consecuencias.

Oyó un cañonazo y se sobresaltó. A veces se oían cañonazos lejanos y la señora Goti le había dicho que los disparaban desde Capbreton, apuntándoles a los navíos ingleses o de cualquier

bandera que pasaran sin autorización. La invadió la nostalgia y recordó a su padre, tan aficionado a cotejar la hora de todos los relojes de la casa tan pronto retumbaba en la noche habanera el cañonazo de las nueve. Era un viejo ritual que cesó en el verano de 1942, con la entrada formal de Cuba en la guerra, cuando se dejó de disparar para ahorrar pólvora.

Otras explosiones se oyeron en la lejanía, y la señora Goti regresó al cabo de un rato con la falda impecablemente planchada. Elsa la tomó y se la volvió a poner.

—¿Oye esos cañonazos? Por ahí, en algún lugar, hay gente ahogándose. Téngalo por seguro.

No le contestó. Sentía cierta repulsión cuando se hablaba de ahogados. Más que repulsión, una arcada interior, un sucio temblor en sus vísceras: los ahogados son los mismos en cualquier lugar del mundo, en cualquier época, o a cualquier edad. Raulito, recién sacado del agua, congelado en la indefensión de sus poquitos años, tenía la misma mueca de los ahogados viejos; la misma que debían de tener en ese instante los hombres que saltaban al océano desde los buques incendiados.

—Supongo que irá a ver al alemán —dijo la señora Goti, y Elsa atisbó un tono de mando, una autoridad que rechazó de inmediato, negando de plano con la cabeza.

—Entiéndame: es preferible que usted vaya y no que él vuelva aquí.

Cuando se quedó a solas, buscó el portafolio, lo abrió por el lugar que había marcado con una cinta blanca, y extrajo la carta que le tocaba leer. La dobló y la metió en el bolso. La señora Goti, después de todo, tenía razón: debía ir al encuentro de Harald antes que él empezara a sospechar. Sabía que, salvo imprevistos que lo retuvieran en la Comandancia, lo hallaría a la hora del almuerzo en el comedor del hotel, e incluso era posible que, como tantas veces, la invitara al postre a solas en su habitación.

Para hacer tiempo, se dirigió a la playa. Tomó el mismo camino y escogió el mismo lugar donde se había sentado la primera vez, recién llegada a Biarritz. El día era el más nítido que había visto en mucho tiempo, sin una nube en todo el firmamento, y de una transparencia que aligeraba los cuerpos, tal y como si ondularan en la brisa. Se sobresaltó al darse cuenta de que el pensamiento de ese mundo leve era la clase de fantasía que conturbaba a su madre; la que le permitió ser dos mujeres a la vez: una que huía y otra que alcanzó a flotar. La criatura que Magdalena llevaba en el vientre era su gran desafío. Un signo de lo que podía llegar a ser en otra parte, fuera de Cárdenas, lejos de su marido y de la niña que la mortificaba. Elsa lo daba por sentado: hubo un momento en que se convirtió en una criatura incómoda para su madre. Empezaba a jugar con sus collares, sus pañuelos, los zapatos de tacón que se ponía sin pedir permiso. No obstante, el verdadero rencor se lo ganó espiondo. Grabando en su mente los pequeños movimientos de Magdalena, incluso el que le pareció más alarmante, que era el de hurtar dinero de los bolsillos de Iturrioz. Luego la delató. Una traición insoportable para una mujer que se sentía humillada por la manera en que la vigilaban las sirvientas y los empleados de la destilería.

Al terminar de leer la carta, cayó en la cuenta de que nada hubiera impedido la tragedia. Magdalena había marcado su final en Biarritz, como lo pudo haber marcado en Cárdenas, o en la propia ciudad donde se prometió venganza: aquella Habana hostil en la que se sintió atrapada. Ya no le quedaba dinero, ni tiempo para escapar, ni siquiera salud.

Se sacudió la arena de los pies y echó a caminar rumbo al hotel donde esperaba hallar a Harald. Si no lo encontraba, le dejaría una nota. Beñat le había recomendado no levantar

sospechas, ni alterar su rutina. Ante los ojos de la gente, pero sobre todo ante los ojos de Harald, debía concentrarse en su objetivo: leer las cartas de su madre en el lugar que le traía buenos y malos recuerdos, y continuar aquella pausa sanadora luego de su traumática separación, un adulterio con la guinda del hijo ilegítimo. Beñat le había hablado en esos términos, machacando en su cabeza los detalles, como si construyera para ella una historia falsa que, sin embargo, era la verdadera.

El vestíbulo del hotel estaba casi desierto. Se dirigió al comedor y le extrañó que aunque casi todas las mesas estaban ocupadas, no había el bullicio de otros días; las botellas no se descorchaban al mismo ritmo, ni los camareros llevaban las fuentes de un lado para otro con el acostumbrado brío. Recorrió con la vista el salón y no vio a Harald. Volvió a fijarse, mesa por mesa, en los que estaban de espaldas o de perfil, y en los que mantenían la cabeza baja, tomando el caldo de primero. Los camareros, la mayoría militares, la reconocieron y ninguno se interpuso para preguntarle qué hacía allí. La presencia de Elsa puede que fuera intempestiva, pero razonable, como podía ser la de una secretaria que va en busca de su jefe. Alguna vez, tomando el té con Harald, había visto ese tipo de escena: la de una joven elegante, con el abrigo puesto, que llegaba para localizar a un oficial y entregarle un telegrama urgente, hecho lo cual partía. Quería proyectar esa misma profesionalidad, ignoraba si lo estaba logrando o no.

Volvió al vestíbulo. Pidió al francés que atendía la recepción que llamara a la habitación del teniente Vogel y le informara que la señorita Iturrioz quería verlo. Se sintió extraña al referirse a sí misma por su apellido de soltera, después de tanto tiempo de haberse hecho llamar señora de Eizaguirre, que era el apellido de Salvador. El hombre se apartó para hablar por teléfono y con el auricular aún en la mano le dijo que podía subir.

El ascensorista de turno era un alemán recién salido de la adolescencia, de rostro cadavérico y nariz grisácea, un muchacho seguramente enfermo, y además recomendado de alguien, solo por eso destinado al paraíso que era trabajar en un hotel que controlaba el alto mando militar en Biarritz. Cada vez que entraban en el ascensor, Harald se limitaba a murmurar «*Sechsten Stock, bitte*». Ella lo dijo de igual modo, poniéndole aspereza, enmascarando con esa simple frase la espinita de la cobardía.

Harald le abrió la puerta vestido de uniforme y con la guerrera cerrada hasta el cuello, ni siquiera se había quitado las botas para ponerse las zapatillas de gamuza con las que solía almorzar. La besó en los labios y le preguntó qué tal había ido el viaje. Elsa miró el almuerzo intacto sobre la mesa, los platos destapados, humeantes todavía. Se quitó el abrigo y le dijo que lamentaba no haberle avisado, pues todo había sido repentino y ni siquiera había tenido tiempo de escribirle una nota. Harald no le contestó, solo le propuso que almorzaran juntos. Comieron silenciosos y en calma, oyendo por enésima vez las *Dichterliebe*, mirando hacia el mar y a la roca desnuda, resplandeciente en ese día sin nubes. Más tarde la llevó a la cama, le tomó el rostro entre las manos y le preguntó si lo había echado de menos, todo en sus gestos era helado, hasta el roce de sus labios, que aún tenían el sabor particular del marisco.

No sintió en él la urgencia de costumbre, y Elsa se preguntó si no habría estado la noche anterior con otra mujer, quizá una de las jóvenes oficiales con las que solían coincidir en los cafés, o incluso una de las francesas a quienes traía sin cuidado las miradas de repudio que les

dirigían en la calle cuando iban con los alemanes. Él crispaba los dedos por encima de su ropa, avanzando poco y obstinadamente, apretándola contra su cuerpo, inmovilizándola sin miramientos. Entonces se detuvo al borde de su falda, apretó la tela con la mano y la frotó entre los dedos. Ella misma sintió el leve crujido de un papel, se estremeció sin acabar de comprender el alcance del sonido. Solo sintió que él aflojó el abrazo, se incorporó en la cama y buscó en el bolsillo de su pantalón la navajita plegable que llevaba siempre, un antiguo artilugio de campaña, con cuchara integrada, que había heredado de su abuelo. Lo vio cortar los hilos y desgarrar la tela, sacar un trozo de papel doblado e ir en busca de una lupa, minutos interminables en los que ella permaneció inmóvil, oyendo la sangre en su cabeza, otra cosa que había aprendido de su madre. La sangre suele hacer un ruido peculiar cuando corre más rápido, o con más susto, o con el eco de la muerte que la empuja hasta el final, hasta encerrarla en un gran charco sin salida, junto a la nuca o en el corazón.

Después de leerlo, Harald dejó caer el papel. De momento no había reproche en su mirada, solo la expresión impávida, un aire de sosiego azul bajo las cejas truncas, impropias de su cara amable. Le sonrió y ella no vio bajar la bofetada. Sintió el golpe brutal en la mejilla, el tirón del cuello y el movimiento instintivo de su cuerpo, que se dio vuelta y cayó al suelo. Quedó bocabajo, aturdida por el dolor y la sorpresa. Sintió que él la cogía del pelo y la alzaba como un bulto, tirándola otra vez en la cama. El rostro de Harald volvió a aparecer ante sus ojos y ella se dispuso a recibir otro golpe, o el navajazo que le recordaría por siempre su temeridad. En cambio, lo vio cerrar la navaja y guardarla de nuevo en el bolsillo. Sacudiéndose la ropa regresó a la mesa, se sirvió agua y empezó a comer trocitos de manzana, la fruta que típicamente les ponían de postre.

Elsa se levantó temblando, se estiró la falda desgarrada y se llevó los dedos a la comisura. Al retirar la mano, la vio llena de sangre, sacó un pañuelo de su bolso y lo humedeció como pudo en el aguamanil donde Harald metía las conchas que recogía en la playa. A continuación, cogió su abrigo y su sombrero, con la obvia intención de desaparecer.

—Juro que no lo sabía —gimió, acercándose a la puerta—. No sé de dónde sale ese papel, ni por qué estaba ahí.

Quedó a la expectativa, mirando a Harald en espera de que reaccionara. Lo peor que podía ocurrir era que continuara masticando concienzudamente, igual que un dios que pierde la piedad y devora las extremidades de su víctima.

—Mandé a planchar la falda —añadió con la lengua enredada, su boca por dentro comenzaba a hincharse—. Me la puse sin saber, ¿cómo podía imaginar que...?

Se detuvo cuando vio a Harald levantarse y salir al balcón para tirar las cáscaras, siguiendo una vieja costumbre de su infancia. Solía decir que era preferible alimentar los caracoles con lo que sobraba, que echarlos de menos cuando hubiese hambrunas. La primera vez que almorzaron juntos, Elsa quiso saber qué clase de caracol podía sobrevivir en ese jardín enloquecido, lleno de carros militares, y Harald engoló la voz para decirle que el *Otala punctata*, que era el «caracol cristiano», tan comestible como los que más, y en ese caso mejores, porque se las pasaban moviéndose de un lugar a otro.

Lo vio volver a la habitación frotándose las manos, y presintió que una catástrofe estaba a punto de ocurrir. No había nada que le impidiera arrastrarla al balcón y empujarla al vacío, fue un

aviso instantáneo de sus vísceras, o de su mirada entrenada para adelantarse al toque final de una fotografía. Eran tiempos de guerra y él podía infligirle cualquier castigo que se le antojara. A su familia simplemente le dirían que se había lanzado por voluntad propia, algo que en el fondo no hubiera sorprendido a nadie, dado el empeño que había puesto en viajar en plena guerra (otro suicidio), recién separada del marido, y tras los pasos de una madre desquiciada.

Harald se adelantó unos pasos y se cuadró para mirarla, como si viera en ella a un superior. Parecía estar ebrio, o recién salido de un mal sueño, rígido y con la frente húmeda, toda su cara contraída, su pelo rubio alborotado por el viento que lo había azotado en el balcón. Era una fiera herida a punto de atacar. Elsa corrió por el pasillo rumbo al ascensor y oprimió el botón sin soltarlo, mirando hacia atrás con una especie de vértigo que le recordó las mil huidas de su madre. El ascensorista de rostro cadavérico apartó la puerta plegadiza y evitó mirarla. Dentro del ascensor bajaban dos militares que hablaban entre sí y no repararon en sus gestos temblorosos ni en el desaliño de su ropa. Se acordó de que ni siquiera había tenido tiempo de peinarse o empolvarse la nariz, de seguro enrojecida por el golpe. Por un momento, tuvo la falsa sensación de que cuando alcanzara el vestíbulo desaparecería el peligro, pero la mirada del empleado de la recepción, que hizo un gesto para que se detuviera, la hizo correr hasta la puerta. El día seguía siendo luminoso en Biarritz y, ya en la calle, se preguntó cómo era posible que la señora Goti hubiera tenido tal descuido, dejando aquel papel oculto dentro del dobladillo de su falda.

Lo lógico era que huyera sin pérdida de tiempo a San Sebastián, refugiarse en los brazos de su abuela, que en el fondo seguían siendo la esperanza viva frente a cualquier naufragio. Ya había parado a un taxi, cuando algo la obligó a retroceder: ¡el pasaporte! Solía ocultarlo entre su ropa interior, pues la señora Goti le había dicho que no debía llevarlo encima, ya que los carteristas se desvivían por hurtarlos. Sin documentos era inútil pensar en cruzar la frontera. La única alternativa, de momento, era arriesgarse a entrar en la pensión para recuperarlo, y si acaso se topaba con la señora Goti, echarle en cara su descuido. Aunque ahora que lo pensaba bien, se preguntaba si todo no habría sido adrede, una estratagema para llamar la atención de Harald y que se concentrara en ella, mientras los verdaderos correos llegaban a su destino.

Empujó la puerta de la pensión. El silencio absoluto de esas horas no la sorprendió, era habitual que los huéspedes se encerraran en sus habitaciones después del almuerzo, y hasta la criada, al terminar de recoger la mesa, solía ausentarse un par de horas. Subió sigilosa, sin hacer ruido entró en la habitación y vio que todo estaba intacto, el pasaporte. Dentro del portafolio, una cinta seguía marcando el punto de donde había extraído la última carta que leyó antes de ir al encuentro de Harald. Echó en un neceser ropa interior, las pocas prendas y artículos de aseo, y recorrió con la mirada la habitación antes de cerrar la puerta. Bajó las escaleras con cautela, tratando de ubicar unas voces que parecían provenir del comedor. Se detuvo en el último peldaño, conteniendo la respiración. No, no era en el comedor, sino en la cocina, y lo supo justo cuando reconoció el acento agudo del jubilado de Lyon, que de seguro discutía con la señora Goti por lo que discutían siempre: él le robaba la comida. Salió sigilosa, y caminó en dirección opuesta a la playa, decidida a dar un rodeo y alejarse lo más posible de la pensión. Fue una corazonada, un impulso que guio sus pasos hasta la Rue de la Maison Suisse y los alrededores del cine. Acababan de abrir la boletería y pensó que tal vez podría conseguir un taxi de los que traían a los clientes de

la primera tanda. No vio acercarse a la mujer, oyó la voz a sus espaldas, que se le antojó falseada, idéntica al chirrido de un saltamontes. Se volteó a mirarla y encontró una máscara: las cejas perfiladas con hulla, una chapa de colorete en cada mejilla, y unos labios afanosamente dibujados con creyón púrpura. De su abrigo harapiiento emanaba un olor ácido, y por debajo del gorro sobresalían los lóbulos de las orejas, estirados y ennegrecidos. Al principio, Elsa creyó que la vieja le hablaba en un francés rebuscado, y solo cuando se inclinó para oírlo mejor, se dio cuenta de que probablemente le estaba hablando en ruso. No la entendía y trató de continuar adelante, pero la otra la agarró del brazo con una fuerza inesperada.

—Escóndete —silabeó claramente en francés—. En el cine, métete en el cine.

Elsa miró a su alrededor en busca de uno de aquellos coches que usaba la Gestapo («Citroën»), le había dicho Beñat, «cuídate de los Citroën»), o de cualquier indicio que le diera a entender que la estaban acechando.

—*Planque-toi dans le cinéma* —insistió la máscara, abriendo apenas el manchón de su boca.

El instinto la hizo obedecer. Cruzó la calle, sacó del bolso unas monedas y le pidió el boleto a una mujer madura que se apresuraba con sus manos hambrientas. Todavía temblaba cuando entró en la sala y ocupó una butaca en la penúltima fila. No se atrevió a mirar a su alrededor, solo clavó la vista en la pantalla a tiempo para ver la imagen de una araña que llevaba en el vientre el símbolo de los masones. Lo conocía porque Salvador era masón y solía ponerse en la solapa un pasador con el mismo emblema. Pensó que una película sobre ese tema podía ser una trampa para conspiradores, y tuvo el presentimiento de que en cualquier momento encenderían las luces y los arrestarían a todos. Apenas le prestó atención al diálogo, pero la impresionó el rugido de uno de los personajes: «¿Quién llama profanamente a la puerta del templo?». Desde la fila de atrás, le tocaron el hombro.

—De parte de Beñat —susurró en su oído una voz neutra, no sabía si de hombre o de mujer—. Que necesita verla. Siga mirando la película y no se mueva hasta que yo le avise.

La voz era de hombre, ya estaba segura, y ella hizo lo que le ordenaron: no movió la cabeza ni intentó mirar a la persona que le hablaba. Fijó su atención en la pantalla y en la estremecedora imagen del profano, indefenso frente al círculo de conjurados, quienes levantaban las espadas y taconeaban en el suelo.

—Espere treinta segundos y salga rápido del cine.

Vio con el rabillo del ojo el celaje de una persona menuda que se escurría hacia el pasillo.

Afuera, aunque la claridad la ofuscó, localizó al muchacho con la motocicleta en marcha; su nariz puntiaguda, y la maraña de pelo que asomaba por debajo de la boina hundida. Con un gesto la conminó a subir.

—¡Rápido, a qué espera!

Lunes, 10 de diciembre de 1923

No hay otro barco para España hasta dentro de dos semanas. Ni siquiera tuve que ir al puerto para averiguarlo, no lo consintieron estas buenas mujeres que me han dado techo, y, algo más importante todavía, calor de hogar.

Según ellas, amanecí muy pálida y no era prudente que saliera a la calle. Por eso mandaron a la agencia de viajes a la mujer que viene los lunes para lavar la ropa, pero a la pobre la echaron del lugar por no tener aspecto de poder comprar ningún billete. Hubo que volver a mandarla, con una nota, y entonces sí le dieron el folleto con el itinerario. Aquí lo tengo, delante de mis ojos: esta misma noche zarpan dos barcos, uno para Veracruz y otro para Pernambuco, pero hasta Nochebuena no sale el *Lutetia* con destino a Cádiz.

Sé que Juan María volverá al puerto a buscarme. Así como yo tengo en mis manos el folleto, así como lo estoy mirando para encontrar desesperadamente un buque que me lleve a España, lo estará viendo él, convencido de que lo intentaré de nuevo.

La mujer que ayer me abrió la puerta me ha puesto delante una taza de café con leche y me ha dicho que confíe en Dios. Se ha dado cuenta de que estoy obstinada en revisar la ruta de los barcos, y quiere demostrarme que nada va a cambiar por más que lea y relea.

A Juan María no se le ocurriría esperarme junto a la escalerilla del buque que va hacia Pernambuco. No se asuste, no pienso cometer esa locura, no sé ni dónde queda ese lugar que suena a cuchillada. Hace años, Sagrario y yo jugábamos un juego de palabras, se acordará de lo que nos reíamos, porque lo más cómico era lo que se pensaba, nunca lo que se escribía. Papá se encargaba de poner la palabra en un papel, y cada una decía a lo que le sonaba. A veces, una palabra sonaba a perfume, a picazón, a gato. También podía sonar a estrella o a zapato nuevo.

Un sábado que usted y Sagrario salieron a comprar albornoces —ya teníamos el verano encima— quise quedarme en casa y le pedí a papá que jugáramos. Fue la última vez que lo hicimos. Como él estaba leyendo el periódico, al principio se hizo de rogar, pero luego cedió y me advirtió que jugaríamos una sola palabra. Cerró los ojos pensando cuál iba a decirme, y aún con ellos cerrados dijo «Arcangues». Enseguida le dije que «Arcangues» me sonaba a cuerdas. Papá llevaba ese día un chaleco de seda y una bufanda vieja, bastante ajada porque yo de chiquita se la quitaba siempre.

Le rogué que dijera otra palabra, una más y lo dejaba en paz. Él no lo pensó dos veces, dijo «Rocamadour», y yo escribí que me sonaba a tempestad. «¿A tempestad, tú crees?» Lo acababa de defraudar, él detestaba que dijéramos parecidos fáciles como viento, o mar. En el fondo, yo sabía que «Rocamadour» sonaba a espejo, fue una idiotez decirle tempestad. Tiré de su bufanda y me tapé la cara, muerta de amor y avergonzada por haber fallado. «No te sofoques, Magdalena, ¿qué haces?» Me arrebató la bufanda, la tiró a un lado y sacó el reloj del bolsillo: «Vamos, tu madre y tu hermana ya deben de haber llegado a la pastelería».

Habíamos quedado en encontrarnos con ustedes en Santa Azukrea, ¿se acuerda de ese día?, y él me llevó de la mano hasta la habitación para que me cambiara. Allí le rogué que me dijera la última-última-última y nos íbamos. Se sentó en la orilla de la cama, a la legua se veía que estaba a punto de desmoronarse, apenas sonrió cuando junté las manos, implorándole. Entonces susurró: «Arrangoitze».

¿«Arrangoitze»? Aquel nombre sonaba a caramelo de pobres, del que se pega al cielo de la boca y los dientes. Se puso más serio todavía, quise animarlo haciendo payasadas, quejándome de que «Arrangoitze» tenía trampa y era un suplicio masticarlo. Le cogí la cara entre las manos y le dije que iba a devolverle el dulce. Él aceptó, y yo solté en sus labios el caramelo imaginario, me demoré empujándolo por aquí y por allá. De pronto me apartó: si no me daba prisa, Sagrario y usted se iban a terminar los merengues.

«No me importan los merengues.» Acerqué mi cabeza a su pecho, pasé la punta de la lengua por encima del chaleco de seda y comprobé que la tela era amarga, me entró una risa boba y papá hizo esfuerzos por contener la suya, no quería que yo viera que le había hecho gracia. Me paré en la cama, me saqué la bata y le pedí que me vistiera él. Se levantó como un lacayo y volvió con las medias y el refajo que tiró a mis pies. «Basta, Magdalena, vístete.» Empecé con pereza, y él me zarandó para que

entrara el refajo; abrió el ropero y sacó un vestido, recuerdo que era de cuadritos, y como le dije que no me lo pondría, lo tiró al suelo y cogió otro. Era la primera vez que se enredaba con mi ropa, apartaba como un loco enaguas y blusas, sacaba prendas de invierno o de verano, todo le daba igual.

Me negué al segundo vestido y también al tercero. Vi la danza de muselinas y florecitas que volaban por los aires, no acepté ninguno. Hasta que se detuvo, alzó la mano para abofetearme y la dejó en el aire. No tuvo corazón para eso, pero sí para decirme lo que me sospechaba por las palabras sueltas que había cazado al vuelo en las conversaciones y los cuchicheos: cuando terminara el verano, me internarían en el colegio de las siervas de María, donde estaba listo el dormitorio nuevo que él había mandado construir para las niñas.

¿Qué niñas? No quería dormir con otras niñas, ni siquiera con mi hermana Sagrario. «*La porte, la porte!*», ¿no se acordaba él de que desde pequeñita yo pedía que me dejaran una puerta abierta? Me eché a llorar con un sentimiento que me sofocó, igual que una criatura, aunque para entonces era una señorita. Papá dejó que me desahogara, se quedó boquiabierto, con los brazos caídos y la mirada puesta en los vestidos que estaban en el suelo. Estoy segura de que se preguntaba por qué me lo había dicho, cuando en verdad no quería hacerlo, no quería sacarme de la casa y enviarme con las monjas. Para consolarme, dijo que me iba a hacer una promesa, la más grande y secreta entre un padre y su hija, pero primero me rogó que pensara en el verano que nos esperaba en Biarritz, y en las carreras que nos echaríamos en Port Vieux. Me juró que cada domingo me recogerían para que almorzáramos los cuatro en el lugar que yo escogiera: si en la playa, la playa; si en el campo, el campo.

Quiero que sepa que no le guardo rencor por haberse empeñado en sacarme de en medio, y por haber impuesto su voluntad por encima de la de mi *aita*, al que nunca nadie pudo imponerle nada, solo usted en esa ocasión. Sagrario se desesperó con la noticia, y de noche yo la oía rezando para que la mandasen conmigo. Pero usted no quiso, dijo que la casa se le caería encima si faltábamos las dos.

En cuanto a papá, creo que desde entonces se mudó a otra alcoba. No volvió a usted, y esa fue la promesa que se guardó en el pecho durante los siglos que duró mi ausencia. Porque pasaron siglos (los minutos se volvieron años) antes de que terminara aquella pesadilla y me dejaran regresar a casa.

Qué diera yo, figúrese cómo estaré, por volver a mis tiempos de internado. Qué melancolía más absurda esa, comparada con lo que estoy viviendo. Aquella tarde, cuando llegamos a la pastelería, ustedes estaban esperándonos con un montón de merengues en la bandeja. Sagrario puso uno en mi boca, y papá pidió un café con leche, eso fue todo lo que tomó. En un momento dado me cogió la mano y dijo que «Arrangoitze» era «Arcangues» en euskera, y que si «Arcangues» sonaba a cuerdas, «Arrangoitze» no podía ser un caramelo horrible.

A la llegada del verano, estrenamos los albornoces nuevos. Estuvimos con toda la familia, la peregrinación de las dos tribus, los Laparra por un lado y los Cazalis por otro. Papá y yo volvimos a Port Vieux, nadamos bajo las cantimploras, y también lo hicimos al año siguiente, hasta el catorce cuando estalló la guerra.

(Un momento, ama: han venido a decirme algo importante.)

La mujer más joven de esta casa —creo que le dije que es como de su edad— acaba de entrar agitando un papel con el itinerario de otra compañía marítima: el *Yumuri* zarpa el domingo desde el puerto de Matanzas con destino a Bilbao. Es para no creerlo: ¡Puerto Príncipe, Cádiz y al final Bilbao!

Llorando de felicidad, le he suplicado que vaya rápido a reservarme plaza. He sacado un puñado de billetes del bolso, hemos contado juntas el dinero, y le he dicho que de paso averigüe si hay una pensión cercana. «¿Para qué?», protesta, «si hasta el viernes no te vas de aquí.» Le explico que ya se han molestado mucho, pero insiste en que cuidarme no es una molestia, y que en ningún otro lugar estarán pendientes de mi estado.

No se le ocurrirá a Juan María buscarme en Matanzas. Ni aunque se enterara de que sale ese barco pensaría que voy a meterme por mi gusto en la boca del lobo, tan cerquita de Cárdenas.

Termino aquí para que mi protectora, que está a punto de salir de nuevo, pueda echar esta carta de camino a la compañía naviera. Notará que no le hablo de Elsitá. Lo hago a propósito. No quiero ni pensar en lo que me estará extrañando, pero no me cabe duda de que Juan María seguirá mis pasos, llevará a la niña para que esté conmigo, con sus abuelos, con su tía Sagrario, y con ese hermano que por fin ha de venir al mundo donde debe.

Dele besos de mi parte al *aita*, y usted reciba el más largo, ferviente, ilusionado abrazo de quien pronto se refugiará en el suyo...

«Este horror es mi sitio»

Ni en la cabaña del Puerto de Pescadores, donde lo conoció, ni en la casita de Arcangues, donde pasaron la primera noche juntos. Beñat la esperaba en Bayona.

Tan pronto salieron de Biarritz, el motociclista aceleró. Parecía haber olvidado que llevaba una pasajera y ni siquiera se tomó la molestia de reducir la velocidad en las curvas, inclinando la máquina de una forma que a Elsa le pareció suicida. En todo momento, temerosa de resbalar del sillín, trató de aferrarse a las espaldas del joven, un saco de huesos en el que no encontró un solo asidero de fiar.

Al cabo de unos quince minutos, apareció el letrero que anunciaba la cercanía de Bayona. Poco después, ella levantó la vista y alcanzó a ver que entraban por la Rue des Tonneliers, una calle estrecha con pocos transeúntes. La ciudad parecía adormilada o simplemente tensa, sepultada en un silencio espeso. A su paso frente a una botica, Elsa vio que un hombre les hacía señas cerrando y abriendo el puño izquierdo. El motociclista prácticamente se detuvo para devolverle la señal. Luego continuó a un ritmo cauteloso, como el de un aprendiz, hasta que de pronto hizo un viraje brusco, la máquina rugió y los envolvió el olor más visceral del río, esa acritud propia de la hojarasca revuelta con el barro. Atravesaron el puente de ida hacia el lado opuesto de la ciudad: Petit Bayonne ponía en el letrero. Dieron un rodeo por las calles cercanas, empapadas de la misma somnolencia amenazadora, y regresaron por otro puente al punto de partida. En el lugar donde había estado el hombre que les hiciera señas, ahora se balanceaba una vieja a cuyos pies había una cesta de verduras. Abocinaba las manos para pregonar, como un truhan que se empeña en liquidar rápido la mercancía.

El motociclista se detuvo frente a una fachada vetuada de moho, y tan necesitada de pintura como el resto de las que se alineaban en la misma calle. Le indicó que habían llegado, le señaló la puerta y masculló que la empujara y subiera al primer piso. De algún modo, Elsa entendió la jerigonza, cogió bolso y neceser y, antes de entrar, alzó la vista hacia las contraventanas de color salmón, pero no del todo salmón, esa frontera entre el naranja y el rosado que tanto le gustaba a Marta. Al recordar a su madrastra, tuvo la sensación de que hacía un siglo que no pensaba en ella, ni tampoco en el hombre que había sido su esposo durante algunos años, Salvador, el más desdibujado de todos.

Lo de su padre era distinto, evitaba pensar en él deliberadamente, rehusaba buscar las semejanzas entre el Iturrioz que conocía, y el hombre del que Magdalena se empeñaba en huir. Poco había meditado en lo irreconocible que le resultaba esa figura que acosaba a su madre, en la

perversidad que ella le atribuía. Se prometió que más adelante se dedicaría a eso; a indagar lo que había sido la otra cara de la moneda, y lo que sufriría Iturrioz durante los días en que su mujer estuvo fuera de la casa, dando tumbos por La Habana, sin preocuparse por la niña que había dejado atrás. Magdalena se refugió en la fantasía de que su marido la seguiría a San Sebastián, aunque en su fuero interno tenía que saber que él nunca la iba a perdonar.

El ruido de la motocicleta que se alejaba la devolvió al sigilo de la calle, tuvo la sensación de que decenas de ojos la vigilaban, y entró en el edificio acobardada, torturada por la duda de que no fuera Beñat quien la esperaba arriba. Subió y se detuvo frente a la primera puerta, clavó la vista en la mirilla y contuvo la respiración, segura de que no tendría que tocar.

—¡Por fin! —Le abrió Beñat—. Pasa, que no deben verte.

El apartamento estaba casi a oscuras. Él la abrazó y ella miró por encima de su hombro hacia la bombilla que colgaba al fondo, su débil luz no hacía más que acentuar la penumbra de un marrón intenso. No podía ver los ojos de Beñat; percibía, eso sí, su aliento, que no olía a nada en particular, solo era espeso, cargado de vapor.

—¿Te han hecho daño?

Elsa le respondió que Harald la había abofeteado cuando descubrió en su ropa uno de aquellos «encargos» que la señora Goti había olvidado retirar. Aún no se explicaba cómo logró escapar del hotel, ni de dónde sacó valor para volver a la pensión, recoger sus documentos y salir a la calle. Cuando iba en busca de un taxi, apareció una vieja que la conminó a que entrara en el cine, y fue allí donde la alcanzó su emisario, el muchacho de la motocicleta.

—*Forces occultes*. —A Beñat le había hecho gracia. Era la primera vez que Elsa lo veía reírse de esa forma, sinceramente divertido—. ¿No es la película que viste, la de la araña con los garabatos en la tripa?

En efecto, era esa, aunque no había tenido tiempo de seguirla. Le confesó a Beñat que conocía los signos de la masonería porque durante años había convivido con uno. Él le acariciaba el rostro con la punta de los dedos mientras la escuchaba, pero cuando Elsa hizo una pausa, la invitó a sentarse sobre una estera o jergón, no importaba a esas horas, crispó las manos sobre sus caderas y la medio desnudó a zarpazos. Ella lo recibió gimiendo, agradecida de la intensidad que él le ponía al abrazo, de la cadencia con que la sacudía, haciéndola estallar de gozo, de una pasión que no se comparaba con ningún otro apetito viviente. Beñat arremetió una última vez contra su cuerpo y quedó exhausto, crispado en una posición heroica, de escultura que busca la última bocanada de aire. Después la besó en la frente húmeda y se tumbó a su lado: los dos quedaron bocarriba, jadeando por distintos rumbos. Elsa habló primero, despacio para hacerse entender con perfecta claridad: tenían que huir lo antes posible de Biarritz; refugiarse en San Sebastián, si no en la casa de su abuela, en un lugar seguro que ya su tía les ayudaría a buscar. Podían recurrir incluso a dos amigas (pensó en Delfina y Rómula) que pasaban una temporada en Bilbao. En cualquiera de las dos ciudades iban a estar a salvo hasta que logran abordar un barco que los llevara a Cuba. En los pocos minutos que había estado con Harald, pudo sentir el frío de la muerte, y si al final no había pasado nada, era porque tal vez él planeaba eliminarla en un momento más propicio. Le resultaba incomprensible que la señora Goti hubiera olvidado en su ropa uno de los mensajes. Estaba, o demasiado vieja, o demasiado abrumada por la situación del

hijo.

Beñat se incorporó para hablarle al oído. Su español, en susurros, era más cortante y cavernoso que el que le salía en circunstancias normales.

—A la señora Goti no se le olvidó nada... Lo dejó adrede, por eso tienes que volver a Biarritz.

—¿Adrede? —Se sobresaltó, tiritando pero no de frío—. ¿Sabes a lo que me expongo? Harald tiene uno de los mensajes, ¿no has entendido eso?

—Entendí —repuso él—. Ahora tengo que procurar que entiendas tú.

Lo sintió levantarse y trastear en la penumbra, y por fin se hizo una luz decente que le permitió ver las paredes cuarteadas; los rimeros de ropa que se amontonaban en dos o tres rincones; el antiguo escritorio ocupado por latas de conserva, y dos butacas desnudas, en las que podía apostar que no se había sentado nadie en largo tiempo. No había ninguna otra cosa en la estancia, excepto por la estera que hacía las veces de jergón, o el jergón de estera, y de donde saltó como un resorte.

—El baño está fuera —le indicó Beñat—. A esta hora es seguro.

Elsa se acomodó la ropa y tomó su neceser. Él le abrió la puerta, le rascó la nuca como para animarla, y se quedó viéndola avanzar. Por el pasillo, notó que había otros apartamentos, pero no oyó voces ni ruidos, y esa falta de señales de vida le pareció engañosa. El baño era pequeño, con un inodoro casi a ras del suelo y los grifos dorados que le parecieron de otro siglo, extrañamente ilesos en el desconchado lavamanos. El único otro objeto a la vista era un gancho del que colgaban trozos de papel de periódico. Sacó del neceser una toallita, un jabón de olor y una muda de ropa interior. Cuando terminó de asearse, concluyó que para ser un baño compartido en un lugar modesto, no olía mal.

Regresó al apartamento de puntillas para no hacer ruido. Beñat, de pie junto a la puerta, cerró con suavidad, la tomó por los brazos y la atrajo hacia sí, pegando su mejilla a la de ella, solo faltaba la música para que pareciera un baile, uno muy íntimo y enamorado, pero en vez de bailar le susurró palabras al oído, las más inesperadas de todas, acuciantes monedas que entraban por su oreja y caían en su cerebro como en un estanque.

—Si el alemán te dejó ir —sopló con determinación—, significa que te estima, no creo que por ahora corras ningún peligro. Vas a seguir haciendo tu vida, que la señora Goti se encargue de tu ropa. Es necesario que ella lo haga.

La impresionó aquel tono autoritario, algo que trajo a su memoria otro momento risueño de su infancia, de cuando su madrastra le leía *Alicia en el País de las Maravillas* y fingía las voces de los personajes: desde la ronca impiedad con que hablaba la Reina de Corazones, a las inflexiones mucho más agudas de Alicia cuando se topaba con la oruga: «Apenas sé, señora, lo que soy en este momento». En cierto sentido, Elsa se hallaba en circunstancias parecidas: se había metido por el hueco de una madriguera, y ahora soñaba con darle un manotazo a la baraja entera y despertar fuera del laberinto.

—Tienes derecho a saber lo que llevas y traes —murmuró Beñat, sacándola a la superficie—. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Salieron al pasillo, que seguía desierto. Caminaron un buen trecho en dirección a la escalera

que conducía al segundo piso.

—Debes guardar silencio —le advirtió Beñat.

Del segundo siguieron al tercero, y se acercaron sigilosos hacia una puerta que tenía todo el aspecto de estar clausurada. Beñat dio tres golpecitos, y a los pocos segundos les abrió la misma vieja que Elsa había visto en la calle, vociferando el precio de sus verduras. De cerca, le pareció aún más arrugada y fantasmal. Ninguno de los tres pronunció palabra, solo avanzaron por la habitación destartalada hasta llegar al pie de una escalera de caracol.

—Sujétate —le aconsejó Beñat mientras subían por los peldaños crujientes, a tal punto estrechos e inestables que Elsa buscó instintivamente su mano, y aferrada a su mano se quedó al emerger a una especie de desván sofocante, el palomar que ya se había anunciado por el envolvente tufo y los zureos.

Un hombrecito con boina, que parecía un duende con sus orejas puntiagudas, abría y cerraba las celdas, tan concentrado en su trabajo que ni siquiera se volvió para mirarlos. La vieja lo tocó por el hombro y le soltó unas frases en las que Elsa no reconoció ni el vasco ni el francés, pero sí el dialecto que a veces, en los momentos íntimos, musitaba Beñat. El del palomar asintió y sacó una de las aves, la sostuvo bocarriba y le extendió el ala lo suficiente para que ambos pudieran ver lo que llevaba escrito. Fue Beñat quien habló.

—¿Qué lees ahí? —le preguntó, apuntando al letrero escrito en tinta negra.

—*Wehrmacht Brieftaube* —contestó Elsa.

—Exacto —replicó Beñat—, tal como lo has dicho. Si los alemanes se enteran de que tenemos cientos de palomas de estas, y de que ya no pueden confiar en las tuyas, tendrán que matarlas a todas. Eso sería un golpe para ellos: ahora más que nunca dependen de los palomares.

Elsa intentó captar la realidad de todo cuanto la rodeaba, en aquel escenario infrahumano y apestoso. ¿Era todo eso cierto, o Beñat y los dos viejos le tomaban el pelo? ¿Cómo era posible que bandadas de palomas comunes, cuidadas por una especie de Sombrero Loco, pudieran preocupar a un gran ejército? Bajaron por la escalera de caracol seguidos por la misma vieja que les había abierto y que, antes de cerrar la puerta, exclamó «*Dieu vous accompagne*» con una voz increíblemente cristalina, que no parecía provenir de su garganta apretada ni de su boca senil.

—Puedo oler a pescado —se lamentó Beñat cuando volvieron al apartamento—, pero el tufo a plumas no lo soporto encima.

Lo vio despojarse del suéter con un gesto violento. Los cortantes músculos del vientre se le marcaban al respirar, y ella volvió a pensar que, de no haber sido por el viaje a Biarritz —y por el impulso de comprar pescado aquella tarde—, jamás habría sabido lo que era esa avaricia en cada célula del cuerpo, la voracidad canalla con que lo deseaba.

—Hora de que vuelvas a la pensión —anunció él, cogiéndola por los hombros, sacudiéndola cariñosamente—. Acuérdate de las palomas. Si te preguntan, di que son muchas, todas marcadas, ¿entendiste?

Le echó el pelo hacia atrás. Le cogió la cara entre las manos:

—¿Qué demonios íbamos a hacer tú y yo en San Sebastián?

El nudo en la garganta, la sorpresa, la carga que echaba él sobre sus hombros, no la dejaban articular palabra.

—¿Qué demonios íbamos a hacer en Cuba?

Hablaba con el ceño fruncido, coronando cada palabra con una media sonrisa, convencido de que por fin empezaba a entrar en razón.

—Hasta que esto termine, tu lugar está en Biarritz, conmigo. Cada quien tiene su lugar en la vida y tú encontraste el tuyo. Si supieras la cantidad de gente que no lo encuentra nunca...

Elsa se acordó de su madre y desgranó los lugares en los que se buscó a sí misma. No hizo otra cosa que tratar de averiguar quién era, en San Sebastián o en Cárdenas; lo intentó desesperadamente en La Habana, y por último creyó haberlo logrado en Biarritz. Cada vez que atisbaba un paisaje, una textura parecida a la de un mundo propio, llegaba alguien que la sacaba a empellones y la echaba de cabeza en un lugar distinto. Una preciosa mañana de verano, frente a las sosegadas familias que volvían a ser felices porque por fin, después de varios años, habían dejado atrás la angustia de la guerra; a la vista de todos, y delante de las rocas cuyos nombres se sabía de memoria, Magdalena declaró que había encontrado un sitio. «Este horror es mi sitio.»

—No intentes comprenderlo todo —balbuceó Beñat, respirándole en el rostro, exhalando un hálito en el que ella reconoció el futuro, una posibilidad que, no importaba cuán remota fuera, cuánto esfuerzo costara, cuántas lágrimas, tenía que ser suya para siempre—. No quieras saber por qué unos mensajes llegan a su destino, y otros son, ¿cómo te digo?, olvidados adrede... Vete y haz lo que tengas que hacer —agregó él, tomándola del brazo.

En lugar de caminar hacia la puerta, Elsa se soltó, se postró de rodillas, y con ambas manos le zafó el pantalón. Olfateó la negra mata de pelo, el aroma que exhalaban las ingles, el tosco sexo que aún remoloneaba, dándose importancia.

Al cabo de unos minutos se levantó, feliz y ensimismada, y él recogió del piso el suéter que se había quitado para limpiarle la boca.

Abajo la esperaba otro muchacho, otra motocicleta. Era de noche cuando entró en la pensión.

Viernes, 14 de diciembre de 1923

Me escondo en Matanzas. Vine en un tren incómodo que se tardó cinco o seis horas en llegar, perdí la noción del tiempo debido a las paradas y al traqueteo insoportable.

La criatura se impacientó, como era de esperar, ha crecido en los últimos días, está fuerte y no para de moverse. Desde el lunes, cuando tuve en mis manos el billete para el *Yumuri*, las mujeres de la casa estuvieron atiborrándose de caldos de gallina y dulces. Les preocupaba que al llegar a Matanzas me encerrara en cualquier pensión (saben que estoy muy justa de dinero), y me olvidara de llevarme algo a la boca.

Al despedirme de ellas, la que es mayor me dio su bendición y me deseó un buen parto. Me rogó que les mandara noticias en cuanto llegara a San Sebastián y me reuniera con mi esposo. Siguen creyendo que el padre del niño me está esperando allá. La más joven fue la que me acompañó hasta la estación del tren. Vi tal gentío que me dio temor, me pregunté si no me habría confiado demasiado en ese plan de venir a Matanzas. Al principio creí que era seguro y que a Juan María no se le pasaría por las mientes la idea de que yo, por mi gusto, me acercara a Cárdenas. Pero luego, estando en la estación, dudé. ¿Y si me conocía mejor de lo que yo pensaba?

Subí al tren sin ningún contratiempo o indicio de que me siguieran. Estando ya en las cercanías de Matanzas, aproveché una parada para tomar un refresco y usar los aseos de una fonda. Se me ocurrió preguntarle a la mujer que la atendía si conocía alguna casa de huéspedes en la ciudad. «No puede ser muy cara», le advertí, y noté cierto asombro en su mirada, pues no me vio aspecto de ser persona acostumbrada a hospedarse en lugares baratos. Dijo que le preguntaría a su marido, un hombre que estaba tras el mostrador, muy atareado con los pasajeros. Él estuvo cavilando unos segundos, cogió un papelito y humedeció la punta del lápiz en la lengua antes de escribir. Luego conferenció con su mujer, que regresó y me dio los datos. Había dos casas de huéspedes como las que yo buscaba. Una de ellas, Virtudes, era una pensión para mujeres solas en la calle Marín. La otra, El Ciervo de Oro, más pequeña, pero con más comodidades, estaba en la conocida calle Jovellanos. Según su marido, esta última tenía un buen baño para huéspedes y habitaciones ventiladas, contrario a la primera, que quedaba junto a una carpintería, en un barrio pobre.

Mentalmente elegí Virtudes, que se me figuró más segura.

Tan pronto llegué a Matanzas, salí en busca de un coche de caballos, evité coger un taxi en la estación para que nadie pudiera dar las señas del lugar donde me habían dejado.

Tal como me advirtió la mujer, la pensión está en una calle mugrienta, y ni siquiera tiene un letrero visible. Al entrar en el recibidor, el chillido de unos pájaros casi me vuelve loca, las jaulas cubren a vuelta redonda las paredes, no es para nada agradable ese amontonamiento, me ha dado desazón oírlos y he suplicado que me lleven rápido a la habitación. Arriba sigue oyéndose la algarabía, aunque menos. «Son turpiales», me ha dicho la dueña del lugar. «Están para la venta, mañana se los habrán llevado.»

La habitación no es tan incómoda como había pensado, mas los muebles tienen una capa de aserrín y polvo. Me han dicho que los desempolvan a diario, pero a las pocas horas vuelven a ponerse igual por causa del lijado en la carpintería. Tal como me adelantaron, en la pensión solo hay mujeres, la mayoría acabadas de llegar de España. Nunca saben el tiempo que se quedarán, deben esperar a que el marido venga a recogerlas, o les mande dinero para liquidar la cuenta.

Anoche dormí de un tirón, algo dentro de mí me dice cuándo puedo hacerlo. Pese a las mil y una incomodidades, me sentí tranquila y tuve un sueño reparador del que me desperté tarde, con los gritos y chirridos procedentes del taller de abajo. Me asomé a la ventana y me tranquilizó verme rodeada de esa vida hecha de confusión, de muchos trozos que hay que combinar unos con otros, como las piezas de un rompecabezas. Bajo mi ventana, alguien cocinaba al aire libre lo que me pareció un potaje de fideos. Luego descubrí que el que cocinaba era un chino, y hasta él iban llegando los descamisados de la carpintería con unos cuencos en la mano y unas monedas para comprar el guiso.

Me vestí y bajé a desayunar, un trozo de pan duro con algo que quería ser jalea, pero que estaba demasiado amarga y terminé escupiéndola, solo tomé el café, que sí me supo a gloria. En medio del desayuno, oí comentar a las mujeres que irían a esperar por el lechero, que pasa a media mañana para liquidar lo que le sobra. Al verme en estado, una de ellas me preguntó si yo también quería. Le respondí que sí, y pienso que nadie en San Sebastián o Cárdenas me hubiera reconocido al verme con el pelo alborotado, abrigada con un chal que me prestaron, llevando una jarrita para que me vertieran la leche.

Cuando iba a volver a la pensión, miré hacia la cantina que está enfrente y vi a un hombre que me miraba fijo. Por la forma de vestir, y por el hecho de estar desocupado, ajeno al enjambre de obreros o de vendedores, tuve el pálpito de que podía ser alguien que me vigilaba. Por suerte, el susto duró poco. El hombre levantó el brazo para saludar a una mujer que fue a su encuentro, avanzando desde el lado opuesto de la calle.

Vine a mi cuarto para tomar sorbitos de leche. De La Habana traje este papel en el que escribo, y una estilográfica que me dejaron mis santas protectoras. La estilográfica es casi idéntica a una que me regaló papá hace muchos años, y que tiré cuando llevaba como un mes interna en el colegio.

La compramos en Biarritz, en las tiendas que abrieron junto a las termas donde a usted y a Sagrario les gustaba ir. Siento la necesidad de contarle ahora toda la verdad. Papá y yo nos fuimos a pasear por el sendero de hayas que está detrás del edificio, y quise subirme a uno de los árboles, le pedí que me ayudara a hacerlo, pero se detuvo para preguntarme si mejor no quería que compráramos un recuerdo para que lo llevara al internado. Le dije que sí, que fuéramos a la papelería. Allí escogí una pluma fuente, él mandó grabar en ella mis iniciales y por un momento me olvidé de que el regalo era una dádiva de despedida.

Cuando volvimos para merendar, en el momento en que entrábamos en el edificio, apareció aquella alemana que veíamos a menudo en la playa, seguro que la recordará. Papá se paró a saludarla y me dijo que me adelantara, que les dijera a ustedes que salieran del agua. No me moví. Ese instinto de conservación que me deja dormir a veces sí y a veces no, también me dice cuándo no debo moverme. La mujer me puso la mano en la cabeza y tuve la sensación de que me ponía una piedra. Alcé la vista y vi su melena rubia, su pecho lleno de gotitas, y la puntilla del encaje negro que le asomaba por debajo del escote. Miré a papá, embelesado con la cara de la alemana, ni siquiera volteó la cabeza para repetirme que me adelantara. Ya no me quedó más remedio que obedecerlo, corrí con el estuche de la estilográfica, apretándolo con ambas manos, como si apretara un cuello.

Envueltas en los vapores de la piscina, ajenas a cualquier calamidad, usted y Sagrario jugaban a hundirse una a la otra. Me quedé mirándolas y comprendí que yo era la única que podía impedirlo todo, me di vuelta y corrí al lugar donde había dejado a papá, pero ya no lo hallé. Salí a la calle, miré en ambas direcciones: había demasiados recovecos, casetas abiertas o cerradas, y senderos que llevaban al bosque. Seguí buscando en círculos hasta que no pude más. Cuando volví a las termas, ustedes ya se habían vestido y preguntaron por mi padre, les mentí diciéndoles que yo me había apartado para mirar vitrinas, y cuando regresé lo había perdido. Usted me echó el brazo por encima: «Ya vendrá, vamos a merendar».

Las aguas «bromo-cloruradas, ioduradas y litinadas», como decía el folleto que Sagrario se aprendió de memoria, le abrían el apetito y eso estaba primero: Mercedes Cazalís se moría de hambre.

Papá apareció una hora después, con el pelo mojado, diciendo que se había refrescado en una fuente. Me pellizcó la mejilla y yo aparté la cara de un tirón. No soportaba pensar que con la misma mano había secado las gotitas del pecho de la alemana, o rebuscado bajo el encaje negro.

Dos días más tarde, en la playa, Sagrario y yo estábamos recogiendo conchas y vi acercarse a la alemana con un niño pequeño, de cuatro o cinco años, que enseguida me figuré que era su hijo. Ella llevaba pamea y albornoz de encaje, mucho más fino que los nuestros. Sonrió porque nos conocía, y soltó al niño, que corrió hacia nosotras para mirar las conchas. Criatura al fin, cogió una de las que Sagrario había apartado y se la llevó a su madre. La alemana la miró al trasluz, hizo un comentario en su idioma, y al parecer le ordenó al niño que se la devolviera a su dueña. El pequeño obedeció, se la llevó a Sagrario y caminó unos pasos para agacharse a mi lado. Soltaba un enredillo en alemán, y supe que se apoderaría de una de mis conchas para llevársela a su madre. Alargó la mano, estuvo tocándolas, y se decidió por una de color canela. Cualquiera que hubiera sido su elección, yo habría hecho lo mismo. El niño se levantó, estaba embelesado con la concha, lo mismo que mi padre, dos días antes, se había quedado embelesado por el bello rostro de su mamá. Me puse de pie, se la quité de las manos y le di una bofetada. Rodó por la arena, donde se quedó quieto, hasta parecía que había perdido el conocimiento, pero fue solo la sorpresa, me parece que era el primer golpe que recibía en su vida. La alemana y Sagrario tampoco se movieron, se quedaron como congeladas hasta que la criatura gritó, fue un aullido de gato al que le escaldan el lomo, tenía la cara muy roja y su madre corrió hacia él, lo levantó de la arena y empezó a consolarlo. A mí me soltó tres o cuatro palabras que sonaron como patadas, y se fue rápidamente con el niño en brazos.

Sagrario estaba asustada, adiviné que tenía ganas de echar a correr y así lo hizo. Fue hacia la caseta donde usted tomaba el té con sus hermanas, solo que la alemana había llegado antes y les contaba a todos lo que yo había hecho. A la mujer se le saltaban las lágrimas porque el pequeño no paraba de quejarse, así que en el momento en que entré en la caseta, usted también tenía los ojos rojos y prometía a la alemana que me castigarían. Salí con ella, y no sé hasta dónde irían ni lo que se dijeron. Yo fui a vagar por la playa y ahí desaparecen mis recuerdos, no sé qué hice esa tarde, ni si me castigó, como le prometió a aquella mujer, lo único que tengo grabado en la mente es la cena de esa misma noche. Había muchas familias alegres a nuestro alrededor, pero a nosotros nos envolvían los nubarrones de una tormenta.

«Magdalena», empezó papá, entre sorbito y sorbito de no sé qué licor, «¿querrías decirme por qué maltrataste a ese niño?»
Silencio. Truenos lejanos. Un huracán que se aproximaba.

En la mesa había flores y candelabros, y a través de esas flores y de la temblorosa luz, la cara de mi padre no se veía enfadada ni triste. Preguntaba con serenidad. Me encogí de hombros y negué con la cabeza. «¿No sabes por qué le pegaste?» Todo habría quedado ahí si papá no hubiera sonreído. Eso no lo pude soportar. «¿Así que no lo sabes?», sonrió otra vez y vi sus dientes blancos y parejos, usted misma no se cansaba de alabar la dentadura de mi padre, decía que era perfecta, en ese tiempo nadie se atrevía a decir que un hombre tenía una boca hermosa, fuerte, encantadora. «Tienes que saber por qué lo hiciste. Nadie castiga por gusto a un niño tan pequeño.»

Sagrario estaba lívida, me rogaba con los ojos que le contestara, que pidiera perdón para que terminara aquello.

«Usted sabe muy bien por qué lo hice.»

Cayó el rayo encima de la mesa.

«Retírate», saltó como una fiera usted, me sacudió encolerizada usted, creo que me odió con toda el alma usted. «Mañana te quedas en tu habitación. No bajarás a la playa hasta que te arrepientas, y luego irás a disculparte con la mamá del niño.»

Me levanté y Sagrario fue detrás de mí. Buscamos a la mujer que entonces nos cuidaba, parlanchina como era, riéndose en el salón donde comían las niñas. Se le acabó la cena y el entretenimiento, ella tenía la llave de la habitación y la encomienda de no dejarnos solas.

Al día siguiente, a primera hora, sollocé en falso que me arrepentía. Desayunábamos en la habitación y gracias al arrepentimiento pude ir a la playa. A la alemana no la vimos más. Fue un alivio no toparnos con ella ni con su criatura, estábamos seguras de que nos evitaba.

Hasta aquí una historia que nunca aclaramos entre nosotras dos. ¿Satisfecha de saberla ahora? Espero que haya comprendido.

Por lo demás, solo ansío que caiga de una vez la noche, que pasen volando las horas que faltan antes de ir al puerto, que será mañana a mediodía. Desde alta mar pienso ponerle un telegrama, pero eso lo haré después de que me sienta fuera de peligro y haya perdido de vista la insufrible costa de Matanzas. Por lo pronto, pediré a una jovencita que se hospeda aquí —Panchita se llama, como la cocinera que tuvimos— que me lleve esta carta al correo. Me da confianza porque es la única cara alegre entre tantas de duelo, no para quieta en la pensión, entra y sale como un pajarito. Y eso que ha venido para casarse con un pariente que no conoce, y que en cualquier momento llegará a buscarla.

Mándeme su bendición, deséeme que salga de esta y, sobre todo, quiérame bien, Mercedes. Quiero creer que no es cierto que usted no me ha querido nunca.

Uno de ellos se le pareció a su abuelo

Al abrir la puerta de la habitación, vio un objeto oscuro encima de la cama, estiró el brazo para encender la luz y le tomó unos segundos comprender que era su cámara. Allí estaba al fin, la Baby Brownie Special que había comprado el año anterior y que la acompañó en las últimas rondas por las iglesias de La Habana. Fue la cámara que utilizó también para tomar la foto más profana de todas: la de Delfina y Rómula besándose en el barco.

La revisó acercándola a la lamparita: era la suya, sin duda, pero los días que había estado en poder de los alemanes le daban un aspecto diferente, o quizá era que la miraba con desconfianza. Comprobó que se la habían devuelto sin película, le daba igual, ni siquiera tenía ánimos para lamentarse por las fotos perdidas.

Soltó el sombrero y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa. En su mente danzaban las imágenes, se sucedían las escenas como relámpagos: la voz de la vieja que la mandaba a esconderse en el cine; las capuchas de los iniciados en la película de los masones; un recorrido en motocicleta por las calles de Bayona y, por último, el escondido palomar con su viejo guardián inescrutable. Entre pintura y pintura, se colaba la bofetada de Harald, su gesto aterrador alzando el papelito.

Le dolía la cara, y le escocía una pequeña herida dentro de la boca, resultado del golpe, que era el primero que le propinaban en su vida. Su madre, antes de querer matarla, nunca intentó ni siquiera darle una nalgada; su padre jamás le había puesto una mano encima, y ni pensar que Salvador, en los años que estuvieron juntos, mostrara la menor intención de lastimarla. Marta, su madrastra, odiaba disciplinar con el castigo físico y siempre lo decía. No le dio jamás al niño ni un halón de orejas, pese a que Miguel la desafiaba desde los nueve años, quedándose más tiempo en el frontón, entrenando sin descanso, negándose a parar hasta que se caía de sueño, producto de lo que Iturrioz llamaba «su pertinacia vasca».

Se tocó la mejilla hinchada —la bofetada de Harald no había sido una bofetada cualquiera, sino la de alguien acostumbrado a doblegar con la fuerza de sus manos— y lamentó que no hubiera donde conseguir hielo a esas horas. Antes de que el cansancio la venciera, tuvo la corazonada de que las SS irían en su busca aquella misma noche, y pasaría algún tiempo hasta que su familia lo supiera. Para entonces, podía estar confinada en un campo de trabajo, fuera de Francia, o tal vez muerta. De nuevo se preguntó cómo lo tomaría su padre, devastado en seco, enemigo de las lágrimas y las demostraciones de dolor. Confirmaría lo que, al fin y al cabo, supo desde que la vio partir: que el viaje era el último eslabón de una cadena diabólica, una persecución que se inició

en la cama infantil de Magdalena y terminaba con el último vestigio en Biarritz.

Al despertar, ya entrada la mañana, se alegró de haberse equivocado: nadie había irrumpido en la pensión esa noche, todavía le quedaba tiempo, no sabía si horas o días. La facha en que se levantó reflejaba la prisa con que se había acostado; tenía la falda torcida y las medias arrebujadas en los tobillos, así que terminó de desnudarse y se enfundó en la bata para salir al baño. La señora Goti le había dejado toallas limpias, como si a pesar de todo tuviera la certeza de que Elsa iba a regresar ilesa. En el pasillo no vio a ningún otro huésped y fue un alivio encontrar el baño desocupado, bienoliente porque ya era tarde y lo habían aseado luego del tráfico matutino. Llenó la bañera y tomó un baño acongojado y breve que, más que aclarar sus pensamientos, avivó su confusión. No había intentado huir, y eso era extraño. Tuvo la ridícula idea de que, en un rincón de su cabeza, dos avellanas que se endurecían la privaban del miedo. Lo que le estaba ocurriendo era como si le ocurriera a otra. Eso era exactamente lo que la agobiaba. ¿No se estaba pareciendo, en sus modos y en su indiferencia, a la trágica Magdalena Laparra?

Volvió a la habitación para vestirse, y, a punto de cerrar la puerta, la alcanzó la vocecita inconfundible de la mujer que limpiaba los pasillos: «Madame Iturrioz, madame...». Cada vez más huesuda, le pareció un dibujo recién salido de la pared de un parvulario, con los palitos de los brazos que gesticulaban, y el pálido frijol con la pelusa roja, que era todo lo que tenía por cabeza. La señora Goti le mandaba a decir que si iba a desayunar bajara pronto, pues estaban a punto de recoger el servicio. Elsa se vistió, tomó el portafolio con las cartas y bajó al comedor, medio aturdida por la debilidad, pero aliviada de poder sentarse a la mesa solitaria donde solo quedaban unos trozos de pan, la descolorida baba de una mermelada, y la tetera con el líquido frío.

Sorbiendo el té, decidió que si no la detenían al salir de la pensión, se dirigiría a la playa, quizá por última vez en su vida. Solo le faltaban por leer dos cartas y el escrito final, «Rocamadour», que no entendía muy bien si eran anécdotas o impresiones sobre la visita al santuario. Lo más triste sería enfrentarse a las primeras, puesto que ya conocía el desenlace: Magdalena no lograba escapar. Nadie había podido ayudarla. Ni siquiera el niño lleno de premoniciones que se empinaba dentro de su vientre. Algo frustró ese viaje y terminó con la larga marcha que había emprendido en Cárdenas, y que reventó en algún punto del sábado, día en que zarpaba el barco.

Masticó desgadamente el pan, prescindiendo de la jalea y echando de menos aquella capa de mantequilla espolvoreada con azúcar prieta que Marta solía ponerles a las tostadas. Terminó su té, endulzado con unas gotas de miel, solo unas gotas, según se les encarecía a los huéspedes. La dueña de la pensión no pasó en ningún momento por el comedor, y solo cuando se levantaba de la mesa percibió la presencia de otro ser humano, casi un fantasma que caminaba rumbo a la cocina: era el jubilado de Lyon, quien probablemente iba en busca de una taza limpia donde servirse el té que había sobrado. Al ver a Elsa, le dio los buenos días, y de paso miró con avidez la mesa, donde no había mucho para rapiñar.

Ella se escabulló y salió a la Rue du Helder. Estaba nublado y una cola de seres hambrientos esperaba en silencio frente al comedor de la misericordia, cabizbajos y mal abrigados. Soplaban un viento racheado, oloroso a salitre, y justo cuando cruzaba la Avenue de Verdun, empezó a llover. Contrario a otras veces, no consideró la idea de buscar refugio para leer las cartas.

Sentía que en ese punto de la historia no debía renunciar a su rincón en la playa, entre las alambradas y los letreros que advertían de la proximidad de las minas, y bajo la mirada recelosa de los transeúntes, que detectaban en su gesto, en su afán de leer a la intemperie, a la intrusa que anunciaba catástrofes.

Caminó con determinación hacia el lugar donde había estado el primer día; allí y en ningún otro sitio quería leer la penúltima carta de su madre, aquella en la que revelaba el modo en que la descubrieron, y el resto de los avatares que le impidieron subir a bordo del *Yumuri*. Sospechaba que esas líneas eran un campo minado, mucho más peligroso que el que se extendía a través de la costa. Por fin podría saber de qué manera Iturrioz había dado con el paradero de su mujer, impidiéndole embarcar. Algo lógico, después de todo. Cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo: Magdalena estaba en mitad de un embarazo difícil, podía sufrir cualquier percance a bordo, sucumbir a una hemorragia, como tantas mujeres por aquella época.

Avanzó con el portafolio apretado al pecho, y, al internarse en una de las callejuelas que desembocan en el bulevar de la Gran Playa, vio su silueta reflejada en la vidriera de una cafetería: era evidente que había perdido peso, y ni siquiera el abrigo que llevaba puesto lograba disimular su delgadez. En el ajetreo de la escapada de ida y vuelta a Bayona apenas se había alimentado, y, en general, desde su arribo a Biarritz había comido mal. Unos días antes, al desnudarse, notó que había menguado el atractivo que en los momentos íntimos alababa Salvador, que eran sus nalgas, la única curva llamativa en el discreto contorno de su anatomía; aquello por lo cual los hombres se volteaban a mirarla en La Habana, y que Marta, jaraneando, llamaba «su señor fondillo».

Todavía no llegaba al punto de flacura que la hubiera puesto en el mismo rango que la criada de la pensión, pero si no se alimentaba mejor, aunque fuese con las escasas viandas que ponían en la mesa, no tardaría en verse idéntica a las santas del hambre, de mejillas hundidas y brazos escuálidos. Tanto que las había retratado, y nunca imaginó que podría terminar como ellas.

Más adelante, vio a un grupo de soldados reunidos en torno a los escaparates de una tienda donde exhibían ropa para cazadores. A pesar de la distancia pudo darse cuenta de que en el decorado no cabía una mosca, atestado de maniqués, perros disecados y faisanes sostenidos con hilos invisibles frente a la boca de las escopetas. Oyó las risas de los soldados y apretó el paso para dejarlos atrás. No descartaba la posibilidad de que la detuvieran en la calle, pero esa idea no le producía un pánico especial. En su cabeza, lo quisiera o no, seguía arraigado el sentimiento de que nada de aquello era real, y cuando el mundo se le echara encima, le bastaría con darse vuelta y manotear la baraja.

Descubrió, contrariada, que el lugar donde acostumbraba sentarse estaba ocupado por sacos de arena y rodeado de una empalizada nueva, la clase de obstáculo que surge de la noche a la mañana, como si fuera obra de duendes. Dos soldados que fumaban cerca la miraron con curiosidad. Decidió volver atrás, hasta los arbustos que separaban la playa de la calle, y en ese punto se sentó, sobre un pañuelo que extendió en la arena.

Extrajo la penúltima carta, fechada el 15 de diciembre. Había caído en sábado; un sábado de 1923 en Matanzas. Empezó a leer con calma, pero aquella calma pronto se convirtió en voracidad. Cuando necesitaba descansar de alguna línea especialmente pavorosa, levantaba la vista y la

fijaba en las rocas, las impasibles formaciones que tenían nombres propios, y en las que era probable que también hubiesen ocultado minas, o eso creyó entender cuando Harald le aseguró que estaban listos para «quemar la costa y los peñones».

Intentó corregir el ritmo de la lectura, apresando cada palabra, cada frase, con el rigor de quien traduce de otro idioma. La letra de su madre era ahora histérica, salía del papel con un rumor de fuelle, y con el hipo del llanto que no pudo o no quiso contener. Era una carta que se desangraba y que quería saltar sobre el corazón de su destinataria. Elsa decidió dejarla en ese punto y darse una pequeña tregua.

Vio que los soldados echaban a andar por la playa —sabían muy bien dónde ponían los pies —, volviendo luego al punto de partida, yendo y viniendo por el mismo sendero imaginario. De vez en cuando hacían un alto y dirigían los binoculares al horizonte, se alternaban para hacerlo, uno primero y luego el otro, reanudando la ronda con las cabezas bajas.

La envolvió la modorra de la bruma, el sueño acumulado de las malas noches. Sentía los pies entumecidos, pero no tenía ganas de moverse; por el contrario, apretó el portafolio contra el pecho y se tumbó bocarriba, a sabiendas de que el abrigo se le llenaría de arena. Cerró los ojos y pensó en el olor de Beñat. Magdalena había dicho que los olores tenían música, y que ella podía oírlos cuando acercaba la nariz a la bufanda de su padre. Empezaba a conocerla mejor, y a seguir el hilo de su pensamiento, era bueno descifrar su voz y hacerla sonora cuando leía sus cartas. Ahora se daba cuenta de que aquella mañana de agosto en la Gran Playa, su madre no caminó hacia el mar por voluntad propia, ni lo hizo sola, sino empujada por un torbellino de voces que la indujo a llevarse a los niños: si los dejaba atrás, el mundo se comprimiría hasta aplastarlos, no volvería a verlos como cuerpos vivos, sino como angustiadas láminas con los ojos abiertos.

Elsa percibió que alguien se detenía a su lado, y lo primero que vio fueron las botas de marcha, unas altas botas de cuero que le resultaban familiares. Se resignó a la idea de que Harald había dado con ella, y en ese instante oyó una voz que no reconoció, un acento francés que le sonó perfecto.

—¿Madame Iturrioz? Léalo, espero la respuesta.

Alzó la vista y vio al soldado que le extendía un papel. Lo cogió y leyó en un santiamén, era tan simple y breve... Harald se limitaba a informarle que la recibiría al día siguiente, a la una de la tarde, en el lugar acostumbrado, que era su habitación del Angleterre. El emisario la apresuró con un gesto:

—*Et...?* —Pero no esperó por la respuesta, de un zarpazo le arrebató la nota, entrechocó los talones y pronunció—: *À vos pieds.*

Elsa lo vio dirigirse a un *jeep* que lo esperaba con el motor en marcha y que partió a toda velocidad, sorprendiendo a un par de transeúntes que saltaron para esquivarlo. Uno de ellos se le pareció a su abuelo, no a lo último que imaginaba de él, sino a lo que había visto en las fotografías de cuando era joven, dos retratos espléndidos que conservaba Sagrario. En ellos asomaba el hombre de facciones eléctricas, mandíbula robusta y mirada intensa, propensa al enamoramiento.

Elsa calculó que tenía menos de veinticuatro horas para decidir si iba al encuentro de Harald. Tenía que consultarlo con Beñat, y para eso no le quedaba más remedio que recurrir a la señora

Goti. De vuelta en la pensión, fue directo a la cocina y se encontró a la criadita desplumando un pollo. Aquel suspiro de mujer no levantó la vista para informarle que *la patronne* había salido en busca de verduras. Ella le dejó un recado: tenía que hablarle y era muy urgente. Luego subió a la habitación llevando un té consigo, notó que la taza olía a tabaco y apostó a que el jubilado de Lyon había bebido en ella.

Se había serenado lo bastante para continuar leyendo. Ciertamente le temblaban las manos cuando volvió a sacar la carta, y no era para menos: la letra azul de Magdalena se aproximaba a la implosión, al vómito, a la espiral concéntrica que originó una vida. «Mi vida», murmuró Elsa, y se acordó de todos en su casa. De Marta sobre todo. ¿Dónde estaba ahora la oruga de aquel cuento? La necesitaba urgentemente para repetirle la frase que habría dicho Alicia: «Apenas sé, señora, lo que soy en este momento».

Esa noche coincidieron todos los huéspedes en la mesa. Fue una cena cargada de premoniciones. Las tres alemanas marcaron territorio, trazando una línea imaginaria entre ellas y el resto de los comensales, y juntando las sillas para poder hablar en susurros. La familia rusa también formaba una piña. Irina, la mujer que unas semanas antes había fingido una hemorragia, estaba más pálida que nunca, refugiada en una evanescencia hostil, dolida de todo y de la humanidad. El jubilado Liétard era otra isla, hermético esa noche, y desabrigado por primera vez. Sobre la camisa blanca se había puesto un chaleco, y Elsa descubrió que era más viejo de lo que a simple vista parecía. Bastaba con mirarle el cuello, quebradizo y angosto, para comprender por qué siempre se ponía bufanda. El matrimonio de Biarritz ni siquiera contaba; más empedregado cada día, apagándose a la vez, un pacto suicida a fuego lento. A pesar del panorama, la señora Goti no vaciló en poner su granito de arena a la pesadumbre.

—Siento decirles que mañana tendré que retirarles las mantas, las necesitan en los hospitales. Para el que lo desee, tengo edredones rellenos de papel.

No hubo reacción alguna de los comensales, cada cual imaginando a su modo lo que sería taparse con el abrigo de la indigencia. Cuando terminaron de comer, las alemanas salieron a la calle, probablemente a beber una copa, aprovechando la circunstancia de que habían coincidido. La señora Goti reapareció secándose las manos y avisó que se iba a descansar, que terminaran con calma de tomar su té. Nadie se mostró muy locuaz, hubo un par de comentarios sobre el avance del muro que se construía en la costa, y luego el silencio, el mullido recelo que se enroscó a los pies de todos. Se retiraron al mismo tiempo la familia rusa y la pareja de Biarritz, y cuando poco después Elsa se levantó y se despidió de Liétard, el viejo le hizo una seña para que se acercara.

—La señora Goti —jadeó, cogiéndola del brazo—, ella y el hombre del Puerto de Pescadores, no se fíe de ninguno de los dos.

Elsa sospechó que desvariaba.

—Apoyan a Laval —agregó Liétard—. Usted está aquí hace poco y no debe de saberlo. ¿Quiere que le diga lo que nos confesó Laval a todos los franceses? «*Je souhaite la victoire de l'Allemagne, parce que, sans elle, le bolchevisme demain s'installerait partout*»... Esos dos piensan lo mismo, se lo digo yo que los conozco.

—No sé de lo que me está hablando —protestó Elsa—. ¿Quiere que le ponga té?

—Hablo de lo que veo —tronó sordamente el anciano, sofocado por la furia, o por el ansia de

hacerse entender—. Aléjese de ellos.

—¿De quiénes?

—De la señora Goti —apuntó, levantando la barbilla—, y del que le vendió a usted los besugos.

—¿Beñat?

—Usaron su habitación para encerrar a un hombre y entregarlo luego a la Gestapo, ¿no se dio cuenta? Ella lo retuvo allí hasta que los alemanes vinieron a buscarlo. Cuando acabaron con él, lo tiraron al mar y apareció flotando cerca de Anglet.

—Era el hijo de la señora Goti —se impacientó Elsa.

—No era su hijo, nunca tuvo un hijo.

Si aquel viejo sabía que el joven malherido había estado escondido en su habitación, era probable que lo supieran otros huéspedes. Los rusos, por descontado, ¿no había colaborado Irina con la repugnante escena de las transfusiones? Y las traductoras alemanas, ¿qué tanto habían llegado a sospechar? Luego de una noche entera de trabajo, Margot había accedido a acompañarla donde el médico alemán que controlaba los suministros; después habían ido a la botica, y al final ella le había entregado la morfina a la enfermera que pretendía cuidar de la rusa.

—Al infeliz lo inyectaron —le adivinó el pensamiento el viejo Liétard—, le dieron ese suero que hace que las personas larguen todo lo que saben.

—Vaya a ponerse su bufanda —lo conminó ella—, no le hace bien estar desabrigado.

—¿Cree que deliro? —gruñó el viejo—. ¿Sabe lo que es un colaboracionista? Pues ellos lo son, la patrona y el de los besugos.

—Su bufanda —insistió Elsa, comprendiendo que el frío estaba en ella, y que era a ella a quien le castañeteaban los dientes.

—Huya de esta ratonera —se revolvió Liétard, levantándose con una sorpresiva agilidad—. Usted que tiene familia en San Sebastián, usted que puede, váyase cuanto antes.

Lo vio dirigirse a paso lento a la escalera, y en lugar de hacer ella lo mismo, decidió esperar abajo para no tener que volver a encontrárselo en el pasillo, enfundado en su harapiento pijama, yendo o viniendo del cuarto de baño. Al cabo de un rato, cuando calculó que el viejo habría terminado, subió a su habitación. La señora Goti llegaba en ese instante y le preguntó a bocajarro si tenía alguna ropa que necesitara planchar.

—Lo que necesito es hablar con Beñat —repuso Elsa.

—Ya lo sé. Voy a apagar las luces y regreso. Téngame la ropa lista.

Sacó un vestido de pana estampada, un modelo ajustado de los que tanto le gustaban a Marta, y que la propia Marta le obsequió cuando ella ya empezaba a sospechar de Salvador. No olvidaba que a la hora de escoger la tela, la modista le mostró dos cortes: «¿Flores o escocés de montaña?». Elsa las miraba con la mente puesta en su problema, mientras la modista insistía: «¿Flores o escocés de montaña?». El estampado era de orquídeas claras, y el escocés de cuadros verdes. Cuando oyó que la mujer preguntaba por tercera vez, volvió en sí y estalló: «¿Flores, por supuesto! ¿Quién querría ese horrible escocés?».

Dejó el vestido encima de la cama y salió al pasillo, se moría de ganas de orinar. Por el camino, a pesar de todo, se topó con el jubilado de Lyon, que volvía a su habitación con una toalla

puesta sobre los hombros, lo que le daba un aire de viejecita. Al pasar junto a Elsa, murmuró: «*Dors bien*».

Ella se escabulló hacia el baño, donde todavía flotaba un tufo de alquitrán, o, pensándolo mejor, azufre. Mientras orinaba estuvo preguntándose dónde lo había olido antes, y concluyó que en su propia casa, cuando era adolescente y la lavandera empezó a llevar a una sobrina para que la ayudara a doblar la ropa. La muchacha usaba una pomada de azufre para los granos de la cara, y Marta no tuvo más remedio que prohibírselo.

Al volver a su cuarto, halló la puerta entreabierta y a la dueña de la pensión mirando detenidamente el vestido, lo tenía cogido por los hombros y lo movía con los brazos extendidos, en la actitud de alguien que solo trata de adivinar la talla. Cuando sintió que Elsa llegaba, habló sin mirarla.

—Creo que está limpio y planchado —fue su veredicto—. Solo necesita que lo cepillemos un poco.

—Solo cepillo —concedió Elsa.

—¿Qué fue lo que le contó el viejo Liétard?

Ignoró la pregunta e insistió en que tenía que ver a Beñat.

—Le mandaré avisó —se exasperó la señora Goti—. Dese cuenta de que no es fácil, ¿no ve que estamos en guerra?

—No es mi guerra ni entiendo lo que hacen —replicó irritada—. No sirvo para esto.

—Claro que sirve, querida. Además, ya está hecho. Vaya a ver a ese alemán mañana y permítale que encuentre algo en su ropa, es lo que él espera. De todas formas, de Biarritz no podría salir.

—¿Cómo que no podré?

—Quédese unos días —suavizó el tono la mujer—, por el bien de todos. No es prudente que intente cruzar la frontera. Se lo van a impedir, téngalo por seguro. ¿Qué le dijo Liétard?

—Nada, cosas de viejo.

—Le dijo que yo era colaboracionista, ¿no es así? Y que Beñat lo era también. Se le ha metido en la cabeza que estamos con los alemanes, y se lo cuchichea a todo el que lo quiera oír.

Elsa la miró a los ojos.

—Dijo que el herido que estuvo en mi habitación no era hijo suyo.

—Claro que lo era —musitó serenamente la señora Goti—. Usted me vio, ¿puede mentir una madre cuando trata de salvar a su hijo?

Elsa pensó que la pregunta pudo haber caído al revés: ¿puede mentir una madre cuando se empeña en hundirlo? Se despidieron con frialdad, y a la mañana siguiente fue la criada quien llamó a la puerta para devolverle el vestido. Enseguida se arregló, bajó a desayunar y se asomó a la calle para confirmar que el tiempo era un poco más frío que la víspera y necesitaría llevar algo de abrigo. Volvió a su cuarto para coger la última carta de su madre, y aprovechó para ponerse la bufandita de chinchilla que una amiga del colegio le había regalado años atrás. Todas las muchachas del grupo se habían hecho con una porque estaban de moda, pero ella jamás llegó a estrenar la suya. Ahora era el momento, en ese día en que necesitaba arrojo —precisamente audacia adolescente— para enfrentar dos grandes desafíos: la lectura de la última carta por un

lado, y el encuentro con Harald por el otro.

Había caminado un par de cuadras cuando se dio cuenta de que la seguían. Cruzó la calle, miró de reojo y comprobó que era otra mujer, una silueta robusta dentro de la indumentaria gris, con el cuello de la gabardina levantado y el cabello oculto por la boina. No intentó disimular cuando vio que Elsa doblaba por la Rue Larralde, al contrario, se apresuró para doblar ella también, y casi enseguida apareció un automóvil, una máquina sobria y oscura, que en lugar de pasarles por el lado, aminoró la marcha. Supuso que eran órdenes de Harald, asegurándose de que a ella no se le ocurriera subir a un autobús o detener un taxi para escapar a España. Ignoraba que ya no había necesidad de controlar sus pasos; si bien era cierto que en los últimos días de vez en cuando la asaltó la idea de partir, ahora todo había cambiado. Con el peso de una revelación brutal sobre sus hombros, la idea de volver a San Sebastián, cuanto más de regresar a La Habana, abrazar a su padre en el puerto y sostenerle la mirada a Marta, se le antojaba absurda.

Entre la Place de la Mairie y la iglesia de Santa Eugenia mediaba una caminata de cuarenta a cuarenta y cinco minutos, dependiendo de la ruta. Tenía por costumbre mirar el reloj y cotejar el tiempo que le tomaba llegar por una calle o por otra, y esta vez se decidió por el camino más corto. Al subir los peldaños de la iglesia, la bufanda se le cayó al suelo. Se inclinó para recogerla y vio de reojo la silueta de la mujer que la seguía, a la distancia de apenas unos cuantos metros. En Santa Eugenia, a esas horas, solo había un puñado de feligreses, todos viejos y sentados cada cual por su lado, ensimismados en sus oraciones. Se acomodó en uno de los bancos laterales, abrió el bolso y sacó la carta. No quiso mirar atrás, pero de algún modo sintió que la mujer de la boina también estaba allí, de pie, atenta a sus movimientos. Sospechaba que de un momento a otro vendría a sentarse a su lado y le pediría que la acompañara, que no intentara resistirse ni levantar la voz. Por eso se esforzó en leer la carta más rápido que de costumbre, devorando aquellas líneas que palidecían a medida que les pasaba la vista, temerosa de que se esfumaran antes de que pudiera asimilarlas por completo.

Llegó al final con un alivio horrorizado que la dejó seca. Le había tomado menos de diez minutos recorrer desde el encabezado hasta la firma, pero ya no sería capaz de releerla. Al fin y al cabo, no hacía falta, lo tenía todo aprendido, grabado a sangre y fuego, martillando en las sienes y en el pecho. Soltó la carta sobre el banco y se miró las manos por ambos lados; cerró los ojos y se acarició las orejas, tocando delicadamente los contornos, tratando de identificar la pasta con que estaban hechas. Dentro de los zapatos, se debatían sus dedos, angustiados por no poder mostrarse tal cual eran: vivos, bien proporcionados, sin deformidad ni mancha. ¿No había escrito Magdalena que los dedos de los pies serían los primeros en delatar a su hija?

Vio que un hombre de mediana edad, con sobretodo gris, entraba por su misma fila y se sentaba a poca distancia de ella. Tenía el cabello corto y entrecano, bigote y barba un poco más oscuros, y el rasgo inverosímil de una nariz minúscula, detenida en el tiempo, totalmente imprevista en aquel rostro lleno de surcos y lunares. Ni el estupor ni la vergüenza por lo que acababa de leer le impidieron olfatear el peligro: en la iglesia casi desierta aquel hombre había escogido sentarse justamente a su lado, y lo peor de todo era que pretendía no reparar en ella, cabizbajo y absorto, sumido en un recogimiento falso.

Algo le dijo que era hora de escapar, y se alegró al comprobar que le quedaba instinto de

supervivencia. Haría lo que tenía que hacer: ir al encuentro de Harald en primer lugar, asegurarse que no se movería de Biarritz, y que por lo tanto no había necesidad de vigilarla. Se levantó del banco, vaciló entre guardar la carta o tirarla a la salida de la iglesia, y fue entonces cuando la atraparon, no vio la mano que le inmovilizó la nuca, ni pudo impedir que el pañuelo húmedo se estampara en su rostro. Quiso gritar, y el flujo de un aroma helado le llenó la boca, era dejarlo entrar o renunciar a todo, así que lo aspiró profundo, sintió su cuerpo deslizarse hacia la claridad explosiva, ese lugar sin límites que era el paisaje intrínseco de Magdalena: soles moribundos y planetas ardientes. Mirándolo, sintió el hechizo de la comprensión. Era la primera vez que comprendía a su madre.

Sábado, 15 de diciembre de 1923

El *Yumurí* zarpa esta tarde y ni siquiera he podido acercarme al muelle. Llevo conmigo el billete, me aferro a él como si todavía quedara una oportunidad de usarlo, de subir a cualquier otro buque, no importa el lugar adonde vaya. Sin embargo, esa oportunidad no existe.

Hace un rato, después de haber pasado toda la mañana en ayunas, acepté un plato de comida que me mandaron desde la pensión, plátanos fritos y harina de maíz con leche. Todo el tiempo que he estado en la carpintería, que creo que son ya varias horas, he temido por el niño, pues en el forcejeo con las dos mujeres —esta vez, Juan María mandó a dos mujeres para que me dieran caza— una de ellas me agarró por la cintura y me arrastró a la calle. Hubo gente que acudió en mi ayuda, mientras yo gritaba, mordía, clavaba las uñas para defenderme, sabiendo que peleaba mi última batalla para subir al barco.

Todo empezó poco antes del amanecer. Estaba oscuro todavía y me despertaron unos golpes en la puerta: «¡Soy Panchita, señora, ábrame pronto!». Salté de la cama y entró esa muchacha tan alegre de la que le hablé, pálida como un papel, pero antes de decirme nada, volvió a cerrar y echó el cerrojo. Estaba descalza y traía puesto un camisón ceñido, me di cuenta de que era más joven de lo que yo pensaba, a lo mejor trece o catorce años. Habló bajito: «La han venido a buscar dos enfermeras».

No le pregunté nada ni esperé un segundo, corrí a ponerme las medias y el vestido que había dejado fuera para el viaje, y ya me estaba abrochando los zapatos, algo que me resulta cada vez más difícil, cuando se volvieron a escuchar golpes en la puerta. Mi instinto me hizo correr a la ventana, Panchita vino detrás de mí y me cogió del brazo, gritó que cómo iba a saltar en mi estado, le contesté que sabría hacerlo y no me alcanzarían, pero ella me agarró más fuerte, me suplicó que no le hiciera daño a la criatura.

Mi cabeza hervía y no podía pensar en una solución, solo atiné a coger el bolso y a ponerme el sombrero, miré de reojo el maletín que había preparado la víspera, con mi ropa y artículos de aseo, ni pensar en llevármelo en un momento como ese. Panchita entonces se paró en la puerta y me preguntó si podía abrir, tocaban cada vez más fuerte:

«Abre de una vez», le dije.

Estaban vestidas de enfermeras, pero supe en el acto que no lo eran. Dos cubanas, una de aspecto tosco, con picaduras de viruela en la cara, y la otra más refinada, o era la sensación que daba por tener la piel blanca y unos bucles de color castaño asomando debajo de la cofia. Reconocí en ella a la mujer que había visto la mañana anterior, yendo al encuentro del hombre que me dio mala espina en la calle. La de las viruelas dio un paso al frente, sonriendo de la manera más hipócrita: «Señora de Iturrioz...», y al asomar los dientes, que eran como clavijas grises, recordé esa enfermedad terrible que les da a las mujeres de la vida. Contesté que en qué podía servirles y le tocó el turno a la otra, que impostó la voz, me habló en un tono apretado, casi sin mover los labios: estaban allí para que las acompañara a dar un paseo.

Le respondí que lo sentía, pero que, como podían ver, en ese instante me disponía a hacer un recado. Era una situación absurda de parte y parte, porque las tres sabíamos que ni eran horas para que las acompañara a pasear, ni horas para que yo saliera a nada. Me abrí paso fuera de la habitación, haciéndoles ver que no tenía más nada que decirles, y ellas me siguieron, bajaron pisándome los talones hasta que llegamos al zaguán. Un puñado de mujeres que se despertó con el ruido salió a mirar ese extraño cortejo que encabezaba yo, con la cabeza erguida, y aquel par de enfermeras escoltándome. Me detuve a unos pasos de la puerta, saqué fuerzas para parecer calmada: «Vuelvan ustedes por la tarde», les dije, y me quedé sonriéndoles, fueron segundos que me parecieron siglos, no se oía más que el lloriqueo de un niño, un pobre desgraciado que tal vez penaba por hambre en una de las habitaciones. La enfermera más ruda, la de las picadas de viruela, me pasó el brazo por los hombros: «Venga conmigo», y me apretó contra su cuerpo maloliente, ni el disfraz de enfermera lograba rebajar el tufo, a fondillo y a manteca rancia. Me arrastró fuera de la pensión mientras la otra nos seguía de cerca, y por unos instantes me dejé llevar, me abandoné por completo, como si de verdad estuviera convencida de que el paseo con las desconocidas era mi única salida.

Todos mis miedos se agolparon cuando vi el cielo del amanecer y comprendí que estaba fuera de lugar, no por ser yo quien

era —una mujer de cuna, siendo sacada a la fuerza de una pensión de mala muerte en Matanzas—, sino porque mi tiempo es otro, si lo tocaban se desvanecía. Volví en mí para empujar y morder a la maloliente, que no esperaba aquel ataque por sorpresa. Me deshice de ella y fui corriendo a la carpintería, que ya estaba abierta, tal vez es que no cierra nunca, había dos hombres acarreado vigas y lo único que se me ocurrió fue lanzarme sobre una loma de aserrín, hundir mis brazos en el polvo y hacerme un ovillo. Todo fue en vano, porque las mujeres no tardaron en aparecer. Las vi avanzar despacio, se habían puesto de acuerdo para acercarse, una por la derecha y otra por la izquierda, y atacarme a la vez.

A mi lado había un cajón con herramientas y estiré la mano hasta tocarlas. La maloliente dio un paso al frente, tenía el semblante de una criminal, una turbia mirada que me horrorizó. Sin dejar de mirarla, rebusqué en el cajón, apreté un mango de madera y lo saqué al azar con la intención de defenderme. Era un punzón, lo mejor que podía haberme tocado, solo que me distraje mirando demasiado a una, y descuidé a la otra, que se tiró a por mí.

La espanté como pude, y creo que llegué a hierirla porque la oí gemir, son mujeres que no se quejan fácilmente, acostumbradas como están a recibir golpes, a ganar o a perder, pero siempre después de haber peleado. Pensé que tarde o temprano iban a cargar conmigo, así que desvié el punzón, me lo puse en el pecho y grité que me lo clavaría. En ese momento hizo su entrada un hombre, habló con tanta autoridad que supe que era el capataz o el dueño del taller. Su voz retumbó como la de un gigante cuando dijo: «¡Salgan, condenadas, salgan!». Las falsas enfermeras reaccionaron sorprendidas, y una de ellas le contestó que no se irían sin mí. «¿Cómo que no se van? ¡Fuera!». En eso me vio con el punzón pegado al pecho, nuestras miradas se cruzaron, tenía dos tiznes por pupilas, la mitad de su cara era como un borrón. «Mala centella las fulmine, ¡déjenos trabajar!» Las cogió a cada una por un brazo, tiró de ellas sin contemplaciones, ambas se resistieron y pensé que lo doblegarían, era flaquito y ellas corpulentas, pero al final las soltó en la calle y regresó por mí. «Salga usted también, ¿por qué la buscan?» El niño daba tumbos en mi vientre, aturdido por el griterío, caminando en círculos, igual que un hombrecito loco. «Váyase», me gritó el hombre, «no quiero sacarla a la fuerza a usted también, mírese la barriga.» No me moví ni abrí la boca porque me di cuenta de que no se atrevería a acercarse, debí inspirarle lástima o miedo.

Estoy segura de que Juan María esperaba cerca, ya que no pasó mucho tiempo antes de que llegara a la carpintería. Supe que estaba allí por el silencio que se hizo en la calle, esa impresión que tuvo que causar entre las pobres gentes: un caballero rubio con leontina y traje de color marfil, que pisaba fuerte para que se supiera que no iba a permitir que nada se le interpusiera. Oí sus pasos como si fueran el único ruido en el mundo, ya no me importaba tanto haber perdido el barco, lo único que quería era que no me viera, convertirme en un puñado de cenizas y mezclarme con el aserrín del suelo. El niño se aferraba a mis vísceras con ambas manos, a la manera en que los presidiarios se aferran a los barrotes, los dos mirábamos hacia la puerta, nos dábamos valor el uno al otro.

La voz de Juan María sonó apacible, más miedo me dio escucharla así, daba la impresión de suplicar cuando hizo la pregunta al grupo de curiosos: «¿Aún está dentro?», y agucé el oído para ver lo que le contestaban, pero no se oyó nada, alguien debió de afirmar con la cabeza, y su silueta apareció por fin, recortada en la puerta. Dio unos pasos hacia el interior de la carpintería, pero sin verme aún: «Magdalena, Magdalena», hasta que al fin me divisó, respiró hondo como si se hubiera llevado una impresión terrible, y me pidió que hiciera el favor de escucharlo.

«Ya no volveremos a Cárdenas, te lo juro por Dios. De aquí vamos para La Habana, todo está listo allá.»

Me torturaba la sed, el aserrín metido entre los dientes, dentro de los zapatos y hasta en mi ropa interior. El sol comenzaba a entrar por las rendijas y a calentar —a iluminar también— cada rincón del taller.

«Sé razonable, por favor te lo pido, no querrás que se adelante el parto como la otra vez...»

La otra vez. El otro parto. Ese otro mundo donde nació Elsita.

Avanzaba un poco con cada frase que decía, y yo sabía que si me descuidaba se me echaría encima.

«¿Qué quieres que haga? Estoy dispuesto a todo.»

Sin moverme, sin bajar el punzón, le dije que necesitaba papel y lápiz para hacer una carta; que no quería que él se quedara rondando mientras la escribía, y que yo misma la llevaría al correo cuando terminara.

«De acuerdo, Magdalena, la llevarás tú misma, ¿en qué más te puedo complacer?»

Le respondí que él lo sabía muy bien: quería volver a San Sebastián tan pronto naciera la criatura. Quería que mis hijos crecieran junto a sus abuelos.

«Volverás», aceptó. «Te prometo que el año que viene te reunirás con ellos. ¿Algo más antes de que salgamos de aquí?»

Daba por hecho que me había convencido, que ya no intentaría hacerle daño con el punzón, aunque mantenía mi brazo en posición de ataque. Le dije que sí, que había otra cosa, y era lo último que iba a pedirle antes de levantarme y acompañarlo a donde él quisiera: necesitaba saber de qué había muerto Doris, si era verdad que alguien la había matado.

«¿Doris, Magdalena?», se acercó del todo, podía tocarme si se lo proponía. «¿Todavía crees que Doris existió?»

Al decir eso, estiró el brazo y colocó la mano frente a mis ojos, la dejó quieta, a la manera en que se deja para que un perro la olfatee y reconozca al amo.

«Mírame, Magdalena... No hubo ninguna Doris.»

Entró una ráfaga de aire a la carpintería, y justo en ese instante sentí que alguien se abalanzaba sobre mí y me arrebató el punzón, era el mismo capataz que había intentado echarme del lugar. No pude defenderme, manoteé para recuperarlo, grité con

todo el corazón, pero el hombre corrió y Juan María me sujetó las manos.

«No hubo ninguna Doris», repitió. «Estabas trastornada, recapacita, por el amor de Dios.»

Disimulé mi rabia como pude, y hasta le di a entender que estaba confundida. Dejé que me ayudara a ponerme de pie, volvió a decirme que Doris era una fantasía, un sueño que yo había tenido. Cerré los ojos y le hice preguntas para fingir que ya estaba dudando: ¿y las cartas que ella mandaba a la destilería? ¿Y el cuarto que le preparamos? ¿Y la función de títeres para los niños?

«Fuiste tú, Magdalena, tú escribiste aquella obrita sobre ovejas, ¿te acuerdas del título que le pusiste?»

El capataz se había parado a oír la conversación, y Juan María aprovechó para pedirle que fuera a buscar papel y lápiz, que lo encontrara a cualquier precio. Sacó dinero del bolsillo, demasiado tal vez, unos billetes que el otro le arrebató sin miramientos.

Cuando nos quedamos solos, me atreví a preguntarle que con quién había dejado a Elsitita. Lo vi sonreír, pensaría que era buena señal que preguntara por mi hija, y contestó que la había dejado a cargo de las negras, que no hubo tiempo de conseguir nada mejor, pero que mandaría a buscarla enseguida, tan pronto estuviéramos listos para salir hacia La Habana.

El capataz volvió trayendo estos papeles, tan hediondos y estrujados como usted los ve, no he tenido más remedio que escribir en ellos. El lápiz que consiguió no tenía punta y Juan María sacó su estilográfica, me la dio diciéndome que escribiera tranquila, que él iba a esperar afuera. Antes de salir, habló bajito con el capataz, supongo que para decirle que me dejara terminar la carta.

A mediodía me mandaron comida desde la pensión, tragué con asco la harina de maíz con leche, cucharadas que me provocaron náuseas, pero el niño se moría de hambre. Los carpinteros han ido entrando poco a poco y allá fuera creo que todo vuelve a la normalidad. Cuando hay prisa por ganarse el pan, nadie puede detenerse mucho para averiguar qué está pasando ahí, quién es la mujer que se resiste a salir, o quién el hombre que ha venido a llevársela.

Sé que Juan María me espera en la puerta de la pensión, o en la cantina que está enfrente, andando de un lado para otro, sentándose a ratos en un taburete que le habrán ofrecido. Estará sudando, pero resignado, decidido a no moverse hasta que me vea salir, y es lo que haré enseguida, en un minuto voy a terminar, no debo demorarme más si quiero asegurarme de que esta carta llegue a su destino.

Beso estos papeles toscos. Me repugnan, y aun así froto mi nariz en ellos, paso mis labios para que usted pueda reconocer mi pena. ¿No hará nada por mí? ¿No dejará que el *aita* me socorra? ¿Será posible que me abandonen todos?

«Bebé Rocamadour, bebé...»

Empezó a despertarse en el mismo banco en que la derribaron, doblada hacia delante, en la actitud de alguien que está mirando al suelo o vomitando el alma. Hizo un esfuerzo por incorporarse, pero volvió a caer en el sopor, más hondo y más desesperado cuanto más se esforzaba por salir a flote. En algún otro momento, por segunda vez, entreabrió los párpados y escuchó sonidos, y no fue hasta el tercer intento cuando pudo volver en sí, sacudida por dos o tres arcadas, aspirando ávidamente un aire con olor a incienso.

Le tomó segundos comprender que el hombre que se sentó a su lado, y del que ella había intentado huir, era el mismo que le había puesto el pañuelo en la cara. Lo buscó con la vista, presintiendo que ya no estaría, y lo comprobó al ver que en la iglesia quedaban pocos feligreses, muy alejados entre sí. Era probable que ninguno se hubiese dado cuenta de lo que había ocurrido, o que, aun sabiéndolo, optaran por ignorarlo.

Se levantó tambaleándose y se dio cuenta de que el dobladillo de su falda estaba desgarrado, cortado a cuchilla, una ferocidad que no podía explicarse. ¿Qué necesidad tenía Harald de ordenar que le arrancaran por la fuerza lo que hubiera podido tomar tranquilamente? Ya no pudo pensar en la respuesta, concentrada como estaba en mantener el equilibrio, sobreponerse a la visión borrosa y avanzar hasta ganar la calle.

Al salir la reanimó la brisa. Algo desorientada, comenzó a andar en la dirección que no era, dio unos pasos hacia el Boulevard des Tamaris, pero al percatarse de su error giró rápidamente. Se sentía vigilada y no quería que sus perseguidores creyeran que intentaba huir. El edificio del Hôtel d'Angleterre se alzaba tres o cuatro calles adelante, no había pérdida, ni siquiera podía despistarse: desde donde estaba se veían los balcones de ladrillo rojo. Uno de ellos era el de la habitación de Harald.

Cruzó el portón de entrada y se detuvo como una autómatas para informar que Vogel la esperaba. Trataba de proyectar frialdad, algo que no le costó esfuerzo porque tras la lectura de la carta, y el ataque del desconocido, había quedado hueca, entumecida por la repulsión. El empleado la autorizó a subir, y al entrar en el ascensor vio que había un nuevo operario, pelirrojo a muerte, con un parche en el ojo y cierta rigidez en las manos, que parecían accionadas por alambres. «*Sechsten Stock*», anunció el hombre, demostrándole que tenía instrucciones de dejarla allí y en ningún otro piso, y cerrando la puerta con un golpe marcial. Segundos después, mientras la abría, crispó los dedos como garras y Elsa tuvo la corazonada de que aquellas manos habían matado.

Salió al pasillo, y a medida que avanzaba le fue llegando nítida la música de siempre, aunque el volumen era más alto que de costumbre. Prestó atención para saber cuál de las canciones tocaba; cuál iba a coincidir con el momento en que él le abriera la puerta y se encontraran frente a frente. Supo enseguida que no se trataba de su favorita, la única cuyo título era capaz de pronunciar de un tirón: «*Im wunderschönen Monat Mai*». Por el contrario, la que salía de la habitación en ese instante era la taciturna, la infeliz, la aciaga. La que más la angustiaba.

Él le abrió la puerta vistiendo camisa de franela y un pantalón sujeto con tirantes, y Elsa captó que en toda la mañana no se había movido de la habitación, ni se había afeitado. Harald la invitó a pasar con un gesto severo y le señaló una butaca, que era la orden escueta para que se sentara. Cerró la puerta y fue hacia el gramófono, detuvo la música y todo quedó en silencio, una falta de sonidos antinatural, porque el balcón estaba abierto de par en par y los ruidos de la calle debían de estar en todo su apogeo.

—Fue en Santa Eugenia —dijo, mostrándole los desgarrones del vestido—. Un hombre me atacó, me dio a oler algo, y ya ves, rompió la tela y se llevó lo que había puesto la señora Goti.

Lo vio coger un paquete de cigarrillos, sacar uno y prenderlo. Ella también sintió ganas de fumar y esperó en vano que él se lo ofreciera, pero ya ni siquiera podía aspirar a eso. Había dejado de ser la invitada de las horas impúdicas, de las comidas contemplando el mar, de las sobremesas en el balcón lanzando sobras a los caracoles, para convertirse en una torpe mensajera que permitió que la desvalijaran.

—No tenías necesidad de hacerlo —añadió, tanteándolo—, no iba a escapar a ningún lado, solo me desvié un momento para leer la carta.

Habló de «la carta» como si fuera la única que se hubiese escrito en el mundo y todos tuvieran que entender su existencia. Él arqueaba las cejas, ya de por sí severas, truncadas en el punto donde debían comenzar a bajar y humanizarse. Fuera de eso, era imposible detectar una emoción en su rostro, nada semejante a la curiosidad o la ira.

—Terminé de leerlas y aún no sé si me iré de Biarritz. O sí, tal vez me vaya, pero no de inmediato.

Harald se había sentado al borde de la cama y fumaba a un ritmo desigual, tres o cuatro caladas ansiosas y una pausa hermética que aprovechaba para entornar los ojos, maquinando quién sabe qué vilezas, convertido en otro que no era ni remotamente el amante que ella había conocido.

—No fui yo quien ordenó que te quitaran los papeles. —Se levantó y apagó el cigarrillo—. ¿Conocías a ese hombre?

Elsa negó con la cabeza. Hubiera querido preguntarle quién más podía saber que ella llevaba y traía mensajes ocultos en la ropa, y quién más podía estar tan interesado en leerlos como para llegar al extremo de narcotizarla, pero se abstuvo de irritarlo más. Harald se llevó la mano a la boca, se daba pellizquitos en el labio superior, semejante a un ajedrecista que medita su apertura. De ajedrecistas sabía ella, de sus manías y de la forma en que mitigaban la tensión.

—Por mí puedes irte cuando quieras —declaró él, cogiendo de la mesa unos binoculares—. En este mismo instante, nadie va a detenerte.

No estaba segura de si la estaba echando de Biarritz o de la habitación, le sonó raro que el encuentro terminara tan rápido. Harald se tomaba su tiempo escrutando el océano, jadeando

levemente como si de paso lo pudiera olfatear. Recorrió el horizonte de un lado para otro, con paradas momentáneas si algo llamaba su atención, y al cabo de unos minutos bajó los binoculares, habló de perfil, con la intensidad de un mago que está a punto de cerrar el acto.

—Así que es cierto lo que me contó Margot...

Elsa se encogió de hombros y quedó expectante. ¿Qué podía haberle dicho la traductora que él no supiera a esas alturas? Meditó unos segundos, evocando las pocas ocasiones en que ambas coincidieron o intercambiaron frases, y de repente tuvo un presentimiento: Margot había rescatado las cartas de su madre, confiscadas durante el registro a la pensión; había tenido tiempo de leerlas, así como «Rocamadour», que era la crónica del viaje que Magdalena había hecho con su padre. De todo lo que los alemanes se llevaron aquel día, «Rocamadour» pudo haber sido lo que levantara más sospechas, y era probable que a Margot le hubiesen encomendado la tarea de leerlo, algo que seguramente hizo en los sótanos de la Comandancia, con lupas y un ábaco para mirar las veces que se repetían las letras, los espacios, los puntos. Mientras buscaba mensajes solapados, descubrió otra cosa, una mortal vehemencia que era todo cuanto importaba allí.

—¡Qué extraño mundo este! —se maravilló Harald—. ¿Sabes que conocí un caso parecido al tuyo? A los criaderos de mi padre iba un hombre que compraba caracoles para las tabernas de Lüneburg.

Elsa notó que se esmeraba en hablarle despacio, y que en su rostro había una especie de sórdida nostalgia. En un momento dado, cruzó los brazos, inclinó la cabeza y tosió durante unos segundos; para cuando volvió a hablar, su voz era desoladoramente suave, el hermoso susurro de un ángel que está a punto de clavar un puñal.

—Siempre lo acompañaba la hija, una muchacha que bajaba de la camioneta para cerciorarse de que purgábamos los caracoles antes de empaquetarlos. Hablábamos a veces, mientras yo iba cerrando los paquetes. El padre nunca se bajaba, creo que había perdido una pierna.

Era difícil saber adónde quería llegar. Era fácil, sin embargo, intuir que se avecinaba un arduo desenlace.

—Una mañana, después de escoger los caracoles, ella se tumbó en el suelo y me pidió que la pateara. Dijo que no quería tener al hijo de su padre.

Tan pronto Harald pronunció esa frase, «hijo de su padre», la habitación volvió a la vida: comenzaron a entrar ruidos normales que habían estado ausentes; entró también la brisa helada, la claridad del sol tal como era (no el resplandor ficticio que los iluminó hasta entonces), y los graznidos de las gaviotas, cientos de ellas por todas partes, una amalgama tensa y ensordecedora.

—¿Puedo irme ya?

—Por supuesto que hice lo que me pedía. Dos patadas certeras, mejor dicho, tres, y se acabó el engendro.

—Necesito irme —balbuceó como pudo, convencida de que no podría articular otra palabra.

—Vete de una vez. Y hazle caso a la señora Goti.

Horrorizada, salió al pasillo, corrió al ascensor y apretó el botón una y otra vez. Cuando por fin se abrió, el ascensorista la miró enfadado, ella se apresuró a entrar y no pudo disimular su nerviosismo, que no pasó inadvertido para las dos mujeres que también bajaban. Parecían madre e hija, y la más joven despedía un aroma trasnochado, a un perfume puesto muchas horas antes, tal

vez en otra ciudad. Elsa adivinó que estaban allí por causa de un oficial enfermo, un hombre desahuciado que, en lugar de ser llevado a un hospital, esperaba el fin en uno de los pisos altos. Era un secreto a voces que los heridos más graves y de mayor rango convalecían en el Hôtel d'Angleterre.

Salió del ascensor tan rápido como había entrado, y, una vez en la calle, respiró hondo, tres o cuatro bocanadas de un aire que no acababa de saciarla, como si estuviera desprovisto de oxígeno. La rondó la idea de hacer el equipaje y marcharse al día siguiente, pero ¿adónde? A San Sebastián ni muerta. Volver allí era enfrentar la compasión de su tía Sagrario y el remordimiento de su abuela Mercedes; la incontenible agitación con que la abrazarían, temblorosas y avergonzadas. Por ahora, lo único que anhelaba era alcanzar la Rue du Helder, meterse en la pensión y volar a su cuarto sin que nadie la viera. Ese deseo se cumplió, no coincidió con ningún otro huésped. Sobre la mesita de noche halló el plato cubierto con el almuerzo: puré de remolacha y un trozo de pescado. No era usual que guardaran la comida a los huéspedes, pero la señora Goti sabía que ella no se había ausentado por su gusto. El cuerpo le pedía descanso y pasó toda la tarde acostada, dormitando entre sobresaltos, conversaciones imaginarias, golpes en la puerta que se diluían en cuanto abría los ojos, y unos ladridos insistentes que auguraban desgracias. Al anoecer, bajó a la cocina en busca de agua, le ardía la garganta y la señora Goti la miró alarmada, le preguntó si estaba enferma y ella le dijo la verdad: un desconocido la había atacado en Santa Eugenia, desde entonces se sentía confundida y débil. Agregó que quería hacer una llamada a San Sebastián, a lo que la otra dijo que naturalmente, el teléfono era todo suyo y la dejaba a solas. Contestó su tía Sagrario, una mujer que había soportado una carga demasiado pesada, por demasiado tiempo. Elsa prescindió de los saludos, ya no había tiempo para más palabras ni para nuevas evasivas.

—¿Se llegó a enterar mi padre? —soltó a bocajarro.

Sagrario no respondió enseguida, dejó pasar unos segundos mientras en la línea se oían silbidos, crepitaciones, olas de estática que rompían contra ninguna orilla.

—No... —vaciló—. No sé.

—Sí sabes —replicó Elsa.

—Te juro que nunca hablamos de eso. Tu abuelo nos prohibió...

No terminó la frase porque no tuvo valor, o porque adivinó que su sobrina se tambaleaba en la semipenumbra, dejando escapar unos gemidos roncós, diferentes entre sí, como si brotaran de distintas gargantas.

—Debes venir a casa cuanto antes..., ¿hay alguien ahí contigo?

Elsa apartó el auricular y lo mantuvo suspendido unos segundos antes de colgar con un sonoro golpe. Regresó a la habitación y pensó en Marta, era de las pocas personas en las que confiaba; de las pocas que le habían dado cariño verdadero, ella hubiera sido la única capaz de consolarla en esas circunstancias. Pero Marta estaba demasiado lejos, más apegada que nunca a su marido, admirándolo secretamente por lo que fue capaz de realizar, toda una vida entregado al ilógico esfuerzo de adorar a Elsa.

Cayó a plomo en la cama y se durmió vencida, entrando y saliendo de las malas brumas, ajena a la noción de claridad y tiniebla que marcaba el paso de los días, bajando como sonámbula a

desayunar cuando en realidad era la hora de la cena, y buscando una comida caliente donde solo quedaban helados posos de té del desayuno. No tenía idea de cuánto tiempo había dormido, pero sí recordaba que en la mañana de su peor día, cuando ni siquiera se pudo incorporar en la cama, la señora Goti deslizó bajo sus nalgas una cuña para que orinara. En alguna ocasión, al despertarse por la madrugada, se percató de que alguien le había puesto emplastos en el pecho, y esa operación se repitió otras veces, siempre hacia el amanecer. Una tarde, la criada le subió un caldo dulzón, le pidió que masticara las almejas y, mientras le acercaba cucharadas a los labios, le dijo a Elsa que el médico había descartado el tifus. Fue entonces cuando supo que la había visto un médico. Al día siguiente se levantó con ánimos para vestirse y sentarse a la mesa a la hora del almuerzo. El viejo Liétard se interesó por su salud en nombre de todos los huéspedes, y ella se limitó a responder que se sentía mejor, algo que de seguro sabían todos, pendientes como estaban de que una enfermedad contagiosa no hubiera entrado en la pensión.

En ausencia de las alemanas, no hubo disimulos ni miradas furtivas hacia el lugar que usualmente ocupaban. Pudieron hablar de las noticias que corrían como la pólvora por la ciudad; la desaparición de jóvenes y la toma de rehenes, que eran parientes o amigos de miembros de la Resistencia. Si un *mugalari*, por poner el caso, escapaba cuando los soldados iban a aprehenderlo, se desquitaban con la mujer y los hijos. Por segunda vez en su vida, Elsa oyó la palabra *mugalari*. La primera fue en labios de Beñat. «“Muga” es frontera», le susurró la tarde que fueron a su casa en Arcangues, «y “mugalaris” los que hacemos los pasos.» También había tenido que explicarle lo que era «hacer un paso». Se preguntó si Beñat sabría de los días que llevaba en cama y del ataque que había sufrido en la iglesia. Se levantó para volver al cuarto, excusándose porque aún no estaba recuperada del todo, pero antes de subir, la señora Goti se la llevó aparte para informarle que su tía había llamado varias veces, y que la noche anterior había advertido que enviaría a una enfermera para que la llevara cuanto antes a San Sebastián.

—No es allí adonde voy. —El simple esfuerzo de vestirse y bajar a comer la habían dejado exhausta—. Necesito ir a Rocamadour.

—¿Rocamadour?... ¿Está segura? Tendrá que subir a Burdeos y no va a encontrar donde alojarse, ni un cobertizo para salir del paso.

—Dormiré en el tren, o en el santuario, da lo mismo. Solo será la ida por la vuelta.

—En estos tiempos —porfió la señora Goti—, no existe eso de la ida por la vuelta a ningún lugar. De todos modos, ha estado muy enferma y tiene que recuperarse. ¿Ya se vio en el espejo?

No. No se había enfrentado al espejo todavía. Su cerebro había puesto una barrera entre sus ojos y las facciones en las que tarde o temprano tendría que detenerse; rastrear la insoportable redundancia; hallarla tenuemente en todo, pero en definitiva en nada. De la manera más inesperada, la asaltaba la idea de los parecidos, todas las personas tenían algún rasgo heredado del padre, una señal por insignificante que fuera: la sonrisa, un gesto al asombrarse, un rictus. Por otra parte, la señora Goti tenía razón: era imprudente que abandonara la pensión, recién salida de la enfermedad, para dirigirse a un lugar desconocido, sin saber lo que hallaría por el camino. Eso sí: tan pronto se recuperara, quizá en una semana o dos, partiría hacia Rocamadour. De nada habría valido el largo viaje desde Cuba si no cerraba el círculo en aquel lugar.

Regresó a la habitación y tomó en sus manos el cuaderno de páginas cosidas, que no eran

apuntes ni memorias. Lo que Magdalena escribió, la mezcla de voces y de sentimientos, era otra cosa, una especie de pregunta interminable que empezaba con una tierna frase, o que en principio resultaba tierna, y que había puesto en la primera página, a la manera en que se pone una dedicatoria: «Bebé Rocamadour, bebé, ya sé que es como un espejo».

Los hijos del *incestus*

Rocamadour era una ciudad, no un niño, y era imposible saber a qué espejo se refería Magdalena, como no fuera el de su propia sangre, la que corría por las venas suyas, que era la misma que corría por las venas de Octavio.

Padre e hija emprendieron el viaje al santuario en noviembre de 1918, a pocos días de haberse firmado el Armisticio, cuando todavía humeaban los escombros y en las calles se pudrían los muertos. Aquel era, en opinión de todos, el más piadoso regalo jamás exigido por ninguna novia: poder dejarle a la virgen de la que era devota una réplica del ramo que llevaría en la boda. El ritual debió ser al revés, casarse primero y luego poner las flores a los pies de Santa María de Rocamadour, pero el viaje de novios que Juan María había planeado era en la dirección opuesta, y para poder pasar en Estoril las dos semanas que tenía previsto, no podían desviarse al santuario. A Iturrioz lo esperaba un trabajo como químico en una papelera de Vitoria, allí debían instalarse en cuanto regresaran de Portugal, por lo tanto, Magdalena halló la solución perfecta: mientras su futuro esposo iba a Vitoria para alquilar la casa donde vivirían, ella y su padre viajarían a Rocamadour para dejar la réplica del ramo.

Y así fue. Partieron en lo que Octavio bautizó «el rauda Elizalde», un automóvil que compró al fabricante del mismo nombre, amigo y cliente de la fundición. Según lo que Sagrario recordaba, años más tarde el automóvil fue enviado a una cochera de Pasajes, donde con la tragedia se quedó olvidado y nadie nunca supo qué había sido de él.

«Rocamadour», el escrito de su madre, arrancaba en Rocamadour, a partir del instante en que llegaban al hostel, como si Magdalena hubiera cerrado los ojos en Ategorrieta antes de cruzar la puerta de su casa, y los hubiera abierto varias horas después, cuando ya estaban instalados en Les Chambres du Lion d'Or, el solemne edificio con escudo de armas cuya imagen, una tarjeta coloreada a mano, ella pegó en la tapa del cuaderno.

A medida que avanzaba en la lectura, Elsa cayó en la cuenta de que su madre no iba a escribir sobre las cosas normales de las que hubiera escrito cualquier muchacha de su edad: el automóvil que estaban estrenando y que los curiosos rodeaban cuando se detenían en algún pueblo; la parada que hicieron en Biarritz para merendar en el Hôtel du Palais (y a la que sumaron una caminata por la playa), y la carretera que poco a poco fue haciéndose sobrecogedora, con las huellas demasiado frescas de la guerra, el hedor insufrible que los abatía de vez en cuando y que provenía de las fosas comunes.

Magdalena no se refirió a nada de eso, ni habló de la emoción de ver las crestas de

Rocamadour, según se iban acercando; las iglesias cinceladas en la piedra y los tejados taciturnos, porque nada por allí era alegre, solo misterioso. Hablaba en presente, escribió por ejemplo «Bajamos a cenar», y a continuación contaba raros detalles sobre los platos que les iban sirviendo: los dos tonos de una salsa; el hilo de vapor que exhalaba el caldo y se elevaba con cabeza de cobra; las briznas de tomillo en el pan. Se habían sentado en una de las cinco mesas del comedor desierto, todo el lugar para ellos solos, alumbrados por la luz de la chimenea y unas lámparas de gas que colgaban del techo.

«Caracoles para él, sopa para mí», anotó en el cuaderno, con la letra furtiva de quien no quiere respirar, ser vista, ni ocupar espacio. Más adelante agregaba: «Mañana el *aita* cumple cuarenta y dos».

Elsa se detuvo en ese punto. Su tía Sagrario no mencionó que el viaje a Rocamadour había coincidido con el cumpleaños de Octavio, pero era obvio que Magdalena había hecho lo imposible para que así fuera. Insistió en salir a mediados de noviembre alegando que más tarde se les echaría encima la Navidad, y a continuación la vorágine de los preparativos de la boda. A Elsa le bastó con leer un par de párrafos para confirmar lo que ya se imaginaba: fue providencial que el Armisticio se firmara temprano en noviembre, pues se desvanecía el único obstáculo que existía para que ellos dos hicieran ese viaje a Francia.

Sutil en su primera noche en el santuario, Magdalena descubrió que el aire se llenaba de espirales ínfimas; de cuerdecitas diáfanas que se enredaban entre sí, y del hervor particular del tiempo. «No debí haber nacido de ti», le reclamó a su padre, y encima dejó constancia escrita del reclamo. Octavio levantó la vista, se secó los restos de mantequilla en los labios y tomó largos sorbos de vino sin dejar de mirarla, advirtiéndole que, si no comía, al día siguiente no la dejaría moverse de la habitación. Era una reminiscencia de las viejas reprimendas del verano. En Biarritz, cuando Sagrario o ella no querían comer, Mercedes las amenazaba con no dejarlas acercarse al mar al día siguiente. Pero Magdalena ya no era una niña, sino la mujer que estaba a punto de casarse con el licenciado Juan María Iturrioz, tres años mayor que ella, ocupado esos días en buscar la casa donde se acomodarían luego de la boda.

Elsa avanzó un rato en la lectura, hasta que se le empezaron a cerrar los ojos y tuvo miedo de que, con el horror, le volviera la fiebre. No podía darse el lujo de sufrir una recaída, necesitaba fuerzas para salir lo antes posible hacia Rocamadour, mirarlo todo con sus propios ojos, y más tarde convencer a Beñat para que huyeran juntos.

Se acurrucó bajo la colcha rellena de papel de periódico. Su pensamiento voló a La Habana, donde a esas horas estaría cayendo la noche. Evocó la casa de su padre, que estaría llenándose de los aromas de la cocina, y sintió un golpe de ternura por su hermano Miguel, con el que en realidad no compartía ni una gota de sangre. Él sí era un verdadero Iturrioz, hijo de Marta y de Juan María.

Durmió de un tirón y la despertaron unas voces en la puerta cuando ya había amanecido. Miró a su alrededor y aguzó el oído para comprobar que no había perdido la noción del tiempo, como le había ocurrido días atrás a causa de la enfermedad. Volvieron a llamarla, y desde la cama preguntó quién era, a lo que contestó la voz de rana de la camarera. Tuvo miedo de que hubieran vuelto los soldados, saltó de la cama y esperó unos segundos con la oreja pegada a la puerta: no

se oían pisadas ni golpes, ningún indicio de que estuvieran otra vez allí. Y sin embargo, temía que al abrir saltaran sobre ella, la arrastraran a la calle y la metieran en uno de esos vehículos siniestros, eliminando todo rastro de su paso por Biarritz.

Finalmente abrió, incapaz de soportar la angustia, pero solo vio el garabato pálido que era la criada.

—Abajo hay una enfermera esperándola. Viene de San Sebastián y me pidió que la ayudara con el equipaje.

Elsa se limitó a mirar sus pies descalzos, los mismos que alguna vez fueron escurridizos y la ayudaron a salir del agua. Esos pies que habían actuado por instinto, impulsándola lejos de Magdalena, pateando por su vida, y hundiéndose en la arena del horror, pero que ahora se negaban a moverse, casi clavados en el suelo.

—Dile que no necesito una enfermera —cogió por el brazo a la criada, cerrando la mano en torno al hueso—, ni voy a ir a San Sebastián.

La otra bajó la vista.

—Mejor baje y dígaselo usted.

En una de sus últimas cartas, Magdalena contaba que había salido mansamente de la pensión de Matanzas, apoyándose en las mujeres que habían ido a buscarla, dejándose llevar, como si estuviera vencida, y esa fue la trampa para que las otras aflojaran el cerco. Se preguntó si tendría que hacer lo mismo para evitar que la sacaran de Biarritz.

Usó maquillaje para disimular su palidez, se recogió el cabello con hebillas y se colgó sus mejores aretes. Parecía otra. Si la enfermera había ido con la intención de verla moribunda, ella le demostraría lo contrario: estaba aliviada y decidida a quedarse. No había nada que discutir, nadie que tuviera autoridad para obligarla a volver a San Sebastián. No tenía marido, ni esperaba un hijo. Era libre de hacer con su vida lo que le placiese. Una vez abajo, oyó voces que hablaban en susurros, la de la señora Goti era una de ellas; la otra, la de la mujer que intentaba llevársela. Entró en el comedor, más rígida que erguida, dispuesta a despachar a la intrusa con un par de frases y encerrarse de nuevo en su habitación.

Vio primero a la enfermera, impecable, jovencita, inclinando la cabeza para saludarla; y de inmediato a la señora Goti, que dejó en el aire la frase que iba a decir en ese instante y la sustituyó por un: «Ahí viene». La mayor sorpresa, sin embargo, fue descubrir que su tía estaba allí, sentada a la mesa, visiblemente agotada, forzando una sonrisa que no llegó a cuajar. Elsa depuso su actitud y fue a los brazos de Sagrario, la besó en las mejillas y se dejó besar por aquellos labios secos y calientes.

—Vine para que habláramos. No puedo irme sin hablar contigo.

—Claro que hablaremos —confirmó Elsa, echando una mirada a la señora Goti, que la acató sin chistar y le propuso a la enfermera que fueran a la cocina para tomar una taza de té.

—Ya no tengo nada que ocultarte —musitó Sagrario cuando se quedaron a solas—. Tú ibas a darte cuenta y yo no lo impedí, no podía hacerlo. Aunque todavía tienes que saber el resto. Debes saber que Doris no era una persona real, fue un desvarío de tu madre.

—Algo me imaginaba, sí —repuso Elsa, cabizbaja.

—Ni Doris, ni ese pueblo embrujado, ni el tal Baró que la buscó en la función de títeres, nada

de eso era cierto. Fue mi padre, Elsitá, fue Octavio quien estuvo con ella todas esas veces. Tan pronto llegó a Cuba, Magdalena le escribió diciéndole que se moría de pena y que se mataría. Papá hizo arreglos en la fundición; a nosotros nos dijo que iba para Alemania, a enterarse de la composición de unos aceros nuevos, pero en lugar de eso, sin que lo supiéramos, subió a un barco en Bilbao. Magdalena nos mentía en las cartas, inventó a esa Doris, quién sabe si se la llegó a creer.

Elsa levantó la mano y le hizo un gesto, era obvio que le imploraba una pausa, ambas la necesitaban. Sagrario, que estaba cada vez más pálida, le susurró que le trajera un vaso de agua y ella fue a toda prisa a la cocina, vio que la señora Goti servía el té y aprovechó para pedirle una taza. Al volver al comedor, de repente la asaltó una duda, tuvo la sensación de que alguien le soplaba el rostro.

—El niño —dejó la taza en la mesa, miró a los ojos medrosos de su tía—, ¿era también de Octavio?

—No lo sé, pobrecito... Creo que ni tu madre lo sabía. Juan María estaba convencido de que era suyo. Cuando descubrió que tu abuelo estaba en Cuba, lo fue a buscar al hotel, uno de Cárdenas o de Matanzas, no estoy segura, amenazó con denunciarlo y traerlo a San Sebastián para que lo supieran todos. Papá escapó de su furia y regresó a casa. Estaba más delgado, muy moreno por el sol de Cuba, rejuveneció en el viaje, y a pesar de que volvió abatido, nadie hubiera dicho que tenía cuarenta y seis años.

Elsa recordó aquella línea alborozada de la segunda o la tercera carta de su madre: «Doris está aquí. ¡Por fin está aquí!». No era Doris la que había llegado a Cárdenas, o la que la arrastraba a pueblos abominables. No fue tampoco la que concibió la representación de títeres con las ovejas parlanchinas. Las visitas furtivas a Canímar, si es que Magdalena llegó a meterse alguna vez allí, solo tenían un propósito: encontrarse con Octavio en el agujero más remoto y feo que hubiera en los alrededores, un lugar donde a nadie se le ocurriera buscarlos.

—Sé lo que estás pensando, que por qué no lo paramos antes. No tienes idea de lo que llegamos a sufrir tu abuela y yo, de las veces que me propuse insultar a Magdalena, echárselo en cara a mi padre, abofetearlos a los dos, pero en el fondo ese cariño me parecía lógico, debí de estar trastornada yo también. Llegué a pensar que la que sobraba en casa era Mercedes. Pobre mamá, que ni siquiera tuvo en mí a una aliada, no sé qué hizo para que le pagáramos tan mal.

Elsa le encareció que bebiera el té antes de que se enfriara. Sagrario la miró con curiosidad, y ella se preguntó si calculaba cuánto estaba dispuesta a soportar.

—Después de la tragedia, Mercedes le pidió a Octavio que se fuera de la casa. Entonces sí marchó a Alemania, donde tenía amigos, y hasta unas minas que le vendieron en 1923 y no le habían costado casi nada. Tenía una casa en el Ruhr, se hizo con ella gracias a un puñado de dólares que guardaba en la caja fuerte de la fundición. Así de fácil, todo se podía comprar en Alemania durante aquella crisis, y tu abuelo la aprovechó mejor que nadie.

Era obvio que lo que su tía contaba no era una simple anécdota. Por el contrario, iban derecho a un precipicio y ella sentía en la cara el ruido de la velocidad.

—Los amigos poco a poco dejaron de preguntar por él. Mamá no volvió a hacer vida social, y yo vivía bastante retirada con Esteban. En el verano de 1936, llegaron a la casa unos milicianos

que pidieron hablar con Octavio Laparra, y mamá les contestó que había muerto. Nadie se interesó por saber dónde o de qué.

Venía lo peor, se notaba en la viscosidad del aire, una opresiva música que solo oían las dos.

—A mí siempre me escribió dos o tres cartas al año, y en todas ellas preguntaba por ti. Pero hace meses mandó a decir que iba a salir un tiempo de Alemania y se establecería en Biarritz hasta que terminara la guerra.

Elsa le tomó la mano, se la apretó fuerte, demasiado fuerte para un pájaro tan indefenso. Estaban juntas, solas, al borde de la inmensidad.

—¿Aquí, Sagrario? ¿Me estás diciendo que Octavio está aquí?

La otra asintió, el mundo se cerraba entre ellas, sin aire de por medio ni música furiosa o pálida. Tía y sobrina se miraban en el vórtice de una loquísima explosión.

—Alquiló una casa en la Rue Mazagran, quizá los propios alemanes lo ayudaron a conseguirla, tiene buenos contactos en el Ejército. A mí me daba miedo de que alguien lo reconociera y comenzaran las habladurías. Pero en estos tiempos no viene casi nadie a Biarritz, y él se ha dejado barba... Ha envejecido, no tanto como yo, ni tanto como su mujer. Si se parara al lado de Mercedes, los tomarían por una madre y su hijo.

Elsa se sintió rodeada de alfileres, cualquier movimiento, por mínimo que fuera, desencadenaría una avalancha de pinchazos. Le preguntó a Sagrario si lo sabía su abuela.

—¿Qué cosa, que Octavio está en Biarritz? Por supuesto que no, se hubiera vuelto loca pensando que iban a encontrarse. Sabe que vive en Alemania, y que ahora no me escribe tanto por causa de la guerra.

Sagrario metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un papel doblado.

—Ahí tienes su dirección y su teléfono. Es una casa con ventanas rojas, como en los caseríos, allá las pintan con sangre de buey, aquí no sé lo que usan, pero la tintura es igual. Al frente hay un jardín sembrado de rosas de cuaresma. ¿Sabes cuál es la rosa de cuaresma?

Elsa se aferró a su brazo, solo se aferró, y la miró sin despegar los labios.

—Le conté que estabas en Biarritz, pero no le dije dónde, si es lo que te preocupa. No vendrá a buscarte, ni tampoco te reconocería en la calle. Esperará a que lo llames o te acerques a su casa. Apenas sale, trajo a su cocinera vasca y a un criado que me parece que es ruso. Es todo, Elsitita, ya no te oculto nada.

Unos instantes después, la señora Goti y la enfermera volvieron al comedor, ninguna supo muy bien qué decir, ni quién debía dar el próximo paso. Finalmente, fue la enfermera la que rompió el silencio preguntándole a Elsa si podía tomarle la temperatura. Ella le contestó que sí, y además se dejó auscultar, impasible y blanda, con los ojos llenos de lágrimas. La enfermera confirmó que no había fiebre y parecía estar recuperada.

—Me voy más tranquila —suspiró Sagrario—. ¿Estás segura de que prefieres quedarte?

Elsa afirmó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Tuvo el presentimiento de que no se iban a volver a ver.

—Sé fuerte —dijo la tía, poniéndole la mano en la mejilla y acariciándola con la punta de los dedos—. Vuelve a Cuba, te lo suplico, sal de este infierno.

Se abrazaron y Elsa la acompañó a la puerta. La enfermera salió delante de ellas, sigilosa, y

se paró junto al chofer, que preguntó por las maletas. Sagrario le respondió que no iban a llevar ninguna, y agregó una frase que cayó como una losa: «Mi sobrina no viene».

Elsa las vio partir, volvió al comedor y comprobó aliviada que la señora Goti ya no estaba. Se sentó a la mesa, desdobló el papelito con la dirección y comprendió que, tras el estupor, pugnaba por salir la rabia. En toda su vida no había sentido un rencor tan opresivo, ni siquiera por la viuda que tronchó su matrimonio; ni siquiera por Harald, que la golpeó y la vejó sobre la cama, y de quien cabía esperar una vileza peor. El rencor que le inspiraba su abuelo era distinto, y de esa saña estaban hechos sus huesos, sus vísceras, la voz con la que hablaba y la cabeza que sentía a punto de estallar. Tuvo el deseo de correr a la dirección que ponía en el papel, esperar a que le abrieran la puerta y pararse frente a Octavio. Exigirle que la mirara, se diera cuenta de lo que le había hecho. Ella era la hija milagrosamente salvada del arrebato de la madre. La misma que, por obra y gracia de un infinito viraje en su existencia, ahora quedaba a la deriva. Sin el hombre al que siempre había querido como un padre; sin el hermano pelotari, al que adoraba y sobreprotegía, y sin su querida Marta, que la sacó adelante cuando era apenas un animalito herido, por cuya estabilidad mental nadie hubiera dado un centavo. A Marta la perdería también, la vería desdibujarse en la pintura falsa con el resto.

Estaba sola. Lo único auténtico en su vida era la parte en ruinas, la tía y la abuela que se consumían en el caserón familiar, y el viejo Octavio, que le parecía mentira que estuviera vivo, tan cerca uno del otro durante esos meses. No era casualidad que hubieran ido a dar al mismo *lugar* cuando el desaliento se apoderó de ambos: de Octavio, por causa de la guerra; y de ella, por culpa de una infidelidad.

Se encerró en la habitación con la intención de desahogarse, pero nada le vino a la cabeza. Llorar, no podía llorar; los que lloran tienen un asidero, empuñan un dolor, pueden morir de la pena. Los hijos del *incestus* —«inchestus», como decían los curas de su infancia— flotan en un líquido sin causa, o en una nada anterior a la creación del mundo, muy parecida al agua donde pereció su hermano.

Más tarde se abrigó y salió a dar un paseo.

Domingo, 16 de diciembre de 1923

Esta será la última carta que escriba.

Sigo en Matanzas, pero ahora estoy en un hotel con Juan María. Él duerme, o finge dormir con las manos cruzadas sobre el pecho. Siempre me ha dado miedo verlo así, en la postura de esos santos embalsamados que están en las urnas de las iglesias.

Antes de acostarse, me advirtió que por mi bien dejaba un vigilante afuera. Ni siquiera me he asomado a la ventana para ver si es cierto, estoy segura de que ha dejado dos: uno en la entrada principal, y otro junto a la puerta de la habitación. Cualquier precaución para él es poca si se trata de retenerme en Cuba.

Lo que no sabe es que me di por vencida, y también se ha dado por vencido el niño, que no llora ni suspira más, no quiere más, no puede ni un minuto más. Sé que está vivo porque el corazón le late, puedo sentir los latiditos, lo mismo que antes sentía su respiración. Pero ya no se agita ni se enfada, lleva muchas horas quieto con la vista fija en la pared del vientre. En el fondo está hastiado, hecho pedazos como lo estoy yo: todo cuanto quisimos ser partió en el buque que se fue ayer tarde y debe de estar bien lejos, en mitad del océano, silencioso porque los pasajeros duermen.

Por la ventana abierta, puedo ver cómo se va la noche, y pienso que muy pocas veces en mi vida he disfrutado del amanecer. El más bello de todos fue cuando nació la niña. Tan pronto la alzó la comadrona, ese momento en que empezó a llorar, le pedí a Sagrario que abriera las ventanas, porque en mi confusión pensé que era de día. El campo sin embargo estaba oscuro, excepto por una franja anaranjada que flameaba a lo lejos, rompiendo por el horizonte, y eso me dio cierta tranquilidad, la esperanza de que ningún cataclismo iba a ocurrir; la ira de Dios no se iba a desatar por alumbrar a la hija de mi padre, sino que, como cada día, el sol volvería a calentar la tierra, a mirar cuántas criaturas nuevas habían llegado al mundo por la noche. Mi recién nacida era una de ellas, y estuve a punto de ponerle Alba, pero usted estaba tan ilusionada con que se llamara Elsa, que no quise contrariarla; Sagrario también prefería ese nombre, y al *aita*, que al principio no quería opinar (en el fondo deseaba un varón), terminó por gustarle.

Él vino a verme en el momento en que usted y la comadrona salieron de la habitación —como si lo estuviera viendo: batín de seda, pantalones de dril, pantuflas color caramelo—, me besó en la frente y se acercó a Sagrario, que no hizo amago de moverse del sillón donde mecía a la niña. Papá le dijo: «Sagrario, vete a hacer tus cosas», y ella se levantó rápido, no había orden de él que se atreviera a desobedecer, me puso a la pequeña en el regazo y se fue con la cabeza gacha, no sin antes murmurar: «Ya amaneció, tienes que darle el pecho», y era verdad que había amanecido, la luz anaranjada lo empapaba todo, no sé si siempre se estrenaba el día de esa forma, o era algo sublime que se me escapaba.

Cuando nos quedamos a solas, Octavio se sentó en la cama: «¿Qué nombre le has puesto?», preguntó, levantando la punta de la sabanita. «Elsa», le contesté, sintiendo que el amor me ahogaba. «Ah, claro, Elsa, ya lo tenías previsto.» Me di cuenta de que había dormido mal, o no había dormido en absoluto, se le notaba en los párpados hinchados, quizá también había llorado un poco, no era de piedra al fin y al cabo, aunque lo pareciera a veces: allí estaba su hijita, y allí estaba yo, que para el alumbramiento me colgué del cuello el camafeo que él me regaló en Burdeos, cuando íbamos de camino a Rocamadour.

Papá le sonrió a la niña, se quedó un rato mirándola, sin decirle ni decirme nada. Entonces vi la realidad del tiempo entre nosotros. Sentí el roce de las cosas invisibles, el contacto del perfume que él llevaba puesto, la arenilla del sonido con que intentaba despertar a Elsa, un «shsss, shsss» que hizo que ella abriera los ojos y lo saludara con un largo bostezo.

Como Sagrario había dicho que la amamantara, me senté en la cama, me descubrí el pecho y le hice cosquillitas en la boca, pasándole el pezón por los labios, provocándola hasta que se prendió con ansias. Se aferró con tal voracidad que el dolor me arrancó un quejido, pero a la vez me emocioné de verla y levanté los ojos, esperando que papá estuviera igual de emocionado. Y en cambio lo noté renuente, no era amargura lo que vi en su cara, era extrañeza, temí que fuera repugnancia y eso sí que no iba a soportarlo. Me destapé por completo y saltó el otro pezón, donde la niña aún no se había pegado, en toda aquella habitación solo se oía el chasquido de la boca de Elsa, un tictac que me acercaba a Octavio y al torrente que venía bajando por mis venas. Su

voz cansada me lo suplicó: «Eso no, Magdalena, eso no». Se resistió un poquito cuando pasé mi mano por su nuca y lo obligué a venir sobre mi pecho, sé que no me rechazó del todo para no hacerle daño a la criatura, y que por ella, no por mí, se amansó mientras se alimentaba. Tuvo que ser un ángel quien sopló sobre nosotros tres: pedazos de espejo, migajas de otro tiempo, partículas de un polvo que es lo único cierto en esta soledad. Al apartarse, Octavio sacó el pañuelo y se limpió la cara, besó la cabecita de la niña y se fue sin mirarme.

Recordará usted lo mucho que se disgustó Juan María cuando volvió a la casa, tres días después del parto. Se lamentaba de haber salido de viaje; de haber cedido a la tentación de acompañar a su amigo Bidaurreta, que lo invitó a ver una destilería en Orense, y de desoír aquel sueño que había tenido una semana atrás y en el que me veía llamándolo. Nunca le dije que nunca lo llamé.

Sé que estuvo a punto de culparme, pues yo le había dicho que se fuera tranquilo, ya que según las cuentas de la comadrona, la criatura aún se demoraría varias semanas en nacer. En realidad no tuve que insistirle mucho, creo que en el fondo no veía la hora de alejarse unos días de San Sebastián, del nerviosismo que tenían todos en Ategorrieta; de la impaciencia de papá, que apenas se dignaba a hablarle, y de las malas noches que le daba yo, con el vientre a punto de estallar. Lo que ni usted, ni Sagrario, ni el *aita* supieron es que el día en que volvió a la casa, tan pronto nos quedamos solos, quiso saber por qué la niña había nacido antes de tiempo. Le contesté que Sagrario era también sietemesina, y a lo mejor era algo que corría en la familia.

Él volvió a acercarse a la cuna, era la tercera vez que se inclinaba para ver a Elsita, a cualquiera le hubiera parecido normal, pues un padre se acerca cuantas veces quiera, pero yo tuve un presentimiento y le pedí que no la despertara. A pesar de todo, lo vi cogerla y levantarla en brazos. Empezó a pasearse por la habitación con ella, acunándola como si quisiera calmarla, aunque la niña no lloraba. Sentí temor de que estuviera muerta, no sabía si él le había hecho daño, si la había apretujado al sacarla, o si la seguía apretujando mientras la arrullaba, desde donde yo estaba era imposible verlo. «¡La niña, Juan María!», le ordené, extendiéndole los brazos. Sin contestarme, sin mirarme siquiera, se acercó a la ventana, vi su silueta recortada en el arco de la media tarde, eso era todo lo que necesitaba para saber que su intención era lanzarla al vacío, fingir que se le había escurrido..., hasta lo vi estirarse, ponerse en posición de interpretar el drama.

Fue entonces cuando salté de la cama, corrí hacia él gritando que me diera a Elsita, retrocedió y me manoteó en la cara, era un monstruo con la verdad en los ojos. Por suerte entró Sagrario, y usted detrás de ella, cada una sabía lo que tenía que hacer: Sagrario fue donde él y tomó a la niña para sacarla de la habitación; usted vino hacia mí, me cogió por la cintura y me llevó a la cama.

La trifulca me provocó un sangrado y tuvieron que llamar al médico. Me enfureció escuchar la historia que Juan María les contaba a todos: que me había dormido a poco de él haber llegado, y que me desperté ofuscada, creyendo que la niña había muerto. El doctor dijo que eran normales esas pesadillas en las primerizas, y preguntó si me sentía lo bastante fuerte para amamantar a la recién nacida. Sagrario fue a responder por mí, y el médico le hizo seña de que se callara, quería escuchar mi respuesta, ahora comprendo que trataba de averiguar si ya había vuelto a la cordura, si era prudente o no apartarme de la niña. «¿Se siente fuerte? Dígame usted.» Le respondí que sí, que estaba fuerte y no quería nodriza alguna para que se encargara de mi hija. «¿Puedo irme tranquilo, entonces? ¿Puedo tranquilizar a Octavio?» Dijo a Octavio, y me alegré de que, aunque fuera inadvertidamente, ignorara a Juan María. Afirmé con la cabeza, me dormí enseguida y, cuando desperté, dos enfermeras me acompañaban en la habitación. Papá las había puesto allí, guardianas verdaderas contra toda amenaza.

Si esos recuerdos me han venido a la cabeza ahora, si le he contado en esta carta lo que usted no consintió en oír hace cuatro años, es porque el amanecer que tengo ante mis ojos tiene un velo anaranjado muy parecido al de aquel día; tiene un mandato, y hasta un enigma que puedo descifrar yo sola: ver a Juan María dormir es verlo como si estuviera muerto.

Ayer tarde, cuando llegamos a esta habitación, me prometió de nuevo que volveríamos a España. «Cuando hayas dado a luz», decía. Sin embargo, como me tiene en su poder, agregó una condición que me hizo ver sus malas intenciones: «Cuando hayas dado a luz... y el niño esté fuerte».

Fiel a su costumbre de asustarme, habló de las desgracias a que me arriesgaba si insistía en partir. De la viruela que ronda por los puertos; del garrotillo que se ensaña con los recién nacidos; del vómito negro que en dos días se lleva a las mujeres. No he podido pegar ojo esta noche, no tengo sueño y es una suerte que así sea: el que no duerme, no tiene que pasar por el amargo trago de despertarse y colocarlo todo en su lugar de nuevo.

Ya enfundado en su pijama azul, Juan María ha pedido caldos y guisos para que me alimente, y alguna copa de coñac que se ha tomado cabizbajo, con dos lagrimones bajándole por las mejillas. Se ha asomado al balcón en varias ocasiones, y cuando ha estado seguro de que el vigilante no se mueve, ha caído como un tronco en la cama.

Esta tarde salimos para La Habana, solo esperamos por Elsita, que vendrá al cuidado de una de las negras. Juan María hizo arreglos para que el chofer de la destilería las recoja en la casa, y de paso traiga parte de nuestro equipaje. Me pregunto qué hará la niña al verme, qué tal se portará conmigo, y si sabe que estuve a punto de partir sin ella. No me atrevo a preguntarle a Juan María si hablaron en mi ausencia, o lo que le contó de mí. Faltan pocas horas para que vuelva a verla, ¿qué madre no siente el ansia de abrazar a su hija?

Lo próximo que sabrá de mí, lo ha de saber por Juan María. Él le dará una nueva dirección, la de la estafeta de correos en La Habana, o la de su despacho, así podrá espulgarlo todo. Si por casualidad se encuentra con una nota de mi padre metida en una

carta suya o de Sagrario, la tirará en la calle antes de entrar a casa.

Llegado el momento del parto, será Juan María quien les avise si fue niña o niño, aunque eso ya lo sabe usted, sabe de sobra que es un hombrecito, alguien que siempre estuvo de mi lado y no se rindió ni cuando lo llevé más lejos. Espero que Juan María también se encargue de contarle las travesuras y andanzas de su nieta. Se llevan bien, y él siempre la ha tratado como a una verdadera hija. Solo espero que ella crezca sin acordarse de este tiempo, de esta soledad que tuvo, y que tarde o temprano la vida la lleve de regreso a casa. Quisiera que en Ategorrieta todos pensaran en ella como en algo puro, la criatura que dibujó un círculo para nosotros, la buena prenda de una tribu infinita.

Allá en Cárdenas, a esta hora, la estarán despertando para que se vista, animándola con la promesa de que se reunirá con sus padres, de que estaremos juntos otra vez y nacerá su hermano. O su hermana, le dirán las negras, propensas a mentir. Saben muy bien que es un varón; lo sabe Juan María, que lo soñó hablando en vasco; lo saben los médicos, que desde el principio me han dicho que es una criatura enorme.

«Como los *mairu* en Aiako Harria», me sorprendió Baró con ese comentario el día que estuvimos juntos. «¿No será este niño tan grandote un *mairu*, eh, un gigantón que hizo la hechicería de meterse ahí dentro?»

Señaló mi barriga y me dio un escalofrío. Resulta que un negro sin condición alguna, que solo sabe de domar el hierro, negro cerril que nunca ha visto mundo y no conoce nada de la patria nuestra, me hablaba de las peñas y de los gigantes.

Ahora la dejo porque amaneció y debo vestirme para estar arreglada cuando llegue Elsita. Hago lo posible por ilusionarme, imaginando su alboroto cuando abramos la puerta. Pero todavía hay algo que se me atraviesa: soy incapaz de recordar su cara, y cuanto más miro estas líneas, más me parece ver a una desconocida detrás de una cascada fina. Esa desconocida tiene los mismos ojos que mi hija, pero es una mujer hecha y derecha. ¿Será Elsa en realidad? ¿Será ella quien me mira desde el otro lado? Si eres tú, contéstame, te lo suplico, ¿has llegado hasta aquí? ¿Puedes oírme, Elsita? Estira la mano, ¡ánimate!, trata de alcanzar la mía, haz el esfuerzo y míranos: el niño se levanta para saludarte, está llorando de felicidad, es cierto que parece que bajó de un monte, de lo agreste y colorado que es.

Da lástima que venga a un mundo que nunca lo merecerá. A ti tampoco te merecería, una pureza como la de ustedes solo encuentra acotejo en la cumplida noche. Ni en la mitad que resplandece afuera, ni en el mar que los devolvería. Yo sé cuándo, dónde y lo que habrá de oírse. *Alaba maitea*, confía en mí.

Luna creciente

Fachada de piedra color ocre. Marcos y ventanas de un bermellón que evocaba la untura de la sangre de buey. Plátanos recién podados y rosas de cuaresma. Podía ser o no la casa donde se alojaba Octavio, todas a su alrededor eran parecidas. Solo por un detalle resaltaba esta: la cruz negra, de brazos curvilíneos, pintada encima de la puerta. Era el *lauburu* vasco.

Elsa se paró en la acera y tuvo la esperanza de que en cualquier momento se abriera la puerta y apareciera una silueta familiar, erguida aún, con los revueltos cabellos de otros tiempos, algo más grises, incluso más largos e indomables. Alertado por el mayordomo, o por la cocinera que guisaba junto a la ventana, Octavio Laparra hubiera salido a comprobar si aquella desconocida que rondaba la casa era su nieta. ¿Qué podían decirse el uno al otro en el instante en que aceptaran que habían ido a Biarritz entrampados por un cruel fantasma, empujados por un mismo cansancio, él huyendo de una Alemania contrariada, y ella escapando de La Habana que la avergonzaba?

Correspondía al viejo Laparra dar el primer paso, bajar la breve escalinata y acercarse a la verja de hierro, abrirla y echarse a un lado para mostrarle a Elsa que era bienvenida. Ella no vacilaría en entrar, ¿por qué iba a tener miedo de la casa de su propio abuelo? Allí los convocaba el espíritu de Magdalena, un ímpetu que se negaba a desaparecer, el eco de la pulsación que la cegó en la playa. Desde ese día, inexplicablemente, Octavio la había amado más, y Elsa estaba segura de que aún guardaba la bufanda que tanto le gustaba a su hija y que conservaba restos de su aliento; un hilito de saliva ya tostado en la tela, y el humo perpetuo de la fascinación. Magdalena había vivido fascinada por sus sentimientos. Si se horrorizó, nunca lo dio a entender. Si quiso alguna vez parar, nunca lo dijo. Amó a su padre como las leonas, a dentelladas, sin ningún pudor. «Enamorada hasta los huesos», concluyó Elsa, volviendo a la realidad de la calle y a la presencia inesperada de un enclenque que le preguntó si quería comprarle cigarrillos.

Declinó la oferta. En todo ese tiempo no sintió una voz ni ningún otro ruido dentro de la casa. Para distraerse, deambuló un rato por los alrededores. No era descabellado imaginar que podía haberse cruzado con Octavio alguna vez, en una de las calles cercanas a la Gran Playa, o a la salida de la iglesia. Si forzaba al azar, era posible que hubieran coincidido incluso en los primeros días, en el café donde se refugió huyendo de la lluvia. Allí conoció a Harald, y en la mesa donde se congregaban otros alemanes se había hablado de Cuba, del ron que fabricaba su familia, del hermano muerto y hasta de la tumba en Sare. De haber estado cerca, con la copa de coñac en la mano, Octavio habría mirado ávidamente, identificándola en el acto por el perfil idéntico al de Magdalena, y hasta por el metal de voz y el gusto con que movía las manos. No

había forma de saber si, al descubrirla, habría saltado de la silla y corrido hacia ella. O si, por el contrario, habría apurado su coñac, haciendo gala de una extraordinaria frialdad.

Era posible que tuviera otros hijos en Alemania. Su tía Sagrario, siempre discreta y temerosa del padre, no habría osado preguntarle por la vida que llevaba lejos. A Elsa le vino a la cabeza la mujer del incidente del balneario, aquella alemana con la que Octavio hizo una breve escapada, y a cuyo hijito Magdalena maltrató en venganza. ¿Y si seguía con ella?

Ese trozo de la Rue Mazagan, cercano a la Place Clemenceau, tenía un aire vetusto, de viejo orgullo que se mantenía en los peores días. Daba la impresión de que los ocupantes de esas residencias imponían el silencio desde el interior, como si les ordenaran a los transeúntes caminar de puntillas. Elsa volvió sobre sus pasos y se detuvo nuevamente frente a la casa que ocupaba su abuelo, se acercó a la verja y descorrió el cerrojo con la intención de entrar.

—*Qu'est-ce que vous cherchez...?*

Miró detrás de ella y vio a una mujer regordeta y bien vestida, que con una mano sostenía una bolsa llena de verduras, y con la otra sujetaba la correa de la que tiraba un perro. No era capaz de identificar la raza, nunca había sido amante de los animales. En aquel perro, por ejemplo, solo veía a un incordio lanudo y negro, con el pecho color albaricoque y la cabeza puntiaguda de un zorro. Más que ladrar, emitía plañidos de gallina clueca.

—*Qu'est-ce que vous foutez là?*

No le contestó y siguió concentrada en empujar la verja, que, aun liberada del cerrojo, parecía resistírsele. La otra la cogió del brazo, intentó que Elsa la mirara a la cara y volvió a preguntar en un tono más rudo.

Ella miró hacia las ventanas con la esperanza de que Octavio se asomara. Estuvo a punto de llamarlo a gritos, decir su nombre hasta romper la paz del vecindario y obligarlo a dar la cara. Dejarle saber, desde la calle, que sobre ella también había caído la maldición de no poder volver al punto de partida. Después de lo que había sabido, no le quedaba un solo motivo para regresar a Cuba: ni un padre, ni un hermano, ni la madrastra que la había acogido con amor por ser la hija de su esposo, por ningún otro motivo. No le quedaban tampoco afectos en San Sebastián. Su abuela estaba consumando la última gran venganza contra Magdalena: procurar que ella leyera hasta el final las cartas y se horrorizara de su propia madre.

El perro chilló con más fuerza; la mujer ya la increpaba a gritos, y desde la casa surgió una voz colérica que probablemente preguntaba la causa del escándalo. Elsa no pudo distinguir si hablaba en francés o en alemán, tuvo dudas de que la voz fuera de Octavio, y ante la duda, tomó la decisión de huir, esquivó a la mujer y echó a correr.

Unos instantes después miró hacia atrás para cerciorarse de que nadie la seguía. Era difícil que, de haber mirado a la calle y descubierto a su nieta, Octavio hubiera tenido tiempo de ir tras ella, y en cuanto a la mujer que la vapuleó y que quizá fuese la cocinera, era pesada y algo mayor, y tampoco habría podido alcanzarla.

Moderó el paso y siguió de largo hasta el Puerto de Pescadores. Las cabañas estaban todas cerradas, lo que no significaba que en su interior no hubiera nadie, sino que a veces sus inquilinos se acostaban a dormir un rato antes de salir a faenar. Beñat no era pescador, pero le había dicho que usaba su *crampotte* tanto para guardar pescado, como para descansar si no le daba tiempo de

llegar a otro de sus refugios. Pidió a Dios que lo encontrara allí para poder acurrucarse en él; aplacar en sus brazos el susto de haber estado bajo la mirada de su abuelo Octavio, al descubierto frente a su encarnizado corazón.

Empujó la puerta y la sorprendió ver tanta luz. Descubrió que la ventana trasera de la cabaña estaba abierta, y al mismo tiempo vio el camastro vacío. Dos viejos conversaban sentados a la mesa, usaban alicates para doblar anzuelos, y Elsa quedó desconcertada, sin saber cómo justificar aquella abrupta entrada. A duras penas balbuceó «Beñat», y uno de los viejos levantó la cabeza, el otro ni siquiera se dignó a mirarla. «Beñat», repitió alzando la voz, escrutada por la mirada acuosa del individuo que hizo un gesto con la mano y señaló fuera de la cabaña.

—*Il est en train de pêcher.*

—*De pêcher?* —exclamó irónico su compañero.

—¿Saben o no saben dónde está Beñat? —Su propia voz le sonó irreconocible, idiotizada, tan falsa como el chirrido de un muñeco al que le han dado cuerda.

Uno de los viejos negó con la cabeza y ambos le dieron a entender que no iban a dedicarle ni un minuto más. Elsa salió sin despedirse ni cerrar la puerta, por lo que estando fuera oyó una maldición y un ronco «... *Cette salope!*», seguido de un portazo. Pasó entre dos o tres grupos de pescadores que negociaban los precios de su mercancía, pero ni siquiera se tomó la molestia de mirar si Beñat estaba entre ellos. De haber estado, lo habría sabido mucho antes, no porque fuera el más alto y robusto, sino porque era el más elástico y viril; un animal en tensión que despedía su particular esencia.

Volvió a paso lento a la pensión. No le quedaba más remedio que refugiarse en su guarida y esperar que el mundo resolviera lo que haría con ella. Se acordó de que, entre los muchos consejos que le había dado Marta cuando se separó de Salvador, estaba ese: parar en seco y dejar que todo lo demás fluyera. Entre una confidencia y otra, su madrastra le confesó que había tenido el impulso de huir antes de casarse con Iturrioz, agobiada por la sospecha de que la había elegido porque necesitaba una madre para su hija. Le recalcó que afortunadamente no lo hizo, y que gracias a eso tenía una maravillosa familia. Familia que ahora se quedaba coja, se dijo Elsa. No pensaba volver en años, ni en siglos, ni nunca hasta que se borrara el resto de su sangre.

Esa noche bajó a cenar intimidada por las peripecias del día, y por el hecho de que se enfrentaría a las alemanas por primera vez luego de que Harald descubriera mensajes ocultos en su ropa. Margot y su compañera Ula apenas saludaron, se sentaron con la vista baja y solo hablaron entre ellas. Los demás huéspedes, intimidados, no mostraron interés en entablar una conversación, más allá de las frases de cortesía para pasarse el pan o desearse buen provecho. Al tiempo que se levantaban todos, la señora Goti recogió los platos y le hizo seña a Elsa para que la siguiera a la cocina. Empezó por decirle que su tía le había dejado dinero para que le proporcionara algún platillo adicional, si es que se le antojaba alguno. Elsa le respondió que no hacía falta; por lo general la saciaban las viandas que ponía en la mesa.

—Beñat quiere verla —musitó la señora Goti mientras secaba los cubiertos—, usted no haga nada, ya él la mandará a buscar.

Elsa volvió al comedor y vagabundó pasando el dedo por los arabescos de los espaldares, como si chequeara el polvo acumulado. Miró el reloj en la pared, decaído y grasiento, y cedió al

impulso de subir a buscar su abrigo y su sombrero. El único huésped con quien se topó al salir fue el ruso, que solía sentarse a leer en la puerta, y que levantó la vista para verla partir a una hora tan intempestiva.

Avanzó decidida por las calles oscuras, salpicadas apenas por alguna que otra farola. La fina rebanada de la luna la hizo recordar lo quisquilloso que se ponía su padre para que ella y Miguel aprendieran a distinguir entre el cuarto menguante y el cuarto creciente. La de esa noche era creciente.

Violetas de Parma

El interior de la casa que ocupaba su abuelo estaba a media luz. Probablemente acababa de cenar y leía o escuchaba música. Era difícil saber qué clase de melodías le gustaban, Magdalena nunca habló de eso en sus cartas, como si el universo hubiera estado en silencio. La de ella fue una existencia apenas sin canciones, pues lo del coro de Canimar había sido una aventura imprevista, el invento de un invento que se llamaba Doris. Pero la vida de Octavio no tenía por qué haber sido tan árida, tan desprovista de la emoción de una ópera o de un concierto. ¿Por qué se le figuraba que a su abuelo también podían gustarle las *Lieder*?

Se subió el cuello del abrigo y se dispuso a esperar; a esas horas era difícil que nadie se asomara. No hacía exactamente frío, solo soplaba la brisa de la noche y por eso las ventanas seguían abiertas, para que corriera el olor del mes de marzo. Recordó que en esa época del año Salvador siempre llegaba exhausto, los clientes solían ocuparle demasiado tiempo por lo de los impuestos, y él se quejaba de que lo dejaban todo para última hora. Antes de sentarse frente al tablero de ajedrez, iba derecho al dormitorio para desvestirse y resoplaba mecánicamente aquella frase que Elsa llegó a odiar: «Los idus de marzo están aquí... y sigo vivo».

Ella también seguía viva. Decidida a contarle a Octavio que había leído las espantosas cartas que guardó Mercedes. Esperó unos minutos y avanzó hacia el portón, era la segunda vez en menos de veinticuatro horas que se llenaba de valor para adentrarse en el territorio donde su vida dejaba de ser grotesca, y se volvía insondable. Tan pronto describió el cerrojo, respondió alarmado el perro de la casa, y ella miró hacia arriba, segura de que alguien iba a asomarse, lo que ocurrió en el acto. Vio la silueta del hombre recortada bajo el dintel de la ventana, y una mano que se movió como si saludara, los dedos firmes de su abuelo que sostenían el cigarrillo. Parecía un gesto invencible a sus sesenta y siete, ¿o eran sesenta y ocho años?

—¡Elsa!

Se estremeció al oír su nombre dicho por la misma voz que había pronunciado mil veces el de Magdalena, y que fue capaz de susurrar cosas tan cálidas como «amada mía», «sangre de mis venas», u otras verdades en el íntimo ensueño de Rocamadour.

—Bajo a abrirte enseguida.

Oyó frases en alemán y se dio cuenta de que Octavio se comunicaba con sus empleados en ese idioma. De un momento a otro se abriría la puerta y él iría a su encuentro, avanzando por el jardín con la seguridad de que podría abrazarla, besarla, separarla un poco para verla bien, y volver a apretarla contra su pecho. Es lo que haría cualquier abuelo que se reencuentra con su única nieta

después de casi una veintena de años. La última vez que habían estado juntos, en los confusos días que siguieron a la muerte de Raulito, Octavio había evitado hablarle y se mostraba huraño, como si le molestara su presencia. No recordaba los detalles, solo el color del desdén.

Se abrió la puerta y él apareció en el umbral, pero no hizo amago de ir a su encuentro, ni tampoco le extendió los brazos para recibirla. A la luz de la lámpara que alumbraba la entrada, Elsa pudo ver con claridad su rostro, los ojos de águila y los pómulos altos, la mosca de pelo en la barbilla, las cejas grises y el pelo con muy pocas canas. No había ganado peso, seguía siendo atlético y vestía la ropa juvenil de los franceses: cárdigan gris, del que sobresalía el cuello de una camisa de cuadros, pantalones holgados, zapatillas.

—No te quedes ahí... Pasa, tenemos que hablar.

Mirándolo, no supo si lo que tenía enfrente era un reflejo del Octavio que describían las cartas de Magdalena, o si, por el contrario, estaba reviviendo imágenes que habían estado ocultas en algún lugar de su cabeza, congeladas desde el verano de 1926. Lo que sí tenía claro es que lo hubiera reconocido de habérselo encontrado antes.

—Acércate, Elsa.

Notó que hablaba con un acento extranjero. Del alemán, sin duda. Después de tantos años diciéndolo todo en ese idioma, no podía evitar que algunas sílabas rasparan contra su garganta, como pasaba con las traductoras y también con Harald.

—¿Pido que te preparen una taza de té?

Octavio, desde la puerta de la casa, reclamaba una respuesta, y ella era incapaz de dársela, desamparada como se sentía, paralizada en medio del caminito de adoquines.

—Tu madre cuenta la verdad en las cartas —declaró de pronto, bajando unos peldaños y adelantándose hasta quedar muy cerca—. Sagrario me dijo que las estás leyendo. Todo fue así, pero nadie tenía derecho a acorralarla, y tu abuela lo hizo.

Octavio era alto, quizá algo rígido, un viejo que había tenido las espaldas anchas en su juventud, y que aún conservaba tensa la armazón de esa percha elegante. Tan pronto mencionó a su abuela, Elsa sintió frío en los pies; frío en el pecho, y frío en las vísceras que se enroscaban, fundiéndose, odiándose entre sí. Intentó mirar a ese desconocido a través de una cortina de lágrimas.

—Aquel verano, desde que Magdalena llegó contigo y con el niño, no hubo un día en que Mercedes no provocara un altercado. Quería que tú y tu hermano se quedaran con nosotros en San Sebastián, y que Magdalena regresara con Iturrioz a Cuba, que él la internara allá o la custodiara en la casa, le daba igual. Así son los Cazalis, ¿te das cuenta de por qué siempre dije que eran una tribu execrable?

Elsa meditó con la cabeza baja: solo en el espíritu de la tribu, una muy bárbara y antigua, el tiempo se comprime y las personas dejan de ser humanas. Lo vio con tanta claridad que le dio pánico. También los Laparra habían sido en su día un clan de condenados, aunque el hombre que tenía delante no quisiera admitirlo. Algo le provocó una arcada y comprendió que tenía que vomitar para seguir pensando, para poder salir a flote y, por último, para continuar con vida. Se inclinó como si fuera a devolver, pero no llegó a hacerlo. Octavio se adelantó y le puso la mano en la espalda.

—¿Te encuentras bien? ¿Por qué no entras un rato en la casa?

Ella negó con la cabeza y dejó que su abuelo oyera por primera vez su voz de adulta.

—Es muy tarde.

Él le propuso que comieran juntos al día siguiente. Le prometió enseñarle unas fotografías de su madre en Biarritz, y también una postal que ella le había mandado desde Cárdenas, y en la que le hablaba de una función de títeres que preparaban para celebrar el cumpleaños de Elsa. Por segunda vez en tantos años, Octavio oyó la voz helada de su nieta.

—¿Es verdad que fuiste a Cuba para buscar a Magdalena?

—Fui, por supuesto que fui. Mi hija se moría de tristeza, se volvía loca y a nadie le importaba. Ni a Iturrioz, ni a tu abuela, ni siquiera a Sagrario.

Elsa suspiró y supuso que el olor dulzón que los envolvía era el de las rosas de cuaresma. No estaba segura de poder hacer el camino de regreso a la pensión, desfallecida y mareada como se sentía, pero volvió a coger aire e inició la retirada. Estando ya en la acera oyó la forzada propuesta:

—¿Quieres que te acompañe, hija?

Levantó hacia él la mano, un detente que Octavio aceptó encogiéndose de hombros.

—No dejes de venir mañana. Comemos a las dos y media.

El airecito frío de la noche no la espabiló, más bien acrecentó su somnolencia y le erizó la piel como cuando se tiene fiebre. En la calle se topó con pocos transeúntes: una mujer en camisón, leve como un fantasma, que salió de un portal para entrar en el portal contiguo; un par de indigentes que ni siquiera se voltearon a mirarla, y un viejo que paseaba a un perro. No se oían las voces ni las risotadas que solía escuchar desde su habitación cerca de la medianoche. Aquella era la hora fronteriza en que la gente común ya se había recogido en sus casas, y los noctámbulos, que en su mayoría eran los oficiales alemanes, aún no habían salido. Sus propios pasos resonaban con un chasquido líquido en el pavimento, algo raro porque no había llovido, y al llegar a la pensión Reine Nathalie comprobó aliviada que la puerta no tenía el seguro puesto.

Entró con sigilo y volvió a cerrar sin hacer ruido. No se cruzó con nadie en el vestíbulo o en la escalera, ni oyó voces provenientes de ninguna habitación. Entró en la suya, prendió la lamparita sobre el velador y miró instintivamente a la cama en busca de una nota que le hubiese dejado la señora Goti. Sin embargo, no vio papel alguno y le dolió en el alma, como le dolía que no fueran horas para subir al apartamento de la mujer y exigirle que le diera noticias de Beñat. Mientras se desvestía, se preguntó si Octavio en realidad tenía intención de hablarle francamente. Durante el breve encuentro, comprobó que no se arrepentía de nada. Al contrario, la cercanía de su nieta parecía volverlo desafiante. La retaba a que lo creyera, y a que tomara la falta de remordimientos como una prueba de su dignidad.

Se propuso alquilar al día siguiente un taxi que la llevara bien temprano a la casa de Beñat en Arcangues. Recordaba el lugar; la puerta alta y el pez embalsamado que colgaba fuera. Si no lo encontraba allí, pediría al taxista que siguiera hasta Bayona y la dejara en la Rue des Tonneliers. Tocaría todas las puertas; subiría al palomar para hablar con los viejos que cuidaban de las aves y que quizá supieran dónde podía encontrarlo. Al final, solo le quedaba otra opción: presentarse en el café-bar de La Négresse donde él la había citado una vez, y preguntar si alguien sabía de su

paradero. En un mundo que se tambaleaba, y donde nada era como creía, sintió que la isla más firme era Beñat. Lo que tenía con él no iba a tenerlo ya jamás con nadie. No se regresaba ilesa de ese torbellino. Y ella, que lo había enfrentado todo, no podía enfrentar la pena de perderlo.

Se desnudó, se confundió en la bata y salió al pasillo, sumido en una tranquilidad ominosa. Abrió la puerta del baño, encendió la luz y pegó un salto atrás: sentado en el suelo, junto al retrete, desnudo de la cintura para arriba, estaba el jubilado Liétard, hecho un ovillo incomprensible, como la pura contorsión del miedo. Él le hizo seña para que cerrara la puerta.

—La Gestapo se ha llevado a la señora Goti.

Elsa se acuclilló a su lado.

—¿Cuándo ha sido? ¿Dónde están los demás?

—Vino a mi habitación cuando oyó llegar a las patrullas, todo fue rápido. Me dijo que ya no volvería y que nosotros tendríamos que irnos.

—¿Y las alemanas?

—No estaban aquí. Los demás han hecho las maletas, saben que en cualquier momento nos vendrán a echar.

Liétard respiraba con dificultad, tenía el cabello erizado y entornaba los ojos para hablar, lo que le daba un aire arrogante, como si filosofara. Consumido por el miedo, levantó la garra de su mano y le hizo un gesto a Elsa para que se acercara.

—Me pidió que le dijera a usted que Beñat está en Irún, debe preguntar por él en la Carpintería Lekuona, calle Larretxipi. Dijo también que debe ir esta misma noche.

Se puso de pie y lo miró con desconfianza.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

—¡Lo es! —retó encolerizado el viejo—. Vaya y busque un taxi, tiene que irse ahora.

Negó con la cabeza, presagiando sin embargo que eso era exactamente lo que haría.

—Escúcheme —volvió Liétard a su actitud implorante—: «Las violetas de Parma volverán a florecer». Lo han dicho en la BBC.

—Parma es Italia —repuso Elsa.

—Parma se llama el aeropuerto de Biarritz. Es una escuela de aviación para los alemanes.

—Debo asearme —lo interrumpió ella—, haga el favor de salir.

—Lo de las violetas... Primero lo dijo una niña inglesa que leyó un poema. Pero es que hoy lo han repetido: un hombre que hablaba de boxeo, sin más acá ni más allá, dijo que florecerían.

—¿Y qué pasa? ¿Qué tiene que florezcan?

Tuvo que ayudar al viejo Liétard a ponerse de pie, lo empujó hacia la puerta y prácticamente lo echó al pasillo.

—La señora Goti sabe la clase de flores que son esas —balbuceó aturdido—, los alemanes van a interrogarla antes de mandarla a un campo, dígaselo a Beñat.

Al quedarse a solas en el baño, Elsa sintió el olor peculiar del jubilado, un tufo medicamentoso que se había pegado a las paredes y que probablemente estaría allí por mucho tiempo. Se lavó de prisa, girando bajo la regadera para aprovechar los tres o cuatro hilos de agua que brotaban. Salió envuelta en la bata, con el pelo mojado, y se alegró de que el jubilado de Lyon no se hubiera quedado esperándola.

Entró en la habitación y fue en busca del maletín donde guardó unas mudas de ropa. Cogió las pocas prendas que había llevado al viaje, las envolvió en un pañuelo y las echó también; luego sacó las cartas del portafolio, las juntó con las letras de cambio y los documentos que la acreditaban como representante de la destilería, lo dobló todo cuidadosamente y lo disimuló entre las blusas. Contó el dinero en efectivo, suficiente para vivir con cierta holgura y comprar ropa, según la fuera necesitando.

Poco antes de las dos de la mañana dejó la pensión camino del Hôtel du Palais con la esperanza de conseguir un taxi. Cabía la posibilidad de que le ordenaran detenerse, y estaba preparada para dar una excusa. En los alrededores del hotel había grupos de alemanes que fumaban y conversaban en voz baja, se notaba que eran la crema y nata de la oficialidad, y por lo tanto tenían modales. También paseaban algunas parejas elegantes, la gente bien que le quedaba a Biarritz y que se permitía un simulacro de vida distendida. Vio dos o tres taxis apostados en una esquina, se acercó a uno de ellos y dijo simplemente «Irún». Al contrario de lo que había pensado, el chofer no mostró sorpresa, de inmediato le dijo que la llevaría, aunque le advirtió que tendría que cobrarle el doble. Elsa aceptó y subió a la máquina. Prometía ser una carrera desagradable, porque el hombre tosía sin parar y hubo un momento en que, al salir de la ciudad, zigzagueó abiertamente.

Fue entonces cuando se preguntó si no se había precipitado al creer a pie juntillas lo que le había dicho el jubilado Liétard, el mismo que un tiempo atrás le aseguró que la dueña de la pensión colaboraba con los alemanes. Estuvo a punto de pedirle al taxista que volviera, pero pesó más en ella el deseo de que la historia resultara cierta, y al final fuera recompensada por el abrazo de oso de Beñat.

Al cabo de media hora, el taxista quiso saber cuál era exactamente la dirección adonde se dirigían, pues los soldados del puesto fronterizo iban a preguntar.

—Larretxipi, calle Larretxipi.

—¿Número?

Elsa no supo qué decirle.

—No sé. Voy a una pensión.

—¿Cómo se llama esa pensión?

Cogió aire en lo que se le ocurría algo, sintió que la pausa se alargaba y se acordó del nombre de una vasca que limpiaba en la destilería de su padre, y a la que Marta le regalaba ropa.

—Garai.

Llegaron a un puente custodiado por soldados alemanes, se bajaron para entregar los pasaportes y esperaron hasta que terminaran de registrar el vehículo. A la pregunta de uno de los soldados, el hombre dijo la calle y el nombre de la pensión donde dejaría a su pasajera. Les abrieron la barrera y el vehículo avanzó lentamente hasta el siguiente puesto, que era el de la entrada a España.

Ya en la ciudad, atravesaron callejuelas solitarias, y el taxista pareció despistarse por momentos. Pero al coger por una de las vías más anchas, frenó y miró a lo alto para leer la placa. Entonces anunció que habían llegado a Larretxipi.

—No hay ninguna pensión —le dijo a Elsa.

—Yo la buscaré. Dígame qué le debo.

Lo oyó murmurar una cifra desmesurada, la misma que pagó sin chistar. Le pareció que pagaba también por algo inapreciable: que se olvidara de que la había dejado allí. Vio alejarse el coche con una sensación de alivio, y echó a andar en busca de la Carpintería Lekuona. Recorrió varias veces la calle, y ya la iba ganando la desesperación cuando en los bajos de uno de los edificios distinguió el nombre Lekuona escrito verticalmente, casi invisible en la columna. Golpeó varias veces y una mujer le abrió.

—Busco a Beñat, vengo de Biarritz, es urgente.

La otra cerró la puerta sin pronunciar palabra, y Elsa se arrepintió de no haber dicho su nombre. Si Beñat estaba allí, comprendería que algo muy grave tenía que haber pasado para que la señora Goti revelara su paradero. En los largos minutos que transcurrieron, mientras se organizaba mentalmente, no se le ocurrió tocar de nuevo. Estaba a punto de ir en busca de un lugar donde pasar el resto de la madrugada, cuando otra mujer le abrió y le pidió que entrara.

Era, en efecto, una carpintería. Apenas podía distinguirse nada bajo la tenue luz de una bombilla, pero avanzaban esquivando mesas y tablonés, y sintió el olor del aserrín mezclado con el del aguarrás. Se preguntó si era casualidad, o no lo era en absoluto, que su madre se hubiera refugiado en un lugar como ese cuando Iturrioz dio con ella en Matanzas. Sintió pavor de haber caído en una rueda donde el destino iba engullendo trozos de su propia vida, y devolviéndolos atados al azar todavía palpitante de Magdalena.

—Beñat está por llegar —le dijo la mujer—. Puede sentarse.

Señaló el tosco esqueleto de un sillón y Elsa se acomodó en él como pudo. Sentía el aserrín bajo sus pies, más el aliento trémulo de la madera nueva. Tuvo que haber dado dos o tres cabezadas en ese tiempo interminable, y en medio de una de ellas, sintió que alguien le ponía la mano bajo la barbilla y la obligaba a levantar la cara.

—Salgamos de aquí —dijo Beñat.

Teniente Caracol de Tierra

Tomó en sus manos la pistola helada, áspera al tacto, que parecía estar hecha con los trozos de metal que habían sobrado luego de construir algo mejor.

—Solo dispara una bala —le advirtió Beñat—, una sola, ¿sabes lo que eso significa?

Elsa nunca había manipulado un arma, ni siquiera había visto una de cerca. Si disparaba una bala, o disparaba diez, le daba igual.

—Significa que no podrás fallar. Además, tendrás que hacerlo de cerca, a menos de cuatro metros, de lo contrario no lo alcanzarás.

Se habían refugiado en un garaje en las afueras de Irún, un lugar angosto y húmedo, en el que reinaba una sola camioneta a la que le faltaban los neumáticos. Beñat abrió el vehículo y la animó a subir, luego dio la vuelta y se sentó al volante. Entonces le pidió que le contara con calma lo que había ocurrido, y Elsa le admitió apenada que quizá se había precipitado al creer en todo lo que le había dicho un viejo jubilado.

—Solo dime qué pasó —la consoló Beñat—, ya veremos si te precipitaste o no.

Habló despacio, intercalando pausas para respirar profundo: a la señora Goti se la había llevado la Gestapo la noche anterior, poco después de la cena; no se interesaron por ninguna otra persona, ni buscaron nada en las habitaciones. Antes de salir, la mujer había tenido tiempo de decirle al jubilado que lo más probable era que no volviera, y que los huéspedes debían buscar otro lugar donde quedarse. Además, le encargó que le avisara a ella que corriera a Irún, localizara a Beñat en la Carpintería Lekuona, y le contara lo que había sucedido.

—Me has localizado —razonó Beñat—. ¿Qué más prueba quieres de que el viejo dijo la verdad?

Elsa suspiró aliviada y prosiguió en un tono cauteloso. No había nada en Beñat que la apremiara, pero ella sentía como si lo hiciera.

—Liétard dijo que en la BBC andan diciendo que las violetas de Parma volverán a florecer.

Beñat le echó el brazo por encima y la atrajo hacia él; con la otra mano sujetó el volante y Elsa tuvo la impresión de que estaban a punto de emprender un viaje imaginario, uno de aquellos vuelos siderales en los que se embarcaba Magdalena cuando el aire se quebraba sobre su cabeza, y la fuerza de veinte mil estrellas la impulsaba al frente.

—*Les violettes de Parme refleuriront* —enfaticó ella, alargando sin querer las sílabas, dándole una entonación pedante en un momento crítico.

—*Re-fleu-ri-ront...* —la imitó, un poco burlón, Beñat—. Todos sabemos eso, que volverán a

florecer allí, pero ni sabemos cuándo, ni nos imaginamos cómo. ¿Están los huéspedes en la pensión?

Le respondió que sí, pero quizá por poco tiempo. Liétard pronosticaba que al día siguiente —«hoy lunes, a más tardar mañana»— volvería la Gestapo para desalojarlos. Lo más probable era que solo encontraran allí a las traductoras, las únicas que no tenían nada que temer.

Beñat echó la cabeza hacia atrás, alzó la mano para tocar unos jirones de estopa que colgaban del techo destripado, y de pronto clavó la vista en Elsa.

—¿Dónde estabas tú?

Ella se encogió de hombros, y él supuso que no lo había entendido.

—Anoche, cuando llegó la policía, ¿dónde estabas?

Abrió la boca para contestarle y le salió una sílaba imposible, la interjección de un idioma inventado, cualquier disparate para ganar tiempo.

—Si estabas con el alemán, no importa.

Se llevó la mano a la garganta y la horrorizó lo que sintió por dentro: allí se atropellaba el asco, un nudo de amargura, una miseria que no tenía comparación con nada.

—No puede haber cosa peor que esta guerra —la consoló Beñat—. Piénsalo: no puede ser peor.

Se dobló sobre sí misma y él la dejó desahogarse, llorar frente a la vastedad de una vida que no había sido cierta, nunca, nunca, en ningún momento ni en ningún lugar. Ni en el colegio adonde la llevaba Marta; ni en las horas felices que pasó con ella, cuando entre las dos enseñaban a caminar al pequeño Miguel; ni en las vacaciones con las amigas del instituto; ni en su noche de bodas, o en los primeros tiempos junto a Salvador, cuando iban a la zarzuela o al cine, y cenaban casi a medianoche. No fue cierta tampoco en la ruptura, cuando él le confesó que había tenido un hijo con la viuda; ni en el momento en que decidió viajar en plena guerra. No lo fue en el barco, o en el desabrido reencuentro con su tía; ni mucho menos en el trago espantoso de abrazar a su abuela, conmovida hasta el síncope por lo que Elsa supuso que era la emoción de verla, pero resultó ser rabia, sed de venganza, celos feroces de lo que Magdalena le había dado a Octavio: una hija de su condición, con su manera exacta de mirar el mundo y afrontar la vida, como «una verdadera vasca».

—Si no me lo vas a decir —endureció el tono Beñat—, mejor te secas las lágrimas. Tenemos que salir de aquí.

—Estaba con mi abuelo —se rindió al fin—, que también es mi padre. Cuando la Gestapo entró en la pensión, yo había ido a verlo.

Contarlo por primera vez le resultó más fácil de lo que imaginaba. No era una larga historia, después de todo; terminaba muy pronto para su principal protagonista, Magdalena Laparra, muerta al filo de los veintiséis, luego de haber asesinado a su hijito. La familia se dispersaba entonces: ella y su padre regresaban a Cuba; el abuelo, todavía muy joven, se marchaba a Alemania; la abuela Mercedes se enterraba en vida entre los muros de su casa, y Sagrario, la única hermana de su madre, dejaba en manos de su esposo el negocio familiar, la poderosa fundición que al cabo de unos años terminaron vendiendo. Mientras tanto, en Cuba, Iturrioz se casaba con Marta, una mujer junto a la cual ella jamás sintió lo que era crecer en la orfandad. Elsa tenía la certeza de que

Magdalena no lo habría hecho mejor, ni con tanta ternura. Más tarde conoció a Salvador en uno de los clubes playeros donde se reunían los hijos de las familias vascas, eran adolescentes y dejaron correr tres años de noviazgo apacible. Él ya participaba en torneos de ajedrez, y ella empezaba a volcarse en la fotografía. Cuando fijaron la fecha de la boda, Marta les organizó un convite de lujo, con detalles que halagaron a los parientes británicos del novio, como las banderitas inglesas entrelazadas con las cubanas en los centros de mesa. Pasaron los meses, festejaron los aniversarios, se adaptaron el uno al otro en una suave convivencia gris, en la que evitaban hablar del tema de los hijos.

Hasta que un ajedrecista joven, del entorno cercano a Salvador, enfermó y murió en cuestión de horas. Al principio, cuando su matrimonio naufragó, creyó que era él quien había estado consolando a la viuda, pero ahora, con el tiempo y la distancia, se daba cuenta de que había sido al revés: a su marido lo aterrorizó la muerte de aquel hombre con quien tanto se identificaba, y se acercó a la viuda en un gesto morboso, para mirar al fondo del abismo y que fuera ella quien lo consolara. Así se compenetraron y concibieron al niño que ahora paseaban por La Habana, casualmente llamado Raúl, como su hermano muerto.

El resto lo sabía Beñat: su viaje a San Sebastián; las cartas de su madre; el secreto que se abría paso como una anguila de mar, rauda y pavorosa, y la certidumbre de que le sería imposible volver al punto de partida. Ni se refugiaría en San Sebastián, con las dos únicas personas a las que en realidad la unían lazos de sangre; ni volvería a Cuba, donde no podía hacer otra cosa que revelarles la verdad a Iturrioz y a Marta —a su hermano jamás—, contarles paso a paso lo que había sabido, y sumirse con ellos en un silencio que lo cambiaría todo. Entraría en la casa de su padre siendo una cosa, y escaparía de ella siendo otra, para siempre hundida.

En la pausa, Beñat prendió un cigarro oscuro y mal liado, que despedía un humo color ocre. A través del humo, le mostró sus cartas.

—Voy al sur —declaró—. Haré el último paso esta noche, y seguiré viaje con los dos hombres que voy a cruzar. No puedo volver porque la Gestapo destruyó mi casa, no hay lugar en Arcangues donde pueda meterme, ni en Biarritz, y menos en Bayona. En cuanto a ti, haz las cosas a tu modo, una nueva vida en cualquier parte. Lo que te ha pasado no es el fin del mundo.

Elsa intentó humedecerse los labios sin éxito: su lengua estaba reseca como toda su boca. Le chocaba el tono de Beñat, que de pronto se le antojaba desdeñoso, marcado por un aire de superioridad.

—A estas horas, Harald Vogel sabe de sobra que las violetas de Parma volverán a florecer. Pero no sabe cuándo, nosotros tampoco. Estará descifrando transmisiones, sin parar noche y día, y como tiene a la señora Goti, todo el mérito será para él.

Beñat salió de la camioneta, Elsa lo vio coger del suelo un gancho y hurgar en la pared, hasta que cayeron trozos de ladrillo y apareció un hueco. Metió la mano por el orificio y volvió hacia ella con la tosca caricatura de un arma que parecía machacada por la mano de un bruto.

—Un solo disparo. A bocajarro. Nadie más que tú puede acercarse a él.

Tenía veinticuatro años y un corazón anestesiado. Es verdad que no veía ningún camino frente a ella, ninguna salida hacia ningún lugar. Pero lo que le proponía Beñat era inaceptable.

—¿Cómo se te ocurre? No podría levantar un arma contra nadie, y, además, él no me dejará ni

entrar. Me abofeteó, ¿se te ha olvidado?, me ordenó que me marchara de Biarritz.

—Si lo hubiera dado por terminado, le habría bastado con mandarte a un campo o pegarte un tiro. Dejarte quieta es su manera de decirte que volverán a verse.

—No lo creo. No caerá tan fácil.

—Dependerá de ti. —Tiró el cigarro y lo aplastó en el suelo—. ¿No me acabas de decir que no quieres volver a Cuba ni a San Sebastián? No vuelvas, estoy de acuerdo, pero ayúdanos en esto. ¿Sabes a lo que se dedica Vogel? Te lo diré, y entonces tú decides.

Elsa bajó la vista mientras él hablaba. Harald Vogel se dedicaba a descifrar mensajes, era verdad, pero al mismo tiempo era una especie de «psicólogo» que asesoraba a los torturadores en la Maison Blanche; un individuo que lo mismo ordenaba sumergir a los detenidos en agua helada, que les mandaba a fracturar las piernas, o a quemarles las plantas de los pies. En la mayoría de los casos, según contaban los sobrevivientes, los obligaba a deglutir una pasta de caracoles triturados, era su especialidad. Los trozos de concha se encajaban en la garganta, cortaban el estómago al bajar, y la mayoría de los prisioneros se desangraba antes del tercer bocado. Ese era el hombre al que apodaban Leutnant Landschnecke, ¿le sonaba de algo?

Elsa asintió espantada.

—Un asesino —prosiguió Beñat—. Se merece de sobra lo que te estoy pidiendo y más. A la salida del hotel te esperará un motociclista, te llevará directo a Hendaya, y en Hendaya te estará esperando un colaborador para traerte a Irún. Era algo que tarde o temprano iba a proponerte.

—Pero es que nunca he lastimado a nadie. ¿Y si me negara a esto?

El cigarro, terco, soltaba un hilito de humo desde el suelo.

—Lo entendería. Es casi un suicidio. Pero en esta guerra a todos nos toca un poco de eso cada día. Es lo que te toca a ti, si vas a estar de nuestro lado.

Quiso decirle que no había estado jamás de ningún lado. Poco le había importado a ella la política de Cuba, o la de cualquier otro lugar. Ese vacío, esa falta de interés por lo que la rodeaba, podía tener su origen en el monstruoso desliz de su existencia. Una omisión de sangre.

—Lo siento, Elsa. Si vas a venir conmigo, esa es la condición. De lo contrario, aquí nos despedimos. Te dejo que lo pienses.

Beñat salió del garaje y ella se preguntó si no era peligroso hacerse notar a esa hora tan temprana en un lugar como Irún, plagado de ojos que acechaban y en perenne sobresalto por la tensión de la frontera. Le había dejado la pistola para que la manipulara en confianza, sin temor de que se disparara. Se dio cuenta de que era un arma pesada. Medio kilo, o más. No se veía capaz de sacarla rápido y disparar al blanco.

Beñat dejó pasar unos minutos y entró sacudiéndose las manos, yendo derecho hacia la ventanilla de la camioneta, mirándola con cierta desazón, como si le lamiera las heridas.

—¿Elsa?

—Lo haré —prometió ella, no tenía que verse en un espejo para saber que estaba pálida, dueña de un antiguo instinto.

No te guardo rencor

Beñat le ordenó que regresara a Biarritz y se vistiera lo mejor posible. No debía hablar con nadie, ni siquiera con el viejo obsesionado con los mensajes de la BBC.

Había llegado la hora de ultimar los detalles difíciles.

—En la cama, a quemarropa. Si lo haces de más lejos, la bala empezará a revolotear. Piensa que solo tienes una oportunidad. Aprovéchala.

Estaba amaneciendo cuando salió del garaje y caminó sola hacia un parque cercano. Allí pudo abordar un taxi cuyo chofer le puso exactamente la misma condición que el anterior: un precio exorbitante por devolverla a Biarritz, pues lo más seguro era que tuviera que regresar sin pasajeros. Aceptó convencida de que la estaba timando, tampoco le importaba demasiado con tal de llegar lo más rápido posible. A esas alturas no sabía si la pensión había sido desalojada y encontraría en la puerta aquel funesto sello que indicaba que se prohibía el paso.

Una hora más tarde, mientras bajaba del taxi, comprobó que no había sello, pero que a cada lado de la puerta habían dejado letreros amenazadores:



Trató de ignorarlos y empujó la puerta. No había nadie en el zaguán ni se oían ruidos en el comedor, aunque se suponía que estarían sirviendo el desayuno. Solo al llegar arriba se dio cuenta

de que, en un extremo del pasillo, empecinada en su normalidad, aún trajinaba la criada, aquella sombra de mujer, fregando el suelo como cualquier día. Ambas se ignoraron, ninguna de las dos tenía ganas de dar los buenos días ni mucho menos de hablar de la señora Goti.

Cuando entró en su habitación, la invadió una sensación de alivio al ver que todo estaba tal como lo había dejado, alguna ropa tirada por el suelo y los cajones mal cerrados, ni siquiera la criada había entrado para hacer la cama. Soltó el bolso y el maletín en el que regresaba intacta la ropa que se había llevado; el puñado de collares y brazaletes, y hasta las cartas desnudas de su madre, con la diferencia de que ahora cargaba con la pistola que le había dado Beñat. Apartó el sombrero que había dejado encima de la cama, y cedió a la tentación de acostarse un rato. No había dormido en toda la noche, no le iba a venir mal descansar unas horas antes de salir al encuentro de Harald, al que de todas formas ya no alcanzaría a ver hasta la hora del almuerzo. Rara vez los oficiales almorzaban fuera del hotel, y solo lo hacían en cafés o restaurantes que estuvieran autorizados por la Comandancia.

Durmió un sueño reparador, sin imágenes ni sobresaltos, pero al despertarse y salir de la cama comenzó a temblar, primero débilmente, luego tan fuerte que no tuvo más remedio que sentarse, apabullada por el rumbo que tomaban los acontecimientos. Le pareció reconocer una sensación antigua, la misma que tuvo al escapar del asedio de Magdalena, en la mañana de 1926, casi desnuda, indefensa ante el gentío que se paró a mirarla, soportando los gestos de incredulidad, ¿cómo una madre podía aborrecer a una hija hasta el punto de pedirle que volviera y se dejara hundir?

Estuvo largo rato en el cuarto de baño, prolongando un aseo que no sabía cuándo volvería a tener, y le llamó la atención que en ese lapso de tiempo no escuchara abrir o cerrarse una puerta, ni se oyeran pasos. De vuelta a la habitación, se arregló con más cuidado que otras veces. Escogió un traje de chaqueta oscuro, sombrero tirolés de fieltro y guantes cortos, lo que le daba un aire riguroso, cuasi militar. Cuando estuvo lista, sacó la pistola del maletín de mano y la colocó en el fondo de su bolso. Sobre ella echó todo lo que pudo: pañuelo, polvera, perfumador, caramelos cubanos que increíblemente todavía guardaba, y un creyón de labios. Volvió a usar el portafolio de la Fundación Laparra para meter los papeles importantes, pero dejó fuera las cartas de su madre, tenía otro plan con ellas. Bajó al primer piso y buscó por toda la cocina unos pedazos de papel de estraza, del que se utilizaba en el mercado para envolver tocino, y que la señora Goti guardaba para un segundo uso. Al encontrarlo hizo un rollo y metió en él las cartas. En un instante de iluminación, puso algo más.

Echó a andar hacia el Hôtel d'Angleterre y recordó las circunstancias en que había hecho otras veces ese mismo camino, con la satisfacción de saber que la esperaba Harald; al encuentro de un deleite prolongado y copioso, ausente en los años que estuvo con el ajedrecista. A la llegada de Beñat a su vida, también Harald había palidecido: era una suerte que hubiera sucedido tan rápido, de un golpetazo limpio en la cabaña sucia.

Entró en el vestíbulo del hotel, donde notó un movimiento inusual de militares que cargaban con su propio equipaje; se acercó al mostrador y se impuso por encima del abejero. «Harald Vogel», indicó, la soberbia le salía por los poros, «soy madame Iturrioz.» Se apartó pretendiendo fastidio, mientras el empleado llamaba a la habitación. Nadie contestó y ella le informó que iba a

esperarlo. La ayudaba el hecho de que, además del bolso, llevaba el elegante y antiguo portafolio, un detalle que la distinguía de las habituales visitantes francesas, más o menos fulanas. Solo desentonaba el paquete de papel de estraza donde guardaba las cartas. Tenía claro que iba a destruirlas, evitando tirarlas en cualquier cubo de basura, su destino natural tenía que ser el mar.

Al cabo de tres cuartos de hora, el soldado raso que hacía las veces de botones se le acercó para decirle que el teniente Vogel la esperaba arriba. Elsa se estremeció y apretó el bolso: Beñat tenía razón al pensar que Harald no se iba a negar a recibirla. No lo había visto pasar por el vestíbulo, así que lo más probable era que hubiese entrado por la puerta trasera, reservada para los oficiales. Por un momento, tuvo el temor de que la registraran antes de entrar en el ascensor, solían hacerlo en días como ese, con gran movimiento de militares que dejaban el hotel, y otros que iban llegando con la ilusión de disfrutar de habitaciones limpias y comidas calientes. Pero la dejaron pasar sin molestarla y decidió que debía estar a la altura. Dijo con altivez *«sechsten Stock»*, y el ascensorista emitió una sílaba que sonó como un gruñido.

Salió al pasillo, oyó que el ascensor volvía a cerrarse, y a medida que avanzaba hacia la habitación de Harald le fue llegando nítida una de las canciones de Schumann. Esa había sido la verdadera música de fondo en todos esos meses; las conmovedoras frases que el alemán, en más de una ocasión, le tradujo al oído. Su romance con Salvador no había tenido ni una sola melodía, pues no contaban las rumbas ni los danzones que habían bailado juntos. En cuanto a su desafortunada historia con Beñat, no solo carecía de música, sino de palabras. Era cruenta y carnal, y en ella solo se escuchaban los chasquidos del hambre, ese ruido con que las fieras mastican las entrañas de las presas todavía calientes.

Harald abrió la puerta con expresión sosegada, le aseguró que se alegraba de verla y la cogió del brazo para hacerla entrar, mirándola a los ojos, abrazándola sin más. Tenía el torso desnudo bajo los tirantes con que sujetaba su pantalón militar, y ella pegó la mejilla contra la piel cálida, cedió al impulso de besarle el cuello. En la antesala de un paso como el que estaba decidida a dar, tenía derecho a esos instantes de avidez. A pesar de su pasión por Beñat, no le costó ningún trabajo asumir el vértigo de la ternura, el del último abrazo con el hombre que respiraba sano, confiado, lleno de deseo.

Del gramófono empezaba a salir otra canción, y ella se apartó para poner sobre la mesa el bolso, el portafolio y el paquete con las cartas de su madre, apretujadas sin ninguna consideración, perdida ya la dignidad de reliquia que tenían cuando se las entregó su abuela. Harald ni siquiera se interesó por saber lo que había dentro, lo normal hubiese sido que le preguntara, pero tal vez vio las cartas que asomaban bajo el papel estrujado y maloliente, y adivinó que Elsa iba a deshacerse de ellas. Por si acaso, se lo confirmó: le dijo que tan pronto saliera del hotel, iría a la Roca de la Virgen para tirarlas. En realidad, no le mentía; no veía otro lugar donde pudieran terminar sino allí mismo, en las aguas de Biarritz, desperdigadas por las olas, despedazadas al filo de los acantilados.

Harald le desabrochó la chaqueta y la ayudó a deshacerse de ella, luego le bajó los tirantes del refajo y Elsa se quedó quieta para facilitarle la tarea. Se besaron juntando los torsos desnudos, lo sintió más ardiente que nunca, más interesado por lo que pasaba en ella, en definitiva, más diestro. Le vino a la cabeza el recuerdo de la primera vez que habían estado juntos en esa

habitación, tras haber ido al bar, donde bebieron un licor que ella jamás había probado, la absenta que la volvió audaz. ¿Se acordaba Harald de esa noche? Sin separar los labios de su cuello, él instintivamente le aflojó la falda, que cayó a sus pies. Llevaba liguero, y aún estaba calzada con los zapatos altos, de amarrar, poco recomendables para ninguna fuga, cuando Harald la empujó a la cama, le separó las piernas y se hundió en ella, que lo recibió golosa y lo dejó moverse unos segundos antes de susurrar:

—Busca en mi bolso, tienes que ver lo que he traído.

Cualquier otro hombre en esas circunstancias hubiera ronroneado que lo haría después. Harald, sin embargo, tensó el cuerpo y se detuvo; algo percibió en su tono, en el nerviosismo con que lo miraba a los ojos. Saltó de la cama, con las nalgas apretadas y una erección de acero, y ella lo vio de perfil, revolviendo su bolso y echando los caramelos al suelo antes de sacar la pistola, que miró por un lado y por otro. Se volvió hacia ella:

—¿Me ibas a matar con esto? ¿Con esa chapuza americana?

Elsa asintió tres o cuatro veces, era un gesto infantil y lo sabía. De repente se sentía segura, extrañamente hueca, todo lo hueco es invencible.

—Ya me imagino quién te la dio..., ¿dónde lo has visto?

También Harald parecía calmado, sus gestos eran comedidos, incluso suaves.

—En Irún. La señora Goti me dejó el recado de que lo buscara en la Carpintería Lekuona.

—¿Te dijeron cómo usarla? —Harald levantó la pistola y apuntó al balcón—. Tiene una sola bala, ¿sabías eso?, hay que disparar muy cerca.

—Me lo dijeron todo. Nunca lo hubiera hecho, no voy a ser una asesina como lo fue mi madre.

Él caminó hacia la butaca de cuyo respaldar colgaba la chaqueta, hurgó en ella hasta dar con un paquete de cigarrillos, y volvió a la cama donde le ofreció uno a Elsa.

—¿Sabes si han dicho algo sobre Calais, sobre Dieppe...? Haz memoria: ¿oíste decir algo sobre Normandía?

Le acercó la llama del mechero y ella dio una larga bocanada antes de contestar.

—Parece que en la BBC dijeron que las violetas de Parma volverán a florecer. El señor Liétard cree que se refieren al aeropuerto.

No pareció muy sorprendido. Se sentó a fumar junto a Elsa y ella pensó que formaban una pareja de burdel: la una con los pechos al aire, el desfachatado liguero colgando aún de los pies; y el otro desnudo por completo, reposando a la manera en que se toma un receso luego de una función agotadora.

—¿Cómo te las arreglarías para salir de aquí?

El tono de Harald era neutro, no había que ser muy suspicaz para imaginar que empezaba a asumir una realidad implacable: la de la mujer que estaba a su lado y por cuya cabeza había pasado la idea de quitarle la vida.

—Beñat dijo que un motorista me estaría esperando, debe de estar abajo, creo que me ha seguido.

A pesar de todo, Harald sonrió. Elsa lo vio salir al balcón, tirar la colilla y mirar un poco los alrededores. La fachada del hotel quedaba fuera de su ángulo visual, aunque quisiera, no podía ubicar una motocicleta. Se notaba que hacía un esfuerzo para no exaltarse, y prendió otro

cigarrillo antes de preguntarle dónde pensaba vivir ahora que la pensión iba a ser clausurada.

—Con mi abuelo —respondió, sintiendo un nudo en la garganta—. Vive en Alemania, pero ha venido a Biarritz por una temporada. Ha alquilado una casa en la Rue Mazagran, me quedará con él.

No notó ninguna reacción en Harald, como si otra vez le hubiera dicho algo que ya sabía.

—Creí que estaba muerto —se limitó a mascullar, la vista fija en el destino de humo.

A continuación, lo vio sacar el único proyectil de la pistola, observarlo un momento y tirarlo también por el balcón. Todo había terminado y Elsa miró con gran curiosidad sus pies, era insensato que en un momento como ese reparara en algo tan insignificante, pero le pareció que tenía los tobillos hinchados y se inclinó para acabar de quitarse los zapatos. Un instante después, alzó la vista porque lo sintió acercarse, ahí estaba de nuevo en todo su esplendor, de pie frente a ella, el arcángel rubio de las cejas truncas, acariciándole el cabello y amenazándola con lo mucho y lo poco, todo lo que le sobraba para desafiar el temple de cualquier mujer. Al terminar, fumaron en silencio, amodorrados por el aire fresco que empezaba a entrar con fuerza. Él se levantó para poner la música, obstinadamente aquellas *Dichterliebe*, y en particular una canción que le quería dedicar. Harald se recostó a su lado, le acarició la mejilla con el dorso de la mano, una señal cercana a la impiedad.

—*Ich grolle nicht* —lo oyó susurrar—. No te guardo rencor, es lo que significa.

Siguió acompañando al barítono con una especie de susurro, conocía cada palabra, la duración exacta de las frases, y volvió a traducirlas para ella: «Te vi en un sueño, y vi la oscuridad de tu alma, y la serpiente que corroe tu corazón».

A Elsa se le llenaron los ojos de lágrimas, «la oscuridad de su alma» era la marca de familia, un lunar en la explosión del tiempo. Harald reaccionó asombrado cuando la vio conmovirse de esa forma, la besó en la frente y la animó para que se lavara la cara. Ella se levantó, y él la siguió con la mirada, era inevitable que desconfiara de sus pasos, aun sabiendo que ya no había peligro: la pistola primitiva de una sola bala yacía en el suelo, huérfana de su munición, y la que él portaba como militar estaba metida en su funda, a buen resguardo, fuera del alcance de Elsa. Al salir del baño, ella cogió el paquete con las cartas y se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Sacó una al azar, y resultó ser la que empezaba con una frase aterradora: «A veces me gustaría hablarle de mí como si le hablara de otra». La clave de la vida de Magdalena, pero también su cruz, había sido ese ir y venir dentro de sí misma. Harald dormitaba, y ella cogió otra carta: «Ya no sé lo que es fiarse de persona alguna». Era consciente de que, al cabo de un rato, tan pronto abandonara esa cama y ese hotel, todas aquellas palabras desaparecerían. No volvería a ver la letra de su madre ni a oír en su cabeza la voz de sus delirios. Se estaba despidiendo del infierno, del eco circular de una historia que acababa allí, al filo de las dos de la tarde, en un lunes tibio y sosegado.

—*Ich grolle nicht* —canturreó ella con un hilito de voz, y él entreabrió los párpados.

—Vístete —le ordenó, incorporándose—, tenemos que irnos.

A continuación se sentó en la orilla de la cama y se inclinó para recoger la ropa interior, o eso supuso Elsa, que lo vio quedarse cabizbajo, inmóvil, dándole la espalda enrojecida por el sol, lo que indicaba que el día anterior había estado en la playa, como cada domingo, con otros alemanes, acaso con las traductoras de la pensión. Desde el ángulo en que ella se encontraba, no podía ver

sus ojos, pero apostaba a que Harald tenía la mirada puesta en las baldosas. Tal vez solo se preguntaba si la enajenada que tenía a su lado, y que sacaba viejas epístolas del interior de un rollo de papel de estraza, merecía salir con vida de esa habitación.

Claramente la oyó rebuscar de nuevo en los papeles, alzó la voz para ordenarle que se vistiera de una maldita vez, sin dignarse a mirarla, arrastrando las sílabas con la cadencia ciega del que está a punto de estallar de ira. Elsa, aún desnuda, se movió un poco en la cama hasta quedar detrás de él, y, por la forma en que se irguió, sutil como una cobra, hubiera parecido que iba a abrazarlo por sorpresa, pero no lo hizo, no lo rozó. Elevó el brazo con ímpetu, y con ímpetu lo dejó caer, hundiéndole el cuchillo para deshuesar que había cogido en la pensión. La hoja afilada, ligeramente curva, entró sin dificultad, y Harald reaccionó con un escalofrío, un movimiento similar al que recorre el cuerpo cuando siente que le cae encima una alimaña. Lo vio hacer el intento de ponerse de pie, pero no lo consiguió y volteó la cabeza para ver de dónde y cómo lo atacaban. En cuestión de segundos, Elsa le asestó otra puñalada, sintiendo que la hoja tropezaba esta vez con algo sólido, un obstáculo que sin embargo logró atravesar. Harald echó los brazos hacia atrás con el claro propósito de detener el ataque, y al mismo tiempo lanzó un aullido que habría podido oírse afuera, razón de más para que ella intentara herirlo por tercera vez. No lo consiguió porque él se la sacó de encima, bañado en sangre como estaba, soltando un par de improperios mucho menos audibles, estertores casi.

Sin dejar de mirarlo, Elsa se apartó, recogió su ropa y se limpió las salpicaduras de sangre con una servilleta que mojó en el agua de una jarra. Mientras lo hacía, lo vio deslizarse lentamente al suelo, respirando cada vez peor, murmurando palabras alemanas mientras le dirigía una mirada dulce, inexplicablemente placentera. Pese a todo, ella se acercó con precaución a la cama para recuperar las cartas. Allí dejaba el envoltorio del que las sacó, pero los papeles de su madre debía llevárselos, y los apretujó de cualquier forma en el bolso, que ya no pudo cerrar. A esas alturas, él no parecía prestarle atención, la luz le daba de lleno y ella pudo ver la transfiguración del rostro; las violentas contracciones de su boca; los guiños que lo desfiguraban.

Sabía que tenía que emprender un trayecto difícil hasta la salida del hotel, lo que le suponía recorrer el pasillo, coger el ascensor y cruzar el vestíbulo plagado de vigilantes. Cuando se disponía a salir, tuvo el temor de que Harald estuviera simulando y de un momento a otro empezara a gritar para pedir ayuda. Pero su temor era infundado: Harald se moría, o había muerto ya cuando cerró la puerta.

Una violinista vasca

Sin contratiempos alcanzó la calle. Miró en ambas direcciones buscando al motorista que se suponía que estaría esperándola para llevarla a Hendaya. Era peligroso detenerse en la puerta del Hôtel d'Angleterre, así que echó a andar, su instinto le decía que debía avanzar hacia Port Vieux, y lo hizo por la ruta más lógica, que era la Rue Mazagran. Era irónico que tuviera que escapar a través de la misma calle en que vivía su abuelo. Mantuvo un paso moderado, ni muy lento ni muy rápido, un ritmo que se pareciera al de los transeúntes que la rodeaban y la ayudara a confundirse con ellos.

Frente al escaparate de una tienda, se detuvo para coger aire, un oxígeno distinto que no era para sus pulmones, sino para su cabeza, convertida en un revoltijo de imágenes. Un par de motoristas pasaron por su lado, pero en ninguno de los dos casos repararon en ella, ni parecían buscar a una mujer de sus características. Se preguntó si en realidad no había sido ingenua al creer que Beñat mandaría a recogerla. Había asesinado a un hombre por el simple hecho de que otro se lo había ordenado, y, en consecuencia, tan pronto se descubriera el crimen, se desataría la cacería en Biarritz y sus alrededores. No dejarían un solo agujero sin registrar, y no tardarían en avisar a los puestos fronterizos para impedir que ella saliera de Francia.

Siguieron pasando los minutos, que se le hicieron eternos. Tuvo la impresión de que dos militares que se acercaban por la acera, y que con toda probabilidad habían salido del Hôtel d'Angleterre, iban fijándose en los transeúntes, tratando de identificar a alguien. Ella se concentró en los objetos de otro escaparate, y simultáneamente se acordó de que a unas pocas cuadras de allí, su abuelo estaría mirando el reloj: la esperaba para comer tal como habían quedado; la mesa estaría puesta, los criados pendientes de que ella abriera la cancela y entrara. Tenía la opción de buscar un taxi y pedirle que la llevara a Irún, pero una vez allí no podría hacer otra cosa que vagar, sin un contacto que la acercara al nuevo escondite donde se refugiaba Beñat. Los dos militares pasaron de largo y no se fijaron particularmente en ella, buscaban a otra persona, o quizá el talante desconfiado era su forma de abrirse paso en la ciudad ocupada.

Viéndolos alejarse, no se dio cuenta de que un hombre se había parado a su lado. La tocó en el hombro y ella se volteó a mirar, momentáneamente esperanzada de que por fin llegaran a buscarla. Se esfumó la esperanza porque el desconocido no tenía el aspecto de ser un emisario, y se quedó escrutando sus facciones, que le sonaban de un lugar muy lejano, o de un momento remoto en su existencia.

—Querida, ¿no se acuerda de mí?

Parecía emocionado de ver un rostro conocido cuando menos se lo esperaba, y ella tardó unos segundos en darse cuenta de que era el pianista del *Magallanes*, el barco en que ambos habían viajado desde La Habana a Bilbao. Había ganado peso y estaba casi irreconocible con esmoquin y sombrero homburg.

—Voy al aeropuerto de Parma, ya ve usted, hay una graduación de cadetes y me han contratado a toda prisa, se enfermó el pianista de la orquesta. ¿Cómo le ha ido?

Elsa balbuceó una frase, sabía que no había dicho nada coherente, ni siquiera sentía que hubiera conexión entre su boca y su cerebro. La cara del pianista reflejó sorpresa, pero intentó seguir hablando como si nada pasara.

—El sábado que viene voy a tocar en el Hôtel du Palais, en una merienda de oficiales, figúrese, me pidieron que acompañara a una violinista vasca.

A Elsa se le aguaron los ojos y él siguió atropellándose en una historia sin fin.

—Tocaremos las seis danzas alemanas, pidieron Beethoven, y apenas hemos podido ensayar. Gracias a Dios, la violinista es magnífica, se llama Albina, Albina Madinabeitia, y es de Mondragón, ¿no habrá oído hablar de ella?

Elsa guardó silencio y miró a su alrededor. El plan había fallado, tenía que tratarse de un malentendido, un cambio de señas, una contraorden que nunca recibió, y en consecuencia nadie la esperaba para ayudarla a huir. Cabía otra posibilidad también: que hubiera sido engañada, sacrificada inmisericordemente por Beñat, abandonada en esa tierra de nadie. El instinto de sobrevivir iba a faltarle de un momento a otro.

—Fama no le falta, ni temperamento. Melancólica, eso sí, tiene motivos... Hace unos cuantos años su hermanita se cayó de un árbol y la propia Albina tuvo que recogerla muerta. ¿Sabe lo que duele ver morir a un niño?

Elsa dio un suspiro y le entraron ganas de gritarle que se callara, ¿por qué se empeñaba en contarle algo tan espantoso? ¿Qué adivinaba de su vida, qué le habían dicho, qué había visto en ella? Miró impotente al hombre que tenía delante, cariacontecido como en el momento más difícil de la travesía, cuando aquel submarino se detuvo junto al *Magallanes* y los paralizó de miedo.

Echó a andar cuando las lágrimas ya le corrían por la cara, sin pronunciar una palabra, sin el menor gesto hacia el pianista, que se quedó mirándola, escurrido como un pájaro, resignado en el charco de luz. Tuvo la tentación de correr, pero hubiera sido una temeridad, no alteró el ritmo ni siquiera cuando vio pasar a toda prisa la furgoneta con la cruz sanitaria, que de seguro iba en busca de un herido. Tal vez no era Harald. Era pronto para que nadie lo hubiera echado de menos. Necesitaba un sorbo de agua, sentarse unos minutos, ganar tiempo fuera de la claridad opresiva y el ruido de la calle. A la larga iba a ser inevitable que se refugiara en la casa de Octavio, el único lugar donde podría hallar sosiego, intimidad para poder asearse, y una butaca donde reclinarse y pensar.

Había una vez una mujer que se llamaba Elsa Iturrioz Laparra, fotógrafa aficionada desde los dieciséis, especialista en santos y otras imágenes de iglesia; hija de Juan María Iturrioz, propietario de una destilería; hijastra de Marta Jiménez de la Fuente, camagüeyana de abolengo, y hermana de Miguel, talentoso pelotari, a quien le prometió un *gerriko* que ya nunca, nunca, le iba a poder llevar.

Por el amor del padre

Se oyeron las sirenas y Elsa ni siquiera levantó la vista para mirar al cielo, como hizo la mayoría de los transeúntes. La decisión ya estaba tomada: pararía en la casa de su abuelo, le pediría ayuda para escapar de Biarritz, y respondería con la verdad a las preguntas que él le hiciera: ¿Qué ha pasado? ¿Qué hiciste? ¿Quién te está buscando?

La verdad era su fuerte. No tenía por qué ocultarle nada a un hombre que era el eje del desastre entero, a su pesar o no, por su culpa o la de Magdalena, ya daba igual después de tanto tiempo. El único amor incombustible de toda aquella estirpe, la única devoción de rasgo humano, fue la que sintió por él su idolatrada hija.

Una irascible tribu, la de los Cazalis, acorraló a sangre y fuego al clan de los Laparra; o tal vez fue al revés, y los Laparra, solemnes y orgullosos, los desarmaron con su lengua antigua. Octavio no había cumplido aún los veinte, Mercedes tuvo que haber sido la maldad en persona. Dos o tres años más tarde les nació Magdalena, traía los ojos abiertos cuando llegó al mundo, y los mantuvo abiertos mientras la amamantaban. Por largas horas se negó a cerrarlos. A los pocos años comprendió el equívoco, no se resignó jamás, no escondió nunca su enamoramiento, luchó cada día aunque estuviera lejos, cada minuto por el amor del padre. Al volver aquel verano a Biarritz, traía en la mente el sueño de acabar con todo: quebró cristales para hacerse oír, quebró el frío del tiempo, tuvo el valor de ver el mar como un ensueño aparte, donde los niños respiraban agua.

Elsa llegó a las inmediaciones de la casa de su abuelo y no se sorprendió al verlo en la calle. Paseaba al perro, o tal vez había salido como los demás, intrigado por el ulular de las sirenas, pendiente del cielo donde en cualquier momento iban a aparecer las «golondrinas», esos aviones alemanes que despegaban a veces desde el cercano aeropuerto, naves de caza con el vientre liso y las alas en forma de flecha. Ya muy pocos se alarmaban cuando los veían pasar, era costumbre que maniobraran sobre la ciudad.

Ella levantó la mano para hacerse notar. Y en efecto, él la vio. Llevaba lentes de cristal oscuro, se los sacó un momento para comprobar si la que se acercaba era su nieta, y le correspondió al saludo. En ese instante, un ciclista pasó a toda velocidad, tan cerca que le rozó la ropa y la obligó a dar un salto atrás. Más adelante, hizo un giro repentino y regresó hacia ella. Pedaleaba con fuerza, con un vigor inusitado para ser una persona mayor, pues llevaba boina y por debajo asomaban mechones de cabello blanco. A Elsa le pareció un cegato, un peligroso viejo despistado que podía atropellarla, y decidió esperar a que se alejara para ir al encuentro de su

abuelo.

Justo en ese instante el ciclista pegó un frenazo, lo hizo a su lado, a centímetros escasos de ella, un acto temerario que de nuevo la sobresaltó. Cuando se disponía a huir, oyó la voz intratable de Beñat.

—¿Ha salido bien?

Percibió un tono grisáceo en sus mejillas, lo que de seguro era parte del disfraz, y también ojeras, demasiado acentuadas para ser reales. Ella afirmó con la cabeza y él volvió a preguntar.

—¿Está muerto entonces?

Contestó que no lo sabía, pero que las heridas le sangraban lo suficiente como para poder matarlo.

—¿Qué heridas? Se supone que ha sido una sola, ¿qué hiciste con la pistola?

Le confesó que no la había usado porque no la manejaba bien, pero que antes de salir de la pensión había cogido un cuchillo para deshuesar que usaba la señora Goti. Beñat apretó los labios, parecía contrariado, y súbitamente alzó la vista para mirar al cielo. El zumbido de los motores, que empezó lejano, se extendía de pronto, atronador.

—Debiste usar el arma —le gritó, sin dejar de mirar hacia arriba—. No nos gustan las carnicerías.

Agregó otra frase que Elsa no llegó a escuchar. Se sentía avergonzada, hundida, desdeñada en su peor momento, y miró hacia Octavio, que parecía intrigado de verla hablar con el ciclista.

—¡Son los aliados! —aulló Beñat, riendo, quitándose la gorra de un tirón. Los falsos mechones, semejantes a pelos de maíz, se esparcieron por el aire—. Van al aeropuerto, míralos...

Todo ocurría demasiado rápido. Oyó nítidamente la voz de Octavio, que le gritó que se apurara, pero ella estaba azorada, atenta a los aeroplanos que pasaban en formación perfecta.

—Aliados —balbuceó Beñat—. Son ellos, pero... ¿qué están haciendo?

La escuadrilla descargaba lo que aparentaban ser trozos de espejo, y si no eran espejos, eran pájaros que relumbraban en el fragor del cielo. En una fracción de segundo, Elsa miró a su abuelo, que se inclinaba para cargar al perro.

—Atrás —la empujó Beñat—. Tírate al suelo.

No le dio tiempo de hacerlo por sí misma, porque la primera explosión la derribó. Una andanada de aire espeso la hizo tambalearse y caer. Con el segundo estruendo desapareció el mundo a su alrededor, se oscureció como si repentinamente hubiese caído la noche, el sol del lunes se hizo niebla y frío, y las siguientes bombas que estallaron, algo más lejos, tuvieron en ella un efecto sedante. Beñat se acurrucó a su lado y alzó la bicicleta a modo de escudo contra el que se estrellaron piedras y cristales. Lo próximo que Elsa escuchó, desde el helado fondo de la nada, fue el sonido del aire entrando en sus pulmones, acompasadamente, mientras su cuerpo flotaba sin espanto ni dolor alguno.

—Tenemos que salir de aquí —la sacudió Beñat—. ¿Estás herida?

Seguían oyéndose las explosiones, cada vez más distantes, y ningún otro sonido. Mientras se prolongara aquella sorda pausa, el instinto le decía que no debía moverse.

—¿Estás herida? —insistió Beñat.

No podía decir si estaba herida o no, pero se sintió fuerte, ágil como nunca antes, lista para

levantarse y echar a correr. Se cercioró de que bolso y portafolio estaban todavía intactos, ni siquiera habían sufrido un arañazo.

—Estoy bien —le aseguró a Beñat y se levantó de un brinco, con la misma falta de naturalidad de un títere que responde al tirón de un aprendiz.

Era imposible distinguir calles ni casas, la tiniebla del polvo lo velaba todo, llenaba el aire de aquel gris macabro que parecía haber llegado allí para quedarse siempre. En lo alto, pasaban las inmensas bolas de humo negro que eran las bocanadas de los fuegos cercanos. La voz de un hombre aulló: *Partez, partez tout de suite!* y fue como el pistoletazo de salida a los gritos de horror, los llantos y los clamores de auxilio.

A pesar de la facilidad con que se había puesto de pie, Elsa comprobó que las rodillas empezaban a flaquearle. Vio que Beñat recogía la bicicleta y la revisaba minuciosamente, probando las ruedas y la solidez del sillín.

—Vámonos. —La zarandé—. Aprovechemos esta confusión.

—Mi abuelo está allí —ripostó ella, señalando el paisaje borroso, los grumos de polvo que empujaba la brisa.

—Allí no queda nada, Elsa. Será imposible salir cuando rodeen la ciudad. Te buscarán hasta debajo de las piedras.

Negó con la cabeza y avanzó a pesar de todo, esquivando a duras penas los obstáculos, algunos de ellos inesperados: un reloj de pared, una veleta con figura de gato, la fotografía chamuscada de un marinero que parecía dichoso bajo el cristal cuarteado. Vio el primer cadáver casi de inmediato, el de una mujer con la nariz hundida, sosteniendo en su mano otra mano que a su vez estaba unida a un brazo, y ese brazo a un torso, pero faltaba el resto del cuerpo. A pocos metros de ella, dos hombres yacían bocabajo, ninguno era Octavio, lo supo por el pelo y la ropa, eran muertos muy jóvenes, uno de ellos probablemente un niño.

Figuras fantasmales, desorientadas, pasaban en dirección contraria, varias mujeres que llevaban a sus hijos en brazos, ancianos que deambulaban distraídos, cubriéndose la cara con pañuelos.

No pasó ni un minuto antes de que divisara a su abuelo, tumbado en la acera, junto al portón retorcido y el esqueleto carbonizado de un árbol. En el trozo de fachada que había quedado en pie, Elsa reconoció un fragmento del *lauburu* vasco, y supuso que él había intentado regresar para ponerse a salvo, pero no le dio tiempo. Vio que en el interior de la casa humeaba un pequeño incendio, y sacó valor para acercarse al cadáver. Octavio tenía la cabeza ladeada, señales de metralla en la mejilla y sangre en la boca. A la altura del hombro, un poco metido bajo el pecho, estaba el amasijo de pelos con sangre en que se convirtió su perro.

Era el momento y fue como un mandato: metió la mano en el bolso y sacó el revoltijo de cartas. No las tiró al suelo de inmediato, sino que las fue dejando ir poco a poco y las vio cobrar vida, girar en el viento, hacer la danza de la muerte con el mismo polvo. Tuvo la certeza de que junto a ella, y sobre el cadáver tibio de su abuelo, tremolaba el espíritu de Magdalena, hecho de lazos refulgentes y sabiduría.

Se dio la vuelta y regresó al lugar en donde había dejado a Beñat, con el temor de que no la hubiese esperado. Pero estaba allí, la cortina de humo se disipaba a veces, y en una de esas lo

atisbó, inmóvil sobre la bicicleta. Corrió a su lado, y él le hizo señas para que se acomodara atrás, en un trozo de madera clavado en la parrilla. Elsa lo oyó preguntar si había encontrado «lo que buscaba».

—Lo encontré —balbuceó—. Está muerto.

—También lo estás tú —resolvió Beñat, maduraba rápido las ideas atroces—. Me encargaré de que avisen a tu familia. Estabas con tu abuelo en la casa destruida, ¿entendido? Has muerto allí. Ya no te buscarán.

Las calles eran un macabro desfile de gente ensangrentada, algunos desesperados cavando con sus propias manos entre los escombros. Cerró los ojos y se aferró a Beñat.

—Me atraparán en la frontera tan pronto entregue el pasaporte. Ya deben de tener mi nombre...

—¿Y quién dijo que darás tu nombre? Vamos a hacer un «paso» de los míos. No habrá constancia de que saliste viva.

—Es que no sé si estoy viva —sollozó—, ¿cómo se va a vivir?

Beñat no la oyó, o no quiso contestarle. Pedaleaba con rapidez, esquivando ambulancias, automóviles desbocados, gente despavorida que corría hacia Port Vieux, al rescate de los heridos. Elsa miró por última vez la línea de la playa y las rocas, la densa nube de gaviotas alborotadas por las explosiones, y el mar como una bestia amodorrada y plácida, indiferente a todo.

Eso se le quedó grabado.

Nota de la autora

El lunes 27 de marzo de 1944, a las dos y media de la tarde, la ciudad de Biarritz fue bombardeada por aviones aliados cuyo objetivo era destruir el aeródromo de Parma, usado por los alemanes como campo de entrenamiento y escuela de pilotos.

Durante siete minutos cayeron sobre Biarritz cuarenta y cinco toneladas de bombas de fragmentación, que causaron la muerte de alrededor de ciento cuarenta civiles y el doble de heridos. En el aeródromo, que fue arrasado, se estima que murieron unos cien alemanes.

De acuerdo con el testimonio de uno de los pilotos que participó en el raid, la intención no era bombardear los barrios poblados, pero hubo errores de señales, inexperiencia y ansiedad por terminar la misión lo antes posible. Aunque las sirenas avisaron quince minutos antes, nadie fue a los refugios creyendo que era un simulacro.

La zona más castigada por los proyectiles fue la de Port Vieux. Quedaron totalmente destruidos veintiún edificios, entre comercios y viviendas. Resultaron con daños severos más de setenta casas, hoteles y centros de asistencia médica.

Una ciudadana cubana, Elsa Iturrioz Laparra, falleció en la tragedia. Su cuerpo nunca fue recuperado.

La mitad de la noche
Mayra Montero

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la portada: © Merlyn Severn / Getty Images

© Mayra Montero, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-9066-750-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Libro, S. L.
www.eltallerdelibro.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

